LA BRUYÈRE

LOS CARACTERES

COLECCION MINERVA

JUAN DE LA BRUYÈRE, escritor y moralista francés, nació en París en 1645. Merced a la intervención de su amigo Bossuet, el gran orador sagrado, fué nombrado profesor de historia del duque Luis de Borbón, y como preceptor literario de los descendientes del gran Condé vivió el resto de sus días en el seno de la ilustre familia, en su palacio de Versalles. Hombre de estudio, dotado de excepcional talento, laborioso y modesto, una sola obra, *Los Caracteres*, le valió la gloria que, según Sainte-Beuve, nunca apeteció. Frente a las acerbas críticas de quienes se sintieron aludidos en sus admirables retratos, el público acogió con entusiasmo un libro cuyos méritos había de subrayar la Academia Francesa al elegir al autor miembro de la corporación. En realidad, La Bruyère no se propuso hacer sino un comentario de la obra homónima de Teofrasto, que tradujo, pero superó de tal modo al original, que no sólo se le consideró maestro del pensamiento, de la ironía y del arte de observar y describir costumbres y vicios de la época, sino estilista incomparable en quien la lengua francesa adquirió una perfección inigualada. El resto de la obra literaria de La Bruyère, se reduce a los discursos que pronunció ante la Academia y a unos diálogos filosóficos contra el quietismo. Murió en Versalles en 1696.

LOS CARACTERES

COLECCION MINERVA

LA BRUYÈRE

LOS CARACTERES

(LES CARACTÈRES)

TRADUCCION DIRECTA DEL FRANCES
POR
SANTIAGO CUNCHILLOS

TEXTO INTEGRO, DE ACUERDO CON EL ORIGINAL

BUENOS AIRES
EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. R. L.
ESMERALDA 116

Es propiedad
Derechos reservados
Copyright 1948 by Editorial Sopena ***Argentina, S. R. L.***
Hecho el depósito que marca la ley 11723
Prohibida la reproducción total o parcial

PRIMERA EDICION
MARZO DE 1948

PRINTED AND PUBLISHED IN ARGENTINA
IMPRIME ET PUBLIE EN ARGENTINE
STAMPATO E PUBBLICATO NELL'ARGENTINE
DRUCK UND AUSGABE IN ARGENTINIEN
IMPRESSO E EDITADO NA ARGENTINA

IMPRESO Y EDITADO EN LA ARGENTINA

LOS CARÀCTERES

Admonere volumus, non mordere; prodesse, non lædere; consulere moribus hominum, non officere.

ERASMO

Devuelvo al público lo que me ha prestado: he tomado de él, como préstamo, el material para esta obra; es justo que habiéndola llevado a cabo con toda la atención por la verdad de que soy capaz y que de mí merece, le haga la restitución. Puede mirar a su sabor este retrato del natural que he hecho de él, y si reconoce en sí algunos de los defectos que señalo, corregirse de ellos. Es éste el único fin que debe proponerse el que escribe, y el éxito lo que menos debe preocuparle. Pero, como los hombres no dejan su afición al vicio, es preciso no dejar tampoco de reprochárselo; tal vez serían peores si llegasen a faltar los censores o los críticos: ésa es la causa de que se predique y se escriba. El orador y el escritor no podrán substraerse a la alegría que experimentan al ser aplaudidos, pero tendrían que avergonzarse de sí mismos si en sus discursos o en sus escritos solamente hubiesen buscado el elogio, puesto que la aprobación más segura y menos equívoca es el cambio de costumbres y la enmienda de quienes les leen o les escuchan. Sólo con un fin didáctico se debe hablar y se debe escribir, y si aconteciere que también se agrada, no hay razón para arrepentirse de ello, siempre que sirva para que sean mejor recibidas las verdades que deben instruir. Por eso, cuando se deslizan en un libro algunos pensamientos o algunas reflexiones que no tienen el fuego ni el giro ni el alcance de los demás, aunque parezca que deban ser admitidos en concepto de variedad para descansar el espíritu y predisponerlo mejor a lo que va a seguir; éstos, a menos que, por otra parte, resulten sensibles, familiares, instructivos, acomodados al pueblo sencillo, al que no hay que descuidar, el lector puede condenarlos y el autor debe proscribirlos: tal es la regla. Hay además otra que yo tendría interés en que se siguiese y que consiste en no perder de vista mi título y en pensar siempre, mientras se lee esta obra, que son los caracteres o las costumbres de este siglo los que describo, porque si bien los saco frecuentemente de la corte de Francia y de los hombres de mi nación, no se puede por eso aplicarlos nada más que a una corte ni encerrarlos en un solo país, sin que mi libro

pierda mucho de su amplitud y de su utilidad; sin que se aparte del plan que me he trazado de hacer una pintura de los hombres en general, sin que se aleje de las razones que se manifiestan en los respectivos capítulos por una serie de reflexiones que insensiblemente las integran. Después de esa precaución, tan necesaria y cuyas consecuencias se pueden comprender, me creo en el derecho de protestar contra todo disgusto, toda queja, toda maligna interpretación, toda falsa aplicación y toda censura; contra los fríos, los chistosos y los lectores malintencionados. Hay que saber leer y después saber callarse, o poder relatar lo que se ha leído, ni más ni menos que lo que se ha leído, y no basta, algunas veces, el poder hacerlo; es preciso además querer hacerlo. Sin esas condiciones, que un autor exacto y escrupuloso tiene derecho a exigir de ciertos espíritus como la única recompensa de su trabajo, dudo que deba continuar escribiendo, salvo que subordine su propia satisfacción a la utilidad de muchos o al celo por la verdad. Confieso, por lo demás, que desde el año 1690 y antes de la quinta edición, me ha costado decidirme entre el afán de hacer mi libro más completo y darle mejor forma con la inclusión de nuevos caracteres, y el temor de hacer decir a alguno: «¿No se acabarán estos caracteres y no veremos jamás otra cosa de ese escritor?». Algunas personas sensatas, me decían por una parte: «La materia es sólida, útil, agradable, inagotable; vivid largo tiempo y tratadla sin interrupción mientras viváis. ¿Qué otra cosa mejor podríais hacer? No hay ningún año en que las locuras de los hombres no puedan daros materia para un volumen». Otros, con mucha razón, me hacían temer los caprichos de la multitud y la ligereza del público, de quien tengo, no obstante, buenos motivos para estar contento, y no dejaban de sugerirme que casi nadie, desde hace treinta años, lee por leer, y que los hombres, para distraerse, necesitan nuevos capítulos y un nuevo título; que esa indolencia había llenado las tiendas y poblado el mundo, durante todo ese tiempo, de libros fríos y aburridores, de un mal estilo y de recursos nulos, sin reglas y sin la menor justeza, contrarios a las costumbres y a las conveniencias, escritos con precipitación y leídos asimismo precipitadamente, nada más que por su novedad; y que si yo tan sólo sabía dedicarme a la ampliación de un libro razonable, lo mejor que podía hacer sería descansar. Yo, entonces, tomé algo de esos dos consejos tan opuestos y seguí un procedimiento que los conciliaba: no dejé de añadir algunas nuevas observaciones a las que ya habían casi doblado el texto de la primera edición de mi obra, pero con el fin de que el público no se viese obligado a recorrer lo que era antiguo para pasar a lo que había de nuevo, y de que sus ojos encontrasen solamente lo que tenía deseo de leer, tuve cuidado de señalar ese segundo aumento con una marca particular. Creí también que no sería inútil señalar el primer aumento con otra marca más sencilla, que sirviese para mostrar el progreso de mis Caracteres *y para ayudar a la elección de lo que interesaba al lector. Y como el público podría temer que ese progreso fuese interminable, añadí a todas esas formalidades una promesa sincera de no aventurar nada más en ese género. Si alguno me acusa de haber faltado a mi palabra, al insertar en las tres ediciones que han seguido un número bastante grande de nue-*

vas observaciones, verá, por lo menos, que al confundirlas con las antiguas, por la supresión completa de las señales, no he pensado tanto en hacerle leer algo nuevo como en dejar a la posteridad una obra de costumbres más completa, más acabada y más regular. No son, por lo demás, máximas las que he querido escribir; son como leyes morales y confieso que no tengo autoridad ni genio bastante para hacer de legislador. También sé que hubiera pecado contra el uso que quiere que las máximas, a la manera de los oráculos, sean cortas y concisas. Algunas de esas advertencias u observaciones son concisas, otras son más extensas. Se piensan y se explican las cosas de una manera muy diferente, según se trate de una sentencia, de un razonamiento, de una metáfora o alguna otra figura; de un paralelo, de una simple comparación, de un hecho completo, de un solo rasgo, de una descripción o de una pintura: de ahí procede la longitud o la brevedad de mis reflexiones. Por último, los que hacen máximas quieren ser creídos; yo, por el contrario, consiento en que se diga de mí que no he advertido bien ciertas cosas en determinadas ocasiones, siempre que eso contribuya a que el lector lo advierta mejor.

DE LAS OBRAS DEL ESPIRITU

Todo ha sido dicho y es indudable que llegamos demasiado tarde, después de más de siete mil años que existen los hombres y que piensan. En lo que concierne a las costumbres, lo más bello y lo mejor nos lo han arrebatado; no podremos hacer otra cosa que rebuscar entre los antiguos y entre los más hábiles de los modernos.

* Es preciso tratar solamente de pensar y hablar lo justo, sin pretender que los demás se amolden a nuestro gusto y a nuestros sentimientos, pues ésa sería una empresa demasiado grande.

* El hacer un libro es un oficio, lo mismo que el hacer un reloj. Para ser autor se precisa más que talento. Un magistrado (1) llegó por su propio mérito a la primera dignidad; era hombre de gran penetración y práctico en los asuntos; hizo imprimir una obra moral que es notable por lo ridícula.

* No es tan fácil hacerse un nombre con una obra perfecta, como el hacer valer una obra mediocre por el nombre o fama que ya se tiene adquirido.

* Una obra satírica o que contiene hechos, y que se reparte en hojas clandestinas, para que el que la recibe la devuelva en la misma forma, aunque sea mediocre, pasa por maravillosa; la impresión es el escollo.

* Si quitáis de muchas obras de moral las advertencias al lector, la epístola dedicatoria, el prefacio, el índice, las aprobaciones (2), apenas quedan páginas para merecer el nombre de libro.

* Hay ciertas cosas cuya mediocridad es insoportable: la poesía, la música, la pintura, los discursos públicos.

¡Qué suplicio el de oír declamar pomposamente un frío discurso, o recitar versos medianos con todo el énfasis de un mal poeta!

* Ciertos poetas han empleado en la dramática largas series de versos pomposos, que parecen hermosos, elevados y llenos de grandes sentimientos. El pueblo escucha ávidamente con los ojos y la boca abiertos; cree que aquello le agrada, y a medida que comprende menos, lo admira más: no tiene tiempo de respirar; tan sólo el de aclamar y de aplaudir. Yo creía, en mi primera juventud, que aquellos versos resultaban claros e inteligibles para los actores, para el patio de butacas y para el anfiteatro; que sus autores sabían de su

(1) Según *la clave*, Poncet de la Rivière, consejero en el parlamento de París, autor del libro titulado *Las ventajas de la vejez*.

(2) *Las aprobaciones*, es decir, la certificación expedida por la Facultad de Teología para dejar constancia de que los libros no contenían nada de contrario a la moral y a la religión. Esta formalidad había sido impuesta por una ordenanza del 11 de diciembre de 1547.

significado y que era yo el que, a pesar de toda la atención que ponía de mi parte, no podía entender nada; hoy he salido de mi engaño.

* Casi no se ha visto hasta los tiempos presentes que una obra maestra de la inteligencia sea la obra de varios: Homero hizo la *Ilíada*, Virgilio la *Eneida*, Tito Livio sus *Décadas* y Cicerón sus *Oraciones*.

* Existe en el arte un punto de perfección, como existe un punto de bondad o de madurez en la naturaleza; el que lo siente y el que lo ama tiene el gusto perfecto; el que no lo siente o el que al amarlo va más allá o se queda más acá, tiene el gusto defectuoso. Existe, pues, un buen gusto y un mal gusto, y si se disputa sobre gustos es con fundamento.

* Hay mucha más vivacidad que gusto entre los hombres; o, por decir mejor, hay pocos hombres cuyo talento esté acompañado de un gusto seguro y de una crítica juiciosa.

* La vida de los héroes ha enriquecido la historia, y la historia ha embellecido las acciones de los héroes: por eso yo no sé si deben más los historiadores a los que les han suministrado tan noble materia o esos grandes hombres a sus historiadores.

* Montón de epítetos, malas alabanzas: esos son los hechos que alaban y la manera de relatarlos.

* Todo el talento de un autor consiste en definir y en pintar bien. Moisés (3), Homero, Platón, Virgilio, Horacio, no están por encima de los demás escritores, sino por sus expresiones y por sus imágenes. Es preciso expresar la verdad para escribir con naturalidad, con fuerza, con delicadeza.

* Con el estilo ha tenido que hacerse lo mismo que con la arquitectura. Se ha abandonado el orden gótico que la barbarie había introducido para los palacios y para los templos (4) y se ha recordado el dórico, el jónico y el corintio. Lo que sólo se veía en las ruinas de la antigua Roma y de la vieja Grecia, convertido en moderno, deslumbra en nuestros pórticos y en nuestros peristilos. De la misma manera, al escribir, no se llegaría a encontrar lo perfecto más que imitando a los antiguos y llegando tal vez a sobrepasarles.

¡Cuántos siglos han pasado antes de que los hombres, en las ciencias y en las artes, hayan podido volver al gusto de los antiguos y a captar por fin lo sencillo y lo natural!

Todos se alimentan en los antiguos y en los hábiles modernos. Todos los exprimen, sacan de ellos lo que pueden, inflan sus obras y cuando, por fin, llegan a ser autores y creen poder andar solos, se rebelan contra aquellos y los maltratan, como esos niños decididos y fuertes, gracias a la buena leche que han mamado, que pegan a su nodriza.

(3) Aun cuando sólo se le considere como un hombre que escribió. *(Nota de La Bruyère.)*

(4) Este juicio sobre la arquitectura gótica puede sorprendernos hoy; pero esa arquitectura, por admirable que fuese, no era apreciada en absoluto en el siglo XVII. La Bruyère no hace más que reproducir aquí la opinión de sus contemporáneos. Fenelón expresaba lo mismo. Ver *Carta sobre la tarea de la Academia francesa*. Obras, 1825, t. XXI, p. 259.

Un autor moderno (5) acostumbra demostrar que los antiguos nos son inferiores por dos motivos: por razón y por ejemplo. Saca lo de la razón de su gusto particular y lo del ejemplo de sus obras.

Confiesa que los antiguos, por desiguales y poco correctos que sean, tienen bellos rasgos; los cita y son tan bellos que hacen leer su crítica.

Algunos expertos (6) se pronuncian en favor de los antiguos contra los modernos; pero son sospechosos, y parecen juzgar su propia causa, pues sus obras están hechas de acuerdo con el gusto de la antigüedad: se les recusa.

* Deberían dedicarse a leer sus obras los expertos en la materia, para corregir y estimular.

No querer ser aconsejado ni corregido en la propia obra, es pedantería.

Un autor debe recibir con la misma modestia los elogios y las críticas que se hacen de sus obras.

* Entre todas las diferentes expresiones que pueden traducir uno solo de nuestros pensamientos, no hay más que una que sea la buena; no se la encuentra siempre al hablar o al escribir. Es cierto no obstante que existe, y que todo lo demás es débil y no satisface a un hombre de talento que quiere hacerse escuchar.

Un buen autor, que escribe con cuidado, comprueba con frecuencia que la expresión que buscaba hacía mucho tiempo, sin encontrarla, y que por fin encuentra, es la más sencilla, la más natural, la que parecía debió presentarse la primera, sin ningún esfuerzo.

Los que escriben a capricho se ven obligados a retocar sus obras, pues ese capricho o humor varía según las ocasiones y pierden pronto su simpatía por las expresiones o los términos que les gustaban más.

* La misma justeza de espíritu que nos hace escribir cosas buenas nos hace conocer que no lo son suficientemente para merecer ser leídas.

Un talento mediocre cree escribir divinamente; un talento bueno cree escribir razonablemente.

* Me han comprometido, dice *Aristo*, a leer mis obras a *Zoilo*, y yo lo he hecho; lo han captado desde el primer momento y antes de que haya tenido ocasión de encontrarlas malas, las ha alabado modestamente en mi presencia y después no ha vuelto a alabarlas delante de nadie. Yo le excuso y no pido más a un autor, y hasta le compadezco por haber escuchado cosas bellas que él no ha hecho.

Los que, por su condición, se encuentran exentos de los celos de autores, tienen pasiones o necesidades que los distraen o los vuelven fríos sobre las concepciones del prójimo. Casi nadie, por la disposición de su espíritu, de su corazón y de su fortuna, está en situación de entregarse al placer que da la perfección de una obra.

(5) Verosímilmente Carlos Perrault, de la Academia francesa, nacido en 1628 y muerto en 1703, autor del libro *Paralelo de los antiguos y de los modernos*, París 1688. El abate de Boisrobert y Desmarets de Saint-Sorlin habían sostenido, antes que Perrault, la tesis de la superioridad de los modernos.

(6) Estos *expertos* son Saint-Evremont, Huet, Hardouin, Freguler y sobre todo Boileau. Ver el curioso libro titulado *Querellas literarias*, etc. París, 1761, t. 11, p. 285.

* El placer de la crítica nos arrebata el de sentir una viva impresión ante las cosas muy buenas.

* Muchas gentes llegan a comprender el mérito de un manuscrito que se les lee, pero no pueden declararse en su favor, hasta ver cuál será su curso en el mundo una vez impreso, o cuál será su suerte entre los inteligentes. No aventuran sus sufragios y quieren ser llevados por la muchedumbre y arrastrados por la multitud. En ese caso, dicen que fueron los primeros que aprobaron aquella obra y que el público es de su misma opinión.

Esas gentes dejan escapar las más bellas ocasiones para convencernos de que tienen capacidad y luces, de que saben juzgar, encontrar bueno lo que es bueno y mejor lo que es mejor. Cae una hermosa obra entre sus manos; es una primera obra: el autor no se ha hecho todavía un gran nombre; no hay nada que prevenga en su favor; no se trata de hacer la corte o de adular a los grandes aplaudiendo sus escritos. No se os pide, *Zelotes*, que exclaméis: *Es una obra maestra de la inteligencia: la humanidad no va más lejos: no puede elevarse más la palabra humana: en lo porvenir no se juzgará del gusto de una persona sino en la proporción de lo que le guste esta obra;* frases exageradas, de mal gusto, que huelen a pensionado o a abadía, perjudiciales para lo que es loable y se quiere alabar. ¿Por qué no decir solamente: he ahí un buen libro? Lo decís, es verdad, con toda la Francia, con los extranjeros como con vuestros compatriotas, cuando está impreso en toda Europa y traducido a varios idiomas: ya no es tiempo (7).

* Algunos de los que han leído una obra citan ciertos rasgos cuyo sentido no han comprendido y que alteran con lo que ponen o con lo que dicen por su parte; y esos rasgos así corrompidos y desfigurados, que no son otra cosa que sus propios pensamientos y expresiones, los exponen a la censura, sostienen que son malos y todo el mundo conviene en que son malos; pero el lugar de la obra que esos críticos quieren citar, y que realmente no citan, no es peor.

* ¿Qué decís del libro de *Hermodoro*? Que es malo, responde *Antimo*. Que es malo, tan malo, continúa, que no es un libro que merezca se hable de él. ¿Pero lo habéis leído? No, dice *Antimo*. Mas no añade que *Fulvio* y *Melanio* lo han condenado sin haberlo leído y que él es amigo de *Fulvio* y de *Melanio*.

* *Arsenio* (8), desde las alturas de su talento, contempla a los hombres, y de tan lejos que los ve, está como asustado de su pequeñez. Alabado, exaltado y llevado hasta los cielos por ciertas gentes que se han puesto de acuerdo para admirarse recíprocamente, cree, con algún mérito que tiene, poseer todo aquello que se puede tener y que no tendrá jamás; preocupado y lleno de sus sublimes ideas, apenas se toma el trabajo de consultar algunos oráculos; elevado por su carácter sobre los juicios humanos, abandona a las almas comunes el mérito de una vida continuada y uniforme y sólo es responsable de sus inconstancias ante ese círculo de amigos que

(7) Algunos comentaristas piensan, y al parecer con razón, que La Bruyère, en este pasaje, alude a su propio libro.
(8) Según la clave, *Arsenio* sería el conde de Tréville.

las idolatran. Sólo ellos saben juzgar, saben pensar, saben escribir y deben escribir. No hay otra obra de la inteligencia, bien recibida en el mundo y universalmente saboreada por las gentes honradas, que él quiera, no digo aprobar, pero ni que se digne leer, incapaz de ser corregido por esta pintura, que no leerá.

* *Teócrino* sabe de las cosas bastante inútiles; tiene sentimientos siempre singulares; es menos profundo que metódico; sólo ejercita su memoria; es abstracto, desdeñoso y siempre parece reírse interiormente de los que cree no valen lo que él. Si la casualidad hace que yo le lea mi obra, él la escucha. ¿La he leído? El me habla de la suya. ¿Y de la vuestra, me diréis, qué piensa? Ya os lo he dicho: me habla de la suya.

* No hay obra tan acabada que no se fundiese por completo en medio de la crítica, si su autor quisiere escuchar a todos los censores, cada uno de los cuales suprime la parte que le gusta menos.

* Es una experiencia comprobada, que si se encuentran diez personas que suprimen de un libro una expresión o un sentimiento, se encuentran fácilmente otras diez que lo reclaman; éstas dicen: ¿Por qué suprimir ese pensamiento? Es nuevo, es bello y todo él admirable. Y los otros afirman, por el contrario, o que hubieran prescindido de ese pensamiento o que le hubieran dado otra forma. Hay un término, dicen los unos, en vuestra obra, que es preciso y que pinta la cosa al natural. Hay una palabra, dicen los otros, que es atrevida y que además no expresa bien lo que queréis hacer entender; y todos ellos hablan del mismo rasgo y de la misma palabra (9) y todos ellos son conceedores y pasan por tales. ¿Qué otro partido para un autor, que el de atreverse en ese caso a ser del parecer de los que aprueban?

* Un autor serio no está obligado a colmar su cerebro con todas las extravagancias, todas las indecencias, todas las malas palabras que se le pueden decir y con todas las ineptas aplicaciones que se le pueden hacer con motivo de algunos pasajes de su obra, y mucho menos a suprimirlos. Tiene el convencimiento de que, por escrupulosa que sea su exactitud en la manera de escribir, la burla fría de los malos burlones es un mal inevitable, y de que las mejores cosas sólo le sirven con frecuencia para hacerles encontrar una tontería.

* Para ciertos talentos vivos y decisivos, si se les creyese, estarían de más los términos necesarios para expresar los sentimientos; sería preciso hablarles por signos o hacerse entender sin hablar. Por mucho cuidado que se ponga en ser terminante y conciso y por mucha reputación que se tenga de serlo, os encuentran difuso. Hay que dejarles que suplan todo y escribir sólo para ellos: conciben un período por la palabra que lo comienza, y por un período todo un capítulo; les habéis leído un solo trozo de la obra y ya es bastante: están en el secreto y entienden la obra. Un tejido de enigmas les resultaría una lectura divertida, y es lamentable para ellos que ese estilo desfigurado que los embarga sea raro y que pocos escritores se acomoden a él. Las comparaciones sacadas de un río cuyo curso, aunque rápido, es igual y uniforme, o de un incendio que impelido

(9) Molière, *Crítica de la Escuela de las Mujeres.*

por el viento se esparce a lo lejos en un bosque y consume los robles y los pinos, no les dan ninguna idea de la elocuencia. Mostradles un fuego griego que les sorprenda, o un relámpago que les deslumbre y lo admirarán como bueno y hermoso.

* ¡Qué prodigiosa distancia entre una obra bella y una obra perfecta o regular! Yo no sé si se ha encontrado alguna de este último género. Es tal vez menos difícil a los raros genios encontrar lo grande y lo sublime, que evitar toda clase de faltas. El *Cid*, cuando nació, fué unánimamente admirado; fué más fuerte que la autoridad y la política que intentaron vanamente destruirlo; reunió en su favor opiniones y sentimientos siempre en discordia: a los grandes y al pueblo; todos se pusieron de acuerdo para aprenderlo de memoria y para hacer que en el teatro los actores lo reciten. El *Cid* es, en fin, uno de los más bellos poemas que se han podido crear; y una de las mejores críticas que se haya hecho a propósito de un asunto, es la del *Cid*.

* Cuando una lectura os eleva el espíritu y os inspira sentimientos nobles y elevados, no busquéis otra regla para juzgar la obra: es buena y está hecha de mano maestra.

* *Capys*, que se erige en juez del buen estilo y que cree escribir como BOUHOURS y RABUTÍN, desoye la voz del pueblo y dice él solo que *Damis* no es un buen autor. Damis acata a la multitud y dice ingenuamente con el público que Capys (10) es un escritor frío.

* El deber del noticiero es decir: Ha aparecido un libro impreso en casa de Cramoisy, en tales caracteres; el papel es bueno y está bien encuadernado; se vende a tanto. Debe saber hasta la muestra anunciadora del librero que lo vende, pero es una locura que trate de hacer la crítica de ese libro.

Lo sublime del noticiero es el razonamiento hueco sobre la política.

El noticiero se acuesta tranquilamente por la noche sobre una noticia que se corrompe durante el sueño y que tiene que abandonar por la mañana al despertarse.

* El filósofo consume su vida observando a los hombres y emplea su talento en desembrollar los vicios y el ridículo. Si da cierta forma a sus pensamientos, es menos por vanidad de autor que por colocar una verdad que ha juzgado necesaria para causar la impresión que debe servir a su designio. Algunos lectores creen, no obstante, pagarle con usura diciendo magistralmente que han leído su libro y que tiene ingenio; pero él les devuelve todos sus elogios, que no ha buscado con su trabajo y sus desvelos. Tiene proyectos de mayor alcance y obra con un fin más elevado: espera de los hombres un éxito más grande y más raro que las alabanzas y las recompensas, que es el de volverlos mejores.

* Los tontos leen un libro y no lo entienden. Los de talento mediocre creen entenderlo a la perfección; los grandes talentos no lo entienden algunas veces completamente; encuentran obscuro lo que es obscuro, como encuentran claro lo que es claro. Los pedantes quieren encontrar obscuro lo que no lo es y no entender lo que es perfectamente inteligible.

* Un autor trata vanamente de ser admirado por su obra. Los

(10) Según las claves, *Capys* sería Boursault, y *Damis* Boileau.

tontos admiran algunas veces, pero son tontos. Las personas de talento tienen en sí las semillas de todas las verdades y de todos los sentimientos; nada les es nuevo; admiran poco y se limitan a aprobar.

* Yo no sé si podrá ponerse en las cartas más talento, más sutileza, más gracia y mejor estilo que los que se observan en las de BALZAC (11) y de VOITURE (12). Están vacías de sentimientos que no han reinado hasta después de su época y que deben a las mujeres su nacimiento. Este sexo va más lejos que el nuestro en dicho género de escritura (13), pues las mujeres encuentran en su pluma giros y expresiones que frecuentemente no encontramos nosotros sino después de un largo trabajo y de una busca penosa: son felices en la elección de términos, los cuales colocan con tal justeza, que, por muy conocidos que sean, tienen el encanto de la novedad y parecen estar hechos únicamente para el uso a que ellas los destinan. Es exclusivo de ellas el hacer que se lea en una sola palabra todo un sentimiento y expresar delicadamente un concepto delicado; tienen un encadenamiento de discurso inimitable, que se sigue naturalmente y que sólo está ligado por el sentido. Si las mujeres fuesen siempre correctas, me atrevería a decir que las cartas de algunas de ellas quizá serían lo mejor escrito que tenemos en nuestra lengua.

* Sólo le faltaba a TERENCIO ser menos frío. ¡Qué pureza!, ¡qué exactitud!, ¡qué cortesía!, ¡qué elegancia!, ¡qué caracteres! Sólo le ha faltado a MOLIÈRE evitar la jerga y el barbarismo (14) y escribir con pureza. ¡Qué fuego!, ¡qué ingenuidad!, ¡qué manantial de broma de buen género!, ¡qué imitación de las costumbres!, ¡qué imágenes y qué azote del ridículo! ¡Qué hombre podría haberse formado con esos dos autores dramáticos!

* He leído a MALHERBE y a TEÓFILO. Los dos han conocido la naturaleza, con la diferencia de que el primero, de un estilo lleno y uniforme, enseña todo a la vez, lo que hay de más bello y de más noble, de más ingenuo y de más sencillo y hace de ello la pintura o la historia. El otro, sin saber elegir, sin exactitud, con una pluma libre y desigual, tan pronto recarga sus descripciones con pesados detalles realizando una labor anatómica, como funde, exagera, va más allá de la verdad en la naturaleza y hace una verdadera novela.

* RONSARD y BALZAC han tenido, cada uno en su género, bastante de bueno y de malo para formar con ellos muy grandes hombres en verso y prosa.

* MAROT, por su giro y por su estilo, parece haber escrito después de RONSARD. Entre aquél y nosotros no hay más diferencia que la de algunas palabras.

* RONSARD y los autores contemporáneos han perjudicado más bien

(11) Juan Luis Guez, señor de Balzac, nacido en Angulema, en 1594; muerto en 1655.

(12) Vicente Voiture, de la Academia francesa, nacido en Amiens, en 1598; muerto en 1648.

(13) Las *Cartas* de madama de Sévigné fueron publicadas posteriormente a la muerte de La Bruyère, pero como habían circulado algunas copias, es de creer que nuestro autor las conocía. Voltaire es de igual opinión respecto al talento epistolar de las mujeres. La correspondencia de madama de Maintenón confirma una vez más el juicio expresado en este artículo.

(14) *El barbarismo*, palabras que no figuran en las ocho primeras ediciones. Ha causado sorpresa, con razón, el reproche que nuestro autor dirige aquí a Molière.

que favorecido al estilo. Han retrasado el camino de la perfección y lo han expuesto a perderlo para siempre y a no volver a él. Es asombroso que las obras de MAROT (15), tan naturales y tan fáciles, no hayan sabido hacer de RONSARD, por lo demás tan lleno de verbo y de entusiasmo, un poeta más grande que Ronsard y que Marot; y que por el contrario BELLEAU, JODELLE, y BARTAS (16) hayan sido seguidos inmediatamente por un RACÁN y un MALHERBE y que nuestra lengua, apenas corrompida, se haya visto reparada.

* MAROT y RABELAIS no tienen excusa por haber sembrado la basura en sus escritos, pues ambos tenían bastante genio y disposición natural para poder prescindir de ello aun con respecto a los que buscan menos la admiración que la risa en un autor. RABELAIS, sobre todo, es incomprensible; su libro es un enigma, y dígase lo que se diga, es inexplicable; es una quimera, es la cara de una mujer hermosa, con pies de un animal deforme y cola de serpiente; es un monstruoso conjunto de una moral fina e ingeniosa y de una sucia corrupción. Donde es malo, traspasa los límites de lo peor; es el encanto de la canalla. Donde es bueno, va hasta lo exquisito y lo excelente y puede ser el manjar de los más delicados.

* Dos escritores (17), en sus obras, han criticado a MONTAGNE, al que yo, lo mismo que ellos, no creo libre de crítica; parece que ninguno de los dos lo ha estimado en modo alguno. Uno de ellos no pensaba bastante para saborear a un autor que piensa mucho: el otro pensaba muy sutilmente para acomodarse a pensamientos que son naturales.

* Un estilo grave, serio, escrupuloso, va muy lejos; se lee a AMYOT (18) y a COEFFETEAU (19), ¿quién de sus contemporáneos los leía? BALZAC, por los términos y por la expresión, es menos que VOITURE; pero si este último, por el giro, por el espíritu y por lo natural, no es moderno y no se parece en nada a nuestros escritores, es porque les ha sido más fácil descuidarlo que imitarlo y el corto número de los que corren detrás de él no puede alcanzarlo.

* El M$^{\text{ERE}}$ G$^{\text{RE}}$ (20) está inmediatamente por encima de la nada. Hay otras obras que se le parecen. Hay tanta invención en enriquecerse con un libro estúpido, como estupidez en comprarlo: es ignorar el gusto del pueblo no aventurar alguna vez grandes tonterías.

* Bien se ve que la *Opera* es el bosquejo de un gran espectáculo, del que da idea.

(15) Marot, nacido en Cahors, en 1495; muerto en Turín en 1544.

(16) Belleau, nacido en Nogent-le-Rotrou, en 1528; muerto en 1577. — Jodelle, nacido en París, en 1532; muerto en 1574. — Du Bartas, nacido en 1544; muerto en 1590. Estos tres escritores, como se ve por las fechas, pertenecen por completo al siglo XVI, mientras que Racán y Malherbe pertenecen en parte al siglo siguiente. En efecto, Malherbe, nacido en 1555, murió en 1628, y Racán, nacido en 1589, murió en 1670.

(17) Nicole y Malebranche, según Destailleurs; Balzac y Malebranche, según Sainte-Beuve.

(18) Santiago Amyot, nacido en Melun, en 1513, obispo de Auxterre, traductor de narraciones griegas, de las *Vidas* y de las *Obras Morales de Plutarco*; muerto en 1593.

(19) Nicolás Coeffeteau, nacido en Saint-Calais, en 1574; obispo de Marsella en 1621; muerto en 1623, dejó diversas obras de controversia y una traducción de Floro, publicada en 1621.

(20) El M$^{\text{ere}}$ G$^{\text{re}}$, el *Mercurio Galante*, empezado en 1672 por de Visé, y continuado hasta 1716 por Dufresny y Lefebvre de Fontenay. Esta recopilación forma una serie de 571 vol. en 12º

Yo no sé cómo la *Opera*, con una música tan perfecta y con un lujo tan regio, ha podido llegar a aburrirme (21).

Hay pasajes de la *Opera* que dejan desear otros. Algunas veces se desea el fin del espectáculo por falta de teatro, de acción y de cosas que interesen.

La *Opera*, hasta el día de hoy, no es un poema, sino unos versos; ni un espectáculo, desde que las máquinas han desaparecido por el buen gobierno de *Anfion* (22) y de su raza: es un concierto o son voces sostenidas por los instrumentos. Es engañarse y cultivar un mal gusto el decir, como se dice, que el artificio no es más que una diversión de niños y que no conviene más que a los muñecos. El artificio aumenta y embellece la ficción y sostiene en los espectáculos esa dulce ilusión que es todo el placer del teatro, donde pone también lo maravilloso. No necesitan vuelos, ni carros ni transformaciones las Berenices (23), ni Penelope (24), pero lo necesitan las *Operas*, pues lo propio de ese espectáculo es mantener la mente, los ojos y los oídos en igual encantamiento.

* Han hecho el teatro esos diligentes (25), los artificios, los bailables, los versos, la música, todo el espectáculo, hasta la sala en que se da la representación, es decir el tejado y las cuatro paredes sobre sus cimientos. ¿Quién duda que la caza en el agua, el encantamiento de la mesa (26), la maravilla del laberinto (27), no sean también de su invención? Juzgo de ello por las actitudes que adoptan y por el aire contento con que se aplauden por el éxito. Si me equivoco y ellos no han contribuído en nada a esa fiesta tan soberbia (28), tan galante, tan largamente sostenida, en la que ha bastado uno solo para el proyecto y para el gasto, yo admiro dos cosas: la tranquilidad y la calma del que ha removido todo, como la confusión de los que no han hecho nada.

* Los conocedores, o los que se creen tales, se dan voz deliberadora y decisiva sobre los espectáculos, se acantonan también y se dividen en partidos contrarios, de los que cada uno, impulsado por un interés que no es el del público ni el de la equidad, admira cierto poema o cierta música y silba a todo lo demás. Perjudican

(21) La Bruyère, que osó calificar la ópera como fastidiosa, produjo casi el mismo escándalo que J. J. Rousseau cuando escribió que no teníamos música. (La Harpe.)

Fué el cardenal Mazarino quien introdujo la ópera en Francia. Hizo venir una compañía italiana que representó en 1645, en el *Petit-Bourbon*, ante la corte, una especie de ópera bufa de Strozzi. En 1647 fueron llamados otros actores italianos, y una tercera compañía figuró en las fiestas de la boda de Luis XIV.

(22) Lulli y sus imitadores.

(23) La *Berenice* de Corneille y la de Racine.

(24) La *Penelope* del abate Genest, representada en 1684.

(25) Se refiere a los organizadores de la fiesta a que se hace mención en este párrafo.

(26) Cita de caza en el bosque de Chantilly. *(Nota de La Bruyère.)*

(27) Banquete de mucho ingenio, servido en el laberinto de Chantilly. *(Nota de La Bruyère.)*

(28) Trátase de una fiesta que duró ocho días y que fué ofrecida, en 1688, por el hijo del gran Condé, Enrique Julio de Borbón, príncipe de Condé, a Luis, Delfín, llamado *Monseñor*, único hijo que tuvo Luis XIV de su esposa María Teresa de Austria. El Delfín, nacido en 1661, murió en 1711; era discípulo de Bossuet y del señor de Montausier. El *Mercurio Galante*, al reseñar esta fiesta, había atribuído la organización al arquitecto Juan Belain y a algunos otros empleados. La Bruyère restituye aquí toda la dirección al príncipe de Condé, y saca de ello oportunidad para burlarse de los «importantes».

igualmente, con ese calor en la defensa de sus prevenciones, a la facción opuesta y a sus propias cábalas: desaniman con mil contradicciones a los poetas y a los músicos y retardan los progresos de las ciencias y de las artes, arrebatándoles el fruto que podrían sacar de la emulación y de la libertad que tendrían varios excelentes maestros para hacer, cada uno en su género y según su genio, obras muy bellas.

* ¿A qué se debe que se ría tan libremente en el teatro y que se tenga vergüenza de llorar en el mismo sitio? ¿Es menos natural enternecerse ante lo lastimoso que regocijarse con lo ridículo? ¿Será acaso la alteración de las facciones la que nos contiene? Esa alteración es más grande en una risa inmoderada que en un amargo dolor, y tanto se descompone la cara para reír como para llorar, en la presencia de los grandes y de todos aquellos a quienes se respeta. ¿Acaso es una pena dejar ver que se es tierno y demostrar alguna debilidad, sobre todo en asunto ficticio en que uno se ve parecido a la víctima? Pero sin citar las personas graves o los espíritus fuertes que encuentran debilidad en una risa excesiva lo mismo que en el llanto y que se privan de ambos, ¿qué puede esperarse de una escena trágica? ¿Que haga reír? Y por otra parte, ¿la verdad no reina tan vivamente por sus imágenes como en lo cómico? ¿No va el alma hasta la verdad en uno y otro género, y no debe conmoverse? ¿Es tan fácil de contentar? ¿No necesita también lo verosímil? Así como no es una cosa ridícula oír que se eleva de todo un anfiteatro una risa universal en algún pasaje de una comedia, sino que eso supone, por el contrario, que es agradable y que está ejecutada muy ingenuamente, la extrema violencia que cada uno se hace para contener sus lágrimas, y las malas risas con las que se las quiere cubrir, bien claro prueban que el efecto natural de lo trágico sería hacer llorar a todos francamente y a la vez, a la vista el uno del otro y sin más molestia que la de secarse las lágrimas, además de que, ya convenido el poder abandonarse a ellas, se temería menos llorar en el teatro que aburrirse en el mismo sitio.

* El poema trágico os oprime el corazón desde su comienzo, os deja apenas durante todo su desarrollo la libertad de respirar y el tiempo de reponeros; o si os concede algún alivio es para volver a hundiros en nuevos abismos y en nuevas alarmas. Os induce al terror por la piedad o recíprocamente a la piedad por lo terrible; os lleva por las lágrimas, por los sollozos, por la incertidumbre, por la esperanza, por el temor, por la sorpresa y por el horror hasta la catástrofe. No es un tejido de amables sentimientos, de tiernas declaraciones, de conversaciones galantes, de retratos agradables, de palabras dulzonas o algunas veces bastante cómicas para hacer reír, seguido en verdad de una última escena (29) donde los amotinados no atienden ninguna razón, y donde, porque así conviene, se llega finalmente a verter la sangre de algún desdichado que paga con su vida.

* No es suficiente que las costumbres del teatro no sean malas; es preciso también que sean decentes e instructivas. Puede haber en él un ridículo tan bajo y tan grosero o tan insípido y tan indi-

(29) Sedición, desenlace vulgar de las tragedias. *(Nota de La Bruyère.)*

ferente, que no sea dable al poeta prestarle atención, ni posible divertirse a los espectadores. El campesino o el borracho suministran algunas escenas a un comediante, pero apenas entran en lo verdaderamente cómico. ¿Cómo podrían hacer el fondo o la acción principal de la comedia? Esos caracteres, según dicen, son naturales: por esa regla, pronto invadirían todos los escenarios el lacayo que silba, el enfermo en apremios de vientre, el borracho que duerme o que vomita.... ¿hay algo más natural que eso? Es propio de un afeminado levantarse tarde, pasar una parte del día dedicado a su arreglo personal, a mirarse en el espejo, perfumarse, sacudirse las moscas, recibir billetes y contestarlos; poned eso en escena, y cuanto más lo hagáis durar, un acto, dos actos, será más natural y conforme a su original, pero también será más frío y más insípido.

* Parece que la novela y la comedia podrían ser tan útiles como son perjudiciales. Vense en ellas grandes ejemplos de constancia, de virtud, de ternura y de desinterés, caracteres tan bellos y perfectos, que cuando una joven echase su vista sobre todo lo que le rodea, y no encontrase más que sujetos indignos y muy por debajo de lo que acaba de admirar, sería extraño que se sintiese capaz por ellos de la menor debilidad.

* CORNEILLE no puede ser igualado en los pasajes donde sobresale; muestra en ellos un carácter original e inimitable; pero es desigual. Sus primeras comedias son secas, lánguidas y no dejan esperar que en seguida pueda ir tan lejos; así como también sus últimas producen el asombro de que haya podido caer desde tan arriba. En algunas de sus mejores obras hay faltas inexcusables contra las costumbres; un estilo de declamador que detiene la acción y la hace languidecer; negligencia en los versos y en la expresión, que no se pueden comprender en tan grande hombre. Lo que ha habido en él de más eminente, es el talento sublime que tenía y al que se deben unos versos los más felices que se hayan leído en parte alguna, y asimismo la conducción de su teatro, que algunas veces ha aventurado contra las reglas de los antiguos, y en fin, sus desenlaces; porque no siempre se sujetó al gusto de los griegos y a su gran simplicidad, sino que le plugo, por el contrario, recargar la escena de acontecimientos, de los que casi siempre salió con éxito; admirable, sobre todo, por la extrema variedad y la poca semejanza en la intención que se observa en el crecido número de poemas que compuso. Parece que hubiese más similitud en los de RACINE, y que tendiesen un poco más a una misma cosa; pero él es igual, constante, siempre el mismo en todo, sea por el argumento y el desarrollo de sus piezas, que son justas, regulares, impregnadas de buen sentido y de naturalidad, sea por la versificación que es correcta, rica en sus rimas, elegante, numerosa, armoniosa: exacto imitador de los antiguos, de los que ha seguido escrupulosamente la nitidez y la simplicidad de la acción, a la que lo grande y lo maravilloso no han faltado, como tampoco a Corneille lo conmovedor y lo patético. ¿Qué mayor ternura que la que se extiende por todo el *Cid*, por *Polieucto* y por los *Horacios*? ¿Qué grandeza no se echa de ver en *Mitrídates*, en *Porus* y en *Burrhus*? Aquellas pasiones todavía favoritas de los antiguos, que a los trágicos les agradaba excitar en los teatros, y que se llaman el terror y la piedad, han sido conocidas de esos dos

poetas. La *Andrómaca*, de Racine, y *Fedra*, del mismo autor, como el *Edipo* y los *Horacios* de Corneille, son la prueba de ello. Si a pesar de todo es permitido hacer entre ellos alguna comparación y señalar en uno y otro lo que les es más propio y lo que brilla más en sus obras, tal vez se podría hablar así: Corneille nos esclaviza a sus ideas y a sus caracteres; Racine se conforma con los nuestros; aquél pinta a los hombres como deben ser; éste los pinta tal como son (30). Hay más en el primero de lo que se admira y de lo que se debe imitar; mientras que en el segundo hay más de aquello que se reconoce en los demás o se experimenta en sí mismo. El uno eleva, admira, subyuga, instruye; el otro agrada, conmueve, impresiona, penetra. Lo que hay de más bello, de más noble y de más imperioso en la razón, es manejado por el primero; y por el otro lo que hay de más halagador y de más delicado en la pasión. Encontramos en aquél, máximas, reglas, preceptos; y en éste, gusto y sentimiento. Se está más absorto ante las obras de Corneille y más conmovido, más enternecido ante las de Racine. Corneille es más moral; Racine más natural. Parece que uno imita a Sófocles y el otro debe más a Eurípides.

* El pueblo llama elocuencia a la facilidad que algunos tienen para hablar solos durante largo tiempo, con gesto entusiasta, voz sonora y fuerza en los pulmones. Los pedantes no la admiten más que en el discurso oratorio y no la distinguen del amontonamiento de figuras, del empleo de grandes palabras, de la redondez de los períodos.

Parece que la lógica es el arte de convencer de cualquier verdad, y la elocuencia un don del alma que nos hace dueños del corazón y de la inteligencia de los demás; que hace que les inspiremos o que les persuadamos de todo los que nos plazca.

La elocuencia puede encontrarse en las conversaciones o pláticas y en toda clase de escritos. Se encuentra raramente donde se la busca y está algunas veces donde no se la busca.

La elocuencia es a lo sublime lo que el todo a la parte.

¿Qué es lo sublime? No parece que haya sido definido. ¿Es una figura? ¿Nace de las figuras o por lo menos de algunas figuras? ¿En toda especie de escritura cabe lo sublime o sólo son capaces de dicha calidad los grandes asuntos? ¿En la égloga puede brillar otra cosa que lo bello natural y en las cartas familiares y en las conversaciones, algo que no sea una gran delicadeza? O más bien: lo natural y lo delicado, ¿no son lo sublime de las obras cuya perfección realizaron? ¿Qué es lo sublime? ¿Dónde entra lo sublime?

Los sinónimos consisten en varias dicciones o varias frases diferentes que significan una misma cosa. La antítesis es una oposición de dos verdades que nacen la una de la otra. La metáfora o la comparación toma de una cosa extraña la imagen sensible y natural de una verdad. La hipérbole va más allá de la verdad, para impulsar a la inteligencia a conocerla mejor. Lo sublime sólo pinta la verdad, pero en un asunto noble y la pinta toda entera en su causa y en su efecto; es la expresión o imagen más digna de esa verdad. Los espí-

(30) Esta decisión de La Bruyère, ha sido fuente de gran número de disertaciones. «Esto es deslumbrante — dice Voltaire —, pero es muy falso».

ritus mediocres no encuentran la única expresión y emplean los sinónimos. Los jóvenes se deslumbran por el resplandor de la antítesis y se sirven de ella. A los espíritus justos, les gusta hacer imágenes que sean precisas y dan naturalmente en la comparación y en la metáfora.

Los espíritus vivos, llenos de fuego, a los que una vasta imaginación conduce fuera de las reglas y de la justeza, no pueden saciarse de la hipérbole. Sólo los más elevados, aun entre los grandes genios, son capaces de lo sublime.

* Todo escritor, para escribir netamente, debe ponerse en el lugar de sus lectores, examinar su propia obra como algo que le es nuevo, que lee por primera vez y en la que no tiene parte alguna, como si el autor la hubiera sometido a su crítica; y persuadirse después de que si entiende lo que ha escrito, no es porque sea suyo, sino porque es realmente inteligible.

* No se escribe sólo para ser entendido, pero por lo menos es preciso, cuando se escribe, hacer entender cosas bellas. Se debe tener una dicción pura y usar términos que sean propios, es verdad; pero es preciso que esos términos tan propios expresen pensamientos nobles, vivos, sólidos y que encierren un sentido muy hermoso. El hacer servir la pureza y la claridad del discurso a una materia árida, sosa, sin utilidad y sin novedad, es hacer mal uso de esa pureza y de esa claridad. ¿De qué sirve a los lectores comprender fácilmente y sin pena cosas frívolas y pueriles, a veces insípidas y comunes y conocer bien el pensamiento de un autor cuya obra nos fastidia?

Si se advierte alguna profundidad en ciertos escritos, si se afecta una finura de giro y algunas veces una delicadeza demasiado grande, no es más que por la buena opinión que se tiene de sus lectores.

* Se experimenta esa incomodidad en la lectura de libros hechos por gentes de partido y de cábala en los que no se ve siempre la verdad. Los hechos están allí disfrazados; las razones recíprocas no se emplean con toda su fuerza, ni con entera exactitud; y lo que acaba con la más extraordinaria paciencia es que es preciso leer un gran número de términos duros e injuriosos que se dicen de los hombres graves y que un punto de doctrina o un hecho discutido es origen de una querella personal. Esas obras tienen la particularidad de que no merecen ni la boga prodigiosa que tienen durante cierto tiempo, ni el profundo olvido en que caen, cuando al extinguirse el fuego y la división, llegan a ser como almanaques del año anterior.

* La gloria o el mérito de ciertos hombres está en escribir bien, y la de algunos otros, en no escribir.

* Se escribe regularmente desde hace veinte años: se es esclavo de la construcción; se ha enriquecido la lengua con nuevas palabras, se ha sacudido el yugo del latinismo y reducido el estilo a la frase puramente francesa; se ha vuelto a encontrar casi el número de las que MALHERBE y BALZAC hallaron los primeros y que tantos autores dejaron después que se perdieran. Se ha puesto por fin en el discurso todo el orden y toda la limpieza de que se es capaz: eso conduce insensiblemente a poner ingenio en lo que se escribe.

* Hay profesionales o expertos, cuyo talento es tan vasto como el arte y la ciencia que profesan; restituyen con creces por el genio, por la invención, lo que han recibido de ese arte o de esa ciencia

y de sus principios. Salen del arte para ennoblecerlo: se apartan de las reglas si no les conducen a lo grande y a lo sublime. Marchan solos, sin compañía, pero llegan muy arriba y penetran muy lejos, siempre seguros y confirmados por el éxito de las ventajas que han sacado algunas veces de la irregularidad. Los ingenios o talentos justos, dulces, moderados, no solamente no les alcanzan, ni les admiran, sino que no les comprenden y menos aún quisieran imitarles. Viven tranquilos dentro de su esfera y llegan hasta cierto punto que forma los límites de su capacidad y de sus luces. No van más lejos, porque no ven nada más allá. Pueden, a lo más, ser los primeros de una segunda clase y superar a los mediocres.

* Hay ingenios, si me atrevo a decirlo, inferiores y subalternos, que parecen hechos únicamente para ser la colección, el registro o el almacén de todos los productos de otros géneros; son plagiarios, traductores, compiladores; no piensan, y dicen sólo lo que los otros han pensado y, como la elección de los pensamientos es una invención, la hacen mal, con poca justeza, lo que les lleva más bien a producir muchas cosas que cosas excelentes. No tienen nada de original o que les pertenezca; no saben más que lo que han aprendido y no aprenden más que lo que todo el mundo está conforme en ignorar; una ciencia vana, árida, desprovista de agrado y de utilidad, que no se emplea en la conversación y que, como una moneda que no está en circulación, se halla fuera del comercio. Simultáneamente se asombra uno de su lectura y se fastidia con sus obras y su conversación. Esos son los que los grandes y el vulgo confunden con los sabios y los que los prudentes clasifican como pedantes.

* La crítica muchas veces no es una ciencia sino un oficio para el que hace falta más salud que talento, más trabajo que capacidad, más costumbre que genio. Si procede de un hombre que tiene menos discernimiento que erudición y se ejerce sobre ciertos capítulos, corrompe a los lectores y al escritor.

* Yo aconsejo a un autor nacido copista y que tiene la extrema modestia de trabajar siguiendo a alguno, que escoja obras de ingenio, de imaginación y hasta de erudición. Si no alcanza a los autores originales, se aproximará por lo menos a ellos y se hará leer. Debe, por el contrario, evitar como un escollo imitar a los que escriben por humor, a los que hace hablar el corazón, a los que sacan, por decirlo así, de sus entrañas todo lo que expresan en el papel: peligrosos modelos muy a propósito para hacer caer en la frialdad, en la bajeza y en el ridículo a los que se empeñan en seguirles. Yo me reiría de un hombre que quisiera seriamente hablar con mi tono de voz o parecérseme en la fisonomía.

* Un hombre nacido cristiano y francés se enruentra constreñido en la sátira; los grandes asuntos le están prohibidos; los inicia algunas veces y cae en seguida sobre cosas pequeñas a las que da relieve con su genio y su estilo.

* Es preciso evitar el estilo vano y pueril, por temor de parecerse a *Dorilas* (31) y a *Handburg* (32). Se puede, por el contrario, en

(31) *Dorilas*, probablemente el historiador Varillas, nacido en Guéret en 1624; muerto en 1696.

(32) *Handburg*, el padre Mainburg, jesuita, nacido en Nancy, en 1620; muerto en 1686, autor de una *Historia de las Cruzadas* y de otras obras sobre historia religiosa.

cierta clase de escritos, aventurar determinadas expresiones, pasar términos traspuestos y que pinten vivamente y compadecerse de los que no sienten el placer que existe en servirse de ellos o en entenderlos.

* El que cuando escribe no tiene en cuenta sino el gusto de su siglo, piensa más en su persona que en sus escritos. Es preciso tender siempre a la perfección y entonces esta justicia que algunas veces nos rehusan nuestros contemporáneos, sabrá rendírnosla la posteridad.

* No se debe usar el ridículo donde no lo hay, pues eso equivale a estropear el gusto propio, a corromper su juicio y el de los demás. Pero es preciso ver el ridículo que haya en cualquier sitio y servirse de él con gracia y de una manera que agrade y que instruya.

* HORACIO, o DESPRÉAUX, lo han dicho antes que vosotros. Yo lo creo porque así lo decís, pero yo lo he dicho como mío. ¿No puedo pensar respecto de ellos una cosa verdadera y ocurrir que otros la piensen también después de mí (33)?

(33) La verdad y la razón son comunes a cada cual, y no pertenecen más a quien las dijo primero que a quien las ha dicho después. (MONTAIGNE, *Ensayos*, libro I, capítulo XXV.)

DEL MERITO PERSONAL

* ¿Quién puede, por raro que sea su talento y excelente su mérito, no estar convencido de su inutilidad, cuando considere que, al morir, ha de dejar un mundo que no sienta su pérdida y en el que se encuentran tantas gentes para reemplazarle?

* En muchas gentes, sólo el nombre vale algo. Cuando las veis de muy cerca, valen menos que nada; de lejos imponen.

* Por muy persuadido que yo esté de que han sido bien escogidos por su genio y por su profesión los que desempeñan los diferentes empleos, me atrevo a decir que es muy probable que existan en el mundo muchas personas, conocidas o desconocidas, a las que no se las emplea y que lo harían muy bien (1); y me induce a juzgarlo así el éxito maravilloso de ciertas gentes a las que la casualidad ha colocado y que hasta aquel momento no habían realizado grandes cosas.

¡Cuántos hombres admirables y que eran verdaderos genios, han muerto sin que se haya hablado de ellos! ¡Cuántos viven todavía, de los que no se ha hablado ni se hablará jamás!

* ¡Qué horrible pena la de un hombre que no tiene a nadie que encomie sus condiciones, que no está adscrito a ningún cuerpo, sino que está solo y sin más que mucho mérito por toda recomendación y tiene que hacerse luz a través de la obscuridad donde se encuentra para llegar al nivel de un fatuo que está acreditado!

* Casi nadie se da cuenta por sí mismo del mérito de su prójimo. Los hombres están demasiado ocupados de sí mismos para poder penetrar en los demás o discernir sus condiciones; por esa razón, con un gran mérito y una gran modestia, se puede permanecer largo tiempo ignorado.

* El genio y el gran talento, carecen con frecuencia de la ocasión de manifestarse. Unos pueden ser alabados por lo que han hecho y otros por lo que hubieran hecho.

* Es más fácil encontrar talento que gentes que se sirven de él o que hacen valer el de los demás y lo dedican a algún uso.

* Hay más herramientas que obreros y entre los obreros abundan más los malos que los excelentes. ¿Qué pensaríais del que quisiera aserrar con una garlopa y del que tomara la sierra para cepillar la madera?

* No hay en el mundo oficio más penoso que el de hacerse un gran nombre, pues se acaba la vida sin iniciar apenas la obra.

(1) La naturaleza hace el mérito, y la fortuna lo pone en función. (La Rochefoucauld.)

* ¿Qué hacer de *Egésipo* que pide un empleo? ¿Lo ocuparemos en las finanzas o en el ejército? Eso es indiferente; debe ser el interés el que decida, porque *Egésipo* es tan capaz para manejar el dinero o hacer las cuentas, como para llevar las armas. Es bueno para todo, dicen sus amigos, lo que siempre significa que no tiene más disposición para una cosa que para otra, o en otros términos, que no es a propósito para nada. Así la mayor parte de los hombres que se ocupan solamente de ellos en su juventud, que están corrompidos por la pereza y por el placer, creen falsamente en una edad más avanzada, en que les bastará ser inútiles o hallarse en la indigencia para que la república esté comprometida a colocarlos o a socorrerlos; y aprovechan raramente la lección tan importante de que los hombres deberían emplear los primeros años de su vida en llegar a ser tales hombres por su estudio y por su trabajo, para que la misma república tuviese necesidad de su industria y de sus luces; que fuesen como una pieza necesaria para todo su edificio y que ella se encontrase en condiciones, por las propias cualidades de ellos, de hacer su fortuna o mejorarla.

Debemos trabajar para hacernos bien dignos de algún empleo; el resto no nos incumbe: es asunto de los demás.

* Hacerse valer por cosas que no dependen de los demás sino de sí mismo, o renunciar a hacerse valer: máxima inestimable y de un recurso infinito en la práctica, útil a los débiles, a los virtuosos, a los que tienen talento, que se convierten, mediante esa máxima, en dueños de su fortuna o de su reposo; perniciosa para los grandes, que verán disminuida su corte o mejor dicho el número de sus esclavos; que hará caer su orgullo con una parte de su autoridad y los reducirá casi a sus pasatiempos y a su servidumbre; que les privará del placer que sienten de hacerse rogar y solicitar, de hacerse esperar o de rehusar, de prometer y de no dar; que se opondrá al gusto que tienen algunas veces de poner a los idiotas a la vista y en aniquilar el mérito cuando llegan a conocerlo; que barrerá de las cortes las intrigas, las cábalas, los malos oficios, la bajeza, la adulación, la maldad; que hará de una corte tormentosa, llena de movimientos y de intrigas, como una pieza cómica o trágica en la que los prudentes serán los espectadores; que restituirá la dignidad a las diferentes condiciones de los hombres y la serenidad a su fisonomía; que extenderá su libertad; que despertará en ellos, con el talento natural, el hábito del trabajo y del ejercicio; que les excitará a la emulación, al deseo de la gloria, al amor a la virtud; que, en lugar de cortesanos viles, inquietos, inútiles y con frecuencia onerosos a la república, hará hombres prudentes y económicos, o excelentes padres de familia, o jueces íntegros, o buenos oficiales, o grandes capitanes, u oradores, o filósofos y que no producirá a todos ningún otro inconveniente, como no sea, tal vez, el de dejar a sus herederos menos tesoros que buenos ejemplos.

* Hace falta en Francia mucha firmeza y un gran talento para prescindir de los cargos y los empleos y consentir en quedarse en casa y en no hacer nada. Casi nadie tiene suficiente mérito para desempeñar ese papel con dignidad ni bastantes fondos para llenar el vacío del tiempo, sin lo que el vulgo llama los negocios. No falta, sin embargo, para la ociosidad del prudente, más que un mejor

nombre y que el meditar, hablar, leer y estar tranquilo, se llame trabajar.

* Un hombre de mérito, que está empleado, nunca se halla incómodo por su vanidad; se aturde menos por el puesto que ocupa que lo que se humilla por no desempeñar otro mejor, del que se cree digno; más capaz de inquietud que de altivez o de desprecio por los demás, sólo gravita sobre sí mismo.

* Cuesta a un hombre de mérito hacer asiduamente la corte, pero por una razón bien opuesta a lo que pudiera creerse. No es tal hombre de mérito sin una gran modestia, que le aleja el pensamiento de que pueda proporcionar el menor placer a los príncipes si se encuentra a su paso, si se coloca ante sus ojos y les muestra su cara. Se inclina más a la persuasión de que les importuna, y necesita de todas las razones que se derivan de la costumbre y de su deber, para resolverse a mostrarse. En cambio, el que tiene buena opinión de sí y al que el vulgo llama un glorioso, se complace en hacerse ver y hace la corte con tanta más confianza cuanto más incapaz es de imaginarse que los grandes que le ven piensan de su persona de distinta manera de lo que piensa él mismo.

* Un hombre honrado se siente pagado por la contracción a su deber, con el placer que siente en hacerlo, y se desinteresa de los elogios, la estimación y el reconocimiento que le faltan algunas veces.

* Si me atreviese a hacer una comparación entre dos condiciones completamente desiguales, diría que un hombre de corazón piensa en cumplir sus deberes, poco más o menos como el pizarrero o tejador piensa en techar: ni uno ni otro tratan de exponer su vida, ni son desplazados por el peligro; la muerte para ellos es un inconveniente en su oficio, pero nunca un obstáculo. El primero no se siente más envanecido de haber estado en las trincheras, de haber asaltado un reducto o forzado un atrincheramiento, que el segundo de haber subido a elevados techos o a la punta de un campanario. Los dos se aplican a portarse bien, mientras el fanfarrón trabaja para que se diga de él que lo ha hecho bien.

* La modestia es respecto al mérito lo que las sombras son a las figuras en un cuadro; le da fuerza y relieve.

Un exterior sencillo es el hábito de los hombres vulgares y está hecho para ellos a su medida, pero es un adorno para los que han llenado su vida de grandes acciones: a éstos los comparo yo a una belleza descuidada, pero más interesante.

Ciertos hombres, contentos de ellos mismos, de alguna acción o de alguna obra que no les ha resultado mal y que han oído decir que la modestia sienta bien a los grandes hombres, se atreven a ser modestos, imitando a los sencillos y a los naturales. Se parecen a esas gentes de una talla mediana que se agachan al pasar por las puertas, por temor a pegar en lo alto con la cabeza.

* Si vuestro hijo es tartamudo, no le hagáis subir a la tribuna. Si vuestra hija ha nacido para el mundo, no la encerréis entre las vestales. Si *Xantus*, vuestro liberto, es débil y tímido, retiradlo cuanto antes de las legiones y de la milicia. Lo quiero hacer progresar, decís; colmadlo de bienes, de tierra y de posesiones, acomodaos al tiempo, pues vivimos en un siglo en que todas esas cosas le harán más honor que la virtud. Eso me costará demasiado, agregáis. ¿Ha-

bláis seriamente, *Craso*? ¿No pensáis que se trata de una gota de agua que sacáis del Tíber para enriquecer a *Xantus* al que amáis y para prevenir las vergonzosas consecuencias de un compromiso para el cual no es apto?

* No conviene mirar en los amigos más que la virtud que nos une a ellos, sin examinar su buena o su mala fortuna; y cuando uno se siente capaz de seguirles en su desgracia, es preciso acompañarlos valientemente y con confianza hasta en su mayor prosperidad.

* Si es corriente sentirse vivamente impresionado por las cosas raras, ¿por qué nos impresiona tan poco la virtud?

* Si es una suerte tener abolengo ilustre, no lo es menos ser de tal manera que no se informen sobre si lo tenéis.

* Aparecen de tiempo en tiempo en la superficie de la tierra hombres raros, exquisitos, que brillan por su virtud y cuyas dominantes cualidades resplandecen prodigiosamente. Parecidos a esas estrellas extraordinarias cuya procedencia se ignora y de las que menos se sabe aún después de haber desaparecido, no tienen ni antepasados ni descendientes, pues ellos solos componen toda su raza (2).

* El buen juicio nos descubre nuestro deber, nuestro compromiso de cumplirlo, y si existe peligro, con peligro; inspira el valor o lo suple.

* Cuando se descuella en su propio arte y se le da toda la perfección de que es capaz, se sale de él, en cierto modo, y se iguala a lo que hay de más noble y más elevado. V. (3) es un pintor, C. (4) es un músico y el autor de «Píramo» es un poeta (5), pero MIGNARD es MIGNARD, LULLI es LULLI y CORNEILLE es CORNEILLE.

* Un hombre libre y que no tiene mujer, si posee algún talento, puede elevarse por encima de su fortuna, mezclarse en sociedad, y ponerse a la par de las más honradas gentes. Eso es menos fácil al que está comprometido: parece que el matrimonio pone a todo el mundo en su orden.

* Es preciso confesar que después del mérito personal, los hombres sacan más distinción y más brillo de las dignidades y de los grandes títulos y que el que no sabe ser un Erasmo debe pensar en ser obispo. Algunos, para extender su fama, acumulan en sus personas la dignidad de par (6), collares de orden, primacías (7),

(2) Se ha creído que esto se aplicaba al cardenal de Richelieu.

(3) *Vignon*, según los contemporáneos. Este pintor, que quiso imitar a Miguel Angel, había nacido en Tours, en 1590; murió en 1670.

(4) Colasse, maestro de capilla del rey, yerno de Lulli, nacido en 1639; muerto en 1709.

(5) Pradón.

(6) La palabra *pairie* (dignidad de par), en nuestra antigua organización feudal, tiene dos acepciones: se aplicaba a una dignidad que a quienes estaban revestidos de ella los hacía adjuntos a la propia persona de los reyes, y les confería el título de *par de Francia*. Además, se aplicaba a una tierra noble, que confería asimismo el título de *par*, pero sin dar jerarquía alguna en la corte, y hallábase en las mismas condiciones que las otras tierras de feudo. Probablemente es en la primera de esas dos acepciones que La Bruyère emplea la palabra *pairie*.

(7) La *primacía* es una dignidad adjunta a un arzobispado y que confiere al prelado que de ella está revestido la jurisdicción sobre varias provincias metropolitanas. El título de *primado* todavía lo tienen entre nosotros algunos grandes dignatarios de la Iglesia, pero no otorga ya ningún derecho, y los metropolitanos son independientes los unos de los otros.

la púrpura, y les haría falta una tiara; pero ¿qué necesidad tiene *Trofismo* (8) de ser cardenal?

* El oro brilla, decís, en las ropas de *Filemón* y brilla también en las de los mercaderes. Está vestido con hermosos paños: ¿son menos hermosos esos paños desplegados en las tiendas o en la pieza? Pero si los bordados y los adornos les añaden magnificencia, yo alabo el trabajo del obrero. Si se le pregunta qué hora es, saca un reloj que es una obra de arte. La guarnición de su espada es un ónix (9); lleva un grueso diamante en el dedo, que hace brillar y que es perfecto; no le falta ninguna de esas curiosas bagatelas que se llevan por vanidad y por costumbre y no rehusa ninguna clase de adorno de los que lleva un joven que se ha casado con una vieja rica. Me inspiráis por fin curiosidad; es preciso por lo menos ver unas cosas tan preciosas; enviadme esos vestidos y esas joyas de Filemón; no necesito ver a Filemón en persona.

Te equivocas, Filemón, si con esa carroza brillante, con ese gran número de bribones que te siguen y esas seis bestias que te arrastran, piensas que se te ha de estimar más. Se aparta toda esa pompa que te es extraña para penetrar hasta ti, que no eres más que un fatuo.

No es que a veces no haya que perdonar al que, con un gran cortejo, ricas vestiduras y un magnífico equipo se cree de más ilustre abolengo y de mayor ingenio; él lee eso en el continente y en los ojos de los que le hablan.

* Un hombre en la corte y con frecuencia en la ciudad, que tiene una larga capa de seda o de paño de Holanda, una ancha faja colocada sobre el estómago, los zapatos de tafilete, el gorro del mismo material, un cuello bien hecho y bien almidonado, los cabellos arreglados y el color bermejo; que con todo eso se acuerda de algunas distinciones metafísicas, explica lo que es la luz de la gloria y sabe precisamente cómo se ve a Dios; eso se llama un doctor (10). Una persona humilde, que se encierra en su habitación y que medita, indaga, consulta, confronta, lee o escribe durante toda su vida, es un hombre docto.

* Entre nosotros, el soldado es bravo y el hombre de toga es sabio: no vamos más lejos. Entre los romanos el hombre de toga era bravo y el soldado era sabio: un romano era a la vez soldado y hombre de toga.

* Parece que el héroe es de un solo oficio, el de la guerra, y que el gran hombre es de todos los oficios, o de la toga, o de la espada, o del despacho, o de la corte: unos y otros puestos juntos no pesan lo que un hombre de bien.

* En la guerra, la distinción entre el héroe y el gran hombre es delicada: todas las virtudes militares hacen al uno y al otro; parece no obstante que el primero ha de ser joven, emprendedor, de un alto valor, firme en los peligros, e intrépido; y que el otro se distingue por un gran sentido, por una vasta previsión, por una

(8) *Benigno* (Bossuet), en la mayor parte de las ediciones posteriores a la muerte de La Bruyère.

(9) *Agata. (Nota de La Bruyère.)*

(10) El *doctor, es*, según los intérpretes contemporáneos, el abate Boileau, y el *hombre docto*, Mabillón.

alta capacidad y por una larga experiencia. Pudiera ser que ALEJANDRO no fuese más que un héroe y que CÉSAR fuese un gran hombre.

* *Emilio*, por su nacimiento, era lo que los grandes héroes sólo llegan a ser a fuerza de reglas, de meditación y de ejercicio. En sus primeros años le bastó cultivar su talento natural y entregarse a su genio. Hizo y obró antes de haber aprendido, o más bien supo lo que jamás había aprendido. ¿Tendré que decir que los juegos de su infancia fueron varias victorias? Una vida acompañada de una extrema felicidad, unida a una larga experiencia, había de ser ilustre sólo por las acciones que él llevó a cabo en su juventud. Todas las ocasiones de vencer que se presentaron después, supo aprovecharlas, y las que no eran tales, su virtud y su buena estrella las convertía en favorables: admirable por las cosas que hizo y por las que hubiera podido hacer. Se le considera como un hombre incapaz de ceder ante el enemigo; ante el número o ante los obstáculos; como un alma de primer orden, llena de recursos y de luces que veía donde los demás no veían; como el que a la cabeza de las legiones era para ellas un presagio de la victoria y que valía por sí solo por varias legiones; que era grande en la prosperidad, pero más grande cuando la fortuna le contrariaba; el levantamiento de un sitio, una retirada, le han ennoblecido más que sus triunfos; no se cuentan de él más que batallas ganadas y ciudades tomadas; que estaba lleno de gloria y de modestia; y se le oía decir, *yo huí*, con la misma gracia que decía: *los derrotamos;* un hombre leal al Estado, a su familia, al jefe de su familia; sincero con Dios y con los hombres; tan admirador del mérito, como si hubiera sido en él menos propio y menos familiar; un hombre verdadero, simple, magnánimo, a quien no le faltaban ni las menores virtudes (11).

* Los hijos de los dioses (12), por decirlo así, sacan partido de las reglas de la naturaleza y son como la excepción: no esperan casi nada del tiempo y de los años. El mérito llega a ellos antes que la edad. Nacen instruídos y son ya hombres perfectos cuando los hombres de tipo corriente no han salido todavía de la infancia.

* Los de corta vista, quiero decir los espíritus limitados y constreñidos en su pequeña esfera, no pueden comprender esa universalidad de perfecciones que se observan algunas veces en un mismo sujeto: donde ven lo agradable, excluyen lo sólido; donde creen descubrir las gracias del cuerpo, la agilidad, la flexibilidad, la destreza, no quieren admitir además los dones del alma, la profundidad, la reflexión, la prudencia; quitan de la historia de Sócrates el pasaje en el que se cuenta que bailó.

* Casi no hay un hombre tan completo y tan necesario a los suyos, que no tenga algún defecto que disminuya su mérito.

* Un hombre de talento y de un carácter sencillo y recto puede caer en algún cepo; no piensa que nadie quiera engañarlo; esta

(11) Algunos comentadores han reconocido a Condé en este retrato; otros, han creído que al trazarlo La Bruyère estuvo pensando a la vez en Condé y en Turenne. Esta última opinión nos parece la más verosímil.

(12) Hijos, nietos, progenie de reyes. *(Nota de La Bruyère.)*

confianza lo vuelve menos cauto, y los bufones de mal género le atacan por ese lado. Ya no tendrá nada que perder para los que le ataquen por segunda vez, pues sólo una se le engaña.

Evitare con cuidado ofender a nadie, si soy equitativo, pero sobre todo a un hombre de talento, si estimo en algo mis intereses.

* No hay nadie tan desligado, tan sencillo y tan insignificante, que no sea denunciado por sus propias maneras. Un tonto ni entra, ni sale, ni se sienta, ni se levanta, ni se calla, ni está de pie, como un hombre de talento.

Conozco a *Mopse*, por una visita que me ha hecho sin conocerme. Pide a gentes que no conoce que le lleven a casa de otras de quienes no es conocido; escribe a mujeres que conoce de vista; se insinúa en un círculo de personas respetables, que no saben quién es él, y allí, sin esperar a que le pregunten, sin darse cuenta de que interrumpe, habla, con frecuencia y ridículamente. Entra otra vez en una asamblea y se acomoda sin ninguna atención para los demás ni para sí mismo; lo quitan del lugar destinado a un ministro y se sienta en el de un duque o de un par; allí precisamente es él de quien la multitud se ríe, y él es el único serio que no se ríe. Un perro echado de la butaça del rey se sube al púlpito del predicador; mira al mundo con indiferencia, sin confusión, sin pudor y, lo mismo que el tonto, no tiene de qué avergonzarse.

* *Celso* es de categoría mediana, pero los grandes lo sufren; no es sabio, pero se relaciona con los sabios; tiene poco mérito, pero conoce a gentes que tienen mucho; no es hábil, pero tiene una lengua que puede servir de instrumento de relación y pies que pueden llevarle de un lado al otro. Es un hombre nacido para las idas y venidas, para traer y llevar, para ser oficioso, para ir más lejos que su comisión y ser desautorizado; para reconciliar a gentes que se querellan en su primera entrevista; para tener éxito en un negocio y para fracasar en mil; para atribuirse toda la gloria del éxito y para echar sobre los demás el odio por un fracaso. Conoce los rumores comunes y las historietas de la ciudad; no hace nada y dice o escucha lo que los demás hablan; es aficionado a dar noticias; conoce los secretos de las familias; penetra en los más altos misterios; os dice por qué ha sido desterrado éste y por qué lo han llamado a aquél; conoce el fondo y las causas de la riña de dos hermanos y la ruptura de dos ministros (13). ¿No había predicho a los primeros las tristes consecuencias de su desavenencia? ¿No había dicho de los otros que sus buenas relaciones no serían duraderas? ¿No estaba presente cuando fueron dichas ciertas palabras? ¿No entró él en una especie de negociación? ¿Le quisieron creer? ¿Fué escuchado? ¿A quién le habláis de esas cosas? ¿Quién ha tomado

(13) En este pasaje se alude a los disentimientos surgidos con respecto a Jaime II, rey de Inglaterra, entre el marqués de Louvois, ministro de guerra, y Juan Bautista Colbert, marqués de Seignelay, primogénito del gran Colbert, ministro de marina. Seignelay quería que Francia, con socorros activos, ayudase a Jaime II a reconquistar el trono de Inglaterra, que le había quitado la revolución de 1688. Louvois, por el contrario, se oponía a toda intervención militar. La opinión de Seignelay prevaleció ante Luis XIV, pero los acontecimientos dieron la razón a Louvois. Jaime II, al que una escuadra francesa había conducido a Irlanda en mayo de 1689, perdió en el año siguiente la batalla de la Boyne y se vió obligado a volver al lado de Luis XIV, dejando a Francia comprometida en una guerra terrible.

más parte que Celso en todas las intrigas de la corte? Y si eso no fuese así, si solamente lo hubiese soñado o imaginado, ¿cómo intentaría hacéroslo creer? ¿Tendría el aire importante y misterioso de un hombre que vuelve de una embajada?

* *Menipo* es el pájaro adornado con diversos plumajes que no son suyos. No habla ni siente y repite los sentimientos y los discursos, sirviéndose tan naturalmente del talento de los demás, que es el primer engañado y que cree con frecuencia decir su gusto o explicar su pensamiento, cuando sólo es el eco de alguno al que acaba de dejar. Es un hombre aceptable durante un cuarto de hora, pero que después desciende, se degenera, pierde el poco lustre que le daba la memoria y enseña la hilacha. Sólo él ignora cómo está por debajo de lo sublime y de lo heroico y cómo es incapaz de saber hasta dónde puede tenerse talento; cree ingenuamente que él tiene todo lo que los hombres deben tener: por eso lo veis con el talante del que nada puede desear sobre el particular y no envidia a nadie. A menudo conversa consigo mismo y no se oculta para hacerlo; los que pasan lo ven y parece que siempre toma un partido o decide que determinada cosa no tiene réplica. Si alguna vez le saludáis, lo ponéis en la confusión de no saber si debe devolver el saludo o no y, mientras delibera, ya estáis fuera de su alcance. Su vanidad lo ha hecho hombre honrado, lo ha colocado por encima de sí mismo y lo ha convertido en lo que no era. Se le juzga, al verle, que no se ocupa más que de su persona; que sabe que todo le sienta bien y que su aspecto es distinguido; que cree que todos los ojos están abiertos sobre él y que los hombres se turnan para contemplarle (14).

* Aquel que se aloja en un palacio, con dos departamentos para las dos estaciones y va a acostarse al Louvre en un entresuelo, no hace eso por modestia. Este otro que, para conservar la línea, se abstiene del vino y no hace más que una sola comida, no es sobrio ni temperante, y ese tercero que, importunado por un amigo pobre, acaba por darle algún socorro, puede decirse más bien que compra su reposo y de ninguna manera que es liberal. El mérito de las acciones de los hombres sólo reside en el motivo de esas acciones y el desinterés pone en ellas la perfección.

* La falsa grandeza es fanfarrona e inaccesible; como se siente débil, se oculta o por lo menos no se muestra de frente; sólo se hace ver cuando lo necesita para imponerse y no parecer lo que es, en su verdadera pequeñez. La verdadera grandeza es libre, dulce, familiar, popular; se deja tocar y manejar y no pierde nada cuando es vista de cerca; cuanto más se la conoce más se la admira; se inclina por bondad hacia sus inferiores; algunas veces se abandona, se descuida, renuncia a sus ventajas, porque tiene conciencia de que puede recobrarlas y hacerlas valer; ríe, juega y bromea, pero con dignidad; es posible acercarse a ella con libertad y con moderación. Su carácter es noble y fácil, inspira el respeto y la confianza y hace que los príncipes nos parezcan grandes, muy grandes, sin hacernos sentir que somos pequeños.

* El sabio se cura de la ambición, por la ambición misma; tiende a cosas tan grandes, que no puede limitarse a lo que se llaman teso-

(14) Esto ha sido aplicado al mariscal de Villeroy, de natural en exceso fanfarrón.

ros, puestos, fortunas y favor. Nada ve en esas ventajas tan débiles que sea bastante bueno y bastante sólido para llenar su corazón y para merecer sus cuidados y sus deseos y hasta necesita hacer esfuerzos para no desdeñarlos demasiado. El único bien capaz de tentarlo es esa especie de gloria que debería nacer de la virtud completamente pura y sencilla; pero los hombres no se la conceden y él sabe prescindir de esa gloria.

* Es bueno el que hace bien a los demás, y si sufre por el bien que hace, es muy bueno; si sufre por causa de aquellos a los que ha hecho el bien, tiene una bondad tan grande que sólo puede ser aumentada en el caso de que sus sufrimientos llegen a crecer, y si muere como consecuencia de ello, su virtud no puede ir más lejos: es heroica y perfecta.

DE LAS MUJERES

Raras veces están de acuerdo los hombres y las mujeres sobre el mérito de una mujer; sus intereses son demasiado diferentes. Las mujeres no se agradan entre sí por los mismos atractivos que agradan a los hombres. Los mil motivos que hacen nacer en los hombres las grandes pasiones, son causa entre las mujeres de aversión y de antipatía.

* Hay en algunas mujeres una grandeza artificial que va unida al movimiento de los ojos, a su gesto, a su manera de andar, y que no va más lejos; un talento deslumbrador que se impone y que sólo se estima porque no es profundo. Hay en otras mujeres una grandeza sencilla, natural, independiente del gesto y de la manera de andar, que tiene su origen en el corazón y que es como una consecuencia de su alto nacimiento. Un mérito apacible, pero sólido, acompañado de mil virtudes que no pueden ocultar con toda su modestia, que se exteriorizan y se muestran a todos los que tienen ojos.

* He visto muchacha con el contento de ser una muchacha, una deliciosa muchacha, desde los trece años hasta los veintidós; y después de esa edad, convertirse en un hombre.

* Algunas personas jóvenes no conocen suficientemente las ventajas de una dichosa naturaleza y lo útil que les sería abandonarse a ella. Debilitan esos dones del cielo, tan raros y tan frágiles, con las maneras afectadas y con una mala imitación. El tono de su voz y su andar son copiados. Se componen, se acicalan y comprueban ante un espejo si se alejan lo suficiente de su natural.

* En las mujeres el adornarse y acicalarse no es, lo confieso, hablar contra su pensamiento; es más bien un disfraz o una mascarada que no adoptan por lo que pueda creerse, sino que se trata solamente de ocultarse con él y de hacerse ignorar: es tratar de imponerse a los ojos y querer aparecer al exterior contra la verdad; es una especie de embuste.

Es preciso juzgar a las mujeres desde el calzado hasta el peinado exclusivamente, poco más o menos como se mide a los peces entre cabeza y cola.

* Si las mujeres quieren sólo aparecer hermosas a sus propios ojos y agradarse a sí mismas, pueden sin duda seguir su gusto en la manera de embellecerse y en la elección de sus adornos; pero si desean agradar a los hombres, si se acicalan o pintan por ellos, yo he recogido y doy la opinión de todos los hombres, o de la mayoría, referente a que el blanco y el rojo las convierte en horribles y repugnantes; que el rojo sólo las envejece y las disfraza; que odian tanto ver la pintura sobre la cara como los dientes postizos en la

boca; que protestan seriamente contra todo el artificio que usan ellas para ponerse feas, y que, lejos ellos de responder por esto ante Dios, parece, por el contrario, que les ha sido reservado ese último e infalible medio de curarse de su afición a las mujeres.

Si las mujeres fuesen naturalmente lo que llegan a ser por el artificio; si llegasen a perder en un momento toda la frescura de su tez; si tuviesen el rostro tan encendido y tan aplomado como lo tienen con el rojo y la pintura que emplean, ciertamente estarían inconsolables.

* Una mujer coqueta no se corrige de la pasión de agradar y no modifica la opinión que tiene de su belleza. Mira el tiempo y los años como algo que arruga y afea solamente a las demás mujeres, y olvida que la edad aparece escrita en la cara. El mismo adorno que antaño embellecía su juventud, desfigura ahora su persona y pone en evidencia los defectos de la vejez. Los melindres y la afectación la acompañan en el dolor y en la fiebre. Se muere acicalada y cubierta de cintas de colores.

* *Lisa* oye decir de otra coqueta que ésta se ríe de la pretensión de parecer joven usando afeites y adornos que no convienen a una mujer de cuarenta años. Lisa ha cumplido los cuarenta, pero para ella los años tienen menos de doce meses y no la envejecen. Así lo cree, y mientras se mira al espejo y se pinta de rojo y simula lunares en su cara, conviene en que no está permitido echárselas de joven a cierta edad, y en que *Clarisa*, con sus lunares y con su rojo, está ridícula.

* Las mujeres se componen para sus amantes, si los esperan; pero si son sorprendidas por ellos, olvidan a su llegada el estado en que se encuentran, pues no se ven a sí mismas. Proceden de distinta manera con los indiferentes; sienten el desorden en que se encuentran y se arreglan en su presencia, o desaparecen un momento para volver acicaladas.

* Una cara hermosa es el más bello de todos los espectáculos; y la armonía más dulce es el sonido de la voz de aquella que se ama.

* El atractivo es arbitrario. La belleza es algo más real y más independiente del gusto y de la opinión.

* Se puede quedar impresionado por ciertas bellezas tan perfectas y de un mérito tan evidente, que uno se limite a verlas y a hablarlas.

* En una mujer hermosa que tenga las cualidades de un hombre honrado, se encuentra tan delicioso el trato, que puede decirse tiene el mérito de los dos sexos.

Se escapan a una joven pequeñas cosas que persuaden mucho y que halagan sensiblemente a aquel para quien fueron hechas. A los hombres casi nada se les escapa; sus caricias son voluntarias. Hablan, obran, son solícitos y persuaden menos.

* El capricho está en las mujeres tan cerca de la belleza, que puede considerarse como su contraveneno, para que sea menos nociva. Sin este remedio, los hombres no se curarían.

* Las mujeres cautivan a los hombres por los favores que ellas les conceden; los hombres se curan por esos mismos favores.

* Una mujer olvida de un hombre al que no ama, hasta los favores que éste ha recibido de ella.

* Una mujer que no tiene más que un galán cree no ser coqueta; la que tiene varios galanes cree no ser más que coqueta.

Tal mujer evita ser coqueta por su firme lealtad a uno solo y pasa por loca en virtud de su mala elección.

* Un antiguo galán es tan poca cosa, que cede a un nuevo marido; y éste dura tan poco, que un nuevo galán que sobreviene le paga en la misma moneda.

Un antiguo galán teme o desprecia a un nuevo rival según el carácter de la persona a quien sirve.

No falta con frecuencia a un antiguo galán, junto a una mujer que les es afecta, más que el nombre de marido; esto es mucho y él estaría mil veces perdido sin aquella circunstancia.

* Parece que la galantería en una mujer se aviene con la coquetería. Un hombre coquetón, por el contrario, es algo peor que un hombre galante. El hombre coquetón y la mujer galante andan bastante al par.

* Existen pocas galanterías secretas. Muchas mujeres son más conocidas por el nombre de sus amantes que por el de sus maridos.

* Una mujer galante quiere que la amen: le basta a una coqueta con que la encuentren amable y pase por bella. Aquélla trata de comprometer, ésta se contenta con agradar. La primera pasa sucesivamente de un compromiso a otro; la segunda tiene muchos entretenimientos a la vez. Lo que domina en la una es la pasión y el placer, y en la otra, la vanidad y la ligereza. La galantería es una vanidad del corazón o puede ser un vicio de la complexión; la coquetería es un desarreglo del espíritu. La mujer galante se hace temer, y la coqueta se hace aborrecer. De esos dos caracteres, se puede sacar lo suficiente para hacer un tercero, el peor de todos.

* Una mujer débil es aquella a la que se reprocha una falta y que se la reprocha a sí misma; aquella cuyo corazón combate la razón; que quiere curarse y que no se curará o que se curará tarde.

* Una mujer inconstante es la que no ama; una mujer ligera es la que ama ya a otro; una mujer voluble es la que no sabe si ama o a quién ama; una mujer indiferente, es la que no quiere nada.

* La perfidia, si me atrevo a decirlo, es el engaño por excelencia. En una mujer, es el arte de colocar una palabra o una acción que lleva consigo el chasco o la burla; de emplear algunas veces juramentos y promesas que no le cuesta más el hacerlos que el violarlos.

Una mujer infiel, si es conocida como tal por la persona interesada, no es más que infiel; si él la cree fiel, es pérfida.

De la perfidia de las mujeres algún bien se saca, y es que cura de los celos.

* Algunas mujeres tienen en el curso de su vida un doble compromiso que sostener, tan difícil de romper como de disimular; al uno le falta sólo el contrato y al otro el corazón.

* A juzgar de aquella mujer por su belleza, su juventud, su orgullo y sus desdenes, no hay nadie que dude de que no sea un héroe el que debe un día enamorarla. Su elección está hecha: es un pequeño monstruo que carece de talento.

* Hay mujeres ya ajadas, que, por su complexión o por su mal carácter, son naturalmente el recurso de los jóvenes que no tienen

otra cosa. Yo no sé qué es más lamentable, si una mujer de edad avanzada que tiene necesidad de un caballero, o un caballero que tiene necesidad de una vieja.

* El desecho de la corte es muy bien recibido en la ciudad, en una tertulia donde eclipsa al magistrado de corbata y casaca gris, lo mismo que al burgués de tahalí; los descarta y se convierte en el amo. Es escuchado, es amado, pues nadie resiste a una banda dorada y una pluma blanca, a un hombre que *habla al rey y ve a los ministros*. Hace celosos y celosas; se le admira, da envidia y a cuatro leguas de allí inspira lástima (1).

* Un hombre de la capital es para una mujer de provincia, lo que para una mujer de la capital un hombre de la corte.

* A un hombre vano e indiscreto, que es gran hablador y burlón de mal género, que habla de sí mismo con presunción y de los demás con desprecio, que es impetuoso, altanero, atrevido, sin moralidad ni probidad, de juicio nulo y de imaginación harto libre, no le falta otra cosa, para ser adorado por muchas mujeres, que tener bellas facciones y gallarda presencia.

* ¿Es en razón del secreto o por un gusto hipocondríaco que esta mujer ama a un criado, esta otra a un fraile y *Dorina* a su médico?

* *Roscio* (2) entra en la escena con mucho donaire: sí, *Lelia*, y yo añado todavía que tiene las piernas bien torneadas, que representa bien los papeles largos y que para declamar perfectamente, sólo le falta, como se dice, hablar con la boca. Pero ¿es el único que tiene atractivo en lo que hace, y lo que hace es lo más noble y más honesto que se puede hacer? Roscio, además, no puede ser vuestro, porque es de otra, y si eso no fuera así, estaría retenido por *Claudia* (3), que espera para tenerlo a que se haya cansado de *Mesalina* (4). Tomad a *Batilo*, Lelia (5). ¿Dónde encontraréis, no digo en el orden de los caballeros, que desdeñáis, sino tampoco en el de los farsantes, un joven que se eleve tan alto al danzar y que haga mejor la cabriola? ¿Preferiríais al saltador *Cobus*, que, echando sus pies hacia adelante, da una vuelta en el aire antes de volver al suelo? ¿Ignoráis que no es más joven? Para Batilo, decís que la demanda es demasiado grande y que rehusa más mujeres que las que acepta. Pero tenéis a *Dracón*, el tocador de flauta; ningún otro de su oficio infla tan dulcemente sus mejillas al soplar en el oboe o en el flautín, porque es infinito el número de instrumentos a los que hace hablar; bromista, por lo demás, hace reír a los niños y a las mujercitas. ¿Quién come y quién bebe tanto como Dracón en una sola comida? Emborracha a toda una compañía y es el último que se rinde. ¿Suspiráis, Lelia? ¿Acaso Dracón habría ya elegido,

(1) Este artículo ha sido aplicado al conde de Aubigné, hermano de madama de Maintenón.

(2) El comediante Barón.

(3) La mariscala de La Ferté.

(4) La condesa de Olonne. — La mariscala de La Ferté, Magdalena de Angennes, que murió pasados los ochenta años, y su hermana la condesa de Olonne, produjeron mucho ruido por su belleza y su vida desarbitada. Cuando fueron viejas, se hicieron beatas. Ninguna mujer, ni aun las más desacreditadas en el mundo galante, osaba verlas ni aparecer en parte alguna frente a ellas. Entonces era así; la moda cambió después, y bastante. (SAINT-SIMÓN.)

(5) *Batilo*, es decir, Precourt, bailarín de la Opera.

o que desgraciadamente se os han anticipado? ¿Se habría comprometido por fin con *Cesonia*, a la que tanto ha seguido, que le ha sacrificado una multitud tan grande de amantes, podría decirse que toda la flor de los romanos; a Cesonia, que es de una familia patricia y que es además tan joven, tan bella y tan seria? Os compadezco, Lelia, si habéis tomado por contagio la afición que tienen tantas mujeres romanas a los que se llaman hombres públicos y están expuestos por su condición a la vista de los demás. ¿Qué haréis cuando el mejor de ese género os sea arrebatado? Queda todavía *Bronte* el de las preguntas (6): el pueblo no habla más que de su fuerza y de su destreza; es un joven de anchas espaldas y achaparrado, un negro por lo demás, un hombre negro.

* Para las mujeres del gran mundo, un jardinero es un jardinero y un albañil es un albañil (7); para algunas otras más retiradas, un albañil es un hombre, un jardinero es un hombre. Todo es tentación para el que la teme.

* Algunas mujeres dan a los conventos y a sus amantes: Galantes y bienhechoras, tienen en la iglesia tribunas y oratorios, donde leen tiernos billetes y donde nadie sospecha que en modo alguno ruegan a Dios.

* ¿Qué es una mujer a la que se dirige? ¿Es una mujer más complaciente para con su marido, más suave para sus domésticos, más dedicada a su familia y a sus asuntos, más ardiente y más sincera para sus amigos; menos esclava de su humor, menos apegada a sus intereses; menos amante de las comodidades de la vida; yo no digo que sea generosa con sus hijos que son ya ricos, pero que, opulenta ella misma y colmada de bienes, les suministre lo necesario y les rinda por lo menos la justicia que les debe; que esté más exenta de amor de sí misma y de alejamiento de los demás; que esté más libre de todos los compromisos humanos? No digáis que no es nada de eso. Yo insisto y os pregunto. ¿Qué es, pues, una mujer a la que se dirige? Ya os oigo: es una mujer que tiene un director.

* Si el confesor y el director no se ponen de acuerdo sobre una regla de conducta, ¿quién será el tercero que una mujer tomará como árbitro?

* Lo capital para una mujer no es tener un director sino vivir tan sencillamente que pueda prescindir de él.

* Si una mujer pudiera decir a su confesor, juntamente con sus demás debilidades, las que tiene para su director, y el tiempo que pierde con él, tal vez le impusieran como penitencia el renunciar a ese director.

* Yo desearía me fuese permitido gritar con toda mi fuerza a

(6) El verdugo, encargado de someter a los acusados al interrogatorio, vale decir a la tortura.

(7) Madama de Maintenón pensaba de otra manera. En una de sus cartas, fechada en 1709 y dirigida a una de las damas de Saint-Cyr, madama du Perou, se lee: «Os había dicho en otro tiempo que nunca sería demasiado el temor que pudieseis inspirar a las doncellas de palacio respecto a los hombres, que son nuestros enemigos..., pero nunca se me ocurrió referirme a vuestro cerrajero ni a vuestro carpintero, ni tampoco creí que los deshollinadores pudieran ser peligrosos para vuestras damitas; no las hay con el corazón bastante bajo ni bastante corrompido para abrigar un solo pensamiento sobre esa clase de gentes, etc.» (Ver *Cartas históricas y edificantes.)*

esos hombres santos que fueron antaño heridos por las mujeres: Huíd de las mujeres, no las dirijáis; dejad a los demás ese cuidado.

* Es demasiado contra un marido ser coqueta y ser devota. Una mujer debería optar.

* He tardado en decirlo y me ha hecho sufrir; pero por fin se me escapa y hasta espero que mi franqueza sea útil a las que no teniendo suficiente con un confesor para que las conduzca, no emplean algún discernimiento en la elección de sus directores. No salgo de mi admiración y de mi asombro al ver a ciertos personajes que no he de nombrar. Abro mucho los ojos y los contemplo; ellos hablan y yo escucho; me informo; me cuentan hechos que recojo, y no comprendo cómo gentes, a mi juicio, diametralmente opuestas a todo lo que pueda considerarse como talento, al recto sentido, a la experiencia de los asuntos del mundo, al conocimiento del hombre, a la ciencia de la religión y de las costumbres, presumen que Dios tenga que renovar en nuestros días la maravilla del apostolado y hacer un milagro en sus personas, para que, siendo tan simples y tan pobres de espíritu como son, se vuelvan capaces de todo lo más delicado y lo más sublime: y si, por el contrario, se creen nacidos para una empresa tan elevada, tan difícil y tan en desacuerdo con sus personas, y están persuadidos de que no hacen más que ejercer sus dotes naturales y seguir una vocación ordinaria, todavía los comprendo menos.

Yo veo bien que el gusto que existe en convertirse en depositario del secreto de las familias, en hacerse necesario para las reconciliaciones, en procurar comisiones o en colocar criados, en encontrar todas las puertas abiertas en las casas de los grandes, en comer frecuentemente en buenas mesas, en pasearse en carroza por una gran ciudad, en hacer deliciosas vacaciones en el campo, en ver a muchas personas de nombre y de distinción interesarse por su vida y su salud y en arreglar para los demás y para sí mismo todos los intereses humanos, yo veo bien, repito, que eso solo ha dado lugar al especioso pretexto del cuidado de las almas y ha sembrado en el mundo ese semillero inagotable de directores.

* La devoción les entra a algunos, y sobre todo a las mujeres (8), como una pasión, o como una debilidad a cierta edad, o una moda que es preciso seguir. Antaño contaban los días de una semana por los de juego, de espectáculo, de concierto, de mascarada, o de lindo sermón. Iban el lunes a perder su dinero a casa de *Ismena*, el martes a perder el tiempo a casa de *Climena* y el miércoles a perder su reputación a casa de *Celimena*. Sabían, desde la víspera, toda la alegría que debían tener al día siguiente y al otro; gozaban a la vez del placer presente y del que podría no faltarles; hubieran preferido juntarlos todos en un solo día: ésa era entonces su única inquietud y el único objeto de sus distracciones. Si se encontraban alguna vez en la *Opera* echaban de menos la comedia. A otros tiempos otras costumbres. Ahora las mujeres exageran la austeridad y el retiro; no abren los ojos que les han dado para ver; no dedican sus sentidos a ningún uso ¡y cosa increíble! hablan poco; piensan toda-

(8) El juego, la devoción y el cultiparlar, son tres dedicaciones para las mujeres que ya no son jóvenes. (VAUVENARGUES.)

vía y bastante bien de ellas mismas, como piensan bastante mal de las demás. Hay en ellas una emulación de virtud y de reforma no desprovista de celo; no están disgustadas por haber entrado en ese nuevo género de vida, como ocurría con el que acaban de dejar por política o por disgusto. Se perdían alegremente por la galantería, por la buena vida y por la ociosidad, y ahora se pierden tristemente por la presunción y por la envidia.

* Si me caso, *Hermas*, con una mujer avara, no me arruinará; si me caso con una jugadora, podrá enriquecerse; si con una sabia, sabrá instruirme; si con una gazmoña, no la veré irritada; si con una colérica, ejercitará mi paciencia; si es coqueta, querrá agradarme; si es galante, lo será tal vez hasta amarme, pero si me caso con una devota, respondedme, *Hermas*, ¿qué puedo esperar de una mujer que quiere engañar a Dios y que se engaña a sí misma?

* Una mujer puede ser gobernada fácilmente, siempre que sea un hombre el que se tome la pena de hacerlo. Y hasta uno solo gobierna a varias; cultiva su espíritu y su memoria, fija y determina su religión y hasta trata de reglamentar su corazón. Ellas no aprueban ni desaprueban, no alaban ni condenan, hasta después de haber consultado sus ojos y su cara. El es el depositario de sus alegrías y de sus penas, de sus deseos, de sus celos, de sus odios y de sus amores; él las hace romper con sus galanes; las enoja y las reconcilia con sus maridos y aprovecha los interregnos. Cuida de sus asuntos, diligencia sus pleitos y ve a sus jueces; les da su médico, su proveedor y sus obreros; se ingiere en su alojamiento y en la manera de amueblar la casa. Se le ve con ellas en sus carrozas, en las calles de una ciudad y en sus paseos, lo mismo que en su banco durante un sermón y en el palco en la comedia; hace con ellas las mismas visitas; las acompaña a los baños, a las aguas minerales, en los viajes; tiene la habitación más cómoda en las casas de campo de ellas. Envejece sin perder su autoridad, que conserva con un poco de talento y perdiendo mucho tiempo. Dependen de él los hijos, los herederos, la nuera, la sobrina, los criados, todo. Comenzó por hacerse estimar y termina por hacerse temer. Aquel amigo tan antiguo, tan necesario, muere sin que se le llore, y diez mujeres de las que era el tirano, heredan, por su muerte, la libertad.

* Algunas mujeres han querido ocultar su conducta con el manto de la modestia, y todo lo que cada una ha podido ganar con su continua afectación, ha sido que se diga de ella: *Se la hubiera tomado por una vestal.*

* Es, en las mujeres, una violenta prueba de reputación neta y bien cimentada el que ésta no se vea herida por la familiaridad con algunas de distinto modo de ser, y que a pesar de la tendencia a los malos juicios, no se recurra a otra razón de tales relaciones que a la de la conveniencia de las costumbres.

* Un cómico exagera en la escena sus personajes; un poeta recarga sus descripciones; un pintor que toma su asunto de la naturaleza, fuerza y exagera una pasión, un contraste, unas actitudes; y el que copia, si no mide con el compás el tamaño y las proporciones, agranda sus figuras, da a todos los componentes de su cuadro más volumen que el que tienen en el original: de la misma manera la gazmoñería es una imitación de la prudencia.

La Bruyère

Hay una falsa modestia que es vanidad, una falsa gloria que es ligereza, una falsa grandeza que es pequeñez, una falsa virtud que es hipocresía, una falsa prudencia que es gazmoñería.

Una mujer gazmoña se paga de su aspecto exterior y de sus palabras; una mujer prudente se paga de su conducta; aquélla sigue a su humor y a su complexión, ésta, a su razón y a su corazón. Una es seria y austera; la otra es, en las diversas circunstancias, lo que sea preciso ser. La primera oculta sus debilidades bajo un aspecto agradable; la segunda tiene un buen fondo, bajo un aire libre y natural. La gazmoñería constriñe el espíritu, no oculta ni la edad ni la fealdad; con frecuencia la supone. La prudencia, por el contrario, empequeñece los defectos del cuerpo, ennoblece el espíritu, hace la juventud más atrayente y la belleza más peligrosa.

* ¿Por qué echar la culpa a los hombres de lo que las mujeres ignoran? ¿En virtud de qué leyes, de qué edictos, de qué rescriptos, se les prohibe abrir los ojos y leer, retener lo que han leído y dar cuenta de ello en su conversación o en sus obras? ¿No están, por el contrario, condenadas a no saber nada, por la debilidad de su complexión, por la pereza de su inteligencia, o por el cuidado de su belleza, o por cierta ligereza que les impide seguir un largo estudio, o porque sólo tienen el talento y el genio para las obras manuales, o por las distracciones que dan los reportes de un criado, o por un alejamiento natural de las cosas penosas y serias, o por una curiosidad completamente distinta de la que satisface al espíritu, o por un gusto muy diferente de lo que sea ejercitar su memoria? Pero cualquiera que sea la causa a que se deba esa ignorancia de las mujeres, los hombres tienen la suerte de que ellas, que por lo demás les dominan por tantos conceptos, se encuentren en esa inferioridad.

Se mira a una mujer sabia como a un arma hermosa: está artísticamente cincelada, es de un pulimento admirable, de un trabajo refinado; es un objeto de gabinete que se enseña a los curiosos, pero que no se usa, que no sirve para la guerra ni para la caza, como un caballo de picadero, aunque éste sea el mejor instruído del mundo.

Si la ciencia y la prudencia se encuentran unidas en una misma persona, no me informo del sexo de esa persona y me limito a admirarla; y si me decís que una mujer prudente no sueña en ser sabia, o que una mujer sabia no es prudente, habéis olvidado ya lo que acabáis de leer respecto a que las mujeres no se apartan de las ciencias más que por ciertos defectos. Llegad, pues, a la conclusión de que cuantos menos de esos defectos tuviesen, serían más prudentes, y también a la de que una mujer prudente sería apropiada para convertirse en sabia, y de que una mujer sabia, siéndolo porque había podido vencer muchos defectos, no tendría más remedio que ser prudente.

La neutralidad para con las mujeres que son igualmente amigas nuestras, cuando han roto entre ellas, por razones en las que nosotros no tenemos parte, es un punto difícil: es preciso con frecuencia escoger entre ellas, o perderlas a las dos.

* Hay mujer que ama más a su dinero que a sus amigos, y a sus amantes más que a su dinero.

* Es asombroso ver en el corazón de algunas mujeres algo más

vivo y más fuerte que el amor a los hombres, o sea la ambición y el juego; tales mujeres vuelven castos a los hombres, pues no tienen de su sexo más que los vestidos.

* Las mujeres son extremadas; son mejores o peores que los hombres.

* La mayor parte de las mujeres casi no tienen principios; se conducen por el corazón y dependen por sus costumbres de aquellos a quienes aman.

* Las mujeres van más lejos en amor que la mayor parte de los hombres; pero los hombres van más lejos que las mujeres en lo referente a la amistad.

Los hombres son la causa de que las mujeres no se amen entre ellas.

* Hay peligro en contrahacer. *Lisa*, ya vieja, quiere hacer ridícula a una joven, y ella misma se convierte en deforme; me da miedo. Emplea para imitarla gestos y contorsiones: hela ahí tan fea como es preciso para embellecer a aquella de la que se burla.

* Se quiere en la ciudad que muchos idiotas de ambos sexos tengan talento. Se quiere en la corte que muchas gentes que tienen talento aparezcan como faltas de él; y entre las gentes de esta última clase, una mujer hermosa apenas se salva con otras mujeres.

* Un hombre es más fiel al secreto de otro que al suyo propio; una mujer, por el contrario, guarda mejor su secreto que el ajeno.

* No hay en el corazón de una joven un amor tan violento al que el interés o la ambición no añada algo.

* Hay un tiempo en el que las muchachas más ricas deben tomar partido; apenas dejarán escapar las primeras ocasiones sin prepararse para un largo arrepentimiento; parece que la reputación de los bienes disminuye en ellas con la de su belleza. Todo favorece en cambio a una joven, incluso la opinión de los hombres, a los que les gusta concederle todas las ventajas que puedan volverla más deseable.

* ¡Cuántas muchachas hay a las que una gran belleza no ha servido nunca para hacerles esperar una gran fortuna!

* Muchas hermosas están sujetas a vengar a aquellos de sus amantes a quienes han maltratado, cargando con feos, viejos o indignos maridos.

* La mayor parte de las mujeres juzgan del mérito y de la buena presencia de un hombre por la impresión que les ha causado, y no conceden ni una ni otra de aquellas cualidades al hombre por el que nada sienten.

* Un hombre que tenga dificultad para conocer si cambia, si comienza a envejecer, puede fijarse en los ojos de una joven a quien se dirige y en el tono con que ella le hable: así aprenderá lo que teme saber. ¡Ruda escuela!

* Una mujer que mira siempre a la misma persona, o que no la mira jamás, hace pensar de ella la misma cosa.

* Cuesta poco a las mujeres decir lo que no sienten; cuesta todavía menos a los hombres decir lo que sienten.

* Ocurre a veces que una mujer oculta a un hombre toda la pasión que siente por él, mientras que, por su parte, el hombre finge por ella toda la pasión que no siente.

La Bruyère

* Suponiendo a un hombre indiferente pero deseoso de persuadir a una mujer de una pasión que no siente por ella, uno se pregunta si no sería para él más sencillo hacerse creer por aquella que le ama que por la que no le ama.

* Un hombre puede engañar a una mujer por un amor fingido, siempre que no sienta hacia otra un amor verdadero.

* Un hombre se desata contra una mujer que ya no le ama y se consuela; una mujer hace menos ruido cuando es abandonada y permanece largo tiempo inconsolable.

* Las mujeres se curan de su pereza por la vanidad o por el amor. La pereza, por el contrario, en las mujeres vivas, es el presagio del amor.

* Es muy seguro que una mujer que escribe con entusiasmo es entusiasta, pero es menos claro que esté convencida.

Parece que una pasión viva y tierna es triste y silenciosa, y que el más elocuente interés de una mujer que no es libre, el que más la agita, es menos persuadir de que ella ama que asegurarse de que es amada.

* *Gliceria* no ama a las mujeres; aborrece su trato y sus visitas, se hace celar por ellas y con frecuencia por sus amigos, cuyo número es pequeño, con los que es severa, y a los que no permite nada que traspase la amistad; con éstos aparece distraída, les contesta con monosílabos y parece que busca deshacerse de ellos. Es solitaria y brava en su casa; su puerta está mejor guardada y su habitación es más inasequible que las de *Monthoron* (9) y *Hemery* (10). Una sola, *Corina*, es esperada y recibida a todas horas; la abraza vuelta a vuelta; cree amarla; le cuchichea en un gabinete donde están solas; se diría que tiene más de dos oídos para escucharla; se queja a ella de todas las demás; le dice de todas las cosas y no la instruye de nada: ella tiene la confianza de los dos. Se ve a Gliceria en el baile, en el teatro, en los jardines públicos, en el camino de *Venouze* (11), donde se comen los primeros frutos; algunas veces sola en litera, en el camino del gran arrabal, donde tiene un vergel delicioso, o en la puerta de *Canidia* (12), que tiene tan bellos secretos, que promete a las mujeres jóvenes segundas nupcias, con indicación del tiempo y las circunstancias. Aparece ordinariamente con un peinado liso y descuidado, en simple bata, sin corpiño y en zapatillas: está hermosa de esta manera y no le falta más que la frescura. Se le ve no obstante un rico aderezo, que oculta con cuidado a los ojos de su marido. Ella le mima; ella le acaricia; inventa todos los días para él nuevos nombres; no tiene otra cama que la de su querido esposo y no la cambia por nada. Reparte la mañana entre su arreglo personal y algunos billetes que tiene que escribir. Un liberto va a hablarla, en secreto; es *Parmenón*, el favorito, al que sostiene contra la antipatía del amo y los celos de los criados. ¿Quién, en verdad, hace conocer mejor las intenciones y lleva mejor una respuesta, que Par-

(9) Tesorero del Ahorro, a quien Corneille dedicó su tragedia *Cinna*.
(10) Hijo de un aldeano de Siena, protegido del cardenal Mazarino, inspector general, y, por último, superintendente de Hacienda.
(11) Vincennes.
(12) La Voisin, echadora de cartas y expendedora de venenos, quemada en París, en 1680.

menón?, ¿quién habla menos de lo que es preciso tener en secreto?, ¿quién conduce más habilmente por la escalera reservada?, ¿quién hace salir mejor del sitio donde se ha entrado?

* No comprendo cómo un marido que se abandona a su humor y a su complexión, que no se recata de ninguno de sus defectos, sino que se exhibe, por el contrario, en toda su maldad; que es avaro, negligente en el cuidado de su persona, brusco en sus respuestas, incivil, frío y taciturno, no comprendo cómo puede tener la esperanza de defender el corazón de una mujer joven contra las empresas de su galán, que emplea el adorno y la magnificencia, los cumplimientos, los cuidados, los dones y la adulación.

* Un marido casi no tiene un rival que no se lo haya hecho él mismo y que no sea como un regalo suyo a su mujer. Alaba ante ella los bellos dientes y la bella cara de ese amigo; agradece sus cuidados; recibe sus visitas y después todo lo que viene de él, y nada le parece de mejor gusto que la caza y las trufas que este amigo le envía. Tiene invitados a cenar y dice a esos invitados: Fijaos bien en esto; es de *Leandro*, y no me ha costado más que darle las gracias.

* ¿Hay una mujer que aniquile o que entierre a su marido hasta el punto de que no se haga mención de él en el mundo y que se dude de si vive o no vive? El marido no sirve en su familia más que como ejemplo de un silencio tímido y de una perfecta sumisión. No se le debe viudedad ni convenciones, pero fuera de esto y de que no pare, él es la mujer y la mujer es el marido. Pasan los meses enteros en una misma casa sin el menor peligro de encontrarse; sólo es cierto que son vecinos. El señor paga al cocinero y es siempre en casa de la señora donde se ha cenado. Frecuentemente no tienen nada en común, ni el lecho, ni la mesa, ni tampoco el nombre; viven a la romana o a la griega: cada uno tiene lo suyo y sólo después de mucho tiempo, cuando ya se está iniciado en la jerga de una ciudad, se sabe por fin que el señor B... es públicamente, desde hace veinte años, el marido de la señora L...

* Tal otra mujer, a falta de su desorden para mortificar al marido, lo mortifica por su nobleza y sus alianzas, por la rica dote que ha aportado, por los encantos de su belleza, por su mérito, por lo que algunos llaman virtud.

* Hay pocas mujeres tan perfectas (13) que impidan a su marido el arrepentirse, por lo menos una vez durante el día, de tener una mujer, o el considerar dichoso al que no la tiene.

* Los dolores mudos y estúpidos están fuera del uso: se llora, se recita, se repite, se está tan impresionada por la muerte de su marido, que no se olvida la menor circunstancia de ella.

* ¿No podría descubrirse el arte de hacerse amar por su mujer?

* Una mujer insensible es la que no ha encontrado todavía al que debe amar.

Había en *Esmirna* una muchacha muy hermosa que se llamaba *Emira*, y que era menos conocida en la ciudad por su belleza que por la severidad de sus costumbres, pero sobre todo por la indife-

(13) Una mujer honesta es un tesoro escondido; el que la ha encontrado, hace muy bien al no vanagloriarse de ello. (LA ROCHEFOUCAULD.)

rencia que sentía por todos los hombres, a los que, según palabras de ella misma, veía sin ningún peligro y de la misma manera que a sus amigos o a sus hermanos. No creía nada de todas las locuras que al decir de las gentes inducen a hacer el amor y de las que, por su causa, se han hecho en todos los tiempos; y las que ella había visto, no las podía comprender, pues sólo comprendía la amistad. Otra joven encantadora, a quien debía aquella convicción, se la había infiltrado tan dulcemente, que sólo pensaba en hacerla durar y no se imaginaba que pudiera jamás enfriarse el afecto y la confianza que sentía hacia aquella amiga suya. Sólo habla de *Eufrosina*, pues ese era el nombre de aquella fiel amiga, y todo Esmirna no hablaba más que de ella y de Eufrosina, habiendo llegado a hacerse proverbial aquella amistad. Emira tenía dos hermanos, que eran jóvenes y hermosos y de los que todas las mujeres de la ciudad estaban prendadas; y es cierto que los amó siempre como una hermana ama a sus hermanos. Un sacerdote de *Júpiter*, que tenía acceso a la casa de su padre y que se enamoró de ella, se atrevió a declarársele y sólo se atrajo su desprecio. Lo mismo le ocurrió a un anciano que, confiando en su abolengo y en sus riquezas, tuvo idéntica audacia. Sentíase, pues, triunfante, y era hasta entonces en medio de sus hermanos y frente a un sacerdote y un anciano, que ella se decía insensible. Mas parece que el cielo quería exponerla a mayores pruebas que sólo habían de servir para volverla más vana y hacer más firme la reputación de una muchacha inaccesible al amor. De tres amantes que sus encantos atrajeron sucesivamente y cuya pasión la joven no temía, el primero en un transporte amoroso se atravesó el pecho ante ella; el segundo, lleno de desesperación por no haber sido escuchado, fué a hacerse matar a la guerra de *Creta*, y el tercero murió de languidez y de insomnio. El que debía vengarlos no había aparecido aún. Aquel anciano que fuera tan desgraciado en sus amores, se había curado de ellos por reflexiones sobre su edad y sobre el carácter de la persona a la que quería agradar. Deseando, empero, continuar viéndola, ella se avino a sufrirlo. Un día le presentó a su hijo, que era joven, de una fisonomía agradable y de buena presencia. La muchacha lo vió con interés; como él se calló en la presencia de su padre, Emira creyó que no tenía bastante talento y hubiera deseado que tuviese más. Cuando la vió sola, habló con ella y con ingenio; pero como la miró poco y habló menos de ella y de su belleza, Emira quedó sorprendida y como indignada de que un hombre de tan buena presencia y tan espiritual no fuese galante. Emira habló de él con su amiga, que quiso verlo. El no tuvo ojos más que para Eufrosina y le dijo que era hermosa; y Emira, tan indiferente, se puso celosa y comprendió que *Ctesifonte* estaba persuadido de lo que decía y que era no sólo galante sino también cariñoso. Desde entonces se encontró menos libre con su amiga. Trató de verles juntos una segunda vez, para quedar más convencida; y una segunda entrevista le hizo ver más de lo que pensaba y cambió sus sospechas en certeza. Se alejó de Eufrosina, desconociendo el mérito que antes la había encantado y perdiendo el gusto de su conversación: ella ya no la ama y ese cambio le hace sentir que el amor ha tomado en su corazón el lugar de la amistad. Ctesifonte y Eufrosina se veían todos los días, se amaban, trataron de casarse y se

casaron. La noticia se extendió por toda la ciudad y se hizo público que se había dado el caso raro de que dos personas se casasen con la que amaban, Emira lo sabe y se desespera por ello; se da cuenta de todo su amor. Busca a Eufrosina sólo por el placer de volver a ver a Ctesifonte; pero aquel joven marido es todavía el amante de su mujer y encuentra una querida en su flamante esposa; no ve en Emira más que la amiga de una persona que le es querida. Aquella infortunada pierde el sueño y se niega a comer; se debilita; su razón se extravía; toma a su hermano por Ctesifonte y le habla como a un amante. Al darse cuenta de su error, se avergüenza; cae de nuevo en otros extravíos y ya no se enrojece, porque los desconoce. Entonces teme a los hombres, pero demasiado tarde; esa es su locura. En ciertos intervalos recobra la razón, pero gime al recobrarla. La juventud de Esmirna, que la ha visto tan orgullosa y tan insensible, piensa que los dioses la han castigado demasiado.

DEL CORAZON

¡Hay un goce en la pura amistad, que no pueden alcanzar los que nacieron mediocres.

* La amistad puede subsistir entre gentes de distintos sexos, exenta de toda grosería. Una mujer, sin embargo, mira siempre a un hombre como un hombre; y recíprocamente, un hombre mira siempre a una mujer como una mujer. Esta relación no es ni pasión, ni amistad pura; forma una clase aparte.

* El amor nace bruscamente, sin otra reflexión, por temperamento o por debilidad; un rasgo de belleza nos fija y nos determina. La amistad, por el contrario, se forma poco a poco con el tiempo, por la práctica, por un largo trato. ¡Cuánta espiritualidad, bondad de corazón, lealtad y abnegación en los amigos, para hacer en varios años menos de lo que hace algunas veces en un momento una cara bonita o una hermosa mano!

* El tiempo, que fortifica las amistades, debilita el amor.

* Mientras dura el amor, subsiste por sí mismo, y algunas veces por las cosas que al parecer debieran extinguirlo, por los caprichos, por los rigores, por el alejamiento, por los celos. La amistad, por el contrario, tiene necesidad de socorro; perece por falta de cuidados, de confianza y de complacencia.

* Se ve con más frecuencia un amor extremo que una perfecta amistad (1).

* El amor y la amistad se excluyen mutuamente.

* El que ha tenido la experiencia de un gran amor, descuida la amistad, y el que ha agotado la amistad, no ha hecho nada todavía para el amor.

* El amor comienza por el amor, y de la más fuerte amistad no se sabría pasar más que a un amor débil.

* Nada se parece más a una viva amistad que esas relaciones que el interés de nuestro amor nos hace cultivar.

* No se ama bien más que una vez, la primera; los amores que siguen son menos voluntarios. El amor que nace súbitamente es el más difícil de curar.

* El amor que crece poco a poco y por grados, se parece demasiado a la amistad para ser una pasión violenta.

* El que ama bastante como para querer amar un millón de veces más que lo que ama, no excede en amor al que ama más de lo que quisiera.

(1) Por raro que sea el verdadero amor, lo es menos que la verdadera amistad. (LA ROCHEFOUCAULD.)

* Si concedo que, en la violencia de una gran pasión, se puede amar a alguien más que a sí mismo, ¿a quién produciré mayor placer, a los que aman o a los que son amados?

* Los hombres, con frecuencia quierén amar y no sabrían lograrlo; buscan su derrota sin poderla encontrar y, si me atrevo a hablar así, son hombres forzados a vivir libres.

* Los que se aman al principio con la más violenta pasión, contribuyen pronto, cada uno de su parte, a amarse menos y después a no amarse más. ¿Quién pone más en esa ruptura, el hombre o la mujer? No es fácil decidirlo. Las mujeres acusan a los hombres de ser volubles y los hombres dicen que las mujeres son ligeras.

* Por muy delicado que se sea en amor, se perdonan más faltas que en la amistad.

* Es una venganza dulce, para aquel que ama mucho, hacer, por todos los medios, de una persona ingrata una muy ingrata.

* Es triste amar sin una gran fortuna, que nos dé los medios de volver tan feliz a quien se ama, que no tenga más deseos que abrigar.

* Si se encuentra una mujer por la que se ha sentido una gran pasión y que haya sido indiferente, por muy importantes servicios que nos rinda durante nuestra vida, se corre un gran riesgo de ser ingrato.

* Una intensa gratitud lleva consigo mucho placer y amistad para la persona a la que estamos agradecidos.

* Estar con gentes que se ama, es suficiente. Soñar, hablarles, no hablarles, pensar en ellas, pensar en cosas más indiferentes, pero cerca de ellas, todo es igual.

* No hay tanta distancia del odio a la amistad, como de la antipatía.

* Parece que es menos raro pasar de la antipatía al amor que a la amistad.

* Se confía el secreto en la amistad, pero se escapa en el amor.

Se puede tener la confianza de alguien sin tener su corazón. El que tiene el corazón no tiene necesidad de revelación o de confianza. Todo está abierto para él.

* No se ven en la amistad más que los defectos que pueden perjudicar a nuestros amigos. No se ven en el amor los defectos de aquel a quien se ama, como no sean los de que adolece uno mismo.

Sólo del primer despecho en el amor, como de la primera falta en la amistad, se puede hacer un buen uso.

* Parece que si hay una sospecha injusta, ridícula y sin fundamento a la que se le dió una vez el nombre de celos, esos otros celos que son un sentimiento justo y natural fundado en la razón y en la experiencia, merecerían otro nombre.

El temperamento entra por mucho en los celos y no supone siempre una gran pasión. Es, sin embargo, una paradoja un violento amor sin delicadeza.

Ocurre a menudo que sufre uno solo por delicadeza. Con los celos ocurre que se sufre y se hace sufrir a los demás.

Las que no nos ahorran ninguna ocasión de celos, no merecerían

de nosotros los celos, si no se regulasen más por sus sentimientos y conducta que por su corazón (2).

* La frialdad y la relajación en la amistad tienen sus causas. En amor, casi no existe otra razón para dejar de amar que la de haberse amado con exceso.

* No es uno dueño de amar siempre, ni tampoco de dejar de amar (3).

* Los amores mueren por el hastío y el olvido los entierra.

* El comienzo y la declinación del amor se conocen por la confusión que produce el encontrarse solos los amantes.

* La cesación del amor es la prueba más sensible de que el hombre y el corazón son limitados.

El amar es una debilidad y con frecuencia el curarse del amor es otra debilidad.

Se cura como se consuela: no hay en el corazón motivo para llorar siempre ni para amar siempre.

* Debería haber en el corazón manantiales de dolor por ciertas pérdidas. No se sale de una gran aflicción por virtud o por fuerza de voluntad. Se llora amargamente y se está sensiblemente impresionado, pero se es también tan débil o tan ligero, que uno se consuela.

* Si un feo se hace amar, tiene que ser locamente: porque es preciso que eso ocurra o por una extraña debilidad de su amante o por encantos mucho más secretos y más invencibles que los de la belleza.

* Se sigue todavía largo tiempo viéndose por costumbre y diciéndose que se ama, después que los modales dicen que ya no se ama.

* Querer olvidar a uno es pensar en él. El amor tiene eso de común con los escrúpulos: que se agría por las reflexiones y por las vueltas que se dan para librarse de él. Es preciso, a ser posible, no soñar en su pasión para debilitarla.

* Se quiere hacer toda la felicidad, o si eso no es posible, toda la desgracia de aquel a quien se ama.

* Echar de menos lo que se ama es un bien, en comparación de vivir con lo que se aborrece.

* Por mucho desinterés que se tenga respecto a los que se ama, es preciso constreñirse algunas veces por ellos y tener la generosidad de recibir.

En eso puede consistir que cause un placer tan delicado el recibir, como el que el amigo experimenta al dar.

* Dar es obrar, no es sufrir por el bien que se hace ni ceder a la importunidad o a la necesidad de los que nos piden.

* Si se ha dado a los que se amaba, cualquier cosa que ocurra, ya no ha de ser ocasión de pensar en el bien que se ha hecho.

* Se ha dicho en latín que cuesta menos caro aborrecer que

(2) Las infidelidades deberían extinguir el amor, y no habría que estar celoso cuando hubiese motivo para estarlo; únicamente las personas que evitan encender los celos, son las merecedoras de que se tenga celos por ellas. (LA ROCHEFOUCAULD.)

(3) Como que jamás se es libre de amar o de dejar de amar, el amante no puede quejarse con justicia de la inconstancia de su querida, ni ella de la ligereza de su amante. (LA ROCHEFOUCAULD.)

amar. Es verdad que uno está dispensado de dar a sus enemigos, ¿pero no cuesta nada vengarse de ellos? Si es dulce y natural hacer mal al que se aborrece, ¿es menos dulce y natural hacer bien al que se ama? ¿No sería duro y penoso no hacerlo?

* Existe placer en encontrar la mirada de aquel a quien se acaba de dar.

* Yo no sé si un beneficio que recae en un ingrato o en un indigno no cambia de nombre y si merecería ya gratitud.

* La liberalidad no consiste tanto en dar mucho como en dar con oportunidad.

* Si es verdad que la piedad o la compasión son un retorno hacia nosotros mismos, que nos ponemos en el lugar de los desgraciados, ¿por qué obtienen éstos de nosotros tan poco alivio en sus miserias?

Vale más exponerse a la ingratitud que dejar de dar a los miserables.

* La experiencia confirma que la molicie o la indulgencia para sí mismo y la dureza para los otros no es más que un solo y mismo vicio.

* Un hombre duro para el trabajo y para la pena, inexorable para consigo mismo, sólo es indulgente para los demás por un exceso de razón.

* Por mucho que tenga de desagradable el verse cargado con un indigente, se gustan apenas las ventajas que produce el vernos libres de esa sujeción: de la misma manera, la alegría que se recibe por la elevación de un amigo está un poco contrarrestada por la pena que produce el verle por encima de nosotros o igual a nosotros. Así uno no se pone de acuerdo consigo mismo, porque se quieren dependientes que no cuesten nada. Se quiere el bien de sus amigos y cuando llega, no siempre se empieza por regocijarse de que tal cosa acontezca.

* Se convida, se invita, se ofrece la casa, la mesa, los bienes y los servicios; lo único que cuesta es mantener la palabra.

* Es suficiente con un amigo fiel; es mucho el haberlo encontrado; no se puede tener demasiado para el servicio de los demás.

* Cuando se ha hecho bastante, cerca de ciertas personas, para conseguirlas, si no se ha logrado, queda todavía el recurso de no hacer nada.

* Vivir con nuestros enemigos como si un día tuviesen que ser nuestros amigos, y vivir con nuestros amigos como si un día pudiesen volverse nuestros enemigos, esto no responde a la naturaleza del odio ni a las reglas de la amistad: no es una máxima moral, sino política.

* No se debe hacer enemigos de los que, mejor conocidos, podrían tener categoría entre nuestros amigos. Se debe hacer elección de amigos tan seguros y de una probidad tan exacta, que, llegando a dejar de serlo, no quieran abusar de nuestra confianza, ni hacerse temer como enemigos.

* Es dulce ver a los amigos por gusto y por estimación hacia ellos; es penoso cultivarlos por interés, es *solicitar*.

Es preciso pedir el favor a los que se quiere bien, antes que a aquellos de quienes se espera bien.

* No se vuela con las mismas alas para alcanzar la fortuna que para las cosas frívolas y de fantasía. Hay un sentimiento de libertad en seguir los caprichos propios, y por el contrario hay un sentimiento de servidumbre en correr para establecerse: es natural desear mucho y trabajar poco para ello; creerse digno de encontrarlo sin haberlo buscado.

* El que sabe esperar el bien que desea, no toma el camino de desesperarse cuando no le llega; y el que por el contrario desea una cosa con gran impaciencia, pone en ella demasiado de sí para ser después recompensado por el éxito.

* Hay algunas gentes que quieren tan ardientemente determinada cosa, que por temor de que les falte, no olvidan nada de lo que es preciso hacer para quedar sin ella.

Las cosas más deseadas no llegan, o si llegan, no es en el tiempo ni en las circunstancias en que hubieran producido un extremo placer.

* Es preciso reír antes de ser dichosos, por temor de morir sin haber reído.

* La vida es corta y no merece ese nombre más que cuando es agradable; por eso, si se reuniesen todas las horas agradables por un lado y por el otro todas las tristes, apenas se haría con un gran número de años una vida de algunos meses.

* ¡Qué difícil es estar contento de alguien!

* No podría evitarse cierta alegría al ver perecer a un hombre malo; se gozaría entonces del fruto del rencor y se sacaría de él todo lo que se puede esperar, que es el placer de su pérdida. Llega por fin su muerte, pero en unas circunstancias en que nuestros intereses no nos permiten regocijarnos por ella: muere demasiado pronto o demasiado tarde.

* Es penoso para un hompre altivo perdonar al que le sorprende en falta y se queja de él con razón; su altivez sólo se endulza cuando recobra sus ventajas y sorprende también al otro en falta.

* Lo mismo que nos aficionamos cada vez más a las personas a quienes hacemos bien, aborrecemos violentamente a los que hemos ofendido mucho.

* Es tan difícil ahogar en los comienzos el sentimiento de las injurias como el conservarlo después de cierto número de años.

* Por debilidad se aborrece a un enemigo y se piensa en vengarse de él; por pereza se apacigua uno y deja de vengarse (4).

* Si uno se deja gobernar, es tanto por pereza como por debilidad.

No hay que pensar en gobernar a un hombre de golpe y sin otra preparación, en un asunto importante que será capital para él o para los suyos: sentirá primero el imperio y el ascendiente que se quiere ejercer sobre su espíritu y sacudirá el yugo por vergüenza o por capricho. Es preciso intentar respecto a él las cosas pequeñas y pasar de éstas a las más grandes; de tal manera el progreso no falla. A determinado individuo sobre el cual en los co-

(4) Los hombres, no solamente están sujetos a olvidar injurias, sino que dejan de odiar a quienes les han ultrajado. La tarea de vengarse del daño, les parece una servidumbre a la cual les cuesta someterse. (La Rochefoucauld.)

mienzos no hemos podido influir para hacer que salga al campo o vuelva a la ciudad, terminamos por hacerle dictar un testamento en el que reduce a sus hijos a la legítima (5).

Para gobernar durante largo tiempo, es preciso tener la mano ligera y hacer sentir lo menos posible la dependencia.

Algunos se dejan gobernar hasta cierto punto y más allá de él son intratables; se pierde de repente el camino de su corazón y de su inteligencia; ni altivez ni flexibilidad, ni fuerza ni industria, les pueden domar; con la diferencia de que algunos proceden así por razón y con fundamento y otros por temperamento y por humor.

Se encuentran hombres que no escuchan ni la razón ni los buenos consejos y que se extravían voluntariamente, por el temor de ser gobernados.

Otros consienten ser gobernados por sus amigos en cosas casi indiferentes y consdieran un derecho el de gobernarlos a su vez en cosas graves y de consecuencia.

Drance (6), quiere pasar por gobernar a su amo, cosa que no cree nadie, ni el público: hablar sin cesar a un grande al que se sirve, en los lugares y en los tiempos menos convenientes, hablarle al oído o en términos misteriosos, reír hasta desternillarse en su presencia, cortarle la palabra, colocarse entre él y los que le hablan, desdeñar a los que van a hacerle la corte o esperar impacientemente a que se retiren, ponerse junto a él en una postura demasiado libre, figurar con él con la espalda apoyada en una chimenea, tirarle de la casaca, andar pisándole los talones, tomarse con él familiaridades o libertades, son señales más de un fatuo que de un favorito.

Un hombre prudente no se deja gobernar ni trata de gobernar a los demás; quiere que la razón gobierne sola y siempre.

Yo no aborrecería el estar entregado por la confianza a una persona razonable y el ser gobernado en todas las cosas, absolutamente y siempre: estaría seguro de obrar bien, sin tener necesidad de deliberar; gozaría de la tranquilidad del que está gobernado por la razón.

* Todas las pasiones son mentirosas; se disfrazan todo lo posible a los ojos de los demás; se ocultan a sí mismas: no hay vicio que no tenga un falso parecido con alguna virtud y que no se ayude de ella.

* Se encuentra un libro de devoción e impresiona; se abre otro que es galante y hace también impresión. ¿Me atreveré a decir que el corazón de por sí concilia las cosas contrarias y admite las incompatibilidades?

* Los hombres se avergüenzan menos de sus crímenes que de sus debilidades y de su vanidad. Este es abiertamente injusto, vio-

(5) La legítima es la porción asegurada por la ley a ciertos herederos sobre la parte hereditaria que les habría correspondido por entero si el difunto no hubiese dispuesto de ella total o parcialmente por donaciones entre vivos o testamentarias. (DE PRADEL.)

(6) Se ha querido reconocer en el retrato de *Drance* al conde de Clermont-Tonnerre, primer gentilhombre de cámara de «Monsieur» (el hijo segundo del rey). Vióse obligado a dejar su servicio a causa del desprecio que le valieron sus rasgos chistosos y satíricos. Con una politonería que le permitía aguantarlo todo — dice Saint-Simón —, se atrajo cien cuestiones por sus fullerías y agudezas, y cayó finalmente a tal punto de abyección, que daba pena insultarlo cuando decía alguna indecencia.

lento, pérfido, calumniador y oculta su amor o su ambición, sin más objeto que el de ocultarlo.

* Casi nunca llega el caso de poder decir: Yo era ambicioso. O no lo es uno, o lo es siempre; pero llega el tiempo en que se confiesa que se ha amado.

* Los hombres comienzan por el amor, terminan por la ambición y con frecuencia sólo se encuentran en sosiego cuando mueren.

* Nada cuesta menos a la pasión que sobreponerse a la razón; su gran triunfo es ponerse por encima del interés.

* Se es más sociable y de mejor trato por el corazón que por la inteligencia.

* Hay ciertos grandes sentimientos, ciertas acciones nobles y elevadas, que debemos menos a la fuerza de nuestra inteligencia que a la bondad de nuestro natural.

* No hay casi en el mundo más bello exceso que el de la gratitud.

* Es preciso estar bien desprovisto de inteligencia, si el amor, la malignidad y la necesidad no nos hacen encontrarla.

* Hay lugares que se admiran; hay otros que impresionan y en los que nos gustaría vivir (7).

Me parece que se depende de los lugares por el espíritu, el humor, la pasión, el gusto y los sentimientos.

* Los que hacen el bien merecerían ser envidiados si no hubiese todavía un partido mejor que tomar, que es el de hacerlo mejor: es una dulce venganza contra los que nos dan esos celos.

* Algunos se abstienen de amar y de hacer versos como de dos debilidades que no se atreven a confesar: una del corazón, otra de la inteligencia.

* Hay algunas veces en el curso de la vida placeres tan amados y compromisos tan tiernos, que nos están prohibidos y que sería natural desear si nos estuviesen permitidos: esos encantos tan grandes sólo pueden ser sobrepasados por el de saber renunciar a ellos por virtud (8).

(7) Juan Jacobo y Bernardin de Saint-Pierre, con su amor a los lugares, se encargarán de poner a la vista un día todos los matices encubiertos y que dormitan, por decirlo así, en esta insinuación discreta y seductora. Lamartine no hará sino traducir poéticamente la palabra de La Bruyère, al exclamar:

Objetos inanimados: ¿tenéis, pues, un alma
Que se adhiere a nuestra alma y la obliga a amar?

(SAINTE-BEUVE.)

(8) Una nota manuscrita dice que *la marquesa de Belleforière era muy amiga de La Bruyère*. Esta nota llamó la atención del señor Sainte-Beuve, quien buscó la confirmación de tal circunstancia en el mismo libro de los *Caracteres*.

«Madama de Belleforière, dice él, era una de esas personas de quienes La Bruyère, en el capítulo *Del Corazón*, debía tener presente la idea cuando decía: *Hay a veces en el curso de la vida amados placeres*, etc. ¿Sería ella misma quien le inspiró ese pensamiento de una delicadeza rayana en la grandeza: *Uno puede sentirse conmovido por ciertas bellezas, etc.?*». Hay manera, con un poco de complacencia, de reconstruir y de soñar más de un aspecto de la vida velado por La Bruyère en algunos de sus pensamientos que encierran todo un destino, y, al parecer, todo un romance sepultado.

DE LA SOCIEDAD Y DE LA CONVERSACION

* Un carácter bien insípido es el de no tener ninguno.

El papel de un necio es el de ser inoportuno: un hombre hábil se da cuenta de si agrada o si fastidia y sabe desaparecer en el momento que precede a aquel en que estaría de más en cualquier parte.

* Son los bufones de mal género los que dan el tono y esa clase de insectos llueve sobre todo el país. Un gracioso de buena calidad es algo raro; a un hombre que ha nacido con condiciones para serlo, le es muy difícil sostenerse largo tiempo como tal y no es cosa corriente que el que hace reír se haga estimar.

* Hay muchos ingenios obscenos y muchos más todavía maldicientes y satíricos; hay pocos ingenios delicados. Para bromear con gracia y encontrar felizmente pequeños motivos, se requiere mucha educación, mucha cortesía y también mucha fecundidad: el bromear así es crear, es hacer algo de la nada.

* Si se prestase una seria atención a todo lo que en las conversaciones ordinarias se dice de frío, de vano y de pueril, se tendría vergüenza de hablar y de escuchar y tal vez se condenase uno a un perpetuo silencio, que sería peor en el trato humano que los discursos inútiles. Es preciso, pues, acomodarse a todas las inteligencias; permitir como un mal necesario el relato de falsas noticias, las vagas reflexiones sobre los gobiernos o sobre el interés de los príncipes, el comentario de bellos sentimientos que siempre vienen a ser los mismos: es preciso dejar a *Aroncio* hablar en proverbios y a *Melinda* hablar de sí misma, de sus vértigos, de sus jaquecas y de sus insomnios.

* Se ven gentes que en sus conversaciones o en el poco trato que se tiene con ellas os disgustan por sus ridículas expresiones, por la novedad, y me atrevo a decir que por la impropiedad de los términos de que se sirven, como por la alianza de ciertas palabras que no se encuentran juntas más que en su boca y a las que atribuyen un sentido que sus primeros inventores no tuvieron intención de darles. No siguen cuando hablan ni a la razón ni al uso, sino a su genio extraño, que con el prurito de bromear siempre, y tal vez de brillar, lleva insensiblemente a una jerga que les es propia y acaba por ser su idioma natural; acompañan a un lenguaje tan extravagante un gesto afectado y una pronunciación contrahecha. Todos están satisfechos de sí mismos y de lo atractivo de su ingenio y no se puede decir que estén completamente desprovistos de él; pero las gentes se lamentan de su pequeñez, y, lo que es peor, tienen que sufrirlos.

* ¿Qué decís? ¿Cómo? No os entiendo. ¿Quisierais volver a em-

pezar? Pero por fin adivino; ¿querréis decirme, *Acis*, que hace frío? ¿Por qué no me decís: hace frío? Si queréis manifestar que llueve o que nieva, decid: llueve, nieva. Si notáis que tengo buen aspecto y queréis felicitarme por ello, decidme: encuentro que tenéis buen aspecto. ¿Me contestaréis que eso es bien neto y bien claro y que no podría decirse de otra manera? ¿Qué importa, Acis? ¿Es un mal tan grande ser entendido cuando se habla y hablar como todo el mundo? Una cosa os falta, Acis, lo mismo que a vuestros semejantes los que hablan *febo* (1); no lo sospecháis y voy a asombraros: una cosa que sobra: la opinión de tener más talento que los demás. He ahí el origen de vuestro pomposo galimatías, de vuestras frases embrolladas y de vuestras grandes palabras que nada significan. Abordáis a aquel hombre o entráis en aquella habitación y yo os tiro de la casaca y os digo al oído: No penséis en tener talento, no lo tengáis; ese es vuestro papel. Tened, si podéis, un lenguaje sencillo (2) y que sea como el que usan aquellos a los que no reconocéis ningún talento; tal vez crean entonces que lo tenéis.

* ¿Quién puede prometerse que evitará en el trato con los hombres el encuentro con ciertos espíritus vanos, ligeros, familiares, deliberados, que están siempre entre los que hablan y que es preciso que los demás les escuchen? Se les oye de la antecámara y se entra impunemente sin temor de interrumpirles. Continúan su relato sin la menor atención para los que entran o salen, así como tampoco para la categoría o el mérito de las personas que componen el círculo; hacen callar al que comienza a contar una noticia, para contarla a su manera, que es mejor: ellos la saben por *Zamet*, por *Ruccelay*, por *Concini* (3), a los que no conocen, y a los que no han hablado

(1) Se dice que un hombre habla *febo*, cuando, al pretender expresarse en términos magníficos, cae en el galimatías y en la obscuridad. *(Diccionario de* Trévoux.) Febo es un personaje de los cuentos de la señorita de Scudéry, y el lenguaje en que lo hace hablar es el que ha dado pie al dicho citado.

(2) El lenguaje que me gusta es un lenguaje simple y natural. (Montaigne, ver *Ensayos*, libro I, cap. XXV.) — Todo lo que dice aquí La Bruyère es igualmente dicho por Molière en *Las Preciosas o las Mujeres Sabias*, y por Boileau, a propósito de Brébeuf y otros poetas de la misma escuela. El secreto de la superioridad literaria del siglo XVII aparece ahí por entero.

(3) Sin decir *señor*. *(Nota de La Bruyere.)*

> Tutea, cuando habla, a los de clase más alta
> Y el nombre de *señor* está en él fuera de uso.
>
> (Moliere, *El Misántropo.)*

No podríamos decir de qué Zamet se trata aquí, puesto que hay tres personajes de este nombre: 1º Sebastián Zamet, hijo de un zapatero, nacido en Lucques en 1549. Ayuda de cámara y zapatero de Enrique III, se hizo de una fortuna considerable, y luego de haber sido el amigo de Mayenne y el confidente de Enrique IV, fué el superintendente de María de Médicis y murió en 1614. — 2º Juan Zamet, su hijo primogénito, capitán de las guardias de Enrique IV y superintendente de los edificios de Fontainebleau. — 3º Sebastián Zamet, su otro hijo, obispo de Langrés, muerto en 1655.

Ruccelay era un abate florentino, que, después de haber sido consejero del papa Paulo V, vino a establecerse en Francia y se hizo notar en la corte por sus grandes gastos. Murió en 1622.

Concino Concini, hijo de un notario de Florencia, vino a Francia en 1600 con María de Médicis. Al principio gentilhombre de esta princesa, prosperó grandemente: fué gentilhombre de cámara, gobernador de Normandía, mariscal de Ancre; removió el reino con sus intrigas, y fué muerto a tiros sobre el puente levadizo del Louvre, el 24 de abril de 1617.

jamás y tendrían que tratarles de monseñor si llegasen a hablarles. Se acercan algunas veces al oído del más calificado de la asamblea, para hacerle la gracia de una circunstancia que nadie sabe y de la que no quieren que los demás se enteren; suprimen algunos nombres para disfrazar la historia que cuentan y para desviar los comentarios. En vano los apremiáis; hay cosas que no dirán; hay gentes que no podrán nombrar, pues han comprometido su palabra; es el último secreto, es un misterio; les preguntáis lo imposible, pues sobre aquello que queréis saber ignoran el hecho y las personas.

* *Arrias* ha leído todo y ha visto todo y trata de convenceros de que es así; es un hombre universal y se da como tal. Prefiere mentir a callarse o a parecer ignorante de algo. Se habla en la mesa de un grande de una corte del norte; él toma la palabra y se la quita a los que iban a decir lo que saben de él; se orienta en aquella región lejana como si fuese originario de ella; discurre sobre las costumbres de aquella corte, sobre las mujeres de aquel país, sobre sus leyes y sus usos y recita historietas que han llegado de allí; las encuentra graciosas y es el primero en reírse de ellas hasta desternillarse. Alguno se aventura a contradecirle y le prueba netamente que dice cosas que no son verdaderas. Arrias no se apura, sino que por el contrario se enardece contra el interruptor: Yo no avanzo nada, le dice, yo no cuento nada que no sepa desde su origen; yo he sabido esto por *Sethon*, embajador de Francia en esa corte, que llegó a París hace algunos días y al que conozco familiarmente; le he interrogado con minuciosidad y no me ha ocultado ninguna circunstancia. Vuelve a tomar el hilo de su narración con más confianza que al principio, cuando uno de los convidados le dice: Este es Sethon, del que habláis y que llega de su embajada.

* En las conversaciones hay un término medio, que se puede adoptar entre cierta pereza que se tiene de hablar y cierta distracción que nos lleva lejos del tema y nos induce a hacer preguntas o respuestas necias, y una atención inoportuna respecto a la menor palabra que se escapa, para corregir al que habla, bromear y encontrar un misterio donde los otros no lo ven, solamente por tener ocasión de decir algo fino y sutil.

* Estar satisfecho de sí mismo y firmemente persuadido de que se tiene mucho talento, es un accidente que ocurre por regla general al que no tiene nada de talento o al que tiene muy poco; desdichado el que tiene que conversar con un personaje de esa naturaleza. ¡Cuántas lindas frases tendrá que soportar! ¡Cuántas palabras aventuradas que aparecen súbitamente, durante cierto tiempo, y que después ya no se vuelven a escuchar! Si cuenta una noticia, no es tanto para hacérsela saber al que la escucha, como para tener el mérito de decirla y decirla bien. Esa noticia se convierte en una novela entre sus manos. Hace pensar a las gentes a su manera, pone en sus bocas sus expresiones corrientes de conversación y siempre las hace hablar durante largo tiempo; cae después en paréntesis que pueden pasar por episodios, pero que hacen olvidar la historia principal, al que habla y a los que le soportan. ¿Qué sería de vosotros y de él si no apareciese alguno felizmente para interrumpir y hacer olvidar la narración?

* Oigo a *Teodecto* desde la antecámara; levanta la voz a medida

que se aproxima. Hele aquí: ya ha entrado; ríe, grita y produce escándalo. Hay que taparse las orejas, pues es un trueno. No es menos temible por lo que dice que por el tono con que lo dice. No se apacigua ni cesa en su gran estrépito más que para farfullar vanidades y necedades. Tiene tan poco miramiento respecto al tiempo, a las personas y a los hechos loables, que se mete con todo el mundo y todavía no se ha sentado cuando ya tiene a todo el mundo en contra suya. Es el primero que se sienta a la mesa y en el lugar preferente; las mujeres tiene que colocarse a derecha e izquierda suya; come, bebe, cuenta, bromea e interrumpe, todo a la vez. No tiene el menor discernimiento de las personas presentes, ni del dueño ni de los convidados y abusa de la loca deferencia que tienen por él. ¿Es él o es *Eutidemo* el que da la comida? Atrae hacia sí toda la autoridad de la mesa y es preferible dejársela completa a disputársela. El vino y los manjares no añaden nada a su carácter. Si juega, gana en el juego; trata de dar broma al que ha perdido y le ofende; se ríen de él pues no hay fatuidad que deje de hacer. Me canso por fin y desaparezco, incapaz de sufrir durante más tiempo a Teodecto y a los que lo sufren (4).

* *Troilo* es útil a los que tienen demasiados bienes; les quita el embarazo de lo superfluo; les ahorra el trabajo de amontonar dinero, de hacer contratos, de cerrar los cofres, de llevar las llaves y de temer un robo doméstico. Les ayuda en sus placeres y es capaz después de ayudarles en sus pasiones; pronto reglamenta su conducta, es el oráculo de una casa al que no sólo se espera, sino que se oye y se atiende en sus decisiones. Si dice de un esclavo «Hay que castigarlo», se le azota. Si dice de otro «Hay que libertarlo», se le liberta. Se ve que un bufón no le hace gracia y puede desagradarle, se despide al bufón. El amo de la casa, debe contentarse con que Troilo le deje su mujer y sus hijos. Si en la mesa dice que un manjar está frío, el amo y los convidados, que no habían reparado en ello, lo encuentran frío; si por el contrario dice que un manjar está insípido, los que comenzaban a saborearlo no se atreven a tragar el trozo que tenían en la boca y lo echan al suelo. Todos le miran con atención y observan su actitud y su cara antes de pronunciarse sobre el vino o sobre las viandas que les han servido. No tratéis de buscarlo fuera de la casa de ese rico en que él gobierna; es allí donde come, donde duerme y donde hace la digestión, donde riñe con su ayuda de cámara, donde recibe a sus obreros y a donde remite a sus acreedores. Rige y domina en una sala y recibe la corte y los homenajes de los que, más finos que los otros, no quieren llegar al amo más que por mediación de Troilo. Si uno entra, por desgracia, sin poner una cara que le agrade, arruga la frente y aparta la vista; si se le habla, no contesta; si continúa hablándosele, pasa a otra habitación; si se le sigue, gana la escalera; subirá a todos los pisos o se lanzará por una ventana antes que dejar que se le aproxime alguno que tiene una cara o un tono de voz que le molesta. Lo uno y lo otro son agradables tratándose de Troilo, y él se ha servido fácilmente de ello para destacarse o para conquistar. Todo llega con

(4) Según las *claves* manuscritas, Teodecto sería el conde de Aubigne, hermano de madama de Maintenón.

el tiempo a estar bajo su cuidado, como él está por encima de pretender sostenerse o continuar agradando con ninguna de las ingeniosidades que le ayudaron a hacerse valer. Es mucho que salga algunas veces de sus meditaciones y de su taciturnidad para contradecir, y que hasta para criticar se digne una vez por día lucir sus agudezas. Lejos de esperar de él que difiera a vuestros sentimientos, que sea complaciente, que os alabe, no estáis seguro de que le guste vuestra aprobación o de que sufra vuestra complacencia.

* Es preciso dejar hablar a ese desconocido que la casualidad ha colocado cerca de vosotros en un coche de servicio público, en una fiesta o en un espectáculo; y para conocerle os bastará haberle escuchado: sabréis su nombre, su domicilio, el país de su naturaleza, el estado de sus bienes, su empleo, el de su padre, la familia a que pertenece su madre, su parentesco, sus alianzas, las armas de su casa: comprenderéis que es noble y que tiene un castillo, hermosos muebles, criados y una carroza.

* Hay gentes que hablan un momento antes de haberlo pensado. Hay otras que ponen una atención insípida en lo que dicen y con ellas se soporta en la conversación todo el trabajo de su inteligencia; están como amasadas de frases y de pequeños giros de expresión, que guardan relación con su gesto y con su continente; éstos son los *puristas* (5) y no aventuran la menor palabra aun cuando debiese hacer el mejor efecto del mundo; no se les escapa nada feliz, nada dicen con libertad; hablan con propiedad y enojosamente.

* El ingenio de la conversación consiste menos en enseñarlo mucho que en hacérselo encontrar a los demás; el que sale de la conversación contento de sí y de su ingenio, lo está también de vosotros. A los hombres no les gusta causar admiración, sino agradar; no tratan tanto de ser instruídos ni aún regocijados como de ser saboreados y aplaudidos; y el placer más delicado es el de hacer que otro lo sienta.

* No hace falta que haya demasiada imaginación en nuestras conversaciones ni en nuestros escritos, pues no produce frecuentemente más que ideas vanas y pueriles que no sirven para perfeccionar el gusto ni para volvernos mejores. Nuestros pensamientos tienen que estar dotados de buen sentido y de recta razón y deben ser un efecto de nuestro juicio.

* Es una gran miseria no tener suficiente espíritu para hablar bien, ni bastante juicio para callarse. He ahí el principio de toda impertinencia.

* Decir de una cosa modestamente que es buena o que es mala, y las razones por las que es así, exige buen sentido y expresión, es todo un embarazo. Es más corto manifestar en forma terminante, en un tono que no dé lugar a dudas sobre el concepto merecido, que esa cosa es execrable, o que es prodigiosa.

* Nada está menos de acuerdo con el espíritu de Dios y del mundo que el apoyar todo lo que se dice en la conversación, hasta las cosas más indiferentes, con largos y fastidiosos juramentos. Un hombre honrado que dice sí o no, merece ser creído; su carácter jura por

(5) Gentes que afectan una gran pureza de lenguaje. *(Nota de La Bruyère.)* La explicación de esta palabra por el mismo autor, hace pensar que fué creada por él.

él; confiere crédito a su palabra y le atrae toda clase de confianza.

* El que dice incesantemente que tiene honor y probidad, que no daña a nadie, que consiente que le acontezca el mal que hace a los demás y que jura para hacerlo creer, no sabe ni fingirse hombre de bien.

Un hombre de bien no podría impedir, con toda su modestia, que se dijese de él lo que un hombre canalla dice de sí.

* *Cleón* habla con poca caridad, o poca equidad: lo uno o lo otro; pero añade que lo hace así porque dice lo que piensa.

* Existe el hablar bien, el hablar tranquilamente, el hablar justo y el hablar con oportunidad. Es pecar contra esto último extenderse sobre una comida magnífica que se acaba de efectuar, ante gentes que están obligadas a ahorrar su pan; decir maravillas de su salud ante los enfermos; ocuparse de su riqueza, de sus rentas, y de sus muebles ante un hombre que no tiene rentas ni domicilio; en una palabra: hablar de su felicidad ante los miserables: esta conversación es demasiado fuerte para ellos y la comparación que hacen de su estado con el vuestro es odiosa.

* Vosotros, dice *Eutifrón*, sois ricos o debéis serlo: diez mil libras de renta, procedentes de bienes inmuebles, es algo dulce y hermoso y se debe ser feliz con ellas; mientras que el que habla así tiene cincuenta mil libras de renta y cree no tener más que la mitad de lo que merece. Os tasa, aprecia vuestros bienes, fija vuestros gastos, y si os juzgase dignos de una mejor fortuna y de la misma a la que él aspira, no dejaría de deseárosla. No es el único que hace tan malas estimaciones o comparaciones tan antipáticas; el mundo está lleno de hombres como Eutifrón.

* Algunos siguen la pendiente de la costumbre, que quiere que se alabe, y por la costumbre que tienen de alabar y de exagerar, dan la enhorabuena a *Teodemo* por un discurso que no han entendido, y del que nadie ha podido formar juicio todavía; no dejan de hablarle de su genio, de su gesto, y de la felicidad de su memoria.

* Se ven gentes bruscas, inquietas, *suficientes*, que, aunque ociosas y sin ningún asunto que las entretenga, os despachan, digámoslo así, con pocas palabras y sólo piensan en desprenderse de vosotros; les estáis hablando aún y ya han desaparecido. No son menos impertinentes que los que nos paran solamente para fastidiarnos; tal vez sean menos incómodos.

* Hablar y ofender es cosa idéntica para ciertas gentes. Son picantes, amargas, su estilo es una mezcla de hiel y vinagre; la burla, la injuria, el insulto les brotan de los labios como la saliva. Les sería útil haber nacido mudos o idiotas; lo que tienen de vivacidad e ingenio les perjudica más que a otros su estupidez. No se contentan siempre con replicar agriamente, sino que a menudo atacan con insolencia. Chocan contra todo lo que se encuentra bajo su lengua; hablan contra los presentes y contra los ausentes, topan de frente y de costado como los moruecos. ¿Pediremos a los moruecos que no tengan cuernos? Pues de la misma manera no podemos proponernos reformar con esta pintura a naturalezas tan duras, tan agresivas, tan indóciles. Lo mejor que se puede hacer, cuando se les ve de lejos, es huir de ellos, sin mirar hacia atrás.

* Hay gentes de tal condición o de tal carácter, que uno jamás

debe meterse con ellas, que uno no puede quejarse lo más mínimo de ellas, y contra las cuales no está permitido ni tener razón.

* Respecto a dos personas que se han trabado en riña violenta, en la que uno tiene razón y el otro no, lo que la mayor parte de los que la presenciaron no deja nunca de hacer, sea para ahorrarse el juicio sobre el asunto, o bien por un temperamento que me ha parecido siempre fuera de lugar, es condenar a los dos: lección importante, motivo imperioso y apremiante para escapar con dirección a oriente cuando el necio está en occidente, a fin de evitar compartir con él la misma equivocación.

* No me gusta el hombre de quien no puedo ir al encuentro ni saludar antes de que él me salude, sin envilecerme a sus ojos y sin desmerecer en la buena opinión que tiene de mí. MONTAGNE diría (6): *Quiero estar a mis anchas y ser cortés y afable, sin remordimientos ni consecuencias. No puedo en absoluto pararme en la pendiente ni ir contra mi naturaleza que me lleva hacia aquel que se me atraviesa en el camino. Cuando es mi igual y no es mi enemigo, me anticipo a su acogida; le pregunto sobre su estado de salud; le ofrezco mis servicios, sin chalanear sobre el más o el menos. Si ese individuo me desagrada, por el conocimiento que tengo de sus costumbres y de su manera de obrar, saco partido de esa libertad y franqueza. ¿Cómo recordar, haciendo tanto tiempo que no veo a ese hombre, que he de aparentar un continente grave e importante que le advierta que creo valer tanto como él o más que él; para eso, para rememorar mis buenas cualidades y condiciones y las suyas malas, he de hacer la comparación? Es demasiado trabajo para mí y no soy capaz de tan rígida y tan súbita atención; y aun cuando eso me hubiera ocurrido una primera vez, no dejaré de doblegarme una segunda, porque no puedo avenirme a tener que ponerme orgulloso ante cualquiera.*

* Con virtud, capacidad y buena conducta, se puede ser insoportable. Los modales que se descuidan como cosas pequeñas, son con frecuencia los que hacen que los hombres juzguen bien o mal de vosotros: una ligera atención en tener modales suaves y corteses, previene contra malos juicios. No hace falta casi nada para ser tenido por orgulloso, incivil, despreciativo y desatento; es preciso todavía menos para ser tenido por todo lo contrario.

* La cortesía no inspira siempre la bondad, la equidad, la complacencia, la gratitud, pero da por lo menos las apariencias y hace que el hombre se muestre en lo exterior como debería ser interiormente.

Se puede definir el espíritu de cortesía, no se puede fijar la manera de practicarlo: sigue el uso y las costumbres recibidas; va unido a los tiempos, a los lugares, a las personas y no es el mismo en los dos sexos y en las diferentes condiciones. El ingenio solo no hace adivinarlo; hace que se la siga por imitación y que se la perfeccione. Hay temperamentos que no son susceptibles de la cortesía y hay otros que sólo sirven a un gran talento o a una virtud sólida. Es verdad que las maneras corteses dan curso al mérito y le hacen

(6) Imitado de Montagne. *(Nota de La Bruyère.)*

agradable y que es preciso tener muy eminentes cualidades para sostenerse sin la cortesía.

Me parece que el espíritu de cortesía consiste en cierta atención para hacer, con nuestras palabras y nuestras maneras, que los demás estén contentos de nosotros y de ellos mismos.

* Es una falta de cortesía alabar inmoderadamente, en presencia de aquellos a los que hacéis cantar o tocar un instrumento, a otras personas que tienen aquellas mismas habilidades; como delante de los que os leen sus versos, ponderar a otro poeta.

* En las comidas y en las fiestas que se dan a otras personas, o en los regalos que se les hacen y en todos los placeres que se les procuran, se puede optar entre hacerlo bien y hacerlo según el gusto del agasajado; esto último es preferible.

* Existiría una especie de ferocidad en rechazar indiferentemente toda especie de alabanzas; se debe ser sensible a las que nos vienen de gente de bien que alaban en nosotros sinceramente cosas dignas de alabanza.

* Un hombre de talento y que ha nacido altivo, no pierde nada de su altivez y de su rigidez por encontrarse pobre; si algo, por el contrario, debe ablandar su humor, volverlo más dulce y más sociable, es un poco de prosperidad.

No poder soportar todos los malos caracteres de que el mundo está lleno, no es tener muy buen carácter: es preciso en el comercio contar con piezas de oro y con moneda chica.

* Vivir con gentes que están enemistadas y tener que escuchar de una parte y de otra las quejas recíprocas, es, por decirlo así, no salir de la audiencia y oír de la mañana a la noche hablar del mismo pleito.

* Se sabe de gentes que habían pasado la vida en estrecha unión, tenían los bienes en común y vivían juntos, sin perderse de vista. Se han percatado, después de los ochenta años, de que debían separarse el uno del otro y terminar su sociedad. Aunque no hubiesen tenido que vivir más que un solo día, no habrían intentado pasarlo juntos; se han apresurado a romper antes de morir. Han vivido demasiado para el buen ejemplo; un poquito antes hubieran muerto sociables, dejando detrás de ellos un raro ejemplo de perseverancia en la amistad.

* El interior de las familias se ve con frecuencia turbado por las desconfianzas, por los celos y por la antipatía, mientras que por fuera aparecen contentos, apacibles y joviales, nos engañan y nos hacen suponer una paz que no existe; pocos son los que ganan cuando se profundiza respecto a ellos. Esa visita que hacéis suspende una querella doméstica, que sólo espera vuestra retirada para volver a empezar.

* En la sociedad, es la razón la que antes se doblega. Los más prudentes se ven con frecuencia arrastrados por el más loco o más ridículo. Se estudia la debilidad, el humor y los caprichos propios del hombre loco o ridículo y uno se acomoda a ellos; se evita chocar con él, todo el mundo cede. La menor serenidad que aparece en su rostro atrae elogios hacia él; se considera que no siempre es insoportable. Es temido, mimado, obedecido y algunas veces amado.

* Sólo los que han tenido parientes colaterales ancianos y los

que los tienen todavía, cuando se trata de heredarles, pueden decir lo que eso cuesta.

* *Cleanto* es un hombre muy honrado; ha escogido una mujer que es la mejor persona del mundo y la más razonable. Cada uno, por su parte, es el encanto y la satisfacción de las sociedades en que actúa; no puede haber más probidad ni más cortesía. Se separan mañana y el acta de la separación se formaliza en la notaría. Hay sin duda ciertos méritos que no han sido hechos para estar juntos; hay ciertas virtudes incompatibles.

* Se puede convenir con seguridad sobre la dote, sobre la viudedad, y sobre otros muchos puntos, pero precariamente sobre los alimentos: dependen de una unión de la madre política y la nuera, unión que perece frecuentemente dentro del primer año del matrimonio.

*Un suegro ama a su yerno y a su nuera. Una suegra ama a su yerno y no ama a su nuera. Todo es recíproco.

* Lo que menos ama una madrastra de todo lo que hay en el mundo, es a los hijos de su marido: cuanto más loca está por su marido, más madrastra es.

Las madrastras pueblan la tierra de mendigos, de vagabundos, de criados y de esclavos, más todavía que la pobreza.

* G. y H. (7) son vecinos en el campo y sus tierras están contiguas; habitan una comarca desierta y solitaria. Alejados de las ciudades y de todo comercio humano, parece que el huir de una completa soledad, o el amor de la sociedad, debía conducirles a tratar entre ellos; es, sin embargo, difícil de expresar la bagatela que les ha hecho romper, que los vuelve implacables el uno para el otro y que perpetuará el odio entre sus descendientes. Jamás los padres y los hermanos se han enojado por tan poca cosa.

Supongo que si no hubiese más que dos hombres sobre la tierra, que la poseyesen y se la partiesen ellos solos, nacería pronto algún motivo de ruptura, aun cuando sólo fuera por cuestión de límites.

* Es con frecuencia más bueno y más útil ajustarse a lo que otros quieren, que hacer que otros se ajusten a nosotros.

* Me aproximo a una pequeña ciudad y estoy ya en una pequeña altura, desde donde la descubro. Está situada a mitad de la ladera; un río baña sus murallas y corre después por una bella pradera; hay un bosque espeso que la resguarda de los vientos fríos. La veo en un día tan favorable, que cuento sus torres y sus campanarios; me parece pintada sobre el declive de la colina. Me recreo en su contemplación y digo: ¡Qué placer vivir bajo un cielo tan bello, en ese sitio tan delicioso! Desciendo a la ciudad y antes de pasar dos días me parezco a los que la habitan: quiero salir de ella.

* Hay una cosa que no se ha visto bajo el cielo y que, según todas

(7) Si hay que creer a los autores de *claves*, Vedeau de Grammont, consejero de la corte, tuvo un gran pleito con M. Hervé, decano del parlamento, por causa de una pala. Este proceso, iniciado por una bagatela, dió lugar a una falsa inscripción del título de nobleza de dicho Vedeau, y el asunto llegó tan lejos, que éste fué degradado públicamente, su toga desgarrada teniéndola puesta, y además, condenado a destierro perpetuo, convertido más tarde en prisión en Pierre-Enoise, lo cual consumó su completa ruina. Habíase casado con la hija de M. Genou, consejero de la alta cámara.

las apariencias, no se verá nunca: es una pequeña ciudad que no esté dividida en partidos; donde las familias estén unidas y donde los primos se vean con confianza, donde un matrimonio no engendre una guerra civil; donde la querella de las categorías no se despierte en todos los momentos, con motivo de la ofrenda, el incienso y el pan bendito, las procesiones o los funerales; de donde hayan desaparecido las habladurías, la mentira y la malidicencia; donde se vea hablar en buena amistad al bailío (8) y el presidente, los electos (9) y los asesores (10); donde el dean viva bien con sus canónigos, o los canónigos no desprecien a los capellanes, o donde éstos sufran a los sochantres.

* Las gentes de los pueblos y los necios están siempre dispuestos a enojarse y a creer que se burlan de ellos o que les desprecian; no se puede aventurar una broma, ni la más suave y más permitida, más que con gentes correctas o que tienen talento.

* No se puede tomar confianza con los grandes, que se escudan con su grandeza; ni con los pequeños, que os rechazan con el *quien vive*.

* Todo lo que es mérito, se siente, se discierne, se adivina recíprocamente: si se quiere ser estimado, es preciso vivir con personas estimables.

* El que es eminente y está por encima de los demás, a cubierto de la réplica, no debe permitirse jamás una burla picante.

* Hay pequeños defectos que se abandonan voluntariamente a la censura y por los cuales no nos importa que nos den broma; son defectos de esa clase los que debemos elegir para burlarnos de los demás.

* Reírse de las gentes de talento es el privilegio de los necios: éstos son en el mundo lo que los locos en la corte: quiero decir sin consecuencias.

* La burla es a menudo indigencia de criterio.

* Le creéis un cándido. Si finge serlo, ¿quién es más cándido, él o vosotros?

* Si observáis con cuidado quiénes son las gentes que no pueden alabar, que critican siempre, que no están contentas de nadie, caeréis en la cuenta de que son los mismos de los que nadie está contento.

* El desdén y el engallamiento en la sociedad atraen precisamente lo contrario de lo que se busca, que es hacerse estimar.

* El placer de la sociedad entre los amigos se cultiva por un parecido de gusto sobre lo que se relaciona con las costumbres y por alguna diferencia de opiniones sobre las ciencias; de esa manera se afirman los sentimientos, y se ejercita el ingenio con la discusión.

* No se puede ir lejos en la amistad si no se está dispuesto a perdonarse mutuamente los pequeños defectos.

(8) *Bailío*, oficial real, de espada, que administraba justicia en determinados asuntos, y que tenía derecho al mando de la nobleza de su distrito cuando ésta era convocada por el bando.

(9) *Electos*, magistrados que juzgaban en primera instancia los procesos relativos al impuesto de tablas y otros subsidios.

(10) *Asesores*, oficiales de justicia adjuntos a un juez principal para ayudarle en sus funciones o suplirlo en su ausencia.

* ¡Cuán hermosas e inútiles razones se emplean para tratar de tranquilizar al que sufre una gran adversidad! Las cosas que sobrevienen, a las que se llama los acontecimientos, son algunas veces más fuertes que la razón y que la naturaleza. Comed, dormid, no os dejéis morir de pena, tratad de vivir: arengas frías, desprovistas de sentido. ¿Es razonable que os inquietéis?, equivale a decir: ¿Estáis loco, que os sentís desgraciado?

* El consejo, tan necesario para los negocios, es algunas veces, en la sociedad, perjudicial para el que lo da e inútil para el que lo recibe. Sobre las costumbres, hacéis resaltar los defectos que no se confiesan o que se estiman como virtudes; sobre las obras, subrayáis los párrafos que parecerían admirables a su autor, aquellos en que más se complacía, o en los que creía haberse superado a sí mismo. Así perdéis la confianza de vuestros amigos sin haberlos vuelto ni mejores ni más hábiles.

* Se ha visto, no hace mucho, un círculo (11) de personas de los dos sexos ligadas por la conversación y por un trato espiritual. Dejaban para los seres vulgares el arte de hablar de una manera inteligible; una cosa dicha entre ellos con poca claridad, arrastraba otra más obscura, sobre la cual se hacían verdaderos enigmas, seguidos siempre de largos aplausos. A fuerza de poner en juego lo que llamaban delicadeza y finura de expresión, llegaron por fin a no ser entendidos por los extraños y a no entenderse entre ellos mismos. No era preciso, para alimentar aquellas pláticas, ni buen sentido, ni juicio, ni memoria, ni la menor capacidad; era preciso talento, no del mejor, sino de aquel que es falso y en el que la imaginación tiene demasiada parte.

* Ya lo sé, *Teobaldo* (12), habéis envejecido, ¿pero querríais que yo creyese que habíais decaído, que ya no erais poeta ni teníais talento, que erais actualmente tan mal juez de todo género de obras como mediano autor; que no teníais nada de sincero ni de delicado en la conversación? Vuestro aspecto libre y presuntuoso me tranquiliza y me persuade de todo lo contrario. Sois, pues, hoy, como fuisteis siempre y tal vez mejor: porque si a vuestra edad sois tan vivo y tan impetuoso, ¿qué nombre habría que daros, Teobaldo, cuando en vuestra juventud erais el capricho de ciertas damas, que no juraban más que por vos y sobre vuestra palabra y que decían: *esto es delicioso ¿qué es lo que ha dicho*?

* Se habla impetuosamente en las conversaciones, frecuentemente por vanidad o por humor, raramente con bastante atención: preocupados por el deseo de contestar a lo que no se escucha, se siguen las ideas propias y se las explica sin el menor miramiento para con las razones ajenas; se está bien lejos de encontrar entre los dos la verdad y no se ha establecido aún cuál es la que se trata de encontrar. Quien pudiera escuchar esa clase de conversaciones y escri-

(11) El palacio de Rambouillet.

(12) Boursault, según la *clave* impresa; pero algunas claves manuscritas designan a Benserade, al cual este *carácter* parece adaptarse mejor. Habíase opuesto a la admisión de La Bruyère en la Academia, en 1691, el mismo año en que apareció este artículo en la 6ª edición. Posteriormente, el autor ha dado el mismo nombre de *Teobaldo* a todos sus detractores, en el prefacio de su discurso en la Academia. (A. Destaillieus.)

birlas, pondría de manifiesto a veces buenas cosas que no tienen ninguna consecuencia.

* Ha reinado durante algún tiempo una conversación insípida y pueril, que rodaba siempre sobre cuestiones frívolas y que tenía relación con el corazón y con lo que se llama pasión o ternura. La lectura de algunas novelas las había introducido entre las gentes más de bien de la ciudad y de la corte; ya se han deshecho de ellas y la burguesía las ha recibido, con las agudezas y los equívocos.

* Algunas mujeres de la ciudad tienen la delicadeza de no saber o de no atreverse a decir los nombres de las calles, de las plazas y de algunos lugares públicos que no creen bastante nobles para ser conocidos. Dicen el *Louvre*, *la Plaza Real*; pero usan de giros y de frases antes de pronunciar ciertos nombres, y si alguna vez se les escapan, es con una alteración en la palabra y de cierta manera que las tranquiliza. Son en eso menos naturales que las damas de la corte, que teniendo que citar en sus conversaciones los *mercados* o el *chatelet*, o cosas parecidas, dicen llanamente: *los mercados*, *el chatelet*.

* Si se finge a veces no acordarse de ciertos nombres que parecen obscuros y se afecta corromperlos cuando se pronuncian, es por la buena opinión que se tiene de sí mismo.

* Se dicen por buen humor y en la libertad de la conversación, cosas frías que a la verdad se tienen por tales y que no se encuentran buenas porque son extremadamente malas. Esa manera baja de bromear, ha pasado del pueblo, al que pertenecía, hasta una gran parte de la juventud de la corte, que se encuentra ya infectada. Es cierto que entra allí demasiada insulsez y grosería para temer que se extienda más lejos y que haga más progreso en un país que es el centro de la cortesía; se debe, sin embargo, inculcar el disgusto a los que así bromean, porque aunque no se tome en serio, no deja de pasar en la mente de ellos como algo mejor de lo que es.

* Entre decir cosas malas y decirlas buenas, dándolas por nuevas, aunque todo el mundo las sepa, yo no sabría qué elegir.

* *Lucano ha dicho una cosa bonita; ha tenido una bella palabra para Claudio; ha hecho esta cita de Séneca;* y a propósito de eso una larga tirada de latín que se cita generalmente ante gentes que no la entienden y que fingen entenderla. El secreto consistiría en tener un gran sentido y mucho talento: porque después de haber leído a los antiguos, se escogería a los mejores y se les citaría con oportunidad.

* *Hermágoras* no sabe quién es el rey de Hungría; se asombra de no oír hacer mención del rey de Bohemia; no le habléis de las guerras de Flandes y de Holanda y dispensadle por lo menos de responderos; confunde los tiempos e ignora cuándo comenzaron y cuándo terminaron esas guerras. Combates, sitios, todo le es nuevo. Pero conoce la guerra de los gigantes y la cuenta en sus menores detalles, sin que nada se le escape; discierne el horrible caos de los imperios babilónico y asirio; conoce a fondo a los egipcios y a sus dinastías. No ha visto nunca Versalles, ni lo verá, pero casi ha visto la torre de Babel; cuenta los peldaños de esa torre; sabe cuántos arquitectos hicieron la obra y sabe los nombres de esos arquitectos.

Yo diría que cree que Enrique IV (13), fué hijo de Enrique III. Descuida o mejor dicho desprecia el conocimiento de las casas de Francia, de Austria y de Baviera ¡qué minucias! dice, mientras recita de memoria toda una lista de los reyes de los medas o de Babilonia y los nombres de Apronal, Herigebal, Noesnemordach, y Mardokempad, que le son tan familiares como a nosotros los de Valois y Borbón. Pregunta si el emperador se había casado, pero nadie tendría que enseñarle que Nino tuvo dos mujeres. Se le dice que el rey goza de una salud perfecta, y él se acuerda de que Thetmosis, un rey de Egipto, era valetudinario y que esa complexión le venía de su abuelo Alipharmutosis. ¿Qué no sabe él? ¿Qué se le oculta de la venerable antigüedad? Os dirá que Semíramis, o según algunos, Serímaris, hablaba como su hijo Ninyas; que no se les distinguía por la voz: y eso era porque la madre tenía una voz masculina como su hijo, o el hijo una voz femenina como la madre, lo que no se atreve a decidir. Os revelará que Nemrod era zurdo y Sesostris ambidextro; que es un error imaginarse que un Artajerjes haya sido llamado Longimano porque le caían los brazos hasta la rodilla y no a causa de que tuviera una mano más larga que otra; y añade que según algunos autores graves esa mano era la derecha: pero que él cree no obstante tener fundamento para afirmar que era la izquierda.

* Ascanio es estatuario, Hegion fundidor, Eschino batanero, y *Cydias* erudito; esa es su profesión. Tiene un cartel, un taller, obras encomendadas y compañeros que trabajan a sus órdenes; no podrá entregaros antes de un mes las estrofas que os ha prometido, si no falta a la palabra dada a *Dositea*, que le encargó le hiciera una elegía; está haciendo un idilio para *Crantor*, quien le da prisa y le ha prometido una rica recompensa. Prosa, versos, lo que queráis, puede hacer con éxito lo uno y lo otro. Pedidle cartas de consolación o sobre una ausencia y os las hará; entrad en su almacén y podréis escoger. Tiene un amigo sin más función en la tierra que la de anunciar largo tiempo su visita a ciertas gentes y presentarlo en las casas como hombre raro y de una exquisita conversación; y allí, tal como el cantor y el tocador de laud actúan ante las gentes a quienes fueron anunciados, Cydias, después de haber tosido recoge la manga, extiende la mano y abre los dedos y expone gravemente sus pensamientos quintaesenciados y sus razonamientos sofísticos. Diferente de aquellos que conociendo los principios y la razón o la verdad, que es una, se arrebatan la palabra uno a otro para ponerse de acuerdo sobre sus sentimientos, Cydias no abre la boca más que para contradecir: *Me parece*, dice seriamente, *que es todo lo contrario de lo que decís;* o: *yo no sabría ser de vuestra opinión;* o bien: *esa ha sido mi creencia, como es la vuestra; ...pero hay tres cosas*, añade, *a considerar...* o: y añade una cuarta; insípido discurseador, que aun no ha puesto el pie en una asamblea, cuando busca algunas mujeres con las que pueda insinuarse, lucir su erudición o su filosofía y poner en obra sus raras concepciones: porque, sea que hable o que escriba, no debe suponerse que se propone lo verdadero ni lo falso, lo razonable ni lo ridículo; lo que

(13) Enrique el Grande. *(Nota de La Bruyère.)*

únicamente evita es coincidir en la apreciación de los demás, ser de la misma opinión de algún otro: así espera en un círculo a que cada uno se haya explicado sobre el tema ofrecido, o que con frecuencia él mismo ha propuesto, para decir dogmáticamente cosas completamente nuevas, pero a su juicio decisivas y sin réplica. Cydias se iguala a Luciano y a Séneca (14), se coloca por encima de Platón, de Virgilio y de Teócrito: y su adulador cuida bien de confirmarlo todas las mañanas en esa opinión. Unido en gusto y en interés a los despreciadores de Homero, espera con calma a que los hombres desengañados prefieran a aquél los poetas modernos: en tal caso, él se pone a la cabeza de esos poetas y sabe a quién le adjudica el segundo lugar. Es, en una palabra, un compuesto de pedante y de remilgado, hecho para ser la admiración de la burguesía y de la gente rústica, en las que no reconoce nada de grande, fuera de la opinión que puedan tener de él.

* La profunda ignorancia inspira el tono dogmático. El que no sabe nada cree enseñar a los demás lo que él mismo acaba de aprender; el que sabe mucho, piensa apenas que lo que él dice pudiera ser ignorado y habla más indiferentemente.

Las cosas más grandes deben ser dichas simplemente, pues se estropean por el énfasis. Es preciso decir con nobleza las más pequeñas, pues sólo se sostienen por la expresión, el tono y la manera de decirlas.

* Me parece que se dicen las cosas todavía más finamente que lo que pueden escribirse.

* Sólo un nacimiento decoroso y una buena educación, hace a los hombres capaces para lo secreto.

* Toda confianza es peligrosa si no es completa: hay pocas ocasiones en las que no haga falta decir todo u ocultar todo. Se ha dicho ya demasiado de un secreto a aquel a quien se cree que ha de ocultársele una circunstancia.

* Hay gentes que os prometen el secreto, y lo revelan a su pesar; sin mover los labios se les oye; se lee sobre su frente y en sus ojos; se ve a través de su pecho, pues son transparentes. Otros no dicen precisamente una cosa que les ha sido confiada, pero hablan y obran de tal manera que se descubre por sí misma. Por fin algunos desprecian vuestro secreto, sin tener en cuenta las consecuencias que puede tener: *Es un misterio que una persona me ha contado y me ha prohibido que yo lo cuente*, y lo cuentan. Si se revela un secreto es por culpa del que lo ha confiado.

* *Nicandro* habla con *Elisa* de la manera dulce y complaciente con que ha vivido con su mujer desde el día que la conoció hasta su muerte; ha dicho ya que lamenta que no le haya dejado hijos y lo repite; habla de las casas que tiene en la ciudad y de una tierra que tiene en el campo; calcula la renta que le produce; hace el plan de las construcciones, describiendo su situación y exagerando la comodidad de las habitaciones, lo mismo que la riqueza y el gusto de los muebles; asegura que a él le gusta la buena vida y se queja de que su mujer no amase bastante el juego y la sociedad. ¿Si sois tan rico, le dice uno de sus amigos, por qué no compráis

(14) Filósofo y poeta trágico. *(Nota de La Bruyère.)*

ese cargo? ¿Por qué no hacéis esa adquisición que extendería vuestro dominio? Me creen, continúa él, más rico de lo que soy. No olvida su origen y sus alianzas: *El señor superintendente, que es mi primo, la señora canciller, que es mi pariente,* ése es su estilo. Cuenta un hecho que prueba lo descontento que debe estar con sus más allegados y hasta con los que son sus herederos. ¿Estoy equivocado? dice a Elisa. Insinúa después que tiene una salud débil y lánguida y habla de la tumba donde ha de ser enterrado. Es insinuante, adulador, oficioso con todos aquellos que se encuentran cerca de la persona a la que aspira. Pero Elisa no tiene el valor de hacerse rica casándose con él. Anuncian, en el momento que está hablando, a un caballero que con su sola presencia desmonta la batería del hombre de la ciudad: se levanta desconcertado y apenado y va a decir a otra parte que quiere volver a casarse.

* El prudente evita algunas veces la sociedad, por temor de aburrirse.

DE LOS BIENES DE FORTUNA

Un hombre muy rico puede comer manjares escogidos, hacer pintar sus habitaciones, gozar de un palacio en el campo y de otro en la ciudad, tener mucha servidumbre, introducir un duque en su familia y hacer de su hijo un gran señor: eso es justo y está a su alcance; pero tal vez pertenece a otros el vivir contentos.

* Un gran abolengo o una gran fortuna, anuncian el mérito y lo hacen notar más pronto.

*Lo que disculpa al fatuo ambicioso de su ambición, es el cuidado que se toma, cuando ha hecho una gran fortuna, de encontrarle un mérito que él jamás ha tenido, y tan grande como él cree tenerlo.

* A medida que el favor y los grandes bienes se retiran de un hombre, dejan ver en él el ridículo que cubría y que existía sin que nadie se hubiese dado cuenta de ello.

* Si no se hubiera visto con los propios ojos, ¿podríamos imaginarnos jamás la extraña desproporción que establece entre los hombres el tener más o menos dinero?

Ese más o menos determina la elección de la carrera de las armas, de la magistratura o de la Iglesia, pues casi no hay otra vocación.

* Dos comerciantes eran vecinos y se dedicaban al mismo comercio, en el que tuvieron una fortuna por completo diferente. Cada uno de ellos tenía una hija; fueron criadas juntas y vivieron en la familiaridad que da la misma edad y la misma condición. Una de ellas, para salir de una extrema miseria, trató de colocarse; y entró al servicio de una gran dama, de las primeras de la corte, en casa de su compañera.

* Si el financiero falla en su golpe, los cortesanos dicen de él: Es un burgués, un hombre insignificante, un tosco; si tiene éxito, le piden su hija.

* Algunos han hecho en su juvetud el aprendizaje de cierto oficio, para ejercer otro muy diferente durante el resto de su vida (1).

* Un hombre es feo, de pequeña estatura y tiene poco talento; se me dice al oído: tiene cincuenta mil libras de renta. Eso le

(1) Trátase aquí de los agiotistas y de los usureros, que se designaban bajo el nombre de *partisans*, algunos de los cuales habían sido primeramente lacayos. Esta palabra data del siglo XVI, según se ve por un pasaje de Esteban Pasquier: «La malignidad del tiempo produjo una plaga de gentes a las que aplicamos un nombre nuevo, *partisans*, y que adelantaban la mitad o un tercio del dinero para cobrarse el todo». Llamábase también *partisane* (derivado de «secuas» o «guerrillero») a los que arrendaban los impuestos del Estado. A éstos se les denominaba también *traitants* porque «trataban» con el gobierno de la recuperación de los dineros públicos o tomaban

concierne a él únicamente, pues con ese dinero no me hará mejor ni peor. ¡Qué necedad sería que yo comenzase a mirarle con otros ojos y no pudiese hacer otra cosa!

* Sería un proyecto bastante vano el de querer convertir a un hombre muy idiota y muy rico en ridículo, pues los burlones estarían de su parte.

* N..., con un portero rústico, arisco, tirando a «suizo», con un vestíbulo y una antecámara donde por poco os hace consumir, pero que al fin aparece con aspecto grave y andar mesurado, escucha un instante y se va sin despediros. Por subalterno que sea por otra parte, lo miráis rodeado de cierta aureola que lo aproxima a la consideración.

* Acudo, *Clitifón*, a vuestra puerta; la necesidad que tengo de vos me echa de la cama y del cuarto. ¡Pluguiere a los dioses que yo no fuese vuestro cliente ni vuestro fastidioso! Vuestros esclavos me dicen que estáis encerrado y que no podréis escucharme hasta dentro de una hora. Vuelvo antes del tiempo que me han indicado y me dicen que habéis salido. ¿Qué hacéis, Clitifón, en esa habitación la más escondida de vuestra casa, tan laborioso que os impide oírme? ¿Ordenáis algunas memorias, colacionáis un registro, firmáis? Yo sólo tenía que pediros una cosa, para que me contestaseis sí o no. ¿Os proponéis ser raro? Prestad servicios a los que dependen de vos y lo seréis más por esa conducta que por no dejaros ver. Hombre importante y cargado de negocios, que, a vuestra vez, tenéis necesidad de mis oficios; venid a la soledad de mi gabinete: el filósofo es asequible. No os dice que volváis otro día; me encontraréis con los libros de Platón, que tratan de la espiritualidad del alma y de lo distinta que es del cuerpo; o con la pluma en la mano para calcular las distancias de Saturno o de Júpiter; yo admiro a Dios en sus obras y trato de hacerme mejor y de regular mi espíritu por el conocimiento de la verdad. Entrad, todas las puertas están abiertas: mi antecámara no está hecha para aburrirse en ella esperándome; pasad hasta mí, sin anunciaros. Me aportáis algo más precioso que la plata y el oro, si es una ocasión de serviros. Hablad ¿qué queréis que yo haga? ¿Hace falta que deje mis libros, mis estudios, mi labor, esta línea que está comenzada? ¡Qué interrupción más dichosa para mí que la que os es útil! El que maneja dinero, el hombre de negocios, es un oso al que no sabría domesticar; no se le ve sin pena en su jaula ¿qué digo? ni se le ve siquiera: porque al principio no se le ve «todavía» y después ya no se le ve más. El hombre de letras, por el contrario, es trivial como un guardacantón en las esquinas: todos pueden verle a todas horas, en todos los estados, en la mesa, en la cama, desnudo, vestido, sano o enfermo; no puede ser importante, ni quiere serlo.

* No envidiamos a ciertas gentes sus grandes riquezas; las tienen

a su cargo los abastecimientos. Los *traitants* y los *partisans* fueron llamados más tarde *maltôtiers* (exactores) y *fournisseurs* (proveedores). Algunos de estos individuos adquirieron, por sus exacciones, fortunas considerables. Sábese que son éstos los que Le Sage infamó en *Tucaret*. Cuando este gran observador llevó al teatro su obra, los *traitants* le ofrecieron cien mil libras para retirarla, y él se negó, no obstante su pobreza.

a título oneroso y a nosotros no nos irían bien. Las han adquirido a costa de su reposo, de su salud, de su honor y de su conciencia; eso es demasiado caro y no hay ganancia alguna a semejante precio.

* Los P. T. S. (2) nos hacen sentir todas las pasiones unas tras otras: se comienza por el desprecio a causa de su obscuridad: se les envidia después, se les aborrece, se les teme, se les estima algunas vces y se les respeta; se vive lo suficiente para terminar teniéndoles compasión.

* *Sosia* ha pasado de la librea, por una pequeña cantidad, a ser subarrendatario (3); y por las concusiones, la violencia y el abuso que ha hecho de sus *poderes*, se ha elevado por fin a cierta altura, sobre las ruinas de varias familias. Llegado a noble por añadidura, no le faltaba más que ser hombre de bien. Un puesto de mayordomo ha realizado ese prodigio.

* *Arfura* caminaba sola y a pie hacia el gran pórtico de San..., y oía desde lejos el sermón de un carmelita o de un doctor, al que no veía más que oblícuamente, y de cuyo sermón perdía muchas palabras. Su virtud era obscura y su devoción conocida como su persona. Su marido ha entrado en el *octavo denario* (4). ¡Qué monstruosa fortuna en menos de seis años! Ella no llega a la iglesia si no es en carruaje y le sostienen la enorme cola (5); el orador se interrumpe mientras ella se acomoda; lo ve de frente y no pierde una sola palabra ni el menor gesto. Hay una lucha entre los sacerdotes para confesarla; todos quieren absolverla y el párroco gana la partida.

* Llevan a *Creso* al cementerio: de todas las inmensas riquezas que el robo y la concusión le habían proporcionado y que agotó por sus lujos y su buena vida, no le queda con qué hacerse enterrar; ha muerto insolvente, sin bienes y privado de todos los auxilios. No se ha visto en su casa ni jarabes ni cordiales, ni médico que lo haya atendido.

* *Champagne*, al salir de una gran comida con el estómago lleno y entre los vapores de un vino de Avenay o de Sillery, firma una orden que le presentan, la cual había de quitar el pan a toda una provincia, si no se le pusiere remedio; esa conducta es excusable.

(2) Vale decir los *partisans*.

(3) Los tratantes que eran arrendatarios de la percepción de los impuestos, la subarrendaban en ciertas zonas del territorio. Es a esto que alude La Bruyère. Esos subarrendatarios, que tenían que pagar al Estado una determinada suma, exigían otra mayor a los contribuyentes, y con la diferencia se enriquecían.

(4) En el antiguo derecho administrativo se llamaba *huitième denier* (octavo denario) a un derecho descontado cada treinta años a los usufructuarios de dominios enajenados por la Iglesia, a fin de confirmaries en su usufructo. ¿habrá querido decir La Bruyère que el marido de Arfura había arrendado la percepción de ese derecho, o que era adjudicatario, por una octava parte, de uno de los arrendamientos del Estado, y que, en consecuencia, había percibido un octavo de los beneficios? Esta última explicación nos parece la más probable.

(5) Es decir, *un vestido con una enorme cola*. Desde el siglo XIII las mujeres llevaban vestidos de un largo desmesurado, que dejaban arrastrar como cola de serpiente. «Estas largas colas —dice el padre Ménestrier— se multiplicaron y alargaron tan extraordinariamente, que ello se hizo escandaloso y obligó a los papas, no sólo a prohibirlo universalmente a toda clase de personas, sí que también a ordenar que se negase la absolución a quienes las llevasen». Pese a los anatemas de la Iglesia, el uso de los vestidos con cola persistió siempre bajo la vieja monarquía.

¿Cómo ha de comprender en la primera hora de su digestión que pueden morir de hambre en alguna parte?

* *Silvano*, con su dinero, ha adquirido pergaminos y otro nombre. Es señor de la parroquia en la que sus abuelos pagaban el impuesto de la talla (tributo de los plebeyos); antaño no hubiera podido entrar de paje en casa de *Cleóbulo*, y hoy es su yerno (6).

* *Dorio* va en litera por la vía *Apia*, precedido de sus libertos y de sus esclavos, que apartan al pueblo para dejar libre el paso; no le faltan más que lictores; entra en *Roma* con su cortejo y allí parece triunfar de la bajeza y miseria de su padre *Sanga*.

* No se puede emplear la fortuna mejor que lo que la emplea *Periandro*, pues le da categoría, crédito y autoridad; ya no se solicita su amistad, sino que se implora su protección. Comenzó a decir hablando de sí mismo: *un hombre de mi suerte:* y pasó a decir: *un hombre de mi calidad*. Se da como tal y no hay nadie de aquellos a los que presta dinero o recibe a su mesa, que es delicada, que trate de oponérsele. Su vivienda es soberbia; domina en la fachada el estilo dórico; aquello no es una puerta, es un pórtico. ¿Es la casa de un particular o es un templo? El pueblo no acierta a distinguirlo. Periandro es el señor que manda en todo el barrio. Se le envidia y se desearía ver su caída. Su mujer, por su collar de perlas, convierte en sus enemigas a todas las señoras de la vecindad. Todo se aguanta en aquel hombre. Nada desmiente todavía la grandeza que ha adquirido, que ha pagado (7). Pero su padre, tan viejo y tan caduco ¿no murió hace veinte años, antes de que se conociese en el mundo a Periandro? ¿Cómo podrá éste ceñirse a esas odiosas participaciones (8) que detallan la genealogía y con frecuencia hacen enrojecerse a la viuda y a los herederos? ¿Las suprimirá a la vista de toda una ciudad celosa, maligna, clarividente y a costa de las mil personas que quieren ir a lucir su jerarquía en las exequias? ¿Se querrá que haga de su padre un *Noble homme*, tal vez un *Honorable homme*, siendo él un *Messire*? (9).

* ¡Cuántos hombres se parecen a esos árboles que después de ser bastante grandes se trasplantan en los jardines, donde asombran la vista de los que los ven colocados en bellos lugares donde no les han visto crecer, y que no conocen ni su comienzo ni su progreso!

* Si algunos muertos volviesen al mundo y viesen sus grandes nombres llevados por gentes cuyos padres eran sus granjeros, y sus tierras y castillos poseídos por esas mismas gentes, ¿qué opinión podrían tener de nuestro siglo?

(6) La *clave* designa para este *carácter* a George, famoso *partisan*, que Boileau cita en su primera sátira.

(7) *Que ha pagado.* — Es sabido que bajo Luis XIV la necesidad de dinero hizo crear una multitud de cargos que conferían la nobleza, y que gran número de burgueses ricos fueron hechos nobles mediante metálico. Sólo en el mes de marzo de 1696, hubo quinientas personas ennoblecidas de este modo.

(8) Esquelas mortuorias. *(Nota de La Bruyère.)*

(9) El título de *noble homme* era simplemente una calificación moral; el de *honorable homme* se daba a los burgueses y a los comerciantes que no tenían cargo ni señoría, y también a la gente de toga y de letras. *Messire*, que viene de sire, señor, se daba contrariamente a los que eran nobles, que tenían armas (escudo) y poseían feudos. De ahí el sentido de la frase. La Bruyère ha querido decir: ¿Cómo Periandro, que es noble, podrá dar a su padre, en las esquelas mortuorias, títulos burgueses?

La Bruyère

* Nada hace conocer mejor lo poco que Dios creyó dar a los hombres al abandonarles las riquezas, los grandes establecimientos y otros bienes, que la manera que ha tenido de distribuirlos y la clase de hombres más favorecidos.

* Si entráis en las cocinas donde veréis constituído en arte y en método el secreto de halagar vuestro gusto y haceros comer más de lo necesario; si examináis en detalle todos lo preparativos de las viandas que han de constituir el festín que os preparan; si veis las manos por las que pasan y todas las formas diferentes que toman antes de adquirir esa propiedad, esa elegancia que hechizan vuestros ojos, que os hacen vacilar en la elección y tomar el partido de probar de todo; si veis todo eso en otra parte que en una mesa bien servida, ¡qué suciedad! ¡qué repugnancia! Si vais al interior de un escenario y veis las pesas, las ruedas, las cuerdas, que forman la tramoya; si consideráis cuántas gentes entran en la ejecución de esos movimientos y qué fuerza de brazos se necesita, diréis: ¿Son éstos los resortes de un espectáculo tan hermoso, tan natural, que parece animado y moverse por sí mismo? Me diréis: ¡Qué esfuerzos, qué violencia! Lo mismo ocurre con la fortuna de ciertas gentes.

* Ese muchacho tan fresco, tan florido (10) y de una salud tan hermosa, es señor de una abadía y de otros diez beneficios (11); todos juntos le producen ciento veinte mil libras de renta, que le pagan en medallas de oro (12); hay, por otra parte, ciento veinte familias indigentes que no se calientan durante el invierno y que no tienen ropa para cubrir sus carnes, y a quienes con frecuencia falta pan; su pobreza es extrema y vergonzosa. ¡Qué repartición podría hacerse! ¿Y esto no revela claramente un porvenir?

Crisipo, hombre nuevo y el primer noble de su raza, aspiraba hace treinta años a tener un día como toda fortuna dos mil libras de renta: aquello colmaba sus aspiraciones y su más alta ambición; él mismo lo ha dicho y las gentes lo recuerdan. Ocurre que, no sé por qué caminos, llega a dar en renta a una de sus hijas, como dote, lo que deseaba él mismo tener como capital. Una suma igual sale de sus cofres para cada uno de sus hijos y tiene un gran número de hijos, y eso sólo se les da como anticipo de lo que heredarán a la muerte del padre. Vive todavía, y aunque de edad bastante avanzada, emplea el resto de sus días en trabajar para enriquecerse.

* Dejadle hacer a *Ergasto* y exigirá un derecho a todos los que beben el agua del río o que caminan por la tierra firme; sabe convertir en oro hasta las cañas, los juncos y las ortigas. Escucha todas las opiniones y da todas las que ha escuchado. El príncipe no da a los demás sino a expensas de Ergasto y no les hace más gracias que las que a Ergasto son debidas. Es un hambre insaciable de tener y de poseer; traficaría con las artes y con las ciencias y

(10) Se ha aplicado este artículo a Carlos Mauricio, arzobispo de Reims, hijo de Miguel Letellier, canciller de Francia, nacido en Turín en 1642, muerto en 1710.

(11) *El Beneficio* es una cierta parte de bienes de la Iglesia, que se asegura a una persona eclesiástica para que goce de ella durante toda su vida, como retribución del servicio que presta o debe prestar a la Iglesia. *(Diccionario de Trévoux.)*

(12) Luis de oro. *(Nota de La Bruyère en las dos primeras ediciones.)*

sometería a tributo hasta la armonía. Sólo faltaría, si hubiesen de creerlo, que el pueblo, para tener el placer de verle rico, de contemplar sus caballerizas o sus jaurías, pudiese perder el recuerdo de la música de *Orfeo* (13) y contentarse con la suya.

* No tratéis con *Critón*, que obra siempre en su propio interés. El cepo está siempre listo para todos aquellos a quienes su cargo, su tierra, o lo que él posee, les pueda dar envidia. Os impondrá condiciones extravagantes. No puede haber gestión ni arreglo con un hombre tan lleno de sus intereses y tan enemigo de los vuestros: necesita una víctima.

* *Brontín*, según dice el pueblo, hace ejercicios espirituales y se encierra ocho días con sus santos: éstos tienen sus meditaciones y él las suyas.

* El pueblo tiene con frecuencia el placer de la tragedia, pues ve perecer en el teatro del mundo a los personajes más odiosos, que han hecho más mal en las diversas escenas y a los que ha aborrecido más.

* Si se reparte la vida de los P. T. S. (14), en dos porciones iguales, la primera, viva y activa, está toda ocupada en querer afligir al pueblo, y la segunda, vecina a la muerte, dedicada a descubrirse y a arruinarse los unos a los otros.

* Este hombre que ha hecho la fortuna de varios, que ha hecho la vuestra, no ha podido cimentar la suya, ni asegurar antes de su muerte la de su mujer y sus hijos, que viven ocultos y desdichados. Por muy enterados que estéis de la miseria de su condición, no pensáis en endulzarla y no lo podéis, en efecto: tenéis riquezas y conserváis por gratitud el retrato de vuestro bienhechor, que ha pasado, es verdad, del gabinete a la antecámara y que tal vez vaya al guardamuebles (15).

* Existe una dureza de complexión y otra de condición y de estado. ¿Tanto de una como de otra se saca lo suficiente para endurecer el corazón hasta el punto de no condolerse de la miseria de los demás y aun diré de las desgracias de la familia propia? Un buen financiero no se apiada de sus amigos, ni de su mujer ni de sus hijos.

* Huid, retiraos; no estáis bastante lejos. Yo estoy, decís, bajo el otro trópico. Pasad bajo el polo y al otro hemisferio; subid a las estrellas, si podéis. Heme ya en ellas. Muy bien, ya estáis en seguridad. Descubro en la tierra un hombre ávido, insaciable, inexorable, que quiere, a costa de todo y de todos, proveer para sí solo, agrandar su fortuna y rebosar de bienes.

* Hacer fortuna es una frase tan bella y que significa algo tan bueno, que se ha hecho de uso universal: se la reconoce en todas las lenguas; agrada a los extrajeros y a los bárbaros; reina en la corte y en la ciudad; ha penetrado en los claustros y atravesado los muros de las abadías de uno y de otro sexo; no hay lugares

(13) *Orfeo y Eurídice*, música de Monteverde, representada en 1647.
(14) *Partisans*, ya explicado anteriormente lo que son en la nota (1).
(15) Hoy se diría *au grénier* (al granero). Dábase el nombre de guardamuebles a los departamentos en que se ponían los muebles de desecho o los que no servían sino ocasionalmente.

sagrados donde no haya penetrado, ni desierto ni soledad donde sea desconocida.

* A fuerza de hacer nuevos contratos o de sentir el dinero aumentar en los cofres, se llega a creer el hombre una buena cabeza y casi capaz de gobernar.

* Hace falta una especie de talento para hacer fortuna y sobre todo una gran fortuna. No es necesario un talento grande ni sublime, ni recio ni delicado. No sé de qué talento se trata y espero que alguno quiera instruirme al respecto (16).

No se necesita para hacer fortuna tanto talento como costumbre o experiencia; se piensa en ello demasiado tarde, y cuando al fin se toma la decisión, se comienza por faltas que no son siempre reparables: esa es tal vez la causa de que las fortunas sean tan raras.

Un hombre de genio modesto puede querer mejorar; descuida todo lo demás y de la mañana a la noche sólo sueña en mejorar. Ha comenzado a buena hora y desde su adolescencia a ponerse en camino de hacer fortuna. Si encuentra una barrera de frente que cierra su paso, sesga naturalmente y tuerce hacia la derecha o la izquierda, según donde vea la mejor ocasión; y si nuevos obstáculos lo detienen, vuelve al sendero que había dejado. Hállase decidido a sobrepasar todas las dificultades o evitarlas o a tomar otras medidas; su interés, la costumbre, las circunstancias le dirigen. ¿Es preciso un gran talento y una buena cabeza para que un viajero pueda seguir en primer lugar el gran camino, si está ocupado o encuentra obstáculos, lo abandone y vaya a través de los campos, para recobrar más tarde el primer camino y, continuándolo, llegar a su término? ¿Hace falta tanto talento para ir a sus fines? Es, pues, un prodigio, que un idiota sea rico y acreditado?

Hay también estúpidos, y me atrevo a decir imbéciles, que se colocan en buenos puestos y que saben morir en la opulencia, sin que se pueda sospechar de ninguna manera que han contribuido a ello con su trabajo o con la menor industria; alguien les conduce a las fuentes de un río, o bien el azar solamente les hace encontrarlo; se les ha dicho: ¿Queréis agua? sacadla; y ellos la han sacado.

* Frecuentemente cuando se es joven se es pobre; o no se han hecho todavía adquisiciones o no han tenido lugar las sucesiones. Se llega a rico y a viejo al mismo tiempo. Es raro que los hombres puedan reunir todas las ventajas; y si eso le ocurre a alguno, no hay por qué tenerle envidia: tiene bastante que perder por la muerte para merecer ser envidiado.

* Es preciso tener treinta años para soñar en la fortuna; no está hecha a los cincuenta; se edifica en la vejez y se muere cuando están todavía en casa los pintores y los vidrieros.

* ¿Cuál es el fruto de una gran fortuna, si no es el de gozar de la vanidad, de la industria del trabajo, y de los gastos de aquellos

(16) Vauvenargues se ha encargado de contestar a la pregunta de La Bruyère: La fortuna —dice— exige cuidados. Hay que ser flexible, ameno, intrigante, no ofender a nadie, agradar a las mujeres y a los hombres discretamente, participar en placeres y en negocios, ocultar su secreto, saber aburrirse por la noche en la mesa, y distraerse con tres cuadrillas (bailes) sin dejar el asiento.

que han venido antes que nosotros, y trabajar nosotros mismos, plantar, adquirir para la posteridad?

* Se abre y se principia todas las mañanas para engañar a la gente y se cierra por la noche después de haberla engañado durante todo el día.

* El comerciante hace muestrarios para despachar lo peor de su mercancía; tiene el *catí* (17) y las falsas luces a fin de ocultar sus defectos y que parezcan buenas; pondera la mercancía para venderla a un precio mayor que el que le corresponde; tiene marcas falsas y misteriosas, para que se crea que la da por el costo; una medida defectuosa para entregar lo menos que se pueda; tiene un pesillo para que el oro con que le pagan tenga el peso que deba tener.

* En todas las condiciones el pobre está muy próximo al hombre de bien y el opulento casi no está alejado de la granujería. El tacto, la experiencia y la habilidad no llevan a hacer enormes riquezas.

Uno se puede enriquecer en cualquier arte o en cualquier comercio por la ostentación de cierta probidad.

De todos los medios de hacer fortuna, el más corto y el mejor es inducir a las gentes a ver claramente que está en sus intereses el favoreceros.

* Los hombres, apremiados por las necesidades de la vida, y algunas veces por el deseo de ganancia o de gloria, cultivan talentos profanos o se dedican a profesiones equívocas, cuyo peligro y consecuencias se ocultan a sí mismos durante mucho tiempo. Después los dejan por una devoción discreta que no les llega jamás hasta que han hecho su recolección y gozan de una sólida fortuna.

* Hay miserias en la tierra que conmueven el corazón. Faltan a algunos hasta los alimentos; temen al invierno y a la vida. Por otro lado, se comen frutos precoces, se fuerza a la tierra y a las estaciones para hacerlos delicados; simples burgueses, solamente por ser ricos, tienen la audacia de tragar en un solo bocado el alimento de cien familias. Los extremos tienen inconvenientes, yo no quiero ser, si puedo, ni desgraciado ni dichoso; me refugio en la mediocridad.

* Se sabe que los pobres están apenados por lo que les falta y que nadie les alivia; pero si es verdad que los ricos son coléricos, es pensando en que les pueda faltar la menor cosa o en que cualquiera pueda resistirles.

* Es rico el que recibe más que lo que consume; es pobre aquel cuyos gastos exceden a sus ingresos.

Fulano, con sus dos millones de renta, puede ser pobre por faltarle cada año quinientas mil libras.

No hay nada que se sostenga más tiempo que una mediocre fortuna; no hay nada cuyo fin no se vea tan bien como una gran fortuna.

Las grandes riquezas son la ocasión próxima de la pobreza.

Si es verdad que se es rico por no tener grandes necesidades, un hombre prudente es un hombre rico.

(17) *Catí*, apresto para hacer más firmes y lustrosas las telas.

Si es verdad que se es pobre por desear demasiadas cosas, el ambicioso y el avaro languidecen en una extrema pobreza.

* Las pasiones tiranizan al hombre y la ambición suspende en él las otras pasiones y le da por cierto tiempo la apariencia de todas las virtudes. A ese *Trifón* que tiene todos los vicios, yo lo he creído sobrio, casto, liberal, humilde y hasta devoto y lo seguiría creyendo aún si por fin no hubiese hecho una fortuna.

* No se sacia jamás el deseo de poseer y de engrandecerse; la bilis gana terreno y la muerte se aproxima cuando con un aspecto enfermizo y las piernas ya débiles, se dice: *mi fortuna, mi establecimiento.*

* No hay en el mundo más que dos maneras de elevarse: o por su propia industria o por la imbecilidad de los demás.

* Las facciones muestran la complexión y las costumbres; pero la expresión da a conocer los bienes de fortuna: el tener más o menos de mil libras de renta se ve escrito en la cara.

* *Crisanto*, hombre opulento e impertinente, no quiere ser visto con *Eugenio*, que es hombre de mérito, pero pobre. Pensaría que se deshonra con eso: Eugenio tiene respecto a Crisanto las mismas disposiciones; no corren riesgo de chocar.

Cuando yo veo a ciertas gentes que antaño se adelantaban a saludarme, esperar ahora a que yo las salude y fijarse en esas pequeñeces, digo para mí mismo: muy bien, me regocijo, mejor para ellos; ya se ve que este hombre está mejor alojado y mejor alimentado que de ordinario; si entra después de algunos meses en algún asunto en el cual haga una ganancia razonable, ¡Dios quiera que llegue dentro de poco tiempo hasta a despreciarme!

* Si los pensamientos, los libros y los autores dependiesen de los ricos y de los que han hecho una hermosa fortuna, ¡qué proscripción! No habría esperanza de regreso. ¡Qué tono, qué ínfulas no tomarían sobre los sabios! ¡Qué majestad no exhibirían ellos ante los hombres insignificantes, cuyo mérito no les ha dado posición ni riquezas, y que se dedican todavía a pensar y a escribir juiciosamente! Es preciso confesarlo: el presente es para los ricos y el porvenir para los virtuosos y los sabios. HOMERO existe todavía y existirá siempre: los receptores de derechos, los publicanos ya no existen ¿han existido? ¿Sus nombres y su patria son conocidos? ¿Ha habido en Grecia arrendatarios de impuestos? ¿En qué han venido a parar aquellos importantes personajes que despreciaban a Homero y que sólo trataban de evitar su encuentro en la plaza, que no le saludaban o que le saludaban por su nombre a secas, que no se dignaban hacerlo sentar a su mesa, que le miraban como a un hombre que no era rico y que hacía un libro? ¿Qué ocurrirá con los *Fauconnets* (18)? ¿Irán tan lejos en la posteridad como DESCARTES, *nacido en Francia y muerto en Suecia* (19)?

* Del mismo fondo de orgullo que lo eleva soberbio por encima de sus inferiores, se arrastra vilmente ante los que están encima

(18) Había un arrendamiento de tierras que se llamaba así.

(19) En Estocolmo, el 16 de febrero de 1650. No es necesario recordar aquí que Descartes, acusado de ateísmo, había ido a pedir asilo a la reina Cristina. La Bruyère, atacando con justicia la ignorancia partidaria, protesta aquí contra la ingratitud de Francia para con uno de sus más gloriosos hijos.

de él. Eso es lo propio de ese vicio que no está fundado en el mérito personal ni en la virtud, sino en la riqueza, los puestos, el crédito y las vanas ciencias: el llevarnos igualmente a despreciar a los que tienen menos que nosotros de esa especie de bienes y a estimar demasiado a los que tienen más que nosotros.

* Hay almas sucias, amasadas con barro y basura, prendadas de la ganancia y del interés como las bellas almas lo están de la gloria y de la virtud; capaces de una sola voluptuosidad, que es la de adquirir o la de no perder; curiosas y ávidas del diez por ciento; únicamente ocupadas en sus deudores; hundidas y como abismadas en los contratos, los títulos y los pergaminos. Tales gentes no son ni parientes, ni amigos, ni ciudadanos, ni cristianos, ni tal vez hombres: tienen dinero.

* Comencemos por exceptuar esas almas nobles e intrépidas, si es que todavía quedan en la tierra, caritativas, ingeniosas para hacer el bien, a las que ninguna clase de cuidados, de desproporción ni de artificios, pueden separar de aquellos a los que una vez han escogido como amigos; y después de esa precaución, digamos valientemente una cosa triste y dolorosa: no hay nadie en el mundo, por muy unido que aparezca a nosotros con lazos de amistad o de benevolencia, que nos ame, que nos haga mil ofertas de servicios y que nos sirva alguna vez, que no tenga en sí, por apego a su interés, disposiciones muy próximas a romper con nosotros y a convertirse en nuestro enemigo.

* Mientras que *Oronte* acrecienta con los años sus fondos y su renta, nace una hija en cualquier familia, se cría, crece, se embellece y cumple diez y seis años; Oronte, que tiene cincuenta, solicita como esposa a esa joven hermosa y espiritual, y aquel hombre sin abolengo, sin talento y sin el menor mérito, es preferido a todos sus rivales.

* El matrimonio, que debería ser para el hombre manantial de todos los bienes, es frecuentemente, por razón de fortuna, una pesada carga bajo la cual sucumbe. Es entonces cuando una mujer y unos hijos constituyen una violenta tentación al fraude, a la mentira y a las ganancias ilícitas; el hombre se encuentra entre la bribonada y la indigencia: extraña situación.

Casarse con una viuda, en buen francés, significa hacer su fortuna pero no siempre se cumple ese significado.

* El que no parte sus bienes con sus hermanos más que para vivir cómodo como buen practicante (20), quiere ser oficial; el simple oficial se hace magistrado, y el magistrado quiere presidir; y así de todas las condiciones en que los hombres languidecen oprimidos, indigentes, después de aventurarse en el más allá de su fortuna y de haber forzado, por así decirlo, su destino, incapaces a la vez de no querer ser ricos y de vivir ricos.

* Almuerza bien *Clearco*, cena por la noche, pon leña en el fuego,

(20) Practicante, en el siglo XVII se decía de los abogados y procuradores. Por oficial, debe entenderse aquí que era el que desempeñaba un cargo u oficio de justicia. — El simple oficial era un juez subalterno que administraba justicia en nombre de un señor en sus tierras, y el magistrado, un juez que la administraba en nombre del rey en un trono real.

compra una capa, tapiza tu habitación; tú no quieres a tu heredero; tú no lo conoces y ni siquiera lo tienes.

* De joven se conserva para la vejez; de viejo se ahorra para la muerte. El heredero pródigo paga soberbios funerales y devora el resto.

* El avaro gasta más una vez muerto, en un solo día, que lo que gastara mientras vivió en diez años; y su heredero gasta más en diez meses, que lo que ha sabido ganar él mismo en toda su vida.

* Lo que se prodiga, se le quita al heredero: lo que se ahorra sórdidamente, se lo quita uno a sí mismo. El medio es justicia para sí y para los demás.

* Los hijos tal vez fueran más queridos de sus padres, y, recíprocamente, los padres de sus hijos, sin el título de herederos.

* ¡Triste condición la del hombre y que quita gusto al vivir! Es preciso sudar, velar, ceder, depender, para tener un poco de fortuna o debérsela a la agonía de nuestros prójimos. El que no desea que su padre pase pronto, es hombre de bien.

* El carácter del que quiere heredar de alguno es muy complaciente: no somos más adulados, más obedecidos, más mirados, más rodeados ni más acariciados por nadie durante nuestra vida que por aquellos que creen ganar a nuestra muerte y que desean que esa muerte llegue.

* Todos los hombres, por los puestos diferentes, por los títulos y las sucesiones se miran como herederos unos de otros y cultivan por ese interés durante el curso de su vida, un deseo secreto y disimulado de la muerte de otro; el más dichoso en cada condición es aquel que tiene más cosas que perder por su muerte y que dejar a su sucesor.

* Se dice del juego que iguala las condiciones: pero se encuentran a veces tan extrañamente desproporcionadas y hay entre una y otra condición un abismo tan inmenso y tan profundo, que sufren los ojos al ver aproximarse a tales extremos: es como una música que desentona, como los colores mal concertados, como las palabras que juran y ofenden al oído, como esos ruidos que hacen estremecer; es, en una palabra, como una inversión de todo el bienestar. Si se me opone que ésa es la práctica de todo el universo, contestaré que puede ser también una de esas cosas que nos presentan como bárbaros al resto del mundo y que los orientales que vienen a nuestro país apuntan en sus tabletas; no tengo duda que ese exceso de familiaridad les extrañará tanto como a nosotros su *zombaya* (21) y sus demás prosternaciones.

* Una asamblea de estados, o las cámaras reunidas para un asunto capital, no se presentan tan graves ni tan serias como una mesa de gentes que juegan fuerte: es una triste serenidad la que reina en sus semblantes; implacables el uno para el otro y enemigos irreconciliables mientras dura la sesión, no reconocen relaciones ni alianzas, ni abolengos, ni distinción. Solamente el azar; esa ciega y salvaje divinidad preside el círculo y decide soberanamente: todos la honran con un silencio profundo y una atención de la que son completamente incapaces para otras cosas; todas las pasiones, como

(21) Ver los relatos del reino de Siam. *(Nota de La Bruyère.)*

suspendidas, ceden a una sola: el cortesano entonces no es dulce, ni adulador, ni complaciente (22), ni siquiera devoto.

* No se reconoce en aquellos a los que el juego o la ganancia han ilustrado, la menor huella de su primera condición. Pierden de vista a sus iguales y alcanzan a los más grandes señores. Es verdad que la fortuna del dado o del sacanete los abandona frecuentemente lo mismo que los ha elevado.

* Yo no me asombro de que existan garitos públicos como otros tantos cepos tendidos a la avaricia de los hombres, como simas donde cae el dinero de los particulares y de donde ya no vuelve, como terribles escollos en los que los jugadores van a chocar y a perder; tampoco me asombro de que partan de esos lugares emisarios para saber quién ha muerto dejando dinero, quién ha ganado un pleito y con él una gruesa cantidad, quién ha recibido una donación, quién ha hecho en el juego una ganancia considerable, qué hijos de familia acaban de recibir una gran herencia, o qué apoderado imprudente quiere aventurar a una carta los denarios de su caja. Es verdad que es un sucio e indigno oficio el de engañar; pero es un oficio antiguo, conocido y practicado por esa clase de hombres que se llaman jugadores. La enseña sobre su puerta tendría que decir algo como esto: *Aquí se engaña de buena fe*, porque querrían aparecer como irreprochables. ¿Quién no sabe que entrar en esas casas y perder es todo uno? Lo que me extraña es que encuentren tantos necios como necesitan para su subsistencia.

* Mil gentes se arruinan en el juego y os dicen fríamente que no podrían pasar sin jugar. ¡Qué excusa! ¿Hay una pasión, por violenta o vergonzosa que sea, que no pueda excusarse de la misma manera? ¿Se admitiría que se dijese que uno no puede pasar sin robar y sin asesinar? ¿Un juego espantoso, continuo, sin freno, sin límites, en el que se ha visto la ruina total de su adversario, enloquecido por el deseo de ganar, desesperado por la pena, consumido por la avaricia y en el que se expone a una carta la fortuna propia, la de su mujer y sus hijos, es una cosa permitida o por la que pueda pasarse? ¿No es preciso a veces hacerse una gran violencia, cuando, empujado por el juego, se llega a la ruina y no se tienen vestidos ni alimentos para suministrárselos a la propia familia?

Yo no permito a nadie ser pillo, pero permito a un pillo jugar en juego fuerte y se lo prohibo a un hombre honrado. Es una gran puerilidad exponerse a una gran pérdida.

* La única aflicción que dura es la que proviene de la pérdida de los bienes: el tiempo, que endulza las demás, agría ésta. Sentimos en todos los momentos, durante el curso de nuestra vida, que nos faltan los bienes que hemos perdido.

* Nada importa que por falta de bienes no se puedan casar las hijas, pagar las deudas o hacer contratos, siempre que no se trate de las hijas ni de la mujer propias.

(22) Las Memorias de Saint-Simón atestiguan hasta qué punto había llegado la pasión del juego en la corte de Luis XIV. Cita hechos que prueban el poco escrúpulo que ciertos jugadores demostraban en el palacio del rey, quien asimismo jugaba allí. Era el garito que estaba de moda. (CHÁUREL.)

* Ni las turbaciones que agitan vuestro imperio, *Zenobia*, ni la guerra que sostenéis virilmente contra una nación poderosa desde la muerte del rey vuestro esposo, disminuyen en nada vuestra magnificencia. Habéis preferido a todo otro paraje las orillas del Éufrates para edificar un soberbio edificio: allí el aire es sano y templado, la situación es risueña, un bosque sagrado le da sombra del lado de poniente. Los dioses de Siria, que habitaban algunas veces en la tierra, no hubieran podido escoger una mansión más hermosa. El campo en derredor está cubierto de hombres que tallan y que cortan, que van y que vienen, que acarrean la madera del Líbano, el bronce y el pórfido; las grúas y las máquinas gimen en el aire y hacen esperar, a los que viajan hacia la Arabia, ver a la vuelta a sus hogares ese palacio terminado y a vos y a los príncipes vuestros hijos que vivís en el esplendor que deseáis darle. No escatimáis nada, reina poderosa; emplead el oro y todo el arte de los más excelentes obreros; que los Fidias y los Zeuxis de vuestro siglo desplieguen toda su ciencia sobre vuestros techos y vuestros zócalos: trazad allí vastos y deliciosos jardines, en los que el encanto sea tal que no parezcan hechos por la mano del hombre; agotad vuestros tesoros y vuestra industria en esa obra incomparable, y después que hayáis dado, Zenobia, la última mano, algunos de los pastores (23) que habitan en las arenas, enriquecidos por los peajes de vuestras riberas, comprará algún día esa real mansión para enriquecerla y hacerla más digna de él y de su fortuna.

* Ese palacio, esos muebles, esos jardines, esas hermosas aguas, os encantan y os hacen recrearos a primera vista con una casa tan deliciosa y con la extrema felicidad de su dueño. No es así, no ha gozado tan agradablemente ni tan tranquilamente como vos; no ha tenido jamás ni un día sereno ni una noche tranquila; se ha ahogado en las deudas para llevarla a ese grado de belleza que os ha encantado. Sus acreedores lo han echado de allí; ha vuelto la cabeza y la ha visto desde lejos por última vez; ha muerto de pena.

* No puede dejar de verse en ciertas familias lo que se llaman caprichos de la suerte o juegos de la fortuna. Hace cien años no se hablaba de esas familias que no eran nada: el cielo, de repente, se abre en su favor; los bienes, los honores, las dignidades caen sobre ellas en varias ocasiones; nadan en la prosperidad. *Eumolpe*, uno de esos hombres que no tienen abuelo, tiene por lo menos un padre que se ha elevado tan arriba, que todo lo que ha podido desear durante el curso de una larga vida, ha estado a su alcance y lo ha alcanzado. ¿Había en esos dos personajes elevación de espíritu o profunda capacidad? ¿Fueron las circunstancias? La fortuna ya no les sonríe y trata a su posteridad como a sus antepasados.

* La causa más inmediata de la ruina y de la derrota de las personas que se dedican al ejercicio de las armas y a la magistratura, es que el estado solamente, y no los bienes de fortuna, regulan los gastos.

(23) De Gourville, intendente del difunto príncipe, que no contento del castillo de Saint-Maur, a pesar de lo hermoso que era y de que al príncipe le agradaba, incurrió en multitud de gastos para embellecerlo. (*La clave.*)

* Si no habéis olvidado nada para vuestra fortuna, ¡qué trabajo! Si habéis descuidado la menor cosa, ¡qué arrepentimiento!

* *Giton* tiene el cutis fresco, la cara llena y las mejillas pendientes, la mirada fija y serena, las espaldas anchas, el estómago alto, el andar firme y resuelto. Habla con confianza; hace repetir lo que le entretiene y no gusta más que medianamente todo lo que se le dice. Despliega un amplio pañuelo y se suena con gran ruido; escupe muy lejos y estornuda muy fuerte. Duerme durante el día, duerme durante la noche profundamente y ronca. Ocupa en la mesa y en el paseo más lugar que cualquier otro; vive en su medio y se pasea con sus iguales; se detiene y se detienen; echa a andar de nuevo y andan los que van con él; es él el que todo lo regula, interrumpe a los que tienen la palabra; a él no le interrumpen y le escuchan durante todo el tiempo que quiere hablar; son de su parecer y creen las noticias que da a conocer. Si se sienta, le veréis hundirse en una butaca, cruzar las piernas una sobre otra, fruncir las cejas, inclinar el sombrero sobre los ojos para no ver a nadie, levantarlo en seguida y descubrir su frente con altivez y con audacia. Es jovial, risueño, impaciente, presuntuoso, colérico, libertino, político, misterioso sobre los asuntos del tiempo; se cree inteligente y es rico.

Fedón tiene los ojos hundidos, la tez irritada, el cuerpo seco y la cara flaca. Duerme poco y con sueño muy ligero; es abstraído, soñador y tiene, con el talento, el aspecto de un estúpido. Se olvida de decir lo que sabe, o de hablar de acontecimientos que conoce; y si lo hace alguna vez, se desenvuelve mal. Cree pesar a aquellos a quienes habla; cuenta breve, pero fríamente, no se hace escuchar y no hace reír. Aplaude y sonríe a lo que los demás le dicen y es de su parecer; corre y vuela por hacerles pequeños servicios. Es complaciente, adulador, oficioso; misterioso en sus asuntos y algunas veces mentiroso; es supersticioso, escrupuloso, tímido. Anda suave y ligeramente; parece que teme rozar la tierra; camina con los ojos bajos y no se atreve a levantarlos sobre los que pasan. Jamás es de los que forman un círculo para discurrir; se pone detrás del que habla, recoge furtivamente lo que se dice y se retira si le miran. No ocupa lugar ni conserva su puesto; anda encogido con el sombrero, agachado para no ser visto; se emboza en su capa. No hay calles ni galerías tan concurridas que no le ofrezcan el medio de pasar sin esfuerzo y de colarse sin ser percibido. Si le invitan a que se siente, lo hace en el borde de una silla, habla en voz baja y articula mal; no obstante, se ocupa de los asuntos públicos y siente prevención contra los ministros y el ministerio. No abre la boca más que para contestar; tose y se suena bajo el sombrero; escupe casi sobre sí y espera a estar solo para estornudar, o si eso le ocurre, trata de que lo ignore la compañía; a nadie cuesta saludos ni cumplimientos y es pobre.

DE LA CIUDAD

Se dan en París, sin hablarse, una especie de cita pública, pero muy exacta, todas las tardes en el Paseo (1) o en las Tullerías, para mirarse a la cara y desaprobarse los unos a los otros.

No se puede prescindir de esa sociedad, a la que no se quiere y de la cual se hace burla.

Se esperan al paso recíproco en un paseo público y se pasan revista unos a otros. Carrozas, caballos, libreas, blasones, nada escapa a los ojos, todo es curiosa o malignamente observado; y según el más o menos de su atuendo, se respeta a las personas o se las desdeña.

* Todo el mundo conoce ese largo dique que limita el cauce del Sena, del lado por donde entra en París con el Marne, al que acaba de recibir (2); los hombres se bañan en ese trozo de río durante los calores de la canícula, se les ve muy de cerca echarse al agua y salir de ella; es una diversión. Cuando esa estación no ha llegado todavía, las mujeres no se pasean y cuando ha pasado dejan de pasear.

* En esos lugares tan concurridos (3), donde las mujeres se reúnen para mostrar sus vestidos y para recoger el fruto de su elegancia, no se pasea uno con compañía por necesidad de la conversación; se reunen las gentes para hablar del teatro, ponerse bien con el público y defenderse contra la crítica: es allí precisamente donde se habla sin decirse nada o donde más bien se habla para los transeúntes, en cuyo obsequio se alza la voz, se gesticula y se bromea, se inclina negligentemente la cabeza, se pasa y se vuelve a pasar.

* La ciudad está dividida en diversas sociedades que son como otras tantas pequeñas repúblicas, que tienen sus leyes, sus usos, su jerga y sus palabras para reír. En ese estado de cosas no se encuentra nada bien dicho o bien hecho si no procede de lo suyo y se es incapaz de saborear lo que viene de los ajenos; eso llega hasta el desprecio por las gentes que no están iniciadas en sus misterios. El hombre de sociedad y del mejor ingenio, que la casualidad haya llevado a su medio, les es extraño. Se encuentra allí como en un país lejano, cuyos caminos, lengua y costumbres desconoce; ve a un pueblo que conversa, cuchichea, estalla en carcajadas y cae después en un triste silencio; pierde su serenidad y no encuentra donde colocar una sola palabra y ni siquiera donde escucharla. Jamás falta

(1) La Carrera de la Reina, entre la gran avenida de los Campos Elíseos y el Sena.
(2) El muelle San Bernardo.
(3) Probablemente el jardín de las Tullerías.

allí un burlón de mala calidad que domine y que sea como el héroe de la reunión: éste es el encargado de la alegría de los demás y siempre hace reír antes de haber hablado. Si alguna vez aparece una mujer que no comparte esa alegría, la banda alegre no puede comprender que no sepa reír de las cosas que no entiende y que parezca insensible a las insipideces que ellos mismos no entienden; no le perdonan ni su tono de voz, ni su silencio, ni su estatura, ni su cara, ni su manera de vestir, ni su manera de entrar, ni tampoco la manera de salir. Sin embargo, no pasan dos años en una misma *camarilla;* hay allí siempre, desde el primer año, semilla de división que da su fruto en los que siguen. El interés de la belleza, los incidentes del juego, la extravagancia de las comidas, que, modestas al principio, degeneran pronto en pirámides de viandas y en banquetes suntuosos, desarreglan la república y le dan por fin el golpe mortal; ya en mucho tiempo nadie habla de aquella camarilla.

* Hay en la ciudad la grande y la pequeña magistratura, y la primera venga sobre la otra los desdenes de la corte y las pequeñas humillaciones que en ella sufre. No es cosa fácil saber dónde termina la grande y empieza la pequeña. Se encuentra también un cuerpo considerable, que rehusa ser del segundo orden y al que no se concede el primero (4); no se rinde, no obstante, y trata por el contrario, por la gravedad y por la magnificencia, de igualarse a la magistratura, a la que sólo cede con pena: se le oye decir que la nobleza de su empleo, la independencia de su profesión, la elocuencia y el mérito personal contrarrestan por lo menos los sacos de miles de francos que el hijo del agiotista o del banquero ha sabido pagar por su oficio.

* ¿Os burláis de soñar en carroza, o tal vez de reposar en ella? Tomad vuestro libro o vuestros papeles a toda prisa, leed y no saludéis más que apenas a esas gentes que pasan. Os creerán más ocupado y dirán: ese hombre es laborioso, infatigable, lee y trabaja en las calles o en el camino. Aprended del más modesto abogado que es preciso aparecer abrumado de asuntos, fruncir las cejas y soñar en nada muy profundamente, saber perder a propósito la ocasión de beber y comer, aparecer apenas en casa, desvanecerse y perderse como un fantasma en la sombra de su despacho, ocultarse al público, evitar el teatro, dejándolo a los que no corren ningún riesgo de mostrarse en él, a los GOMÓN, a los DUHAMEL (5).

* Hay cierto número de jóvenes magistrados a los que sus grandes bienes y los placeres han asociado a algunos de esos que se llaman en la corte *petimetres:* los imitan y se mantienen al margen de la gravedad de la toga, creyéndose dispensados por su edad y por su fortuna de ser prudentes y moderados; toman de la corte lo que hay de peor en ella y se apropian la vanidad, la molicie, la intemperancia, el libertinaje, como si todos esos vicios les fueran debidos, y, afectando un carácter alejado del que tienen que sostener, llegan a ser coplas fieles de sus pésimos originales (6).

(4) **Los abogados.**
(5) **Juan Bautista du Hamel, secretario perpetuo de la Academia de ciencias, sabio muy laborioso, nacido en 1624, muerto en 1706.**
(6) **Probablemente de Mesme, conde de Avaux, miembro de la Academia francesa, nacido en 1661, muerto en 1713. Era primer presidente del parlamento.**

* Un hombre de toga en la ciudad, y en la misma corte, son dos hombres diferentes. Vuelto a su casa, recobra sus costumbres, su aspecto y su semblante, que había dejado, y ya no se encuentra tan embarazado ni es tan honesto.

Los *Crispines* se cotizan y llevan hasta seis caballos enganchados a su carruaje y un enjambre de gentes de librea, que les hace triunfar en los paseos o en Vincennes y marchar a la par de las recién casadas, con *Jasón*, que se ha arruinado y con *Trasón* que quiere casarse y que ha consignado (7).

* Oigo hablar de los *Sannions:* El mismo apellido, las mismas armas; la rama mayor y la rama menor; aquéllos llevan las armas plenas (8), los otros colocan horizontalmente un triángulo o lambel y otros una bordura dentada. Tienen con los BORBONES, sobre un mismo color, un mismo metal; y llevan, como ellos, dos y una. Aquéllas no son flores de lis, pero se consuelan y tal vez en su corazón encuentren sus piezas tan honorables, pues las tienen también otros grandes señores que están contentos de ellas. Se ven esas armas en las *litres* (9), en las vidrieras, en la puerta de su castillo, sobre el pilar de su alta justicia, donde acaban de hacer colgar a un hombre que merecía el destierro. Se ofrecen a los ojos en todas partes; se encuentran en los muebles y en las cerraduras y sembradas en las carrozas. Sus libreas están a la altura de sus blasones. Yo diría con gusto a los Sannions: Vuestra locura es prematura; esperad por lo menos a que se acabe el siglo, pues los que han conocido a vuestro abuelo y le han hablado, son ya viejos y no pueden vivir mucho tiempo, ¿quién podrá decir como ellos que allí ponía su tienda y vendía muy caro (10)?

Los Sannions y los Crispines quieren además que se diga de ellos que hacen un gran gasto, que no les gusta hacer. Hacen un relato largo y fastidioso de una fiesta o de una comida que han dado; dicen cuánto dinero han perdido en el juego y se quejan en voz alta de lo que no han soñado en perder. Hablan de una manera misteriosa de ciertas mujeres; tienen recíprocamente cien cosas chistosas que contarse; se convencen los unos a los otros de que son gentes de bellas aventuras. Uno de ellos, que se ha acostado tarde en el campo y que quisiera dormir, se levanta por la mañana, se calza las polainas, se pone un traje de lienzo, se acomoda la fornitura, recoge sus cabellos y toma una escopeta; queda convertido en cazador, si es que

(7) Depositado su dinero en el tesoro público para un gran cargo. *(Nota de La Bruyère.)*

(8) Las armas plenas no tienen ninguna otra pieza de blasón que las que tenían en su origen y a las cuales nada se agregó. Tales son las antiguas armas de Francia, de azur a tres flores de lis en oro. Estas armas, como lo indica La Bruyère, pertenecen a las ramas primogénitas. — *Brisar un lambel*, es poner horizontalmente en el escudo un filete a tres pendientes o caídas, una en el centro, dos en las extremidades. — La *bordura es* una orla que cerca el escudo. Es por estas piezas de referencia que las armas brisadas se distinguen de las armas plenas.

(9) *Litres*, eran unas colgaduras negras que se ponían en las iglesias durante las exequias de los señores y en las cuales figuraba su escudo de armas.

(10) Estos detalles han sido aplicados a los de Lesseville, cuyos antepasados, ricos curtidores, habrán recibido títulos de nobleza de Enrique IV, a quien habían facilitado dinero después de la batalla de Ivry. Pero la ostentación que aquí cita La Bruyère ha sido en todo tiempo, comprendido el nuestro, tan general en Francia, que nuestro autor no tenía necesidad de particularizar.

tira bien. Vuelve por la noche rendido, sin haber cazado nada. Reanuda la caza al día siguiente, y pasa todo el día errando a tordos o perdices.

Otro, con algunos malos perros, le gustaría decir: *Mi jauría.* Asiste a una cacería, se encuentra en el sitio donde se sueltan los perros, entra en lo espeso del bosque, se mezcla con los monteros y tiene un cuerno. No dice como *Menalipo* (11): ¿Se me permite? sino que cree tener permiso. Olvida leyes y procedimientos: es un Hipólito. *Menandro,* que le vió ayer en un pleito que está entre sus manos, no reconocería hoy a su relator. Vedlo, al día siguiente, en los estrados, donde se va a juzgar una causa grande y capital. Se hace rodear de sus colegas y les cuenta cómo no perdió al ciervo seguido por la jauría, cómo enronqueció gritando detrás de los perros que perdían la pista, o detrás de los cazadores que la equivocaban; que él vió soltar los seis perros. La hora se aproxima y acaba de hablar de los ladridos y del encarne para ir a sentarse con los demás para juzgar.

* ¡Cuán grande el extravío de ciertos particulares que, ricos por el negocio de sus padres, cuya sucesión acaba de transmitírseles, imitan a los príncipes con su vestuario y su tren, excitan, con un gasto excesivo y un fausto ridículo, la sorna de una ciudad a la que quisieron deslumbrar y se arruinan para conseguir que se rían de ellos!

* Algunos no logran siquiera extender más allá de su barrio la triste fama de sus locuras: ese barrio en el que habitan es el único teatro de su vanidad. No se sabe en la isla que *Andrés* brilla en las marismas y que disipa su patrimonio; si por lo menos fuera conocido en toda la ciudad y en sus arrabales, sería difícil que, entre un número tan grande de ciudadanos que no saben juzgar sanamente respecto a todas las cosas, no hubiese alguno que dijese de él: *Es magnífico,* y que tuviese en cuenta los regalos que hizo a *Xanta* y a *Aristón* y las fiestas que dió a *Elamira.* Pero se arruina obscuramente, para favorecer a dos o tres personas que no le estiman y corre hacia la indigencia, con tanta celeridad, que el que hoy anda en carroza, no tendrá dentro de seis meses el medio de ir a pie.

Narciso se levanta por la mañana para acostarse a la noche; dedica sus horas al arreglo personal, como una mujer; va todos los días regularmente a la hermosa misa de los Bernardos o los Mínimos; es hombre de un buen trato y se cuenta con él en el barrio de... como tercero o como quinto para una partida de tresillo o de revesino. Allí ocupa la butaca durante cuatro horas seguidas, en casa de *Aricia,* donde arriesga cada noche cinco doblones de oro. Lee infaltablemente la *Gaceta de Holanda* y el *Mercurio Galante;* ha leído a Bergerac (12), a Des Marets (13), a Lesclache (14), las historietas de

(11) **De Nouveau, superintendente de postas.**

(12) **Cyrano.** *(Nota de La Bruyère)* — **Cyrano, nacido en el castillo de Bergerac, en Perigord, hacia 1620, autor de** *Viaje a la Luna,* **etc.; muerto en 1655.**

(13) **Saint-Sorlin.** *(Nota de La Bruyère.)* — **Des Marets de Saint-Sorlin, uno de los primeros miembros de la Academia francesa, autor de** *Aspasia,* **de** *Los Visionarios,* **etc., nacido en París en 1595, muerto en 1676.**

(14) **Luis de Lesclache, nacido hacia 1620, en Auvernia, muerto en 1671, había abierto en París una escuela de gramática y de filosofía que tuvo gran éxito durante algún tiempo, pero que la filosofía de Descartes hizo bien pronto quedar desierta.**

Barbin (15) y algunas colecciones de poesías. Se pasea con mujeres y es de una puntualidad religiosa en las visitas. Hará mañana lo que ha hecho hoy y lo que hizo ayer y morirá así después de haber vivido.

* He ahí un hombre, decís, que he visto en alguna parte; saber dónde, es difícil, pero su semblante me es familiar. También lo es a muchos otros y voy, a ser posible, a ayudar a vuestra memoria. ¿Es en el bulevar, en el asiento de un coche, o en las Tullerías, o en el balcón, o en la comedia? ¿Es en el sermón, en el baile, en Rambouillet (16), donde podríais haber dejado de verlo? ¿Dónde no está él? Si hay en la plaza una famosa ejecución, o fuegos artificiales, allí aparece, en una ventana de la casa del Ayuntamiento; si se espera un magnífico desfile, se coloca en una tribuna; si se hace una carrera de caballos, helo ahí colocado en el anfiteatro; si el rey recibe embajadores, asiste a la audiencia y está en la fila de curiosos cuando los embajadores vuelven de su audiencia. Su presencia es también esencial en los juramentos de ligas suizas, tanto como en los del canciller. Su cara se ve en los almanaques. Si hay una fiesta de cazadores, un *San Huberto*, helo a caballo. Le gustan las tropas, la guerra, él la ve de cerca y en lo más fuerte. CHAMLEY sabe de marchas, JACQUIER de víveres, DUMETZ de artillería (17); éste ve, ha envejecido sobre el arnés mirando; espectador de profesión; no hace nada de lo que un hombre debe hacer, no sabe nada de lo que debe saber, pero, según dice, ha visto todo lo que se puede ver y no tendrá pena de morir. ¡Qué pena para la ciudad el día que eso ocurra! ¡Quién contará, después de él, lo que él contaba? ¿Quién anunciará un concierto, una novedad de la feria? ¿Quién os advertirá de que Baumavielle murió ayer o de que la Rochois (18) está acatarrada y no cantará en ocho días? ¿Quién conocerá como él a un personaje, sus armas y sus libreas? ¿Quién dirá que *Scapín* lleva flores de lis y quién estará de ello más informado? ¿Quién pronunciará con más vanidad y énfasis el nombre sencillo de una burguesa? ¿Quién conocerá mayor cantidad de *vaudevilles?* ¿Quién prestará a las mujeres *Anales Galantes* y el *Diario Amoroso?* ¿Quién sabrá como él cantar en la mesa todo un diálogo de la Opera y los furores de Orlando en una tertulia íntima? En fin, puesto que hay en la ciudad, lo mismo que fuera de ella, tantas gentes insípidas, ociosas, desocupadas, ¿quién podrá convenirles tan perfectamente?

* *Terámeno* era rico y tenía mérito; ahora que ha heredado es muy rico y tiene mucho mérito. He ahí todas las mujeres en campaña para tenerlo como amante, y todas las muchachas para casarse con él. Va de casa en casa, para que las madres esperen que se casará con sus hijas. Se sienta, y las madres se retiran para dejar a sus hijas toda la libertad de ser amables y a Terámeno la de hacer sus declaraciones. Se las entiende aquí contra un mortero (19) y allí

Se notará que La Bruyère no indica, de intento, entre los autores favoritos de *Narciso*, a ninguno de los grandes escritores del siglo XVII.

(15) Compilación de anécdotas publicadas por la librería Barbin.

(16) El cercado de Rambouillet, en el arrabal de San Antonio.

(17) Jacquier, abastecedor del ejército; Dumetz, teniente general de la artillería.

(18) María de Rochois, cantatriz de la Opera.

(19) Es decir, contra los altos dignatarios del parlamento, que llevaban en la cabeza un bonete llamado *mortero*.

sobrepuja al caballero o al hidalgo. Un joven florido, vivo, jovial, espiritual, no es deseado más ardientemente, ni mejor recibido; se lo arrancan de las manos, tienen apenas tiempo de sonreír al que se encuentra con él en una misma visita. ¿A cuántos galanes va a derrotar? ¿Cómo se las arreglará con tantas herederas que le gustan? No es solamente el terror de los maridos sino también el espanto de todos los que tienen deseo de casarse y que esperan llenar con el matrimonio el vacío de su consignación (20). Tales personajes tan felices, tan adinerados, debían ser proscriptos de una ciudad bien gobernada o condenar al bello sexo, bajo pena de locura o de indignidad, a no tratarlos mejor que si no tuviesen más que méritos.

* París, ordinariamente el mono de la corte, no sabe siempre remedarla; no la imita de ninguna manera en esas apariencias agradables que algunos cortesanos, y sobre todo las mujeres, tienen naturalmente allí para un hombre de mérito y que no tiene más que mérito. No se informan de sus contratos ni de sus antepasados; lo enuentran en la corte y les basta; lo sufren y le estiman; no preguntan si ha venido en silla de posta o a pie, si tiene un cargo, una finca rústica o servidumbre. Como rebosan de lujo, de esplendor y de dignidades, se desprenden voluntariamente de la filosofía o la virtud. Una mujer de la ciudad oye el ruido de una carroza que se detiene en su puerta y se estremece de gozo por quienquiera que esté dentro, sin conocerle; pero si ha visto desde su ventana una hermosa carroza, muchas libreas y si la han deslumbrado varias hileras de clavos perfectamente dorados, ¡qué impaciencia no tiene ya por ver en su morada al caballero o al magistrado! ¿Qué recepción encantadora dejaría de hacérsele? ¿Quitará ella su mirada de encima del que llega? El nada pierde con el examen; le valen los dobles correajes y los resortes que hacen rodar la carroza más muellemente, y la estimación de ella va en aumento.

* Esa fatuidad de algunas mujeres de la ciudad, que las lleva a imitar malamente a las de la corte, resulta algo peor que la grosería de las mujeres del pueblo y que la rusticidad de las aldeanas, pues aquella tiene en su contra la afectación.

* ¡La sutil invención de hacer magníficos presentes de boda que nada cuestan y que deben ser devueltos en especie!

* ¡Util y loable práctica, la de perder en gastos de boda el tercio de la dote que una mujer aporta al matrimonio! ¡La de comenzar por empobrecerse con el amontonamiento de cosas superfluas y de tener que sacar parte del capital para pagar a Gautier (21) los vestidos y los muebles!

* ¡Qué bella y juiciosa costumbre, la que en una especie de atentado a la conveniencia y al pudor, expone a una mujer de una sola noche (22) sobre una cama, como en un teatro, para representar durante varios días un ridículo papel, y la entrega, en ese

(20) *El vacío de su consignación*, vale decir la falta de dinero que les priva de consignar los fondos necesarios para la adquisición de un cargo.

(21) Famoso comerciante de tejidos de seda y de brocado de oro y de plata, que estaba en la calle Bourdonnais.

(22) *Una mujer de una sola noche*, o sea una mujer que se casó la víspera y que no ha cohabitado sino una sola noche con su marido. — Este pasaje alude a la costumbre seguida por las recién casadas de instalarse muy ataviadas en una cama para recibir las visitas de boda.

estado, a la curiosidad de las gentes del uno y del otro sexo, que, conocidas o desconocidas, acuden a presenciar el espectáculo mientras dura! ¿Qué le falta a la tal costumbre, por lo extravagante e incomprensible, sino el ser leída en algún relato de la Mingrelia?

* Hábito penoso, servidumbre incómoda, la de buscarse incesantemente las unas a las otras, con la impaciencia de no volver a encontrarse; a encontrarse para decirse necedades, o para darse noticias que ya se saben, o que importa poco que no se sepan; entrar en una habitación nada más que para salir de ella; ¡salir de casa, después de comer, para no volver hasta la noche, muy satisfecha de haber visto en cinco horas tres suizos, una mujer a la que casi no se conoce y otra a la que no se quiere! Quien se diera buena cuenta del valor del tiempo y de la manera lastimosa con que se pierde, lloraría amargamente al juzgar tan grandes miserias.

* Se educa a la ciudad en una indiferencia grosera por las cosas rurales; se distingue apenas el cáñamo del lino, el trigo candeal del centeno y uno y otro del morcajo; se contentan con alimentarse y vestirse. No habléis a un gran número de burgueses ni de barbechos, ni de resalvos, ni de mugrones, ni de retoños, si queréis ser entendido: esos términos, para ellos, no son franceses. Hablad a los unos de cortes de género, de tarifas o de sueldo por libra, y a los otros de vía de apelación, de demanda civil, de honorarios, de avocación. Conocen el mundo por lo que tiene de menos bello e ignoran la naturaleza, sus comienzos, sus progresos, sus dones, sus largueza. Su ignorancia, a menudo es voluntaria y fundada en la estimación que tienen a su profesión y a sus conocimientos. No existe un vil practicante que en el fondo de su estudio, sombrío y lleno de humo, con la inteligencia ocupada por el más negro embrollo, no se prefiera al labrador que goza del cielo, que cultiva la tierra, que siembra y recoge buenas cosechas; y si oye hablar alguna vez de los primeros hombres o de los patriarcas, de su vida campestre y de su economía, se asombra de que se haya podido vivir en unos tiempos en que no había aun oficinas, ni comisiones, ni presidentes, ni procuradores; no comprende que se haya podido pasar jamás sin escribanías, sin tribunales y sin tabernas.

* Los emperadores jamás triunfaron en Roma tan muellemente, tan cómodamente ni con tanta seguridad contra el viento, la lluvia, el polvo y el sol, como sabe conseguirlo el burgués de París al hacerse llevar por toda la ciudad. ¡Qué distancia de esa costumbre a la mula de sus antepasados! Aquéllos ignoraban todavía lo que era privarse de lo necesario para tener lo superfluo, ni preferir el fausto a las cosas útiles. No se les veía alumbrarse con bujías y calentarse a fuego lento; la cera era para el altar y para el Louvre. No salían de una mala comida para montar en su carroza; estaban persuadidos de que el hombre tenía las piernas para marchar y marchaban. Se conservaban limpios cuando hacía tiempo seco, y cuando hacía tiempo húmedo manchaban su calzado, sin sufrir el menor embarazo para cruzar las calles, lo mismo que el cazador para atravesar un barbecho, o el soldado para mojarse en una trinchera. No habían pensado aún en enganchar dos hombres a una litera y hasta había varios magistrados que iban a pie a la cámara y a los tribunales, con tanta naturalidad como Augusto iba antaño, a pie, al

Capitolio. El estaño, en su tiempo, brillaba sobre las mesas, como el hierro y el cobre en los hogares; la plata y el oro estaban en los cofres. Las mujeres se hacían servir por mujeres y no desdeñaban la cocina. Las funciones de ayos y ayas no eran desconocidas por nuestros padres, que sabían a quién se confiaban los hijos de los reyes y de los más grandes príncipes, pero compartían el servicio de sus domésticos cerca de sus hijos, contentos de velar también personalmente por su educación. Contaban para todas las cosas con ellos mismos: sus gastos eran proporcionados a sus ingresos; sus libreas, su atuendo, sus muebles, su mesa, sus casas de la ciudad y del campo, todo era proporcionado a sus rentas y a su condición. Había entre ellos distinciones exteriores, que impedían se tomase a la mujer del practicante por la mujer del magistrado y al rústico o al simple ayuda de cámara por el gentilhombre. Menos aplicados a disipar o a aumentar su patrimonio que a conservarlo, se lo dejaban íntegro a sus herederos y pasaban así de una vida moderada a una muerte tranquila. No decían nunca: *El siglo es duro, la miseria es grande, el dinero es escaso;* tenían menos dinero que nosotros, pero tenían bastante, pues eran más ricos, por su economía y por su modestia, que por sus rentas y sus propiedades. En fin, estaban penetrados de esta máxima: Lo que en los grandes es esplendor, suntuosidad y magnificencia, es en los modestos disipación, locura e ineptitud.

DE LA CORTE

El reproche, en cierto sentido, más honorable que puede hacerse a un hombre, es decirle que no conoce la corte; no hay virtud que no concurra en él según tal expresión.

* Un hombre que conoce la corte es dueño de su gesto, de sus ojos y de su fisonomía; es profundo e impenetrable; disimula los malos oficios, sonríe a sus enemigos, reprime su humor, disfraza sus pasiones, desmiente a su corazón, habla y obra contra sus sentimientos. Todo ese gran refinamiento no es más que un vicio que se llama falsedad; algunas veces tan inútil al cortesano, por su fortuna, como la franqueza, la sinceridad y la virtud.

* ¿Quién puede dar nombre a ciertos colores que cambian según la diversa luz con que se les mire? De la misma manera, ¿quién puede definir la corte?

* Apartarse de la corte un solo momento, es renunciar a ella: el cortesano que la ha visto por la mañana, la ve por la tarde, para reconocerla al día siguiente o para ser él mismo conocido allí.

* Se es pequeño en la corte, y cualquier vanidad que se tenga, se encuentra tal; pero el mal es común y los grandes también son allí pequeños.

* La provincia es el lugar desde donde la corte, conforme al punto de vista, parece una cosa admirable: cuando se aproxima uno a ella, disminuyen sus encantos, como los de una perspectiva que se ve de demasiado cerca.

* Se acostumbra difícilmente a la vida que se pasa en una antecámara, en los patios, o en la escalera.

* La corte no hace a uno contento e impide que afuera lo esté.

* Es preciso que un hombre honrado haya tanteado la corte; descubre, al entrar en ella, como un nuevo mundo que le era desconocido, donde ve reinar igualmente el vicio y la cortesía, y donde todo le es útil, lo bueno y lo malo.

* La corte es como un edificio de mármol: quiero decir que está compuesta por hombres muy duros pero muy pulidos.

* Se va algunas veces a la corte para volver de ella y hacerse respetar por tal razón del noble de su provincia o de su diocesano.

* El bordador y el confitero serían superfluos y su papel inútil, si las gentes fueran modestas y sobrias; las cortes estarían desiertas y los reyes casi solos, si las gentes estuviesen curadas de la vanidad y del interés. Los hombres quieren ser esclavos en alguna parte y poder desde allí dominar a los demás. Parece que se infiltra al por mayor a los grandes de la corte el aire de altivez y de mando, a fin de que lo distribuyan en detalle en las provincias:

hacen lo que a ellos les han hecho, como verdaderos monos de la realeza.

* No hay nada que afee tanto a ciertos cortesanos, como la presencia del príncipe; apenas se les puede reconocer mirándoles a la cara; sus facciones están alteradas y su continente se envilece. Las gentes altivas y soberbias son las más contrahechas, porque pierden más de sí mismas; el que es honrado y modesto, se sostiene mejor allí, porque nada tiene que reformar.

* El aire de la corte es contagioso; se toma en V... (1), como el acento normando en Rouen o en Falaise. Se le ve allí en oficiales que desempeñan funciones de furriel (2), en pequeños ecónomos y en jefes de fruterías. En la corte se puede llegar, con despreocupación y talento mediocre, a hacer grandes progresos. Un hombre de genio elevado y de sólido mérito no hace mucho caso de aquellas dotes para hacer su capital estudiándolas y apropiándoselas; pero las adquiere sin reflexión y no piensa en deshacerse de ellas.

* N... llega con gran ruido; aparta la gente para hacerse lugar, empuja y molesta; se nombra a sí mismo: se respira, y él no entra más que con la muchedumbre.

* Hay en las cortes apariciones de gentes aventureras y atrevidas, de un carácter libre y familiar, que se introducen por sí mismas y proclaman que tienen en su arte toda la habilidad que falta a los demás, y se les cree por su palabra. Se aprovechan, sin embargo, del error público o del amor a la novedad que tienen los hombres; penetran a través de la multitud y llegan hasta pegarse al oído del príncipe, a quien el cortesano ve que le hablan, mientras que él se considera feliz con ser visto. Estos tienen para los grandes la ventaja de que se sufren sin consecuencia y son despedidos de la misma manera: entonces desaparecen, ricos y desacreditados a la vez, y la sociedad, a la que acaban de engañar, todavía es materia dispuesta a ser engañada por otros.

* Veis a gentes que entran sin saludar más que a la ligera, que caminan de espaldas y que se engallan como una mujer; os interrogan sin miraros y hablan con tono elevado, que demuestra se sienten por encima de los que se encuentran presentes; se paran y se les rodea; tienen la palabra, presiden el círculo y persisten en esa altura ridícula y contrahecha hasta que aparece un grande, que, haciéndoles caer de golpe con su presencia, los reduce a su natural, que es menos malo.

* Las cortes no sabrían prescindir de cierta especie de cortesanos, hombres aduladores, complacientes, insinuantes, adictos a las mujeres, cuyos placeres arreglan a la vez que estudian las debilidades y halagan todas las pasiones; éstos les dicen groserías al oído, les hablan de sus maridos y de sus amantes en términos convenientes, adivinan sus penas, sus enfermedades y fijan el día de su alumbramiento; hacen las modas, los refinamientos del lujo y

(1) **Versalles.**

(2) **Los furrieles eran oficiales subalternos, puestos a las órdenes de un *maréchal des logis* (oficial aposentador), y tenían por funciones designar los aposentos a las personas que seguían a la corte. — Los pequeños inspectores eran una especie de ecónomos que verificaban los gastos de la casa del rey.**

del gasto y enseñan al bello sexo los medios a propósito para consumir grandes cantidades en vestidos, en muebles y en atuendo; ellos mismos tienen trajes en los que brilla la invención y la riqueza, y no habitan en antiguos palacios sino después de haberlos restaurado y embellecido. Comen delicadamente y con reflexión y no hay voluptuosidad de ningún género que no hayan probado y de la que no puedan dar cuenta. Se deben a sí mismos su fortuna y la sostienen con la misma habilidad que la han adquirido. Desdeñosos y altivos, no abordan a sus semejantes, a los que ni saludan: hablan cuando todos los demás se callan; entran en ciertos lugares en horas en que los grandes no se atreven a hacerse ver: éstos, con largos servicios, y muchas cicatrices en el cuerpo y buenos empleos o grandes dignidades, no tienen un semblante tan tranquilo, ni un continente tan libre. Estas gentes están junto a los grandes príncipes, les acompañan en sus placeres y en sus fiestas, no salen del palacio, donde andan y obran como en su casa, parecen multiplicarse en mil sitios y son siempre las primeras caras que ven los recién venidos a una corte: abrazan y son abrazados: ríen, bromean y relatan cuentos: personas cómodas, agradables, ricas, que no dejan gran recuerdo (3).

* ¿No se creería de *Cimón* y de *Clitandro* que son los únicos encargados de los detalles de todo el Estado y que sólo ellos deben responder? El uno tiene a su cargo los asuntos de tierra y el otro los marítimos. Para representárselos habría que expresar la prisa, la inquietud, la curiosidad, la actividad, el movimiento. Jamás se les ha visto sentados, fijos o quietos; tampoco se les ve andar porque corren siempre, hablan corriendo y os interrogan sin esperar la respuesta. No vienen de ninguna parte ni van a ninguna: se limitan a pasar y repasar. No los retardéis en su carrera precipitada, porque desmontaríais su máquina; no les hagáis preguntas, o dadles, por lo menos, el tiempo de respirar y de acordarse de que no tienen nada que hacer, que pueden pasar con vosotros largo tiempo y hasta seguiros hasta donde queráis llevarlos. No son los *satélites de Júpiter*, quiero decir los que acompañan y rodean al príncipe; pero lo anuncian y le preceden; se lanzan impetuosamente en la muchedumbre de los cortesanos; todo lo que se encuentra a su paso está en peligro. Su profesión es ser vistos. Y no se acuestan jamás sin haberse desempeñado en algo muy serio y muy útil a la república. Son, por lo demás, gentes que conocen a fondo todas las noticias indiferentes y saben todo lo que se puede ignorar en la corte; no les falta el genio necesario para danzar medianamente. Gentes, no obstante, despiertas y con ojo avizor para todo lo que juzguen convenirles, un poco emprendedoras, ligeras y precipitadas; en resumen: van uncidos al carro de la fortuna y los dos andan muy lejos de verse sentados en él.

* Un hombre de la corte que no tiene un apellido bastante atrayente, debe enterrarlo bajo otro mejor; pero si lo tiene tal como

(3) Los contemporáneos han reconocido en este retrato a un advenedizo, hijo de una cuinarera de la reina madre, *Langlée*, que murió en 1708 después de haber actuado en sociedad como un gran personaje. Lo que dicen Saint-Simón y madama de Sevigné da lugar a creer que es realmente el citado a quien retrata La Bruyère.

se atreve a llevarlo, debe insinuar que es el más ilustre de todos los apellidos, como su casa la más antigua de todas las casas: debe estar ligado a los PRÍNCIPES DE LORENA, a los ROHANS, a los CHASTILLONS, a los MONTMORENCIS, y si es posible, a los PRÍNCIPES DE LA SANGRE; no hablar más que de duques, de cardenales y de ministros, hacer entrar en todas las conversaciones a sus ascendientes paternos y maternos y encontrar lugar allí por la oriflama y por las Cruzadas; tener salas adornadas con árboles genealógicos, escudos cargados con dieciséis cuarteles (4), y cuadros de sus antepasados y de los afines de sus antepasados; presumir de tener un castillo con torres, almenas y barbacanas; decir en todas las ocasiones: *mi raza, mi rama, mi apellido y mis armas;* decir de éste que no es hombre de calidad, de aquella que no es una señorita, o, si se dice que *Jacinto* ha tenido la mejor parte, preguntar si es gentilhombre. Algunos se reirán de ese contratiempo, pero él les dejará reír; otros harán cuentas y él les permitirá hacerlas; él dirá siempre que marcha detrás mismo de la casa reinante, y a fuerza de decirlo, será creído.

* Es una gran simpleza llevar a la corte el menor signo de villanía y no ser en ella gentilhombre.

* Se acuesta en la corte y se levanta en el interés; eso es lo que se digiere por la mañana y por la tarde, durante el día y durante la noche; eso es lo que hace que se piense, que se hable, que se calle, que se obre; con esa intención se aborda a uno y se descuida a los demás, se sube y se baja; siguiendo esa regla, se miden los cuidados, las complacencias, la estima, la indiferencia, el desprecio. Aunque se den algunos pasos por virtud hacia la moderación y la prudencia, un primer móvil de ambición los dirige con los más avaros, los más violentos y los más ambiciosos de sus deseos. ¿Cómo ha de ser posible permanecer inmóvil donde todo marcha y se renueva, y no correr cuando los otros corren? Hasta se cree ser uno responsable ante sí mismo de su elevación y de su fortuna: el que no la ha hecho en la corte, es que no tenía que hacerla y ya no se insiste más. Sin embargo, ¿se alejará de ella sin haber sacado el menor fruto, o persistirá en su propósito de continuar en la misma corte sin gracias y sin recompensas? Es ésta una pregunta tan embarazosa y de tan penosa decisión, que un número infinito de cortesanos envejecen sin saber contestarla y mueren en la duda.

* No hay nada tan despreciable y tan indigno en la corte como un hombre que no puede contribuir en nada a nuestra fortuna; me asombro de que se atreva a mostrarse.

* El que ve lejos detrás de sí a un hombre de su tiempo y de su condición, con el que vino a la corte la primera vez, si cree tener una razón sólida para estar convencido de su propio mérito y de tenerse en más que ese otro que se ha quedado en el camino, no se acuerda ya de lo que antes de su favor pensaba de sí mismo y de los que se le habían adelantado.

(4) **Los cuarteles son los escudos de una familia noble, que en un árbol genealógico sirven de prueba de nobleza cuando la filiación se establece por actas originales. Una nobleza de dieciséis cuarteles se remonta cuando menos a quinientos años.**

* Es mucho conseguir de nuestro amigo, si después de haber llegado a alto puesto, sigue siendo todavía persona de nuestro conocimiento.

* Si el que está en favor se atreve a prevalerse de él antes de que se le escape, si se sirve del buen viento que sopla para hacer su camino, si tiene los ojos abiertos sobre todos los cargos que quedan vacantes, para pedirlos y obtenerlos; si está provisto de pensiones, de títulos y de rentas de supervivencia, le reprocháis su codicia y su ambición; decís que todo le tienta, que todo le es propio, y que por el número y la diversidad de gracias de que se encuentra colmado, él solo ha hecho varias fortunas. Sin embargo, ¿qué ha debido hacer? Si lo juzgo, no por vuestros discursos, sino por el partido que vosotros mismos habríais sacado en semejante situación, tendré que convenir en que ha debido hacer lo que ha hecho.

Se critica a las gentes que han hecho una gran fortuna, mientras han tenido las ocasiones, porque se desespera, por la mediocridad de la de uno, de estar jamás en estado de hacer como ellos y de atraerse ese reproche. Si se estuviera en condiciones de sucederles, se comenzaría a pensar que no son tan culpables y se tendría mayor prudencia, por el temor de pronunciar por adelantado su condenación.

* No se debe exagerar ni decir de las cortes el mal que no existe en ellas: nada atenta tanto contra el verdadero mérito como el dejarlo alguna vez sin recompensa; no se le desprecia siempre; cuando se ha podido discernirlo una vez, se lo olvida; y es entonces cuando se sabe perfectamente no hacer nada, o hacer muy poca cosa, por aquellos a los que se estima mucho.

* Es difícil, en la corte, que de todas las piezas que se emplean en el edificio de la fortuna no haya ninguna que esté mal colocada: uno de mis amigos que ha prometido hablar, no habla; el otro habla negligentemente; un tercero habla contra mis intereses y contra sus intenciones; a aquél le falta la buena voluntad y a éste la habilidad y la prudencia; no tienen todos bastante placer en verme dichoso para contribuir, con todo su poder, a que lo sea. Cada uno se acuerda bastante de todo lo que ha tenido que hacer para lograr su establecimiento, así como de los auxilios que le han abierto el camino; hasta se estaría dispuesto a sacrificar los servicios que se han recibido de los unos, por los que, en parecidas circunstancias, se han prestado a los otros, si el primero y único cuidado que se tiene, después de hecha su fortuna, no fuese el de pensar en sí mismo.

* Los cortesanos no emplean el talento, la habilidad y la finura que tienen, para encontrar los expedientes que han de obligar a aquellos de sus amigos que imploran su socorro, sino solamente para encontrar razones aparentes, pretextos especiosos o lo que ellos llaman imposibilidad de poder hacerlo; y se persuaden de haber cumplido en lo que les atañe todos los deberes de la amistad o de la gratitud.

Nadie quiere empezar en la corte; se ofrece el apoyo porque juzgando de los demás por sí mismo, se espera que nadie iniciará el asunto y que de esa manera estará uno dispensado de apoyar;

es esa una manera dulce y cortés de rehusar su crédito, sus oficios y su mediación a quien tiene necesidad de ellos.

* ¡Cuántas gentes os colman de caricias, os aman y os estiman y después se sienten embarazadas con vosotros en público, y en la audiencia matinal o en la misa, evitan vuestras miradas y vuestro encuentro! No hay más que un pequeño número de cortesanos que, por grandeza o por la confianza que tienen en sí mismos, se atrevan a honrar ante el mundo al mérito que está solo y desprovisto de grandes acomodos.

* Yo veo a un hombre rodeado y seguido, y compruebo que ejerce un cargo; veo a otro, al que todo el mundo aborda, y sé que está en favor. Ese es abrazado y acariciado, hasta por los grandes: es rico; ese otro es mirado por todos con curiosidad, se le señala con el dedo: es sabio y elocuente. Descubro uno al que nadie se olvida de saludar: es malo. Yo quiero un hombre que sea bueno, que no sea más que bueno y que sea solicitado.

* Acaban de colocar a uno en un nuevo puesto y un desbordamiento de alabanzas en su favor inunda los patios y la capilla, se extiende por la escalera, las salas, la galería y por todo el edificio. Todos lo admiran. No hay dos voces diferentes sobre ese personaje; la envidia y los celos hablan como la adulación. Todos se dejan arrastrar por el torrente que los lleva, que les fuerza a decir de un hombre lo que piensan o lo que no piensan y a alabar con frecuencia al que no conocen. El hombre de talento, de mérito o de valor, se convierte en un instante en un genio de primer orden, en un héroe, en un semidiós. Está tan prodigiosamente adulado en todas las pinturas que se han hecho de él, que parece deforme junto a sus retratos; le es imposible llegar jamás hasta donde la bajeza y la complacencia acaban de llevarlo; se ruboriza por su propia reputación, comienza él mismo a vacilar en ese puesto y todo el mundo pasa con facilidad a otra opinión; está completamente decaído: las máquinas que lo habían elevado tan alto con el aplauso y el elogio, están preparadas para precipitarlo al último desprecio; quiero decir que no hay quienes lo desdeñen más, quienes lo censuren con mayor acritud y quienes hablen peor de él que aquellos que lo habían alabado con más furor (5).

* Creo poder decir de un puesto eminente y delicado, que es más fácil alcanzarlo que conservarse en él.

* Está visto que los hombres caen de su alta fortuna por los mismos defectos que les habían hecho subir a ella.

* En las cortes hay dos maneras de lo que se llama despedir a su mundo o deshacerse de las gentes: enfadarse con ellos u obrar en forma que ellos se enojen contra vosotros y se alejen.

* Se habla en la corte bien de alguno por dos razones: la primera para que sepa que hablamos bien de él; la segunda a fin de que él hable bien de nosotros.

* Es tan peligroso en la corte hacer los avances, como embarazoso no hacerlos.

* Hay gentes para las cuales el no conocer el nombre y la cara de alguien, es un título para reírse de él y despreciarlo. Preguntan

(5) Montaigne, *Ensayos*, libro III, cap. VIII.

quién es aquel hombre: no es un *Rousseau* ni un *Fabri* (6), ni *La Couture* (7), porque no podrían desconocerlos.

* Se me habla tan mal de este hombre, y yo le veo tan poco, que comienzo a suponer si no tendrá un mérito importuno, que apaga el de los demás.

Si sois un hombre de bien y no pensáis en agradar ni en desagradar a los favoritos, sino que os limitáis a ser fiel a vuestro amo y a vuestro deber, estáis perdido.

* No se es desvergonzado por elección, sino por complexión; es un vicio del ser, pero natural. El que no ha nacido de esa condición, es modesto y no pasa fácilmente de un extremo al otro; resulta una lección bastante inútil decirle; Sed desvergonzado y triunfaréis: una mala imitación no le aprovecharía y le haría fracasar. En las cortes sólo se necesita una verdadera e innata impudicia para tener éxito.

* Se busca, se afana, se brega, se atormenta, se pregunta, se rehusa, se pide y se obtiene, pero, se dice, sin haberlo pedido y cuando no se pensaba en ello y se soñaba en cualquier otra cosa: viejo estilo, mentira inocente y que no engaña a nadie.

* Ha bregado para llegar a un gran puesto, se preparan todas las máquinas, todas las medidas están bien tomadas, y tiene que ser servido según sus aspiraciones; los unos deben iniciar, los otros apoyar; el cebo está ya preparado y la mina próxima a estallar; entonces se aleja de la corte. ¿Quién se atrevería a suponer que *Artemón* ha pensado en colocarse en tan hermoso puesto, cuando lo sacan de su tierra o de su gobierno para hacerle sentarse allí? Artificio grosero, finezas gastadas, de que el cortesano se ha servido tantas veces, que si yo quisiera burlar al público y ocultarle mi ambición, ¿me encontraría bajo la mirada y bajo la mano del príncipe, para recibir de él la gracia que habría pretendido con el mayor empeño?

* Los hombres no quieren que se les descubran los proyectos que tienen sobre su fortuna, ni que se sepa que piensan en tal dignidad, porque si no la obtienen, pasan vergüenza, y si la consiguen, resulta más glorioso para ellos ser creídos dignos por aquel que se la concede, que juzgarse ellos mismos dignos por sus intrigas y sus cábalas; se encuentran revestidos a la vez con su dignidad y con su modestia.

¿Cuál es mayor vergüenza, no obtener un puesto que se merece, o ser colocado en él sin merecerlo?

Por grandes que sean las dificultades para ser colocado en la corte, es todavía más áspero y más difícil hacerse digno de ser colocado.

Cuesta menos hacer decir de sí: ¿Por qué ha obtenido ese puesto? que hacer preguntar: ¿Por qué no lo ha obtenido? Se aspira a los cargos de la ciudad, se solicita un puesto en la Academia Francesa; se pide un consultorio: ¿qué menor razón habría para tra-

(6) Quemado hace veinte años. *(Nota de La Bruyère.)* — Esta nota, en las dos primeras ediciones, decía: *castigado por obscenidades.*

(7) La Couture, cortador de vestidos de madama la Delfina. Habíase vuelto loco, y en tal condición permanecía en la corte, donde relataba cuentos lo más extravagantes. Iba a menudo al tocador de madama la Delfina.

bajar en los primeros años de la vida al objeto de hacerse capaz de un gran empleo y de pedir después sin ningún misterio y sin ninguna intriga pero abiertamente y con confianza, el servicio de su patria, de su príncipe, de la república?

* Yo no veo ningún cortesano a quien el príncipe acaba de conceder un buen gobierno, un puesto eminente, o una fuerte pensión, que no asegure, por vanidad, o por demostrar su desinterés, que está menos contento del don que de la manera que le ha sido hecho. Lo que hay en esto de seguro y de indudable es que lo dice así.

Es rusticidad dar con mal gesto: lo más fuerte y lo más penoso es dar. ¿Qué cuesta hacerlo con una sonrisa?

Es preciso, no obstante, confesar que hay hombres que demuestran más decencia al denegar que otros al conceder; que se ha dicho de algunos que se hacían rogar largo tiempo, que daban tan secamente y recargaban una gracia que se les arrancaba de condiciones tan desagradables, que era mucho mejor obtener de ellos la dispensa de recibir nada.

* Se observan en las cortes hombres ávidos que reúnen todas las condiciones para poder adquirir ventajas: gobierno, cargo, beneficio, todo les conviene; están tan bien preparados, que, por su estado, llegan a sentirse con capacidad para todas las gracias; son *anfibios*, viven de la Iglesia y de la espada y aun tendrán el secreto de juntar a esos cargos la magistratura. Si preguntáis ¿qué hacen esas gentes en la corte? Reciben todo lo que se les da y envidian a todos los que reciben favores.

* Mil gentes en la corte arrastran su vida abrazando y felicitando a los que reciben hasta que ellos mueren sin conseguir nada.

* *Menófilo* toma sus costumbres de una profesión y de otro su traje. Anda disfrazado durante todo el año aunque a cara descubierta; aparece en la corte y en la ciudad, siempre bajo cierto nombre y con el mismo disfraz. Se le reconoce y se sabe quién es por su cara.

* Existe, para llegar a las dignidades, lo que se llama el gran camino o camino trillado; existe también el atajo o camino de travesía, que es el más corto.

* Se corre hacia los desgraciados para contemplarlos; las gentes se ponen en fila o se asoman a las ventanas, para observar las facciones y el continente de un hombre que ha sido condenado y que va a morir: vana, maligna, e inhumana curiosidad. Si los hombres fueran prudentes, la plaza pública estaría abandonada y se consideraría como ignominiosa la contemplación de tales espectáculos. Si sois tan ávidos de curiosidad, ejercitadla, por lo menos, en un motivo noble: contemplad a un hombre feliz, el mismo día que ha sido designado para un nuevo puesto y que recibe los cumplimientos por tal distinción; leed en sus ojos y a través de una calma estudiada y de una fingida modestia, observad lo contento y satisfecho de sí mismo que está; ved qué serenidad esparce en su corazón y en su semblante el cumplimiento de sus deseos; cómo piensa tan sólo en vivir y en tener salud y cómo se le escapa una alegría que ya no puede disimular; cómo se pliega bajo el peso de su felicidad; qué aire frío y serio conserva para los que ya no son sus iguales: no les contesta; no los ve; los abrazos y las cari-

cias de los grandes, que ya no ve de tan lejos, acaban de trastornarlo; se desconcierta y se aturde; aquello es una locura pasajera. Si queréis ser dichoso, si deseáis obtener favores ¡cuántas cosas habréis de evitar!

* Un hombre que acaba de ser colocado ya no se sirve de su razón y de su talento para arreglar su conducta y su aspecto exterior respecto a los demás; toma la norma de su puesto y de su estado, y de allí el olvido, la altivez, la arrogancia, la dureza y la ingratitud.

* *Teonas*, abate desde hacía treinta años, se cansaba de serlo: se tiene menos ardor e impaciencia por verse vestido de púrpura, que los que él tenía por llevar una cruz de oro sobre su pecho; y porque las grandes fiestas iban pasando sin que cambiase su fortuna, murmuraba contra los tiempos presentes, pensaba que el Estado estaba mal gobernado y sólo predecía cosas siniestras. Conviniendo en su corazón que el mérito es peligroso en las cortes para el que quiere avanzar, tomó por fin su partido y renunció a la prelacía, cuando alguien fué a decirle que había sido nombrado obispo. Lleno de alegría y de confianza ante una noticia tan poco esperada, dijo: Ya veréis como no me quedaré en obispo, pues me harán arzobispo.

* En la corte se precisan pillos junto a los grandes y a los ministros, aunque éstos sean de los mejor intencionados; pero el asunto es delicado y se precisa saber ponerlo en práctica: hay tiempo y ocasiones en las que esos pillos no pueden ser suplidos por otros. El honor, la virtud, la conciencia, son cualidades siempre respetables pero con frecuencia inútiles: ¿qué queréis que se haga en ocasiones con un hombre de bien?

* Un viejo autor, cuyos propios términos me atrevo a transcribir por temor de debilitar su sentido por la traducción (8), dice que *alejarse de los pequeños, hasta de sus iguales, y perjudicar y deprimir a éstos; hacer amistad con los grandes y poderosos y asociarse a ellos para lo que hace referencia a todos los bienes y haciendas, y en esa su privanza ser víctima de todos los retozos, burlas, arrumacos y malos tratos; ser impúdico azafranero y no tener vergüenza, aguantar pullas y burlas de todos, sin fingir por eso que se camina hacia adelante, y conducirse con maña y habilidad, engendra suerte y fortuna.*

* Juventud del príncipe, manantial de hermosas fortunas.

* *Timanto* (9), siempre el mismo, y sin perder ese mérito que le atrajo por primera vez reputación y recompensas, no dejaba de degenerar a juicio de los cortesanos: éstos estaban cansados de estimarlo, le saludaban fríamente y no le sonreían; comenzaban a no reunirse con él, no lo abrazaban ni lo tironeaban hacia un lado para hablarle con misterio de una cosa indiferente, pues no tenían nada que decirle. Hacía falta esa pensión o ese nuevo cargo para el que acaba de ser nombrado, para hacer revivir sus virtudes medio borradas de la memoria y refrescar las ideas: ahora lo halagan como en los comienzos, y todavía más.

(8) Es evidente que en este pasaje La Bruyère no traduce, sino que inventa.

(9) Arnaldo de Pomponne, sobrino del célebre Antonio Arnaldo de Port-Royal secretario de Estado de asuntos extranjeros, nacido en 1671, muerto en 1699.

* ¡Qué de amigos, qué de parientes le nacen en una noche a un nuevo ministro! Los unos hacen valer sus antiguas relaciones, su sociedad de estudios, los derechos de vecindad; los otros hojean su genealogía, se remontan hasta un tatarabuelo y se acuerdan de la rama paterna y de la materna: se trata de llegar a aquel hombre por cualquier lado y se dice muchas veces el día que se ha conseguido, valdría la pena ponerlo en letras de molde: *Es mi amigo y yo estoy muy contento de su elevación, tengo que tomar parte en ella, porque soy muy allegado a él.* Hombres vanos y adoradores de la fortuna, insípidos cortesanos: ¿hablabais así hace ocho días? ¿Se ha hecho, después de ese tiempo, más hombre de bien y más digno de la distinción que le ha otorgado el príncipe? ¿Esperabais esta circunstancia para conocerle mejor?

* Lo que me sostiene y me tranquiliza contra los pequeños desdenes que algunas veces sufro de los grandes y de mis iguales, es que me digo a mí mismo: esas gentes tal vez no miran más que a mi fortuna, y tienen razón, porque es bien pequeña. Me adorarían sin duda si yo fuese ministro.

¿Debo obtener pronto un cargo? ¿Lo sabe él? ¿Es en él un presentimiento? Lo digo porque me distingue y me saluda.

* Ese que dice: *Ayer cené en Tibur*, o *Ceno allí esta noche*, que lo repite, que cita diez veces el nombre de *Planco* en la menor conversación; que dice: *Planco me preguntó... Le dije a Planco...*, ese mismo se entera en este momento de que el héroe ha sido eliminado por una muerte misteriosa. Parte a escape (10); reúne al pueblo en las plazas y bajo los pórticos, acusa al muerto, afea su conducta, denigra su consulado, le niega hasta el conocimiento de planes que, según voz pública, poseía; le rehusa el elogio de un hombre severo y laborioso; no le hace el honor de creerlo un enemigo para los enemigos del imperio (11).

* Yo creo que un hombre de mérito se regocija cuando ve que el puesto que ha rehusado en una asamblea o en un espectáculo, se le da a un hombre que no tiene ojos para ver ni oídos para entender, ni talento para conocer y para juzgar, y que sólo es recomendable para ciertas libreas que no lleva.

Teodoto, con un vestir austero, tiene un semblante cómico, como de hombre que entra en escena; su voz, su andar, su gesto, su actitud, acompañan a su semblante; es fino, cauteloso, dulzón, misterioso; se aproxima a vosotros y os dice al oído: *He aquí un buen tiempo; he aquí un gran deshielo.* Si no tiene los grandes modales, tiene, por lo menos, todos los pequeños y hasta los que casi no sientan bien a una joven preciosa. Imaginaos la aplicación de un niño para levantar un castillo de naipes o para cazar una mariposa: esa misma es la de Teodoto para un asunto sin importancia y que no merece ocuparse de él; lo trata seriamente y como algo que es capital; obra con todo empeño y logra verlo realizado. Vedlo como respira y descansa, con razón, pues le ha costado mucho trabajo.

(10) *Partir de la main*, en el original francés, se dice de un caballo que parte ligero y emprende bien el galope.

(11) *Tibur* sería Meudón, en donde Louvois tenía una casa de campo, y *Planco* el mismo Louvois, cuya muerte imprevista y misteriosa causó profunda sensación.

Se ve a gentes embriagadas, embrujadas por el favor, en el que piensan durante el día y sueñan durante la noche; suben la escalera de un ministro y la bajan luego; salen de una antecámara y vuelven a entrar en ella; nada tienen que decirle, pero le hablan y vuelven a hablarle por segunda vez. Con eso están contentos; les basta con haberle hablado. Solicitad algo de ellos, presionadlos y veréis cómo destilan orgullo, arrogancia y presunción; si les dirigís la palabra no os contestan, no os conocen, tienen los ojos extraviados y la imaginación ausente. Corresponde a sus padres el cuidado de encerrarlos por temor de que su locura se convierta en furor y sean un peligro para la sociedad. Teodoto tiene una manía más dulce: ama el favor enormemente, pero su pasión tiene menos brillo; le hace votos en secreto, lo cultiva y le sirve misteriosamente; está en acecho para descubrir a todos los que aparecen con la flamante librea del favor; si éstos tienen una pretensión, se les ofrece, intriga para ellos y les sacrifica sordamente el mérito, las relaciones, la amistad, los compromisos, la gratitud. Si la plaza de un Cassini quedase vacante y el suizo o el postillón del favorito pensase en solicitarla, apoyaría su demanda, y le juzgaría digno de aquella plaza, le juzgaría capaz de observar y de calcular, de hablar de parhelios y de paralajes. Si preguntáis de Teodoto si es autor o plagiario, original o copista, os daré sus obras y os diré: Leed y juzgad; pero si es devoto o cortesano ¿quién podría decidirlo dado el retrato que acabo de hacer de él? Creo que su misma estrella. Si, Teodoto, yo observo el punto de vuestro nacimiento; seréis colocado y bien pronto. No veléis más, no imprimáis más: el público os pide cuartel.

* No esperéis ya candor, franqueza, equidad, buenos oficios, servicios, benevolencia, generosidad y firmeza en un hombre que desde hace algún tiempo se ha entregado a la corte y que secretamente quiere su fortuna. ¿Lo reconoceréis en su cara o en sus conversaciones? Ya no llama a cada cosa por su nombre; ya no hay para él pillos, canallas, estúpidos e impertinentes; ése de quien él se lanzaría a decir lo que piensa, es el mismo que, si llegara a saberlo, le impediría *caminar*. Pensando mal de todo el mundo, no habla mal de nadie; no queriendo el bien más que para sí mismo, trata de persuadiros de que lo quiere para todos, a fin de que todos se lo hagan o de que por lo menos nadie le sea contrario. No contento con no ser sincero, no tolera que nadie lo sea; la verdad hiere su oído. Es frío e indiferente respecto a las observaciones que le hacen sobre la corte y sobre el cortesano y porque las ha oído, se cree cómplice y responsable. Tirano de la sociedad y mártir de su ambición, tiene una triste circunspección en su conducta y en sus discursos, una broma inocente, pero fría y reprimida, una risa forzada, caricias contrahechas, una conversación interrumpida y distracciones frecuentes. Tiene profusión y ¿lo diré? torrentes de alabanzas para lo que ha hecho o ha dicho un hombre colocado y que goza de favor, y para todo lo demás una sequedad enorme; tiene fórmulas de cumplimiento diferentes para la entrada y la salida de aquellos a quienes visita o de los que es visitado; no hay nadie, de los que se pagan de modales o de maneras de hablar, que no salga muy satisfecho de sus entrevistas con él. Trata igualmente de ha-

cerse de patronos y de criaturas; es mediador, confidente y quiere gobernar. Tiene fervor de novicio para todas las pequeñas prácticas de la corte, sabe donde ha de colocarse para ser visto; sabe abrazaros, tomar parte en vuestra alegria, interesarse por vuestra salud y vuestros asuntos, y, mientras le contestáis, pierde el hilo de su curiosidad, os interrumpe e inicia otro tema; o si sobreviene alguno al que debe un discurso completamente diferente, sabe, al acabar de congratularos, hacerle un cumplimiento de condolencia; llora con un ojo y ríe con el otro. Informándose algunas veces por los ministros o por el favorito, habla en público de cosas frívolas, del viento, de la helada y se calla, por el contrario, y hace misterio sobre lo que sabe de más importante, y, con mayor gusto todavia, respecto a lo que no sabe.

* Hay un país donde las alegrías son visibles pero falsas y las penas ocultas pero reales. ¿Quién creería que el afán por los espectáculos, las ovaciones en los teatros de Molière y de Arlequín, las comidas, la caza, los bailes, las fiestas ecuestres, habían de cubrir tantas inquietudes, tantos cuidados, tantos temores y esperanzas, pasiones tan vivas y asuntos tan serios?

* La vida de la corte es un juego serio, melancólico; es preciso preparar las piezas y las baterías, tener un plan, seguirlo, parar el del adversario, aventurar algunas veces y jugar de capricho; y después de todos esos sueños y todas esas medidas, disponerse algunas veces a que le den jaque mate. Frecuentemente, con peones que se manejen bien, se gana la partida. El éxito es del más hábil o del que tiene más suerte.

* Las ruedas, los resortes, los movimientos están ocultos; del reloj no se ve más que la aguja que insensiblemente avanza y da la vuelta: imagen perfecta del cortesano, que después de haber hecho bastante camino, vuelve con frecuencia al punto de partida.

* Si han pasado ya dos tercios de mi vida, ¿por qué inquietarme tanto por lo que me resta de ella? La más brillante fortuna no merece el tormento que me doy, ni las pequeñeces en que me ocupo, ni las humillaciones y vergüenzas que sufro; treinta años bastarán para destruir a esos colosos del poderío que no se veían bien sino a fuerza de levantar la cabeza; desaparecemos, yo, que soy tan poca cosa, y ellos, a los que contemplaba tan ávidamente y de los que esperaba toda mi grandeza. El mejor de todos los bienes, si hay bienes, es el reposo, el retiro y un lugar que nos sea propio. N... ha pensado eso en su desgracia y lo ha olvidado en la prosperidad.

* Un noble, si vive en su casa en su provincia, vive libre, pero sin apoyo; si vive en la corte, es protegido, pero es esclavo: eso se compensa.

* *Xantipa* (12), en el fondo de su provincia, bajo un viejo tejado y en una mala cama, soñó una noche que veía al príncipe y que le hablaba, experimentando por ello gran alegría. Al despertarse quedó triste, refirió su sueño y dijo: ¡Qué quimeras no asaltan la imaginación de los hombres durante el sueño! Xantipa continuó viviendo,

(12) **Bontems, ayuda de cámara del rey.**

fué a la corte, vió al príncipe y le habló; llegó mucho más allá de su sueño, pues fué favorecido.

* ¿Quién es más esclavo que un cortesano asiduo, si no es un cortesano más asiduo?

* El esclavo no tiene más que un amo; el ambicioso tiene tantos como son las gentes que le pueden favorecer.

* Mil gentes apenas conocidas forman la muchedumbre que ve el príncipe todos los días. Si no ve hoy más que aquellos que vió ayer y que verá mañana, ¡cuántos desdichados!

* De todos los que se afanan junto a los grandes y les hacen la corte, un pequeño número los honra de corazón, un gran número los busca por vía de ambición y de interés, un número más grande todavía por una ridícula vanidad o por una necia impaciencia de hacerse ver.

* Hay ciertas familias, que, por las leyes del mundo o por aquello que se llama conveniencia, deben ser irreconciliables; vedlas reunidas: donde la religión ha fracasado, el interés ha triunfado con toda facilidad.

* Se habla de una región donde los ancianos son galantes, cortesanos y civiles y los jóvenes, por el contrario, duros, feroces, sin costumbres ni cortesía; se encuentran libres de la pasión de las mujeres en una edad en la que comienza a sentirse en otros lugares; prefieren a ellas, comidas y amores ridículos. Entre ellos, es sobrio y moderado el que sólo se embriaga con vino: el uso demasiado frecuente del vino lo convierte en insípido para ellos. Tratan de despertar su gusto ya extinguido por medio del aguardiente y de los licores más violentos; sólo les falta beber agua fuerte. Las mujeres de aquel país precipitan la decadencia de su belleza por artificios que crean las vuelven más bellas: acostumbran a pintar sus labios, sus mejillas, sus cejas y sus hombros, que enseñan lo mismo que sus pechos, sus brazos y sus orejas, como si temiesen ocultar el lugar por el pudieran agradar, o no enseñar bastante. Los que habitan en esa comarca tienen una fisonomía que no es clara, sino confusa, entre un espesor de cabellos postizos que prefieren a los naturales y de los que hacen un amplio tejido para cubrir su cabeza; les desciende hasta la mitad del cuerpo, cambia las facciones e impide que se conozca a los hombres por su cara. Esos pueblos, por lo demás, tienen su Dios y su rey. Los grandes de la nación se reunen todos los días a cierta hora en un templo que llaman iglesia. Hay en el fondo de ese templo un altar consagrado a su Dios en el que un sacerdote celebra los misterios que ellos llaman santos, sagrados y temibles. Los grandes forman un vasto círculo al pie de ese altar y se sitúan de pie, de espaldas al sacerdote y a los santos misterios y con las caras levantadas hacia su rey, que se ve de rodillas sobre una tribuna y al que parecen dedicar toda su mente y todo su corazón. No se dejar de ver en esa actitud una especie de subordinación, porque ese pueblo parece adorar al príncipe y el príncipe adorar a Dios. Las gentes del país, le llaman... (13); está a cuarenta y ocho grados de elevación sobre el polo y a más de mil cien leguas del mar de los iroqueses y de los hurones.

(13) Versalles.

* El que considera que la cara del príncipe hace toda la felicidad del cortesano; el que llena toda su vida con el placer de verle y de ser visto, comprenderá un poco cómo el ver a Dios puede hacer toda la gloria y toda la felicidad de los santos.

* Los grandes señores están llenos de miramientos para con los príncipes: es lo que les conviene, pues tienen inferiores. Los pequeños cortesanos descuidan sus deberes, se hacen familiares y viven como gentes que no tienen que dar ejemplo a nadie.

* ¿Qué falta en nuestros días a la juventud? Ella puede y sabe, o por lo menos, cuando sepa todo lo que pueda, no sabrá nada decisivo.

* ¡Hombres débiles! Un grande dice de *Timageno*, vuestro amigo, que es un idiota y se equivoca: yo no pido que repliquéis que es hombre de talento; atreveos solamente a pensar que no es un idiota.

Igualmente dice de *Ifícrates* que carece de corazón: vosotros, que le habéis visto hacer una buena acción, tranquilizaos; os dispenso de contarla siempre que lo que acabáis de oír os haga recordar lo que habéis visto hacer.

* ¿Quién sabe hablar a los reyes? Ahí es donde tal vez se termina toda la prudencia y toda la flexibilidad del cortesano. Se escapa una palabra y cae del oído del príncipe en su memoria y en su corazón. No es posible retirarla; todos los cuidados que se toman y toda la habilidad que se pone en práctica, para explicarla o para debilitar su sentido, sirven para grabarla más profundamente. Si no hemos hablado más que contra nosotros mismos, aunque esa desgracia no es frecuente, existe un pronto remedio que es el de aleccionarnos por nuestra falta o sufrir la pena por nuestra ligereza; pero si hemos hablado contra algún otro, ¡qué desconsuelo!, ¡qué arrepentimiento! Hay una regla útil contra tan peligroso inconveniente, que consiste en hablar al soberano de los demás, de sus personas, de sus obras, de sus acciones, de sus costumbres o de su conducta, por lo menos con la atención, las precauciones y el comedimiento con que hablaríamos de nosotros mismos.

* Hombres de buenas palabras, mal carácter: yo lo diría si no se hubiese dicho ya (14). Los que perjudican a la reputación o a la fortuna de los demás, antes que dejar de hacer una linda frase, merecerían una pena infamante: esto no ha sido dicho, y yo me atrevo a decirlo.

* Hay cierto número de frases hechas que se toman como de un almacén, y de las que se sirven las gentes para las felicitaciones. Aunque se dicen con frecuencia sin afecto y se reciben sin gratitud, no es permitido omitirlas, porque, por lo menos, son imagen de lo que hay de mejor en el mundo, que es la amistad, y los hombres, no pudiendo contar demasiado los unos con los otros, parecen haber convenido entre ellos el contentarse con las apariencias.

* Con cinco o seis términos del arte y nada más, se aparece como conocedor en música, en pintura, en arquitectura y en buena vida; se cree tener más placer que los demás en oír, en ver y en comer; se impone uno a sus semejantes y se engaña a sí mismo.

(14) Por Pascal, en los *Pensamientos*.

La Bruyère

* La corte no está jamás desprovista de cierto número de gentes en las que la moda, la cortesía o la fortuna hacen las veces del ingenio y suplen al mérito. Saben entrar y salir; se aprovechan de la conversación y no se mezclan en ella; agradan a fuerza de callar y se hacen los importantes por un silencio largamente sostenido, o, a lo sumo, por algunos monosílabos; pagan con sus gestos, con la inflexión de voz y las sonrisas; no tienen, por decirlo así, dos pulgadas de profundidad; si ahondáis en ellos, encontraréis la toba.

* Hay gentes a las que llega el favor como un accidente, pues son los primeros sorprendidos y consternados, se reponen al fin y se encuentran dignos de su estrella, y como si la estupidez y la fortuna fuesen cosas incompatibles, o como si no se pudiese ser feliz e idiota a la vez, se creen hombres de ingenio; se aventuran, ¿qué digo?, se lanzan confiados a hablar en toda ocasión que se presente y sobre cualquier materia, sin el menor discernimiento respecto a las personas que les escuchan. ¿Tendré que añadir que disgustan por su fatuidad y por sus sandeces? Cuando menos, es verdad que desacreditan sin remedio a los que tienen alguna parte en la casualidad de su elevación.

* ¿Cómo nombraré a esa clase de gentes que no son perspicaces más que para los tontos? Yo sé, por lo menos, que los hábitos las confunden con aquellos a los que ellos saben engañar.

Es haber dado un gran paso en la perspicacia el hacer pensar de uno que no se es más que medianamente perspicaz.

La sutileza no es una cualidad demasiado buena ni demasiado mala cualidad: flota entre el vicio y la virtud; no hay ocasión en la que no pueda, o tal vez no deba, ser suplida por la prudencia.

La sutileza es la próxima ocasión de la bellaquería; de la una a la otra se llega resbalando; sólo en la mentira consiste la diferencia: si a la sutileza se añade la mentira, se llega a la bellaquería.

Con las gentes que, por delicadeza, escuchan todo y hablan poco, hablad todavía menos; o si habláis mucho, decid poca cosa.

* Dependéis, en un asunto que es justo e importante, del consentimiento de dos personas. El uno os dice: yo os ayudo, siempre que fulano condescienda; y ese fulano, condesciende y no desea más que estar seguro de las intenciones del otro. Sin embargo, nada se avanza; los meses, los años, pasan inútilmente. Yo me asombro, decís, y no comprendo nada; sólo se trata de hacer que ellos se aboquen y se hablen. Y yo os digo que veo claro y que lo comprendo todo: ya se han hablado.

* Me parece que el que solicita para los demás, lo hace con la confianza de un hombre que pide justicia, y que, al hablar o actuar para sí mismo, sufre el embarazo o el pudor de aquel que pide gracia.

Si no se toman precauciones en la corte contra los cepos que se tienden sin cesar para hacer caer en el ridículo, se asombra uno, con todo su talento, de verse engañado por otros más necios que él.

* Hay en la vida algunas coyunturas en que la verdad y la sencillez son el mejor procedimiento que puede seguirse.

* Si estáis en favor, toda manera de proceder es buena; no cometéis falta y todos los caminos os llevan al término; si no lo estáis, todo es falta, nada es útil y no hay camino que no os estravíe.

* Un hombre que ha vivido en la intriga durante cierto tiempo, no puede pasar sin ella; toda otra vida para él es insípida.

* Es preciso tener talento para ser hombre de cábala; se puede, sin embargo, tenerlo hasta un punto tal que se esté por encima de la intriga y de la cábala, a las que no se podría uno sujetar; se va entonces a una gran fortuna o a una alta reputación por otros caminos.

* Con un espíritu sublime, una doctrina universal, una probidad a toda prueba y un mérito extraordinario, no temáis, *Aristides*, caer en la corte ni perder el favor de los grandes durante todo el tiempo que tengan necesidad de vos.

* Que un favorito se observe bien a sí mismo; porque si me hace esperar menos tiempo que de ordinario en la antecámara, si tiene la fisonomía más abierta, si frunce menos las cejas, si me escucha con más atención, si me acompaña hasta un poco más lejos, pensaré que comienza a caer, y pensaré la verdad.

El hombre tiene pocos recursos en sí mismo, puesto que se requiere una desgracia o una mortificación para volverlo más humano, más tratable, menos feroz, más hombre honrado.

* Se contemplan en la corte ciertas gentes, y se ve bien, en sus discursos y en toda su conducta, que no piensan ni en sus abuelos ni en sus nietos: el presente es para ellos, y no sólo usan de él, sino que abusan.

* *Estratón* ha nacido bajo dos estrellas; desgraciado y dichoso en el mismo grado. Su vida es una novela. No, le falta lo verosímil. No ha tenido aventuras, ha tenido buenos y malos sueños, ¿qué digo?, no se sueña viviendo como él ha vivido. Nadie ha arrastrado su destino como él; lo extremo y lo mediocre le son conocidos; ha brillado, ha sufrido y ha llevado una vida ordinaria; nada se le ha escapado. Se ha hecho valer por virtudes que aseguraban muy seriamente que tenía; ha dicho de sí: *Tengo talento, tengo valor;* y todos han dicho después de él: *Tiene talento, tiene valor.* Ha experimentado, bajo una y otra fortuna, el genio del cortesano, quien ha dicho de él tal vez más de bien y de mal que lo que había. Han sido empleados en su elogio lo lindo, lo amable, lo raro, lo maravilloso, lo heroico; y todo lo contrario ha servido después para rebajarlo; carácter equívoco, mezclado, embozado; un enigma; una vaga cuestión (15).

* El favor pone al hombre por encima de sus iguales; y su caída por debajo.

* El que, un buen día, sabe renunciar firmemente a un gran nombre, o a una gran autoridad, o a una gran fortuna, se libra en un momento de muchas penas, de muchos desvelos y, algunas veces, de muchos crímenes.

* Dentro de cien años, el mundo subsistirá en su totalidad; el teatro y las decoraciones seguirán siendo los mismos, pero los actores serán distintos. Todo el que se regocija por una gracia recibida o se entristece y se desespera por un repudio, habrá desaparecido de la escena. Avanzan ya hacia el teatro otros hombres que van a re-

(15) Lauzun. «Ha sido un personaje tan extraordinario y tan único en todo género, que no sin mucha razón ha dicho de él La Bruyère, en sus *Caracteres*, que no era dable soñar cómo había vivido.» (Saint-Simón.)

presentar, en una misma comedia, los mismos papeles y que, a su vez, también se desvanecerán; y los que no están todavía, un día ya no estarán: nuevos actores habrán tomado su lugar. Nada perdura en personajes de comedia (16).

Quien ha visto la corte, ha visto lo más hermoso, lo más especioso y lo más ornado. Quien desprecia la corte después de haberla visto, desprecia el mundo.

* La ciudad quita el gusto de los pueblos; la corte desengaña de la ciudad y cura de la corte.

Un espíritu sano saca de la corte el amor a la soledad y al retiro.

(16) M. Destailleur, a propósito de este artículo, hace notar que el mismo pensamiento se encuentra en el *Petit Carême* de Massillón (sermón del jueves de la IV semana), y en *Don Quijote* (2ª parte, cap. 12).

DE LOS GRANDES (1)

La inclinación del pueblo en favor de los grandes es tan ciega, y el encaprichamiento por su gesto, por su cara, por su tono de voz y por sus maneras es tan general, que si los grandes fuesen buenos, se llegaría hasta la idolatría.

* Si habéis nacido vicioso, *Teájeno*, os compadezco; si llegáis a serlo por debilidad respecto a los que tienen interés en que lo seáis, que han jurado entre ellos corromperos y que se envanecen ya de poder conseguirlo, permitid que os desprecie. Pero si sois prudente, temperante, modesto, civil, generoso, agradecido, laborioso, de una categoría y de un abolengo más propios para dar ejemplos que para tomarlos de otros y más a propósito para hacer reglas que para recibirlas, prestaos con esa clase de gentes a seguir por complacencia sus desarreglos, sus vicios y su locura, cuando los tengan, y por la deferencia que os deben, ejercitad todas las virtudes que deseéis; ironía fuerte, pero útil, muy a propósito para poner vuestras costumbres en seguridad, para trastornar todos sus proyectos y ponerlos en la necesidad de continuar siendo lo que son y de dejaros tal como sois.

* Las ventajas de los grandes sobre los demás hombres son inmensas por un lado: yo les cedo su buena vida, sus ricos ajuares, sus perros, sus caballos, sus monos, sus enanos, sus locos y sus aduladores; pero les envidio por tener a su servicio gentes que los igualan por el corazón y por el talento y que los superan algunas veces.

* Los grandes se afanan por abrir una avenida en un bosque, por guardar las tierras con largas murallas, por dorar los techos, por hacerse venir diez pulgadas de agua, por embellecer un invernadero; pero alegrar un corazón, colmar de gozo un alma, prevenir extremas necesidades o remediarlas, su curiosidad no llega hasta tal punto.

(1) Aun cuando contenga verdades que lo serán eternamente, este capítulo descansa más bien sobre la observación accidental de la sociedad, que sobre la observación absoluta del corazón humano. La prevención del pueblo en favor de los grandes ya no es lo que era en tiempo de La Bruyère; lejos de ello está. La misma palabra *grande* ya no tiene la acepción de entonces. Hay altos funcionarios, hay ricos; ya no hay más grandes, desde que la igualdad ante la ley ha sido inscrita en nuestros códigos. Es fácil, por otra parte, ver que La Bruyère apenas lo reconocía y no admitía otra aristocracia que la de la inteligencia, y del honor; empeñábase en protestar contra los prejuicios de su tiempo, prejuicios que resaltan en las memorias de Saint-Simón. La Bruyère se adelantaba al porvenir, mientras que Saint-Simón retrocedía hacia el pasado, y es así que Saint-Simón, pese a su genio de escritor, parecía a veces ridículo al hablar de los grandes, en tanto que La Bruyère todavía nos encanta, aun haciendo aquí la crítica de una sociedad extinguida y que no ha de volver.

* Se pregunta si, vistas en conjunto las diferentes condiciones de los hombres, sus penas, sus ventajas, no se lograría una mezcla o una especie de compensación del bien y del mal, que estableciese entre ellos la igualdad, o que por lo menos hiciese que una de esas condiciones no fuera más deseable que la otra. El que es poderoso y rico y no carece de nada, puede hacer esa pregunta; pero es preciso que sea un hombre pobre el que la conteste.

No deja de haber una especie de encanto en cada una de las diferentes condiciones, hasta en aquellas miserables en las que parece no debía haberlo. Así, los grandes se complacen en el exceso y los pequeños aman la moderación; aquéllos tienen el gusto de dominar y de mandar, y éstos sienten el placer y hasta la vanidad de servirles y de obedecerles; los grandes son rodeados, saludados y respetados; los pequeños rodean, saludan, se prosternan; y todos están contentos.

* Cuesta tan poco a los grandes no dar más que palabras, y su condición les dispensa tan bien de cumplir las hermosas promesas que os han hecho, que es modestia en ellos no prometer todavía con más largueza.

* Es viejo y está gastado, dice un grande; se revienta siguiéndome. ¿Qué hacer de él? Otro, más joven, se lleva las esperanzas de aquel infeliz y obtiene el puesto que sólo se rehusa al viejo porque lo ha merecido demasiado.

* Yo no sé, decís, con tono frío y desdeñoso: *Filante*, tiene mérito, talento, agrado, es exacto en el cumplimiento de sus deberes, es leal para su amo, y sólo es medianamente considerado; no agrada, no es apreciado. Explicaos bien: ¿condenáis a *Filante* o al grande a quien sirve?

* Es con frecuencia más útil dejar a los grandes, que quejarse de ellos.

* ¿Quién puede decir por qué les toca a unos la lotería y tienen otros el favor de los grandes?

* Los grandes son tan felices, que no sienten en toda su vida el inconveniente de lamentar la pérdida de sus mejores servidores, o de las personas, ilustres en su género, de quienes han sacado el mayor placer y la mayor utilidad. La primer cosa que la adulación sabe hacer, después de la muerte de esos hombres únicos y cuya pérdida no se repara, es suponerles debilidades, de las que sostienen están exentos los que les rodean: esa adulación asegura que el uno, con toda la capacidad y todas las luces del otro a quien sucede en el puesto, no tiene los defectos; y ese estilo sirve a los príncipes para consolarse con el mediocre de la pérdida del grande y del excelente.

* Los grandes desdeñan a las gentes de talento que no tienen más que talento; las gentes de talento desprecian a los grandes que no tienen más que grandeza; las gentes de bien se quejan de los unos y de los otros, que tienen grandeza o talento pero ninguna virtud.

* Cuando veo, por una parte, junto a los grandes, en su mesa y algunas veces en su familiaridad, a esos hombres despiertos, impacientes, intrigantes, aventureros, espíritus peligrosos y perjudiciales, y considero por otra parte el trabajo que tienen las personas de

mérito para aproximárseles, no estoy dispuesto a creer que los malos sean sufridos por interés o que las gentes de bien sean vistas como inútiles; yo encuentro más acertado confirmarme en el pensamiento de que grandeza y discernimiento son dos cosas diferentes, y el amor a la virtud y a lo virtuoso una tercera cosa.

* *Lucilo* prefiere hacerse soportar por algunos grandes que verse reducido a vivir familiarmente con sus iguales.

La regla de ver a otros más grandes que uno mismo, debe tener sus restricciones; es preciso, algunas veces, gran inteligencia para ponerla en práctica.

* ¿Cuál es la incurable enfermedad de *Teófilo*? Le dura desde hace más de treinta años y no se cura de ella. Ha querido, quiere y querrá gobernar a los grandes; sólo la muerte le quitará esa sed de imperio y de ascendiente. ¿Es eso, en él, interés por su prójimo? ¿Es costumbre? ¿Es una excesiva opinión de sí mismo? No hay palacio donde no se insinúe; no se detiene en medio de una habitación; se acerca al alféizar de una ventana o entra al gabinete; hay que esperar a que haya hablado, y largo tiempo, y moverse para tener audiencia, para ser visto. Entra en el secreto de las familias, en todo lo que les acontece de triste o de ventajoso; es obsequioso, se ofrece, es preciso admitirlo. No es suficiente, para llenar su tiempo y su ambición, el cuidado de diez mil almas, de las que responde ante Dios como de la suya propia; dispone para ello de una alta categoría y una gran distinción, y a nadie tiene que dar cuenta de ese cargo que ejerce voluntariamente. Escucha y vela sobre todo lo que puede servir de pasto a su espíritu de intriga, de mediación y de entrometimiento; apenas aparece un grande cuando lo toma por su cuenta; y se oye decir a Teófilo que lo gobierna, mucho antes de que se pueda suponer que pensaba en gobernarlo (2).

* Una frialdad o una incivilidad que procede de los que están por encima de nosotros nos hace odiarlos, pero un saludo o una sonrisa nos reconcilia con ellos.

* Hay hombres soberbios a los que la elevación de sus rivales humilla y amansa; llegan por tal desgracia, hasta a devolver el saludo; pero el tiempo, que disipa las amarguras, los vuelve a su natural.

* El desprecio que los grandes sienten por el pueblo les vuelve indiferentes respecto a las adulaciones y a las alabanzas que reciben y templa su vanidad; de la misma manera, los príncipes, alabados de continuo y sin límites por los grandes y por los cortesanos, quedarían más envanecidos si estimasen más a los que los alaban.

* Los grandes creen ser los únicos perfectos; con dificultad admiten en los demás hombres la rectitud de espíritu, la habilidad y la delicadeza, y se sirven de esos ricos talentos como de cosas debidas a su ilustre nacimiento. Es, sin embargo, en ellos un error grosero alimentar tan falsas prevenciones; lo que ha existido siempre de mejor pensado, de mejor dicho, de mejor escrito y puede ser también que de una conducta más delicada, nunca nos ha venido de

(2) Este artículo ha sido aplicado al abad de Roquette, obispo de Autún, quien habría servido, según Saint-Simón y madama de Sevigné, para inspirar el tipo de Tartufo.

ellos. Tienen grandes propiedades y una larga serie de **antepasados**; eso no puede serles discutido.

* ¿Tenéis talento, grandeza, habilidad, gusto y **discernimiento**? ¿Podría yo creer que son la prevención en favor y la **adulación** las que publican atrevidamente vuestro mérito? Me son **sospechosas** y las recuso. ¿Me dejaría deslumbrar por un aspecto de **capacidad** y alti-vez que os pone por encima de todo lo que se hace, lo que se dice y lo que se escribe? ¿Me dejaría deslumbrar por contemplaros ajeno a las alabanzas y por ver que no se os puede arrancar la menor aprobación? Deduzco de ahí, más naturalmente, que contáis con el favor, el crédito y las grandes riquezas. ¿Qué medio existe para definiros? *Teléfon* (3) no se os aproxima más que como al fuego, a una cierta distancia, y sería preciso desenvolveros, tantearos, confrontaros con vuestros semejantes, para sacar de vos un juicio sano y razonable. Vuestro hombre de confianza, el que está en vuestra familiaridad y del que tomáis consejo, por el que dejáis a *Sócrates* y a *Aristides*, con el que reís y el que ríe más alto que vos, *Dave* en fin, me es muy conocido. ¿Será esto suficiente para conoceros bien?

* Hay algunos que si pudieran conocer a sus subalternos y conocerse a sí mismos tendrían vergüenza de sobresalir.

* Si hay pocos oradores excelentes, ¿hay muchas gentes que puedan entenderlos? Si no hay suficientes escritores buenos, ¿dónde están los que saben leer? De la misma manera siempre ha habido queja del pequeño número de personas capaces de aconsejar a los reyes y de ayudarles en la administración de sus asuntos. Pero, si nacen por fin, esos hombres hábiles e inteligentes, si obran según su criterio y sus luces, ¿son amados y estimados, tanto como lo merecen? ¿Son alabados por lo que piensan o por lo que hacen en servicio de la patria? Viven y basta; se les censura si fracasan y se les envidia si tienen éxito. Censuremos al pueblo, pues sería ridículo querer excusarle. Su pena y sus celos, vistos por los grandes o por los poderosos como inevitables, han conducido insensiblemente a éstos a no contar con el pueblo y a despreciar sus sufragios en todas las empresas, llegando a hacer de eso una regla de política.

Los pequeños se odian los unos a los otros cuando se perjudican recíprocamente. Los grandes son odiosos a los pequeños por el mal que les hacen y por el bien que no les hacen. Les son responsables de su obscuridad, de su pobreza y de su infortunio; o por lo menos les parece que lo son.

* Es ya demasiado tener la misma religión y el mismo Dios que el pueblo: ¿y todavía llamarse Pedro, Juan, Santiago, como el comerciante o el labrador? Evitemos tener nada de común con la multitud; afectemos por el contrario todas las distinciones que nos separan de ella. Que se apropien de los doce apóstoles, sus discípulos, los primeros mártires (a tales gentes tales patronos); que vean venir con placer todos los años, ese día particular, que cada uno celebra como su fiesta. Nosotros, los grandes, recurramos a los nombres profanos; hagámonos bautizar con los de Aníbal, César y Pompeyo, que eran grandes hombres; con el de Lucrecia, que era una

(3) Según los contemporáneos, el duque de La Feuillade.

ilustre romana; con los de Renaldo, Roger, Oliverio y Tancredo, que eran paladines y los romances no tienen héroes más maravillosos; con los de Héctor, Aquiles, y Hércules, todos semidioses; con los mismos de Febo y de Diana (4); ¿y quién nos impedirá llamarnos Júpiter, Mercurio, Venus o Adonis (5)?

* Mientras los grandes descuidan los conocimientos, no solamente en lo que se relaciona con los intereses de los príncipes y los asuntos públicos, sino también en lo que hace referencia a sus propios negocios; mientras ignoran la economía y la ciencia de un padre de familia, y se alaban de su misma ignorancia; mientras se dejan empobrecer y esclavizar por sus administradores y se contentan con ser buenos gastrónomos o catadores de vinos, con ir a casa de *Thais* o de *Friné*, con hablar de la jauría, con decir cuántas postas hay de París a Besanzón o a Filisburgo, los ciudadanos estudian por dentro y por fuera un reino, meditan sobre su gobierno, llegan a ser finos y políticos, saben lo fuerte y lo débil de todo un Estado, piensan en colocarse mejor, se colocan, se elevan, se convierten en poderosos, y alivian al príncipe de una parte de los cuidados públicos (6). Los grandes, que los desdeñaban, llegan a reverenciarlos y se considerarían felices si llegasen a ser sus yernos.

* Si comparo las dos clases de hombres más opuestas, es decir, los grandes con el pueblo, éste me parece contento con lo necesario y aquéllos inquietos y pobres con lo superfluo. Un hombre del pueblo no sabría hacer ningún mal: un grande no quiere hacer ningún bien y es capaz de grandes males. El uno se forma y se ejercita en las cosas que son útiles; el otro en las perniciosas. Allá se muestran ingenuamente la rudeza y la franqueza; aquí se oculta una savia maligna y corrompida bajo la corteza de la cortesía. El pueblo no tiene mucho espíritu y los grandes no tienen alma; aquél tiene un buen fondo, pero no tiene apariencia; los grandes no tienen más que apariencias. Será preciso optar entre unos y otros. Yo no vacilo: quiero ser pueblo (7).

* Por profundos que sean los grandes de la corte, por mucho arte que tengan para parecer lo que no son y para no parecer lo que son, no pueden ocultar su malignidad, su extremada tendencia a reír a expensas de otro, y a ver con frecuencia el ridículo donde no puede haberlo. Esas bellas cualidades se descubren en ellos al primer golpe de vista; admirables sin duda para encubrir un engaño y volver necio al que ya lo es, pero todavía más a propósito para privarse de todo el placer que pudieran sacar de un hombre de

(4) La *clave* cita entre otros personajes destacados que han llevado estos nombres: *César* de Vendome, *Aníbal* d'Estrées, *Hércules* de Rohan, *Aquiles* de Harlay, Febo de Polx, *Diana* de Chastignier. (A. DESFAILLETTE.)

(5) La extravagancia que La Bruyère señala en este párrafo ha vuelto a aparecer en nuestro tiempo, sobre todo para los nombres de mujer; pero como los pequeños habían tomado los nombres de los *grandes*, las gentes del gran mundo, como se dice en nuestros días, tomaron de nuevo los nombres que los pequeños habían dejado, y así volvieron al calendario.

(6) La Bruyère da aquí, en pocas palabras, la historia de las causas de la decadencia de la nobleza y de la elevación de las clases medias. Al mismo tiempo, tributa un homenaje indirecto a Luis XIV, que había creado la nueva aristocracia del talento.

(7) Huelga destacar que este párrafo es una de las profesiones de fe democráticas más vivas que hayan sido hechas en nuestra lengua. Es, en breves líneas, la contraparte de la célebre sátira de Boileau *sobre la Nobleza*.

talento, que sabría plegarse de mil maneras agradables y regocijantes, si el peligroso carácter del cortesano no le impusiese una gran cautela. Por eso le opone un carácter serio en el que se atrinchera, y obra tan bien, que los burlones, con sus intenciones tan malas, carecen de oportunidades para jugar con él.

* El bienestar de la vida, la abundancia, la calma de una gran prosperidad, hacen que los príncipes tengan alegría para reírse de un enano, de un mono, de un imbécil o de un mal cuento: las gentes menos felices sólo se ríen con oportunidad.

* A un grande le gusta la Champaña, aborrece la Brie; se emborracha de mejor vino que el hombre del pueblo; ésa es la única diferencia que establece la crápula entre las condiciones más desproporcionadas: entre el señor y el lacayo.

* Parece, en primer lugar, que en los placeres de los príncipes entra un poco aquello de incomodar a los demás; pero no: los príncipes se parecen a los demás hombres, piensan en sí mismos, siguen su gusto, sus pasiones, su comodidad: eso es natural.

* Parece que la primera regla de las compañías, de las gentes con un cargo o de los poderosos, es oponer a los que dependen de ellos por necesidad de sus asuntos, todos los obstáculos que ellos mismos podrían temer.

* Si un grande tiene algún grado más de felicidad que los demás hombres, no adivino que pueda ser otro que el encontrarse con frecuencia en el poder y en la ocasión de prestar un servicio; y si esa coyuntura existe, parece que se debe servir de ella y no dejarla escapar si es en favor de un hombre de bien. Tratándose de una cosa justa, debe evitar la solicitud y no ser visto más que para que le den las gracias; y si le ha sido fácil no debe hacerla valer. Si se la ha rehusado, los compadezco a los dos.

* Hay hombres que han nacido inaccesibles y son precisamente aquellos de los que dependen y tienen necesidad los demás; se sostienen siempre sobre un pie; móviles como el mercurio, hacen piruetas, gesticulan, gritan y se agitan; parecidos a esas figuras de cartón de las fiestas públicas, que echan fuego y llamas, truenos y rayos, no puede uno aproximarse a ellas, hasta que, cuando se extinguen caen, y por su caída se convierten en tratables, pero inútiles.

* El suizo, el ayuda de cámara, el hombre de librea, si no tienen más talento que el que corresponde a su condición, no juzgan de sí mismos por su humilde origen, sino por la elevación de las personas a quienes sirven, y ponen a todos los que entran por su puerta y suben su escalera, indiferentemente por debajo de ellos y de sus amos: tan cierto es que uno está destinado a sufrir por los grandes y por lo que les pertenece.

* Un hombre de posición debe amar a su príncipe, a su mujer y a sus hijos, y después de ellos a las gentes de talento; las debe adoptar; debe proveerse de ellas y procurar que jamás le falten. Nunca podrá pagar, ni con pensiones y beneficios, ni con intimidad y halagos, la ayuda y los servicios que saca de ellas, aun sin saberlo. ¿Qué pequeños ruidos no disipan esas gentes? ¿Cuántas historias no reducen a la fábula y a la ficción? ¿No saben justificar los malos éxitos con las buenas intenciones; probar la bondad de un designio y la justeza de las medidas por la felicidad de los acontecimientos; ele-

varse contra la malignidad y la envidia, para conceder a buenas empresas mejores motivos; dar explicaciones favorables respecto de apariencias que eran malas; desechar los pequeños defectos; no mostrar más que las virtudes y hacerlas resaltar; sembrar en mil ocasiones hechos y detalles que sean ventajosos y volver la risa y la burla contra aquellos que se atrevieron a dudar o a enunciar hechos contrarios? Yo sé que los grandes tienen como máxima dejar hablar y seguir haciendo; pero sé también que les ocurre en muchas ocasiones que el dejar decir les impide hacer.

* Sentir el mérito, y una vez conocido, tratarlo bien: dos grandes pasos a dar, uno en seguida del otro, y de los cuales la mayor parte de los grandes son harto incapaces.

* Tú eres grande y poderoso; eso no basta: haz que te estime, a fin de que sea triste para mí verme privado de tus buenas gracias, o de no haber podido adquirirlas.

* Decís de un grande o de un hombre que desempeña un cargo, que es fino, oficioso y que le gusta ser complaciente; confirmáis eso que decís por un largo detalle de lo que ha hecho en un asunto que él sabía que os interesaba. Ya comprendo: hay quien se ocupa por vos de la solicitud; tenéis crédito; sois conocido del ministro y estáis bien con los poderosos: ¿desearíais que yo supiese otra cosa?

Alguien os dice: *Me quejo de Fulano; está orgulloso después de su elevación, me desdeña, ya no me conoce. — Yo no tengo motivo de queja*, respondéis; *por el contrario, estoy muy satisfecho; y hasta me parece que es bastante civil.* Yo creo que os estoy entendiendo: queréis que se sepa que un hombre de posición es atento con vos y que os distingue en la antecámara entre mil honradas gentes de las que aparta los ojos, por temor de caer en lo inconveniente, de devolverles el saludo o de sonreírles.

Estar satisfecho de alguno, estar satisfecho de un grande, frase delicada en su origen y que significa sin duda alabarse a sí mismo, diciendo de un grande todo el bien que nos ha hecho o que no ha soñado en hacernos.

Se alaba a los grandes para hacer notar que se les ve de cerca, raramente por estimación o por gratitud. Frecuentemente no se conoce a aquellos a quienes se alaba: la vanidad o la ligereza pueden, algunas veces, más que el resentimiento; se está descontento de ellos y se les alaba.

* Si es peligroso meterse en un negocio sospechoso, lo es más encontrarse en ese negocio como cómplice de un grande; él se libra y os hace pagar doblemente, por él y por vosotros.

* El príncipe no tiene bastante con toda su fortuna para pagar una baja complacencia, si se ha de juzgar por todo lo que se imagina aquel a quien quiere recompensar; y no tiene demasiado con todo su poderío para castigarlo si mide su venganza por el daño que en ello ha recibido.

* La nobleza expone su vida por la salud del Estado y por la gloria del soberano; el magistrado descarga al soberano de una parte del cuidado de juzgar a los pueblos. He ahí, de una parte y de otra, funciones bien sublimes y de una maravillosa utilidad; los hombres casi no son capaces de más grandes cosas y yo no sé de dónde la toga y la espada han sacado motivos para despreciarse recíprocamente.

* Si es verdad que un grande da más a la fortuna cuando arriesga una vida destinada a transcurrir en la risa, el placer y la abundancia, que un particular que no arriesga sino una existencia miserable, es preciso confesar también que aquél tiene otra recompensa, que es la gloria y la alta reputación. El soldado, se sabe desconocido; muere obscuramente entre una multitud; lo mismo vivía, en verdad, pero vivía, y ésta es una de las causas de la falla del valor en las condiciones bajas y serviles. Aquéllos, por el contrario, a quienes su nacimiento distingue del pueblo y expone a los ojos de los hombres, a sus censuras y a sus elogios, son lo mismo capaces de sobresalir por esfuerzo de su temperamento, si éste no les lleva a la virtud; y esa disposición de corazón y de espíritu, que pasa de los abuelos, por los padres, a sus descendientes, es esa bravura tan familiar a las personas nobles, es tal vez la nobleza misma (8).

Echadme en las tropas como un simple soldado, yo soy TERSITES; ponedme a la cabeza de un ejército, del que tenga que responder a toda la Europa, yo soy AQUILES.

* Los príncipes, sin otra ciencia ni otra regla, tienen gusto por la comparación: han nacido y han sido llevados como en el centro de las mejores cosas, con las que relacionan lo que leen, lo que ven, y lo que oyen. Todo lo que se aleja demasiado de LULIO, de RACINE, y de LE BRUN, está condenado.

* No hablar a los jóvenes príncipes más que del cuidado de su categoría es un exceso de precaución, cuando toda una corte pone su deber y una parte de su cortesía en respetarlos y cuando están mucho menos propensos a ignorar ninguno de los respetos debidos a su nacimiento que a confundir las personas y a tratarlas indiferentemente, sin distinción de condiciones y de títulos. Tienen una altivez natural, que se manifiesta en las ocasiones; no necesitan lecciones más que para reglamentarla, para inspirarles la verdad, la honradez y el espíritu de discernimiento.

* Es una pura hipocresía, para un hombre de cierta elevación, no mantenerse ante todo en la categoría que le es debida y que todo el mundo le cede. Nada le cuesta ser modesto, mezclarse en la multitud, que se abrirá para él, ocupar en una asamblea un último puesto, a fin de que todos le vean y se apresuren a sacarlo de él. La modestia es de una práctica más amarga para los hombres de condición ordinaria; si se meten entre la muchedumbre, se les aplasta; si escogen un puesto incómodo, continúan en él.

* *Aristarco* se traslada a la plaza con un heraldo y un trompeta; éste comienza y toda la multitud acude y se reúne. Escuchad, pueblo, dice el heraldo; estad atentos; silencio, silencio; *Aristarco, el*

(8) Desde el punto de vista histórico, La Bruyère, aquí, no está en lo cierto. Originariamente, la profesión de las armas no era para la nobleza sino una obligación feudal. El noble, poseedor de un feudo, debía el servicio al señor del feudo dominante, y como el rey de Francia era el señor feudal de todos los feudos del reino, es por esto que los señores *exponían su vida por la salud del Estado y la gloria del soberano*. Por otra parte, nuestro autor olvida que los artesanos, organizados en milicias comunales, han hecho para el país tanto y más que la nobleza. Olvida también que Luis XIV había facilitado el acceso a grados a las clases medias, pero hay que notar que escribía bajo el imperio de las ideas de su tiempo, ya que sólo con posterioridad al siglo XVII, la historia, mejor informada, ha restablecido la verdad de los hechos.

que veis aquí presente, tiene que hacer mañana una buena acción. Yo diría más simplemente: Si alguien hace un bien, ¿quiere hacerlo mejor? Que yo no sepa que hace el bien o que yo no sospeche siquiera que me lo haya hecho saber.

* Las mejores acciones se alteran o se debilitan por la manera con que se las hace y hasta dejan dudar de las intenciones. El que protege o halaga la virtud por la virtud, el que corrige o censura el vicio a causa del vicio, obra simplemente, naturalmente, sin ningún rodeo, sin ninguna afectación, sin ningún fausto; no usa respuestas graves y sentenciosas y menos todavía rasgos picantes y satíricos; no se trata de una escena que representa para el público, sino de un buen ejemplo que da y de un deber que cumple; no suministra nada a las tertulias de mujeres, ni al gabinete (9), ni a los novelistas, ni siquiera a un hombre ameno le da la materia de un lindo cuento. El bien que acaba de hacer es un poco menos sabido, a la verdad; pero ha hecho el bien, ¿qué más se puede pedir?

* Los grandes no deben amar estos últimos tiempos que no les son favorables: es triste para ellos ver ahora que nosotros salimos todos del hermano y de la hermana. Los hombres componen juntos una misma familia y sólo existe el más y el menos en los grados de parentesco.

* *Teognis* es rebuscado en su arreglo y sale acicalado como una mujer; aún no acaba de salir y ya cuida sus ojos y su cara para estar preparado cuando se encuentre ante el público, que todo esté correcto, que los que pasan lo encuentren ya gracioso y le sonrían y que ninguno deje de mirarlo. Cuando marcha por las salas, se vuelve hacia la derecha donde hay mucha gente y hacia la izquierda donde no hay nadie; saluda a los que están allí y a los que no están. Abraza a un hombre que encuentra a su alcance y le aprieta la cabeza contra su pecho; luego pregunta quién es aquel al que ha abrazado. Alguien tiene necesidad de él en un asunto que es fácil: va a buscarlo y le hace su ruego. Teognis le escucha favorablemente y queda encantado de poderle servir en algo; le conjura para que haga nacer ocasiones de prestarle servicios; y como aquél insiste sobre su asunto, le dice que no se lo arreglará; le pide que se ponga en su lugar y que juzgue. El cliente sale, confortado, acariciado, confuso, casi contento de no ser atendido.

* Es tener una muy mala opinión de los hombres, y no obstante conocerlos bien, creer, en un gran puesto, que uno se puede imponer a ellos por caricias estudiadas y por largos y estériles abrazos.

* *Pánfilo* (10) no conversa con las personas que encuentra en las

(9) **Lugar de cita, en París, de gentes de bien, para la conversación.** *(Nota del autor.)* — **Posiblemente los malos poetas hallaban el modo de hacer leer sus versos en ese punto de reunión; entonces sería dable reconocer el *cabinet* (gabinete) a donde Alcestes, en el *Misántropo*, envía el soneto de Oronte:**

Francamente, es bueno para meterlo en el gabinete.

Y así quedaría justificada la palabra, de la que se habrá notado el sentido grosero, poco de acuerdo, en efecto, con el amable tono que reina en toda la pieza. (A. Destaillats.)

(10) **Este retrato de Pánfilo ha sido aplicado a Dangeau, y fué Saint-Simón quien hizo la primera semblanza. Pero nada justifica tal aserción, siendo, por el contrario, muy probable que aquí sólo haya una malicia de Saint-Simón, lleno siempre de**

salas o en los patios; si tiene en cuenta su gravedad y la elevación de su voz, las recibe, les concede audiencia y las despide; tiene términos a la vez civiles y altivos y una honradez imperiosa que emplea sin discernimiento; tiene una falsa grandeza que lo rebaja y que embaraza mucho a los que son sus amigos y no quieren despreciarle.

Un Pánfilo está lleno de sí mismo, no se pierde de vista, no sale de la idea de su grandeza, de sus alianzas, de su cargo, de su dignidad; reúne, por decirlo así, todas sus piezas y se envuelve en ellas para hacerse valer; dice *mi orden, mi cordón azul;* lo exhibe o lo oculta por ostentación. Un Pánfilo, en una palabra, quiere ser grande, cree serlo y no lo es, sino que va después de un grande. Si alguna vez sonríe a un hombre de ínfima categoría, a un hombre de talento, emplea un tiempo tan breve que jamás es sorprendido *in fraganti*. Así también le saldrían los colores a la cara si desgraciadamente fuese sorprendido en la menor familiaridad con alguno que no sea opulento, ni poderoso, ni amigo de un ministro, ni su aliado, ni su criado. Es severo e inexorable con el que todavía no ha hecho su fortuna. Os ve un día en una galería y os huye; y al día siguiente os encuentra en un lugar menos público, o si el lugar es público, os ve en compañía de un grande, se arma de valor, se dirige a vos y os dice: *Parece que ayer no me habíais visto.* Tan pronto os deja bruscamente para juntarse con un caballero o con un oficial mayor y tan pronto, si lo encuentra conversando con vos, os corta la conversación y se lo lleva. Lo abordáis otra vez y no se detiene; se hace seguir, os habla tan alto que es una escena para los que pasan. Así están todos los Pánfilos como en un teatro y son gentes criadas en lo falso y que lo que más aborrecen es ser naturales; verdaderos personajes de comedia, verdaderos Floridores y Mondoris.

No se ha agotado todo lo que puede decirse sobre los Pánfilos: son serviles y tímidos ante los príncipes y los ministros, llenos de altivez y de confianza por los que no tienen más que virtud; mudos y embarazados con los sabios; vivos, atrevidos y decisivos con los que no saben nada. Hablan de la guerra a un hombre de toga y de política a un financiero; saben la historia estando entre mujeres; son poetas con un doctor y geómetras con un poeta. No se cargan de máximas y todavía menos de principios; viven a la ventura empujados y arrastrados por el viento del favor y por el atractivo de la riqueza. No tienen opinión propia y la toman de prestado a medida que la necesitan; y aquel a quien recurren no es por lo general un hombre prudente o hábil, o virtuoso: es un hombre a la moda.

* Tenemos por los grandes y por los que desempeñan altos cargos unos celos estériles o un rencor impotente que no nos venga de su esplendor y de su elevación y que no hace más que añadir a nuestra propia miseria el peso insoportable de la felicidad ajena. ¿Qué hacer contra una enfermedad del alma tan inveterada y tan contagiosa? Contentémonos con poco y con menos todavía si es posible. Sepamos

actitud para los nuevos nobles. Los expertos editores de las *Memorias de Dangeau*, rechazan en absoluto la aplicación de Saint-Simón.

perder en las ocasiones; la fórmula es infalible y consiento en aprovecharla. Evito por ello domesticar a un suizo o hacer ceder a un apoderado, ser repelido hacia la puerta por la muchedumbre incontable de clientes o cortesanos de que rebosa la casa de un ministro, languidecer en la sala de audiencia, pedirle temblando y balbuceando una cosa justa, arrostrar su gravedad, su risa amarga y su *laconismo* (11). Entonces ya no lo aborrezco, ya no le tengo envidia, no me hace ninguna petición y yo tampoco se la hago; somos iguales, a no ser tal vez que yo esté tranquilo y que él no lo esté.

* Aunque los grandes tienen ocasiones para hacernos bien, rara vez poseen la voluntad, y si desean hacernos mal, tampoco encuentran siempre las ocasiones. Así se puede estar equivocado en la especie de culto que se les rinde si no está fundado más que en la esperanza y en el temor, y algunas veces se termina una larga vida sin que se llegue a depender de ellos por el menor interés o sin que se les deba la buena o la mala fortuna. Debemos honrarles porque son grandes y nosotros somos pequeños y porque hay otros más pequeños que nosotros que nos honran.

* En la corte y en la ciudad existen las mismas pasiones, las mismas debilidades, las mismas pequeñeces, los mismos espíritus atravesados, las mismas riñas en las familias y entre los vecinos, las mismas envidias, las mismas antipatías. Por todas partes nueras y suegras, maridos y mujeres, divorcios, rupturas y malas inteligencias; por todas partes humores, cóleras, parcialidades y los que se llaman malos discursos. Con buenos ojos se ve sin trabajo la pequeña ciudad de Saint-Denis, como transportada a V... o a F... (12). Aquí se cree aborrecerse con más orgullo y altivez, y puede ser que con mayor dignidad. Las gentes se perjudican recíprocamente con mayor habilidad y delicadeza; las cóleras son más elocuentes y se dicen las injurias con mayor cortesía y en mejores términos; no se hiere la pureza de la lengua; sólo se ofende a los hombres y a su reputación. Todas las apariencias del vicio son especiosas aquí; pero el fondo es el mismo que en las condiciones más bajas. Todo lo bajo, lo débil e indigno se encuentran aquí. Esos hombres tan grandes por su abolengo, o por su favor, o por sus dignidades, esas cabezas tan sólidas y tan hábiles, esas mujeres tan corteses y tan espirituales, todos ellos, desprecian al pueblo y son pueblo.

Quien dice pueblo dice más de una cosa: es una vasta expresión y uno se asombraría al ver lo que abarca y lo que se extiende. Existe el pueblo opuesto a los grandes: ese es el populacho y la multitud; existe el pueblo opuesto a los prudentes, a los hábiles y a los virtuosos: de ese pueblo forman parte tanto los grandes como los pequeños.

* Los grandes se gobiernan por sentimiento: almas ociosas sobre las que al principio todo hace una viva impresión. Ocurre una cosa y hablan demasiado de ella, pronto hablan ya poco y después dejan de hablar en absoluto. Acción, conducta, obra, acontecimiento, todo

(11) Esta palabra está en bastardilla porque era nueva, y tal vez creada por La Bruyère.
(12) Versalles y Fontainebleau.

es olvidado; no les pidáis corrección, ni previsión, ni reflexión, ni reconocimiento ni recompensa.

* Se llega a extremos opuestos respecto a ciertos personajes. La sátira, después de su muerte, corre entre el pueblo, mientras que en las bóvedas del templo resuenan los elogios. Algunas veces no merecen ni libelos ni discursos fúnebres; otras veces son dignos de los dos.

Se debe callar sobre los poderosos; casi siempre se les adula cuando se habla bien de ellos; existe peligro en hablar mal de ellos mientras viven y es cobardía hablar mal después que han muerto.

DEL SOBERANO O DE LA REPUBLICA (1)

Cuando se recorre, sin la consulta al propio país, todas las formas de gobierno, no se sabe a qué atenerse, pues hay en todas ellas lo menos bueno y lo menos malo. Lo más razonable y más seguro es considerar aquella bajo la cual se ha nacido la mejor de todas y someterse a ella.

* No hace falta arte ni ciencia para ejercer la tiranía; y la política que sólo se atiene a derramar la sangre es muy limitada y de ningún refinamiento; inspira la idea de matar a todos aquellos cuya vida es un obstáculo a nuestra ambición: un hombre que nació cruel hace eso sin pena. Esa es la manera más horrible y más grosera de mantenerse en el poder o de engrandecerse.

* Es una política antigua y segura en la república dejar al pueblo que se adormezca en las fiestas, en los espectáculos, en el lujo, en el fausto, en los placeres, en la vanidad y la molicie; dejarle que se llene del vacío y saboree la bagatela. ¡Cuántas alabanzas no se hacen al déspota por esa indulgencia!

* En el despotismo no hay patria pues la suplen estas tres cosas: el interés, la gloria, el servicio del príncipe.

* Cuando se quiere cambiar e innovar en una república, se consideran menos las cosas que el tiempo. Hay circunstancias en las que se siente bien que no sería demasiado atentar contra el pueblo y hay otras en las que está claro que no se puede tratarle con pocos miramientos. Hoy podéis quitar a esta ciudad sus franquicias, sus derechos, sus privilegios; pero mañana no penséis en reformar sus insignias.

* Cuando el pueblo está en movimiento, no se comprende cómo se va a calmar; y cuando está pacífico, no se cree posible hacerle salir de esa calma.

* Se sufren ciertos males en la república porque previenen o impiden males más graves. Hay otros males que lo son solamente por su establecimiento y que, siendo en su origen un abuso o un mal uso, son menos perniciosos en sus consecuencias y en la práctica que una ley más justa o una costumbre más razonable. Se ven una especie de males que pueden corregirse por el cambio o la novedad, que es un mal, y muy peligroso. Hay otros ocultos y hundidos como las basuras en una cloaca, quiero decir enterrados bajo la vergüenza, bajo el secreto y en la obscuridad. Si se les revuelve exhalan el veneno

(1) La palabra *república* tiene aquí la misma acepción que la voz latina *respublica*, es decir, el gobierno ejercido en el interés de todos.

o la infamia; los más prudentes suelen tener la duda de si sería mejor ignorar esos males que conocerlos. Se tolera algunas veces en un Estado un gran mal, pero que evita un millón de pequeños males, que serían inevitables e irremediables. Se encuentran males de los que cada particular se queja y que se convierten no obstante en un bien público, aunque el público no sea otra cosa que todos los particulares. Hay males personales que concurren al bien y a la prosperidad de cada familia. Hay otros que afligen, arruinan o deshonran a las familias, pero que tienden al bien y a la conservación de la máquina del Estado y del gobierno. Otros males derriban los Estados y sobre sus ruinas elevan otros nuevos. Se han visto, en fin, males que han minado en sus cimientos a grandes imperios y que les han hecho desaparecer de la tierra, para variar y renovar la faz del universo.

* ¿Qué importa al Estado que *Ergasto* sea rico, que tenga buenos perros, que cree las modas en el vestido y en el ajuar y que abunde en superfluidades? ¿Qué importa el particular cuando se trata del interés y de las comodidades de todo el público? El consuelo de los pueblos en las cosas que les pesan un poco es saber que alivian al príncipe y que a él solo le enriquecen; los pueblos no se creen deudores a Ergasto del embellecimiento de su fortuna.

* La guerra tiene en su favor la antigüedad; ha existido en todos los siglos; se la ha visto llenar siempre el mundo de viudas y de huérfanos, agotar los herederos de las familias y hacer perecer a los hermanos en una misma batalla. Joven *Soyecour* (2), yo lamento tu virtud, tu pudor, tu espíritu ya maduro, penetrante, elevado y sociable; yo lamento esta muerte prematura que te reune a tu intrépido hermano (3) y que te arrebata a una corte en la que no habías hecho más que aparecer, ¡desgracia deplorable, pero ordinaria! En todos los tiempos los hombres, por un trozo de tierra más o menos, han convenido en despojarse, quemarse, matarse, estrangularse los unos a los otros y para hacerlo con más ingenio y más seguridad, han inventado las bellas reglas que llaman el arte militar y han unido a la práctica de esas reglas la gloria o la más sólida reputación y han perfeccionado de siglo en siglo la manera de destruirse recíprocamente. De las injusticias de los primeros hombres, único origen, ha venido la guerra, como también la necesidad en que se han encontrado de darse maestros que fijasen sus derechos y sus pretensiones. Si, contentos con lo suyo, hubiesen podido abstenerse de los bienes de sus vecinos, la paz y la libertad habrían existido siempre.

* El pueblo, tranquilo en sus hogares, en medio de los suyos, y en el seno de una gran ciudad, donde no hay nada que temer ni por sus bienes ni por su vida, respira el fuego y la sangre, se ocupa de guerras, de ruinas, de incendios, de matanzas; sufre impaciente-

(2) El caballero de Soyecour, capitán-teniente de los gendarmes-delfín, mortalmente herido en la batalla de Fleurus, ganada el 1º de julio de 1690 por el mariscal de Luxemburgo al príncipe de Waldeck, uno de los más hábiles generales de la liga de Augsburgo.

(3) El marqués de Soyecour, coronel del regimiento de Vermandois, muerto en la misma batalla. Estos dos oficiales eran hijos de la marquesa de Balleforière de Soyecour.

mente si los ejércitos que ocupan el campo no se encuentran, o si una vez frente a frente no combaten, o si combaten, cuando el combate no es sangriento y que haya menos de diez mil hombres muertos. Llega hasta olvidar sus intereses más queridos, el reposo y la seguridad, por el amor que tiene al cambio y por el gusto de la novedad o de las cosas extraordinarias. Algunos consentirían ver otra vez los enemigos a las puertas de Dijon o de Corbie, ver tender las cadenas (4), levantarse barricadas (5), solamente por el placer de decir o de saber la noticia.

Demófilo, a mi derecha, se lamenta y exclama: Todo está perdido; éste es el fin del Estado; está cuando menos en la pendiente de su ruina. ¿Cómo resistir a una conjuración tan fuerte y tan general? ¿Qué medio, yo no digo de ser superior, sino suficiente para combatir a tan potentes enemigos? Esto es sin ejemplo en la monarquía. Un héroe, un AQUILES sucumbiría ahí. Se han cometido, añade, grandes faltas; yo sé bien lo que digo, porque soy del oficio; he visto la guerra y la historia me ha enseñado mucho de ella. Habla después, con admiración, de Olivier le Daim y de Jacques Cœur (6). Aquéllos eran hombres, dice, aquéllos eran ministros. Cuenta sus noticias que son todas las más tristes y más desventajosas que se pudiera creer. Tan pronto una parte de los nuestros caía en una emboscada y era deshecha, como algunas tropas en un castillo se rendían a discreción y eran pasadas a cuchillo. Y si le decís que ese rumor es falso y que no se confirma, no os escucha: Añade que tal general ha sido muerto, y aunque le aseguréis y sea cierto que no ha recibido más que una leve herida, deplora su muerte y compadece a su viuda y a sus hijos y al Estado y se queja él mismo: *ha perdido un buen amigo y una gran protección*. Dice que la caballería alemana es invencible y palidece al solo nombre de los coraceros del emperador. Si se ataca esa plaza, continúa, se levantará el sitio; o se estará a la defensiva sin entablar combate, o si se entabla, se perderá, y si se pierde, ya está el enemigo en la frontera, y como

(4) Durante la edad media, los vecinos de las ciudades tenían el derecho de colocar cadenas en la entrada de las calles; se las sujetaba con enormes ganchos de hierro, forjados con más o menos arte. Estas cadenas eran verdaderas barricadas, permanentes y movibles. Sólo en el siglo XVII consiguieron los reyes privar a los vecinos de ese medio de defensa. *(Diccionario de la Historia de Francia.)*

(5) La palabra *barricada* viene de *barricas*, porque en las conmociones populares y guerras civiles solían emplearse barricas, que se llenaban de tierra y de piedras, para atrincherarse en las calles.

(6) Jacques Cœur, hijo de un orfebre de Bourges, al principio empleado en la Moneda, dedicóse luego al comercio, en el que obtuvo considerables beneficios, y fué encargado por Carlos VII de la administración de las finanzas, con el título de banquero del reino. No obstante estas funciones, continuó un intenso comercio con el Africa y el Asia, prestó dinero al rey para la conquista de Normandía y sostuvo, a sus expensas, varios ejércitos. Los enemigos que le había creado su favor y su fortuna, lo acusaron de concusión, para apoderarse de sus bienes, y el 19 de mayo de 1453 fué declarado culpable de los crímenes que se le imputaban. El rey le hizo gracia de la vida, pero fué condenado al destierro y a la confiscación de todos sus bienes, y a una multa de 400.000 escudos de oro. Los jueces se repartieron sus despojos, y él fué a presentarse al papa, quién le confirió el mando de la flota que había armado contra los turcos. Murió cuando llegaba a la isla de Chio, en 1456. Pese a las acusaciones de que fué objeto, Jasques Cœur merece ser considerado como un hombre muy notable. En cuanto a Olivier le Daim, no era sino un vulgar intrigante, de quien difícilmente podría explicarse su gran fortuna. Había nacido en Thieff, cerca de Courtray, y fué ahorcado después de la muerte de Luis XI, en 1484.

Demófilo lo hace volar, helo ya en el corazón del reino; Demófilo ya oye sonar la campana de rebato en las ciudades y gritar la alarma; piensa en sus bienes, en sus tierras. ¿A dónde conducirá su dinero, sus muebles, su familia? ¿Dónde se refugiará? En Suiza o en Venecia?

Pero, a mi izquierda, *Basilido*, pone de repente en pie un ejército de trescientos mil hombres; no rebajará una sola brigada; tiene la lista de los escuadrones y de los batallones, de los generales y de los oficiales; no olvida la artillería ni el bagaje. Dispone absolutamente de todas esas tropas; envía tantas a Alemania y tantas a Flandes; reserva cierto número para los Alpes, un poco menos para los Pirineos y hace pasar el mar a los que le quedan. Conoce las marchas de esos ejércitos; sabe lo que harán y lo que no harán; diréis que tiene la confianza del príncipe o que posee el secreto del ministro. Si los enemigos acaban de perder una batalla, en la que han dejado en el campo nueve o diez mil hombres, cuenta setenta mil, ni más ni menos, porque sus números son siempre fijos y ciertos, como de quien está bien informado. Si se entera por la mañana de que sólo perdieron una bicoca, no solamente se excusa con sus amigos a los que la víspera ha convidado a comer, sino que en ese día no come ni cena, porque está inapetente. Si los nuestros asedian una plaza fuerte, muy regular, provista de víveres y de municiones, que tiene su buena guarnición, mandada por un hombre de gran valor, dice que la ciudad tiene puntos débiles y mal fortificados, que está falta de pólvora, que su gobernador carece de experiencia y que capitulará después de ocho días de trinchera abierta. Otra vez corre sin aliento, y después de haber respirado un poco, exclama: He ahí una gran noticia; están derrotados completamente; el general, los jefes, por lo menos una buena parte, todo ha muerto, todo ha perecido. He ahí, continúa, un gran destrozo; es preciso convenir que gozamos de una gran suerte. Se sienta y respira, después de haber lanzado su noticia, a la cual sólo falta una circunstancia que consiste en que sea cierta, pues no ha habido tal batalla. Asegura por lo demás que tal príncipe ha renunciado a la liga y deja a sus confederados: que otro se dispone a tomar el mismo partido y cree firmemente, con el populacho, que un tercero ha muerto (7); precisa el lugar donde ha sido enterrado, y cuando ha sido desengañado en los mercados y en los arrabales, todavía apuesta por la afirmativa. Sabe, de fuente insospechable, que T. K. L. (8) hace grandes progresos contra el emperador; que el Gran Señor, poderosamente armado, no quiere paz y que su visir aparecerá otra vez a las puertas de Viena. Golpea las manos y tiembla ante aquel acontecimiento del que no duda. La Triple Alianza es un Can-

(7) Alusión al falso rumor que corrió sobre la muerte del príncipe de Orange, después rey de Inglaterra.

(8) Tékéli, nacido en 1658, jefe de los calvinistas y de los descontentos húngaros; tomó las armas contra Austria, para vengar a los jefes húngaros decapitados en 1671, y a su propio padre, muerto con las armas en la mano combatiendo por Hungría. Tékéli sostuvo durante tres años la campaña contra los austríacos, los batió en seis grandes empresas, se alió con los turcos, que vinieron a sitiar a Viena, y fué nombrado príncipe de Transilvania. No obstante su gran valor y su talento militar, no pudo lograr que los austríacos abandonaran la provincia, y acabó por retirarse a Hungría, donde murió en 1705.

cerbero para él y los enemigos otros tantos monstruos a aplastar. No habla más que de laureles, de palmas, de triunfos y de trofeos. Dice en el discurso familiar: *Nuestro augusto héroe, nuestro gran potentado, nuestro invencible monarca.* Reducidle si podéis, a decir simplemente: *el rey tiene muchos enemigos, poderosos, unidos y fieros y los ha vencido; espero siempre que podrá vencerlos.* Este estilo, demasiado firme y demasiado decisivo para Demófilo, no es para Basilido ni bastante pomposo, ni bastante exagerado. Tiene otras expresiones en la cabeza y trabaja en las inscripciones de los arcos y de las pirámides que deberán adornar la capital un día de entrada; y en cuanto oye decir que los ejércitos están frente a frente, o que una plaza está cercada, hace desplegar su toga y la pone al aire, para que esté preparada el día de la ceremonia en la catedral.

* Es preciso que el asunto que reúne en una ciudad a los plenipotenciarios de las coronas y de las repúblicas, sea de una larga y extraordinaria discusión, si llevan tanto tiempo, no sólo los preliminares, sino la simple reglamentación de las categorías, las sesiones preparatorias y otras ceremonias.

El ministro o el plenipotenciario es un camaleón, un Proteo. Parecido, algunas veces, a un jugador hábil, no demuestra ni humor ni complexión, sea por no dar lugar a conjeturas o dejarse penetrar, sea por que no escape su secreto por pasión o por debilidad. De cuando en cuando sabe fingir un carácter más conforme a los propósitos que tiene y a las necesidades en que se encuentra, y aparecer ante los otros tal como quiere que ellos crean que es. Así, reflejando un gran poderío u ocultando una gran debilidad, es firme e inflexible para quitar el deseo de obtener mucho; o es fácil para ofrecer a los demás las ocasiones de pedirle y proporcionarse la misma licencia. Otra vez, o es profundo y disimulado, para encubrir una verdad al anunciarla, porque le importa haberla dicho y no ser creído; o es franco y abierto, a fin de que cuando disimula lo que no debe ser sabido, se crea no obstante que no ignora nada de lo que quiere saber y que se tenga la persuasión de que ha dicho todo. De la misma manera, o es vivo y gran hablador, para hacer hablar a los demás, para impedir que le hablen de lo que no quiere o no debe saber, para decir varias cosas indiferentes que se modifican o que se destruyen las unas a las otras, que confunden en los espíritus el temor y la confianza, para defenderse de una declaración que se le ha escapado, por medio de otra que él habrá hecho; o es frío y taciturno, para incitar en los demás el deseo de hablar, para escuchar largo tiempo, para ser escuchado cuando habla, para hablar con ascendiente y con peso, para hacer promesas o amenazas que implican un gran golpe y que trastornan. El se abre y habla el primero, para descubrir las suposiciones, las contradicciones, las intrigas y las cábalas de los ministros extranjeros, sobre las proposiciones que habrá avanzado, tomar sus medidas y tener la réplica; y en otro encuentro, él habla el último, para no hablar en vano, para ser preciso, para conocer perfectamente las cosas sobre las cuales le está permitido contar con apoyo, para él o para sus aliados, para saber lo que debe pedir o lo que puede obtener. Sabe hablar en términos claros y formales; sabe, todavía mejor, hablar ambigua-

mente, de una manera reservada, usar giros o palabras equívocas, que puede hacer valer o disminuir en ocasiones y según sus intereses. Pide poco cuando no quiere dar mucho y pide mucho para tener poco y con seguridad. Exige al principio pequeñas cosas, que pretende luego no le sean tenidas en cuenta y que no excluyan la petición de una más grande; evita, por el contrario, comenzar obteniendo algo importante, si eso le impide ganar varios otros asuntos de menor importancia, pero que todos juntos la tienen mayor que el primero. Pide demasiado, para que le sea negado, pero con el designio de hacerse de un derecho o de la facilidad de negar a su vez lo que sabe bien que le será pedido y que no quiere otorgar. Cuida entonces de exagerar la enormidad de la petición y de hacer aceptar, si es posible, las razones que tiene para no oír, y también de debilitar aquellas que se le oponen para no concederle lo que solicita con empeño; dedícase asimismo a ponderar y a acrecentar en la mente de los demás lo poco que ofrece y a despreciar abiertamente lo poco que consienten en darle. Hace falsas ofertas, pero extraordinarias, que provocan la desconfianza y obligan a rechazar lo que se aceptaría inútilmente, pero que le dan, sin embargo, una ocasión de hacer demandas exorbitantes que ponen a prueba la sinrazón de quienes rechazaban. Concede más de lo que se le pide, para tener todavía más de lo que debe dar. Se hace rogar largo tiempo, apremiar, importunar, sobre una cosa mediocre, para extinguir las esperanzas y quitar la idea de exigirle algo más fuerte, o si se deja doblegar hasta abandonarla, es siempre en condiciones que le hacen compartir la ganancia y las ventajas con los que reciben; toma directa o indirectamente el interés de un aliado, si encuentra en él su utilidad y el avance de sus pretensiones. No habla más que de paz, de alianzas, de utilidad pública, de interés público, y, en efecto, no piensa más que en sus intereses, es decir en los de su señor o de su república. Tan pronto reúne a algunos que eran contrarios los unos a los otros, y tan pronto divide a otros que estaban unidos. Intimida a los fuertes, a los poderosos; anima a los débiles; une primeramente por intereses a varios débiles contra otro más poderoso, para poner la balanza en su fiel; se reúne después con los primeros para hacerla inclinarse y les vende cara su protección y su alianza. Sabe interesar a aquellos con quienes trata, y por un hábil manejo, con finos y sutiles rodeos, les hace sentir sus ventajas particulares, los bienes y los honores que pueden esperar por cierta complacencia que no choca con su comisión ni con los intereses de sus señores. No quiere tampoco que le crean inasible por ese lado; deja ver en él un poquito de sensibilidad por su fortuna y se atrae, por ese procedimiento, proposiciones que le descubren los más secretos intentos de los demás, sus designios más profundos y su último recurso, y se aprovecha de ello. Si algunas veces resulta perjudicado en algunas cláusulas que han sido luego arregladas, grita fuerte; si ocurre lo contrario, grita más fuerte todavía y deja a cargo de los que pierden la justificación y la defensiva. El tiene mandato imperativo de la corte; todas sus gestiones son medidas, los menores avances que hace le son prescritos, y no obstante, obra en los puntos difíciles, como si rectificase en el acto y como por un espíritu de conciliación; se atreve también a prometer a la asamblea que hará aprobar

la proposición y que no será desautorizado. Hace correr falsos rumores sobre las cosas que tiene a su cargo, provisto por lo demás de poderes particulares que sólo exhibe en momentos extremos, cuando le sería pernicioso no usar de ello. Tiende sobre todo por sus intrigas a lo sólido y a lo esencial, siempre dispuesto a sacrificar las minucias y los puntos de honor imaginarios. Tiene flema, se arma de valor y de paciencia, no se cansa, cansa a los demás y los empuja hasta el desaliento. Toma precauciones y se endurece contra las lentitudes y las tardanzas, contra los reproches, las sospechas, las desconfianzas, contra las dificultades y los obstáculos, persuadido de que sólo el tiempo y las coyunturas llevan las cosas y conducen los espíritus al punto deseado. Llega hasta fingir un interés secreto en la ruptura de la negociación cuando desea ardientemente que continúe y si, por el contrario, tiene órdenes precisas de realizar los últimos esfuerzos para romperla, cree que, para tener éxito, debe propugnar la continuación y el fin. Si sobreviene un gran acontecimiento, se mantiene firme o cede, según le sea útil o perjudicial, y si, por una gran prudencia, sabe prevenirlo, exige o contemporiza, conforme a lo que el Estado por el que trabaja tenga que temer o que esperar como consecuencia de ese acontecimiento; y arregla las condiciones de acuerdo con sus necesidades. Se aconseja por el tiempo, el lugar, las ocasiones, su poder o su debilidad, el genio de las naciones con las que trata, el temperamento y el carácter de las personas con las que negocia. Todas sus intenciones, todas sus máximas, todos los refinamientos de su política, tienden a un solo fin, que es el de no ser engañado y engañar a los demás (9).

* El carácter de los franceses exige seriedad en el soberano.

* Una de las desgracias del príncipe consiste, con frecuencia, en estar demasiado recargado de secretos, por el peligro que existe en divulgarlos; su felicidad está en encontrar una persona seria en quien descargarlos.

* A un rey sólo le faltan las dulzuras de una vida privada, y sólo por el encanto de la amistad y por la fidelidad de sus amigos puede ser consolado de pérdida tan grande.

* El placer de un rey que merece serlo, consiste en serlo menos algunas veces, en quitarse al salir del teatro el tonelete y los brodequines y en representar con una persona de confianza un papel más familiar.

* Nada hace más honor a un príncipe que la modestia de su favorito.

* El favorito no tiene séquito, compromisos ni relaciones; puede estar rodeado de parientes, pero no darse a ellos; está desligado de todo y como aislado.

* Yo no dudo de que un favorito, si tiene alguna energía y alguna elevación, se encuentre a menudo confundido y desconcertado ante las bajezas, las pequeñeces, la adulación, los cuidados superfluos y las atenciones frívolas de quienes le siguen y se pegan a él como

(9) Leyendo este párrafo, no se puede dejar de recordar el dicho de un célebre diplomático de este siglo (XIX): *La palabra ha sido dada al hombre para disfrazar su pensamiento.*

sus viles criaturas, y que procure resarcirse en la vida privada de una esclavitud tan grande, con risas y burlas.

* Hombres que desempeñáis cargos, ministros, favoritos, permitidme que os lo diga: no descanséis en vuestros descendientes en lo que se refiere al cuidado de vuestra memoria o vuestro nombre; los títulos pasan, el favor se desvanece, las dignidades se pierden, las riquezas se disipan y el mérito degenera. Es verdad que tenéis hijos, dignos de vos, y aun añadiré que capaces de sostener toda vuestra fortuna. Pero, ¿qué podéis prometeros respecto de vuestros nietos? Si no me creéis, mirad por una sola vez a ciertos hombres a los que jamás miráis, a los que desdeñáis: han tenido abuelos, a los que, por mucha que sea vuestra grandeza, no hacéis más que suceder. Tened virtud y humanidad, y si me decís: ¿qué más tendremos?, os responderé. Humanidad y virtud. Dueños entonces del porvenir, e independientes de la posteridad, estáis seguros de durar tanto como la monarquía; y en los tiempos futuros, cuando se enseñen las ruinas de vuestros castillos y tal vez únicamente el lugar donde se alzaban, el recuerdo de vuestras acciones loables estará fresco todavía en la memoria de los pueblos; contemplarán ávidamente vuestros retratos y vuestras medallas y dirán: Este hombre (10) cuya pintura veis habló a su señor con entereza y con libertad y tuvo más temor de perjudicarle que de desagradarle; le permitió ser bueno y benefactor, y decir de sus ciudades: *mi buena ciudad*, y de su pueblo, *mi pueblo*. Este otro (11) cuya imagen veis, en el que se nota una fisonomía recia, juntamente con un aspecto grave, austero y majestuoso, aumenta su reputación de año en año y ni los más grandes políticos pueden serle comparados. Su gran designio fué robustecer la autoridad del príncipe y la seguridad de los pueblos por la humillación de los grandes: ni los partidos, ni las conjuraciones, ni las traiciones, ni el peligro de muerte, ni sus enfermedades pudieron apartarle de su camino. Tuvo tiempo, por lo demás, para dar principio a una obra continuada después y acabada por uno de nuestros más grandes y mejores príncipes: la extinción de la herejía (12).

* El cuadro más destacado y más especioso, que en todos los tiempos ha sido expuesto a la vista de los grandes por sus gentes de

(10) Jorge d'Amboise, nacido en 1460; muerto en 1510. Obispo de Montaubán a la edad de catorce años, arzobispo de Narbona y en seguida de Rouen, primer ministro de Luis XII, se hizo digno, por las sabias reformas que introdujo en la administración, del nombre de *Padre del pueblo*, que igualmente fué dado a Luis XII. Los elogios que aquí le tributa La Bruyère son del todo merecidos.

(11) Richelieu.

(12) Aquí La Bruyère se equivoca situando en la misma línea la lucha de Luis XIV y de Richelieu contra el protestantismo. Los motivos que hicieron proceder a Richelieu, eran, ante todo, políticos. La asamblea de los protestantes, convocada en La Rochela en 1621, había proclamado una declaración de independencia y dividido Francia en varios gobiernos militares; hubo lugar a tomar las armas. Richelieu comprendió que dejando que el protestantismo se desarrollara, Francia se iría derecho a una federación semejante a la de Alemania. Tomó las armas para salvar la unidad del país, porque él veía como un axioma de salud pública ese precepto absoluto: *una ley, un rey, una fe*. Cuando hubo aplastado al protestantismo como partido político, terminó la lucha en 1629 por el tratado de Alais, y quedó en vigor el edicto de Nantes. Luis XIV, al contrario, persiguiendo a los protestantes obedecía sólo a ciegos escrúpulos y ni siquiera tuvo la excusa de haber sido provocado, pues los protestantes eran para él súbditos fieles y sumisos. La revocación del edicto de Nantes fué el gran desastre de su reinado.

negocios y a los reyes por sus ministros, es la lección que se les da de acomodarse y enriquecerse. Excelente consejo, máxima útil, fructuosa, una mina de oro, ¡un Perú, por lo menos, para los que, hasta el presente, han sabido inspirárselo a sus señores!

* Es una gran felicidad para los pueblos el que el príncipe admita en su confianza y escoja para su ministerio a los mismos que esos pueblos habrían escogido, si hubiesen podido ser dueños de hacerlo.

* La ciencia de los detalles, o una diligente atención a las menores necesidades de la república, es una parte esencial del buen gobierno, demasiado descuidada en verdad, en los últimos tiempos, por los reyes o por los ministros, pero que nunca será demasiado deseada por el monarca que la ignora, ni suficientemente estimada por el que la posee. ¿Para qué sirve, en efecto, en cuanto al bien de los pueblos y a la felicidad de sus días, que el príncipe coloque los límites de su imperio más allá de las tierras de sus enemigos; que de las soberanías de éstos haga él provincias de su reino; que les sea superior en los sitios y en las batallas y que ni las plazas más fuertes se encuentren seguras ante él; que las naciones constituyan ligas para defenderse de él y para detenerle; que lo hagan en vano; que siempre esté en marcha y que siempre triunfe; que las últimas esperanzas de ellos caigan por el reafirmamiento de una salud que dará al monarca el placer de ver a los príncipes, sus nietos, sostener o acrecer sus destinos, ponerse en campaña, apoderarse de temibles fortalezas y conquistar nuevos Estados; mandar viejos y experimentados capitanes, no tanto por su categoría y su abolengo, como por su genio y su prudencia; seguir las huellas augustas de su padre victorioso, imitar su bondad, su docilidad, su equidad, su vigilancia, su intrepidez? ¿De qué me serviría, en una palabra, como a todo el pueblo, que el príncipe fuese dichoso y colmado de gloria por sí mismo y por los suyos, que mi patria fuese poderosa y formidable, si yo, triste e inquieto, viviese en ella oprimido y en la indigencia; si, a cubierto de los peligros exteriores, me encontrase expuesto en las plazas y en las calles de una ciudad al hierro de un malhechor, y que temiese menos ser robado y asesinado en el horror de la noche en los espesos bosques que en sus encrucijadas; si la seguridad, el orden y la decencia, no hiciesen deliciosa la vida en las ciudades y si no existiese, juntamente con la abundancia, el encanto de la sociedad; si, débil y solo, tuviese que sufrir en mi granja la vecindad de un grande, contra cuyas injusticias no pudiese defenderme; si no tuviese a mi disposición maestros excelentes para instruir a mis hijos en las ciencias y en las artes, lo que habría de darles un día su propio bienestar; si, por la soltura del comercio, no me fuese permitido vestirme con buenos paños y alimentarme con viandas sanas adquiridas a bajo precio; si, en fin, por los cuidados del príncipe, no estaba bastante contento de mi fortuna, como él, por sus virtudes, debía estarlo de la suya (13)?

(13) Este artículo contiene, como se ve, un elogio indirecto de Luis XIV. La Bruyère, para hacer aceptar lo atrevido de ciertas críticas, usa la misma táctica que Molière y Boileau. Coloca la verdad bajo la salvaguardia de los cumplimientos que dirige al rey.

* Los ocho o los diez mil hombres son para el soberano como una moneda con la que compra una plaza o una victoria: si hace que le cueste menos, si ahorra los hombres, se parece al que sabe comerciar y conoce mejor que los demás el precio del dinero.

* Todo prospera en una monarquía en la que se confunden los intereses del Estado con los del príncipe.

* Llamar a un rey PADRE DEL PUEBLO, no es elogiarle tanto como llamarle por su nombre, o hacer su definición.

* Hay un comercio y una reciprocidad de deberes entre el soberano y sus súbditos y entre éstos y el soberano. ¿Cuáles son los más avasalladores y penosos? Yo no lo decidiré; se trata de juzgar, de un lado, entre los estrechos compromisos del respeto, de los auxilios, de los servicios, de la obediencia, de la dependencia, y de otro, las obligaciones indispensables de bondad, de justicia, de cuidados, de defensa, de protección. Decir que un príncipe es árbitro de la vida de los hombres, es decir solamente que los hombres, por sus crímenes, quedan naturalmente sometidos a las leyes y a la justicia, de las que el príncipe es el depositario; añadir que es el dueño absoluto de todos los bienes de sus súbditos, sin miramientos, sin cuenta ni discusión, es el lenguaje de la adulación, es la opinión de un favorito, que se arrepentirá en la agonía.

* Cuando veáis alguna vez un numeroso rebaño, que extendido en una colina hacia el atardecer de un hermoso día, pace tranquilamente el tomillo y el espliego, o que come en una pradera una hierba menuda y tierna que ha escapado a la guadaña del segador, el pastor cuidadoso y atento está de pie junto a sus ovejas; no las pierde de vista, las sigue, las conduce y las cambia de pastos: si se les dispersan las reúne; si aparece un lobo ávido, le echa su perro, que le hace huir; las alimenta y las defiende; la aurora le encuentra ya en pleno campo, del que no se retira más que con el sol. ¡Qué cuidados!, ¡qué vigilancia!, ¡qué esclavitud! ¿Qué condición os parece más deliciosa y más libre, la del pastor o la del rebaño? Imagen ingenua de los pueblos y del príncipe que los gobierna si es buen príncipe.

* El fausto y el lujo en un soberano, es el pastor vestido de oro y de pedrerías y con el cayado de oro en sus manos; su perro tiene un collar de oro y está atado con una traílla de oro y de seda. ¿Para qué sirve tanto oro a su rebaño o contra los lobos?

* ¡Qué feliz es el cargo que proporciona en todos los instantes a un hombre la ocasión de hacer bien a tantos miles de hombres! ¡Qué peligroso es el puesto que expone en todos los momentos a un hombre a perjudicar a un millón de hombres!

* Si los hombres no son capaces en la tierra de una alegría más natural, más halagadora y más sensible que la de conocer que son amados, y si los reyes son hombres, ¿podrán jamás conquistar enteramente el corazón de sus pueblos?

* Hay pocas reglas generales y medidas ciertas para gobernar bien; se siguen los tiempos y las coyunturas y todo rueda sobre la prudencia y sobre los propósitos de los que reinan; así la obra maestra del talento es el gobierno perfecto, y ese gobierno perfecto tal vez no fuese posible, si los pueblos, por la costumbre que tienen

de la dependencia y de la sumisión, no realizasen la mitad de la obra.

* Bajo un gran rey, los que ocupan los primeros cargos sólo tienen deberes fáciles, que cumplen sin ningún trabajo; todo corre naturalmente por su cauce; la autoridad y el genio del príncipe aplanan los caminos, ahorran dificultades y hacen prosperar todo más allá de lo esperado; tienen el mérito de subalternos.

* Si es demasiado tener a su cargo una sola familia y si es bastante tener que responder de sí solo, ¿qué peso tan grande tiene que ser el de todo un reino? Un soberano ¿está bien pagado de su trabajo por el placer que parece darle un poderío absoluto, por todas las prosternaciones de los cortesanos? Yo pienso en los penosos, dudosos y peligrosos caminos que han de seguirse algunas veces para llegar a la tranquilidad pública; yo repaso los medios extremos más necesarios, de los que con frecuencia se usan para un buen fin; yo sé que el príncipe debe responder al mismo Dios de la felicidad de sus pueblos; que el bien y el mal está en sus manos y que toda ignorancia no le excusa; y me digo a mí mismo: ¿Querrías reinar? Un hombre un poco feliz dentro de su condición particular, ¿debería renunciar a ella por una monarquía? ¿No es mucho para el que tiene la monarquía por derecho hereditario soportar el haber nacido rey?

¡Cuántos dones del cielo no son necesarios para reinar bien! Un nacimiento augusto, un aspecto de imperio y de autoridad, un semblante que llene la curiosidad de los pueblos afanados por ver al príncipe y que conserve el respeto en el cortesano; una perfecta igualdad de humor; un gran desprecio por la burla picante, o bastante razón para no permitírsela; no hacer jamás amenazas ni reproches; no ceder jamás a la cólera y ser siempre obedecido; el ingenio fácil, insinuante; el corazón abierto, sincero, cuyo fondo se debe ver, y asimismo muy propio para hacerse amigos y aliados; ser secreto, profundo e impenetrable en sus proyectos; ser serio y grave en público; usar de gran brevedad unida a mucha precisión y dignidad, tanto en las contestaciones a los embajadores de los príncipes como en los consejos; una manera de hacer gracias que sea como un segundo beneficio; la elección de las personas a las que se beneficia; el discernimiento de los ingenios, de los talentos y las complexiones para la distribución de puestos y de empleos; la elección de generales y ministros; un juicio firme, sólido, decisivo en los asuntos, que revele que se conoce el partido mejor y más justo; un espíritu de rectitud y de equidad que le lleve en ocasiones hasta a pronunciarse contra sí mismo en favor del pueblo, de los aliados, de los enemigos; una memoria feliz, que recuerde las necesidades de los súbditos, sus caras, sus nombres, sus deseos; una vasta capacidad, que se extienda no solamente a los negocios de fuera, al comercio, a las máximas de Estado, a las miras de la política, a la extensión de fronteras por la conquista de nuevas provincias, y a la seguridad de éstas por un gran número de fortalezas inaccesibles; pero que sepa también ceñirse a sus límites como a los detalles de todo un reino; que destierre de él el culto falso, sospechoso y enemigo de la soberanía, si se encuentra con él; que

proceda a la abolición de los usos crueles e impíos (14), si es que reinan; que reforme las leyes y las costumbres, si están llenas de abusos; que proporcione a las ciudades más seguridad por la renovación de una eficaz policía; más brillo y más majestad por edificios suntuosos; castigar severamente los vicios escandalosos; dar, por su autoridad y por su ejemplo, crédito a la piedad y a la virtud; proteger a la Iglesia, sus ministros, sus derechos, sus libertades; cuidar de sus pueblos como de sus hijos; estar siempre ocupado con el pensamiento de aliviarlos, de hacer leves los subsidios, en forma que se paguen sin empobrecer a las provincias; tener grandes aptitudes para la guerra; ser vigilante, aplicado, laborioso; tener ejércitos numerosos y mandarlos en persona; ser frío en el peligro, regir su vida tan sólo para el bien del Estado y amar a ese bien y a la gloria del mismo Estado más que a su propia vida; un poderío muy absoluto que no dé ocasión alguna a las intrigas y cábalas; que elimine esa distancia infinita que existe algunas veces entre los grandes y los pequeños, que los reúna y les haga plegarse a todos por igual; una extensión de conocimientos que haga que el príncipe lo vea todo por sus propios ojos, que proceda inmediatamente y de por sí, que sus generales no sean, aunque se hallen lejos de él, más que sus lugartenientes, y los ministros nada más que sus ministros; una profunda prudencia que sepa declarar la guerra y que sepa vencer y hacer buen uso de la victoria, que sepa hacer la paz, que sepa romperla, que sepa algunas veces, y según las diversas conveniencias, constreñir a sus enemigos a recibirla; que dicte reglas a una vasta ambición y sepa hasta dónde se deba conquistar; en medio de enemigos encubiertos o declarados, procurarse el recreo de los juegos, de las fiestas, de los espectáculos, cultivar las artes y las ciencias, formar y ejecutar proyectos de edificios sorprendentes; un genio, en fin, superior y poderoso que se haga amar y reverenciar por los suyos, temer por los extranjeros; que haga de una corte y también de todo un reino como una sola familia, unida perfectamente bajo un mismo jefe, y cuya unión y buena inteligencia sea temible para el resto del mundo. Esas admirables virtudes me parecen encerradas en la idea del soberano. Es verdad que resulta raro verlas reunidas en un mismo individuo; es preciso que concurran a la vez demasiadas cosas: el talento, el corazón, el aspecto, el temperamento; y me parece que un monarca que las reúna todas en su persona es bien digno del nombre de GRANDE.

(14) El duelo.

DEL HOMBRE

No nos encolericemos contra los hombres, al ver su dureza, su ingratitud, su injusticia, su orgullo, su amor propio, su olvido de los demás, pues están hechos así y es ésa su naturaleza; eso equivaldría a no poder soportar que la piedra caiga o que el fuego se eleve.

Los hombres, en un sentido, no son ligeros o no lo son más que en las pequeñas cosas; cambian sus hábitos, su lenguaje, sus apariencias, su bienestar; algunas veces cambian de gusto; conservan sus costumbres siempre malas; firmes y constantes en el mal o en la indiferencia por la virtud.

* El estoicismo es un juego de espíritu y una idea semejante a la república de Platón. Los estoicos fingen que pueden reír en la pobreza, ser insensibles a las injurias, a la ingratitud, a las pérdidas de bienes lo mismo que a la de parientes y amigos; mirar fríamente a la muerte, como si fuese una cosa indiferente que no debería alegrarnos ni ponernos tristes; no ser vencidos ni por el placer ni por el dolor; sentir el hierro o el fuego en cualquier parte del cuerpo sin exhalar el menor suspiro ni derramar una sola lágrima; y a ese fantasma de virtud y de constancia así imaginado han tenido a bien llamarlo un prudente. Han dejado al hombre todos los defectos que habían encontrado y casi no han suprimido ninguna de sus debilidades. En lugar de hacer de sus vicios pinturas horribles que sirviesen para corregirle de ellos, le han trazado la idea de una perfección y de un egoísmo de que no es capaz y le han exhortado a lo imposible. Así, el sabio que no lo es, o que lo es sólo de una manera imaginaria, se encuentra naturalmente y por sí mismo por encima de todos los acontecimientos y de todos los males. Ni la gota más dolorosa ni el cólico más agudo, podrían arrancarle una queja; el cielo y la tierra pueden rodar sin que le arrastren en su caída, y él vivirá firme sobre las ruinas del universo; mientras que el hombre que se deja arrastrar por sus sentidos, grita, se desespera, cierra los ojos y pierde la respiración por un perro perdido o por una porcelana que se le ha roto.

* Inquietud de espíritu, desigualdad de humor, inconstancia de corazón, incertidumbre de conducta, todos vicios del alma, pero diferentes, y que con toda la relación que parece existir entre ellos, no se suponen siempre el uno al otro en un mismo sujeto.

* Es difícil decidir si la irresolución vuelve al hombre más despreciable que desgraciado; lo mismo si es siempre más inconveniente tomar un mal partido que no tomar ninguno.

* Un hombre desigual no es un solo hombre sino varios; se mul-

tiplica tantas veces como son sus gustos y maneras diferentes; es a cada momento lo que no era, va a ser pronto lo que jamás ha sido; se sucede a sí mismo. No preguntéis de qué complexión es, sino cuáles son sus complexiones, ni de qué humor, sino cuántas clases de humores tiene. No os engañaréis si abordáis a *Eutícrates*. Hoy es hielo para vos y ayer os buscaba, os acariciaba y daba celos a sus amigos. ¿Os habrá reconocido? Decidle vuestro nombre.

Menalco (1) baja la escalera de su casa, abre la puerta para salir y la vuelve a cerrar; se percata de que lleva un gorro de dormir, y examinándose mejor, encuentra que sólo está medio afeitado; ve que tiene puesta la espada en el costado derecho, que las medias están recogidas sobre los talones, que su camisa está por encima de sus calzones. Si camina por las plazas, siente un súbito golpe en el estómago y un desvanecimiento; no supone lo que puede ser hasta que abriendo los ojos y como despertando se encuentra delante de la lanza de un carro o detrás de un largo tablón que lleva a cuestas un obrero. Una vez se le vió chocar con su frente contra la de un ciego, enredarse en sus piernas y caer con él, cada uno de su lado, hacia atrás. Varias veces le ha ocurrido encontrarse con un príncipe a su paso, reconocerle apenas y tener justamente el tiempo de echarse contra la pared para dejar el sitio. Busca, revuelve, grita, se enardece, llama a sus criados uno tras otro; *le pierden todo, le extravían todo;* pide los guantes que tiene en las manos, como aquella mujer que pedía la careta cuando la tenía en la cara. Entra a una sala y pasa bajo una araña en la que se le enreda la peluca (2) y queda colgada; todos los cortesanos miran y rien; Menalco mira también y ríe más fuerte que los demás; busca con los ojos en toda la asamblea quién es aquel que enseña las orejas o al que le falta la peluca. Si va por la ciudad, después de haber hecho algún camino, se cree extraviado, se altera y pregunta dónde está a los transeúntes, que le dicen precisamente el nombre de su calle; entra después en su casa, de donde sale precipitadamente, creyendo que se ha equivocado. Baja del palacio y encontrando junto a la escalinata una carroza, que toma por la suya, se mete dentro; el cochero echa a andar los caballos creyendo llevar a su amo a casa. Menalco sale de la carroza, atraviesa el patio, sube la escalera, recorre la antecámara, la cámara, el despacho; todo le es familiar y nada le es nuevo; se sienta, descansa, está en su casa. Llega el dueño; él se levanta para recibirle; le trata con mucha cortesía y le pide que se siente, pues cree que está haciendo los honores de su casa; habla, sueña, vuelve a tomar la palabra; el dueño de la casa está fastidiado y asombrado. Menalco no lo está menos y no dice lo que piensa; se trata por lo visto de un hombre fastidioso o de un

(1) Este es menos un «carácter» particular que una compilación de actos de distraído. No sería excesivo su número si resultaran agradables, mas habiendo diferencia en los gustos, hay donde elegir. *(Nota de La Bruyère.)* — Menalco no es otro que el conde de Brancás, «célebre — dice Saint-Simón — por las prodigiosas distracciones que La Bruyère ha inmortalizado en sus Caracteres». Ménage y madama de Sévigné hablan en igual sentido.

(2) Esta aventura le ocurrió al conde de Brancás ante la reina, de la que era caballero de honor.

hombre ocioso que al fin se retirará; así lo espera y toma paciencia. Cuando la noche llega, sale de su equivocación. Otra vez, hace una visita a una mujer y persuadido bien pronto de que es él quien la recibe, se sienta en su butaca y no piensa de ninguna manera en abandonarla; encuentra después que esa dama hace larga su visita y espera a cada momento que se levante y le deje en libertad; pero como la visita se prolonga, tiene ganas de comer y la noche está ya avanzada, le pide que se quede a cenar; ella ríe tan alto que lo despierta. Menalco se casa por la mañana, lo olvida a la tarde y duerme fuera la noche de sus bodas (3); algunos años después pierde a su mujer, que muere entre sus brazos; él asiste a sus funerales y al día siguiente, cuando le dicen que la comida está lista, pregunta si su mujer está preparada y si ya la han avisado.

Este mismo señor entra en una iglesia y tomando al ciego que pide en la puerta por un pilar y su taza por la pila de agua bendita, mete la mano y la lleva a su frente, cuando oye de repente al pilar que habla y le ofrece oraciones. Avanza por la nave de la iglesia; cree ver un reclinatorio y se echa pesadamente sobre él; el reclinatorio se pliega, se hunde y hace esfuerzos para gritar. Menalco queda sorprendido al verse de rodillas sobre las piernas de un hombre muy pequeño, tendido de espaldas, con los brazos sobre sus hombros y las manos juntas y extendidas agarrándole la nariz y cerrándole la boca. Se retira confuso y va a arrodillarse n otra parte; saca un libro, para hacer su oración, y es una zapatilla que ha tomado por el libro de horas y ha metido en el bolsillo, antes de salir. Apenas sale de la iglesia, cuando un hombre de librea corre hacia él y le pregunta riéndose si no tiene la pantufla de monseñor. Menalco le enseña la suya y le dice: *he aquí todas las pantuflas que yo tengo;* se registra no obstante y saca la del obispo de... a quien acababa de visitar y encontró indispuesto junto al fuego; al despedirse, había recogido la zapatilla creyendo que era uno de los guantes que estaba en el suelo; así Menalco vuelve a su casa con una pantufla de menos. Una vez perdió en el juego todo el dinero que tenía en su bolsa, y queriendo continuar la partida, entra en su gabinete, abre un armario, de donde toma un cofrecito; saca de él lo que le parece y cree volverlo a dejar donde lo han encontrado; oye ladrar en el armario que acaba de cerrar; asombrado ante aquel prodigio, abre otra vez y suelta la carcajada al ver a su perro que ha encerrado creyendo que era el cofrecito. Juega al chaquete, pide de beber y le sirven; le toca jugar a él y tiene el cubilete en una mano y el vaso de agua en la otra e inunda a su contrario en el juego. En una habitación donde es familiar, escupe sobre la cama y echa su sombrero al suelo, creyendo hacer todo lo contrario. Se pasea junto al río y pregunta qué hora es. Le presentan un reloj y apenas lo recibe cuando, sin acordarse ya de la hora ni del reloj, lo echa al río como una cosa que le estorba. Escribe una larga carta, espolvorea varias veces el escrito con arenilla, y echa cada vez la arenilla en

(3) Esto podrá parecer exagerado, pero ha habido en nuestro tiempo ejemplos de hechos análogos. Un ilustre sabio, muerto hace algunos años y conocido por sus distracciones, olvidó su nombre en el momento de firmar su contrato de matrimonio.

el tintero. Eso no es todo: escribe una segunda carta y después de haber cerrado las dos se equivoca en la dirección. Un duque y par recibe una de esas dos cartas y, al abrirla, lee lo siguiente: *Maese Oliverio, no dejéis, en cuanto recibáis la presente, de enviarme mi provisión de heno...* Su granjero recibe la otra, se la hace leer y se encuentra con lo siguiente: *Monseñor, he recibido, con ciega sumisión, las órdenes que Vuestra Grandeza...* El mismo escribe una carta durante la noche y después de haberla cerrado apaga la vela; no deja de sorprenderse al no ver nada y apenas puede darse cuenta de cómo ha ocurrido aquello. Menalco baja la escalera del Louvre, y a uno que sube le dice: *Precisamente os buscaba.* Le toma de la mano, le hace bajar con él, atraviesa varios patios, entra en las salas, sale de ellas; va y viene sobre sus pasos. Mira por fin al que arrastra después de un cuarto de hora y se queda asombrado al ver a una persona a la que nada tiene que decir; suelta su mano y vuelve hacia otro lado. Con frecuencia os interroga y ya está muy lejos cuando pensáis en contestarle. Otras veces os pregunta corriendo cómo se encuentra vuestro padre y después que le habéis dicho que está muy mal, os contesta que se alegra mucho. Otra vez os encuentra en el camino; *está encantado de encontraros; sale de vuestra casa para hablaros de cierta cosa.* Contempla vuestra mano: *tenéis ahí,* dice, *un hermoso rubí; ¿es un balaj?* os deja y continúa su marcha: he ahí el asunto importante de que tenía que hablaros. Se encuentra en el campo y dice a alguien que lo ve dichoso de haber podido dejar la corte durante el otoño y de haber pasado en sus tierras toda la temporada de Fontainebleau; habla con otros de otras cosas y después, volviendo a aquél: Habéis tenido, le dice, hermosos días en Fontainebleau; sin duda habéis cazado mucho. En seguida comienza un cuento que se olvida de acabar; se ríe él mismo de algo que le pasa por la imaginación y respondiendo a su pensamiento, canta entre dientes, silba, se echa hacia atrás sobre una silla, lanza un grito quejumbroso, bosteza, se cree solo. Si se encuentra en una comida se ve como el pan se multiplica insensiblemente en el lugar que ocupa; es cierto que sus vecinos carecen de él, así como también de cuchillos y de tenedores, de los que no les deja gozar largo tiempo. Se ha puesto en uso en las mesas una gran cuchara para la comodidad del servicio; él la toma, la mete en el plato, la lleva a la boca y no sale de su asombro al ver extendida sobre el mantel y sobre su ropa la sopa que acaba de tragar. Se olvida de beber durante toda la comida o si se acuerda y le parece que le han dado demasiado vino, lanza con violencia más de la mitad a la cara del que está a su derecha; bebe el resto tranquilamente y no comprende por qué todo el mundo suelta la carcajada al ver que ha echado al suelo lo que le han servido de más. Un día guarda cama por alguna indisposición, le visitan; hay en su derredor un círculo de hombres y de mujeres que conversan con él y en su presencia levanta la ropa de la cama y escupe en las sábanas. Lo llevan a la Cartuja, le van a enseñar un claustro adornado de obras de un excelente pintor (4);

(4) Eustaquio Le Sueur, nacido en París en 1617, muerto en 1655: Los cuadros que aquí se citan, están ahora en el Louvre.

el religioso que le explica habla de San Bruno, del canónigo y de su aventura (5), hace de ello una larga historia y la enseña en uno de los cuadros. Menalco, que durante la narración está ausente del claustro, bien lejos por cierto, vuelve al fin y pregunta al padre si es el canónigo o San Bruno el que está condenado. Se encuentra por casualidad con una joven linda; le habla de su difunto marido y le pregunta cómo murió. Esta mujer, cuyos dolores renueva aquel discurso, llora, gime y cuenta todos los detalles de la enfermedad de su esposo desde el día que cayó enfermo hasta la agonía. Señora, le pregunta Menalco, que en apariencia la había escuchado con atención. ¿No teníais más que ése? Una mañana hace que se den prisa en la cocina, y antes de los postres se despide de los comensales. Se le ve ese día en todos los lugares de la ciudad excepto en aquel donde ha dado la cita precisa para el asunto que le ha impedido comer y le ha hecho salir a pie por temor de que su coche le hiciese esperar. Le oís gritar, refunfuñar, contra uno de sus domésticos, está extrañado de no verle, ¿dónde puede estar?, dice, ¿qué hace? que no se presente ante mí, porque lo echo de casa. Llega el criado y le pregunta de dónde viene; el criado contesta que viene del sitio adonde lo ha enviado y le da cuenta fiel de su comisión. Le tomaríais con frecuencia por todo lo que no es: por un estúpido, pues no escucha nada y habla todavía menos; por un loco, porque además de hablar solo, está sujeto a ciertos gestos y movimientos de cabeza involuntarios; por un hombre fiero e incivil, porque le saludáis y pasa sin mirar u os mira sin devolveros el saludo; por un desconsiderado, porque habla de bancarrota en medio de una familia que tiene esa tacha; de ejecución y de cadalso delante de un hombre cuyo padre subió a él; de la plebe delante de plebeyos enriquecidos que se las dan de nobles. De la misma manera, tiene la intención de criar junto a sí a un hijo natural, bajo el nombre y calidad de un criado, y aunque trata de ocultarlo a su mujer y a sus hijos, se le escapa llamarle hijo diez veces al día. Ha tomado también la resolución de casar a su hijo con la hija de un hombre de negocios y no deja de decirle de tiempo en tiempo, al hablar de su casa y de sus antepasados, que los Menalcos no se han casado nunca con gentes que no sean nobles. En fin, no está presente ni atento en una compañía en lo que es motivo de la conversación; piensa y habla a la vez; pero la cosa de la que habla es raramente aquella en la que piensa. Casi nunca habla con consecuencia; y cuando dice *no*, era que

(5) He aquí el hecho al cual hace alusión La Bruyère: — La tradición inmemorial de la orden de los Cartujos refiere que lo que determinó a San Bruno a abrazar la vida solitaria, fué lo acontecido en París, en el entierro de un sacerdote llamado Raymundo, teólogo famoso, que había pasado toda la vida por un excelente hombre de bien. Cuando le cantaban, de cuerpo presente, las vísperas de difuntos, al llegar a la parte que dice: *responde mihi*, levantó la cabeza y exclamó con una espantable voz: *Estoy acusado por un justo juicio de Dios.* El sepelio fué diferido para el día siguiente, y entonces, en el mismo punto del oficio, redobló su voz y gritó: *Estoy juzgado por un justo juicio de Dios.* Finalmente, al tercer día, pues también se postergó el entierro, pronunció en presencia de la gran multitud que tan trágico suceso había atraído a la iglesia: *Estoy condenado por un justo juicio de Dios.* Bruno estaba presente en ese espectáculo y percibió con sus oídos la voz terrible de ese pecador acusado, juzgado y condenado, lo que le decidió a abrazar la vida solitaria. (*Vida de los Santos*, por el PADRE GIRY, 6 de octubre.)

tenía que decir *sí*, y cuando dice *sí* creía que había dicho *no*. Tiene, cuando os contesta, los ojos muy abiertos pero no se sirve de ellos; no os mira ni tampoco mira a ningún otro; todo lo que podéis sacar de él, aún en el tiempo en que razona mejor, son estas palabras: *Sí, verdaderamente. Es verdad. Yo pienso que sí, Seguramente. ¡Ah! ¡Cielos!*, y algunos otros vocablos que tampoco coloca con oportunidad. Siempre que está con uno, se cree que está con otro; llama con seriedad, *señor* a su lacayo, y a su amigo le llama *La Verdure*. Dice *Vuestra Reverencia* a un príncipe de la sangre y *Vuestra Alteza* a un jesuíta. Si cuando oye la misa, el sacerdote llega a estornudar, le dice: *¡Dios os asista!* Se encuentra con un magistrado; un hombre grave por su carácter, venerable por sus años y por su dignidad, Menalco le responde: *Sí, señorita*. Vuelve una vez del campo; sus lacayos de librea se proponen robarle y lo logran; desciende de la carroza, le apuntan un cabo de antorcha a la garganta, le piden la bolsa, y la entrega. Una vez en su casa, cuenta la aventura a sus amigos, que no dejan de interrogarle sobre las circunstancias y les dice: *Preguntad a mis gentes; estaban allí*.

* La incivilidad no es un vicio del alma; es el efecto de varios vicios: de la tonta vanidad, de la ignorancia de sus deberes, de la pereza, de la estupidez, de la distracción, del desprecio de los demás, de los celos. Aunque no se refleja en el aspecto, no es por ello menos detestable, pues es siempre un defecto visible y manifiesto; es verdad, sin embargo, que ofende menos o más según la causa que la produce.

* Decir de un hombre colérico, desigual, reñidor, puntilloso, caprichoso: es su carácter, no es excusarle, como se cree, sino confesar, sin pensar en ello, que tan grandes defectos son irremediables.

* Lo que se llama humor es una cosa muy descuidada entre los hombres; deberían comprender que no les basta ser buenos, sino que deben también parecer tales, por lo menos si tienden a ser sociables, capaces de unión y de comercio, es decir, si tienden a ser hombres. No se exige de las almas malignas que tengan dulzura y flexibilidad, pues no les falta jamás y les sirve de cepo para sorprender a los sencillos y para hacer valer sus artificios: se desearía de los que tienen buen corazón que fuesen siempre dóciles, fáciles, complacientes y que fuese menos verdad algunas veces que son los malos los que perjudican y los buenos los que hacen sufrir.

* La generalidad de los hombres va de la cólera a la injuria; algunos proceden de otra manera: ofenden y después se enojan. La sorpresa que produce siempre ese procedimiento no da lugar al resentimiento.

* Los hombres no se preocupan bastante de no perder las ocasiones de agradar; parece que no se entra en un empleo más que para poder obligar y no hacer nada para agradar: lo instintivo es rehusar, y no se concede más que por reflexión.

* Sabed precisamente lo que podéis esperar de los hombres en general y de cada uno de ellos en particular y lanzaos en seguida al trato del mundo.

* Si la pobreza es la madre de los crímenes, la falta de talento es el padre.

* Es difícil que un hombre truhán tenga bastante talento: un

genio que es recto y penetrante conduce por fin a la regla, a la probidad, a la virtud. Falta el sentido de la penetración al que se obstina en lo malo y en lo falso: se trata en vano de corregirle por rasgos de sátira que le dan a conocer y en los que él mismo no se reconoce; son injurias dichas a un sordo. Sería deseable, para placer de las gentes honradas y por la vindicta pública, que un pillo no lo fuese hasta el punto de estar privado de todo sentimiento.

* Hay vicios que nosotros no se los debemos a nadie, que aportamos al nacer y que fortificamos por la costumbre; hay otros que se contraen y que nos son extraños. Se nace algunas veces con costumbres fáciles, complacientes y deseos de agradar; pero por los tratos que se reciben de aquellos con quienes se vive o de quienes se depende, se sale pronto fuera de la medida y hasta del propio natural; se tienen penas y una bilis que no se conocían, se cree uno de otra complexión y queda por fin asombrado de encontrarse duro y espinoso.

* Se pregunta por qué todos los hombres juntos no componen una sola nación y no han querido hablar una misma lengua, vivir bajo las mismas leyes, convenir entre ellos los mismos usos y el mismo culto; y yo, pensando en la diversidad de espíritus, de gustos y de sentimientos, me asombro de ver a seis u ocho personas juntarse bajo un mismo techo, en un mismo recinto y componer una misma familia.

* Hay padres tan extraños, que parecen dedicar toda su vida a preparar a sus hijos las razones de consolarse de su muerte.

* Todo es extraño en el carácter, las costumbres y las maneras de la mayor parte de los hombres: éste, durante toda su existencia, ha vivido apenado, incomodado, avaro, trepador, sometido, laborioso, interesado, aunque había nacido alegre, apacible, perezoso, magnífico, de notable valor y alejado de toda bajeza; las exigencias de la vida, la situación en que se encuentra, la ley de la necesidad, fuerzan la naturaleza y producen en ella grandes cambios. Así, tal hombre en el fondo y en sí mismo no se puede definir: demasiadas cosas que están fuera de él le alteran, le cambian, le trastornan y no es precisamente lo que es o aquello que parece ser.

* La vida es corta y enojosa; se pasa toda ella deseando; se dejan para el porvenir el descanso y las alegrías, para esa edad en que frecuentemente han desaparecido los mejores bienes que son la juventud y la salud. Llega ese tiempo, que nos sorprende todavía en los deseos, y es entonces cuando la fiebre nos atrapa y nos extingue; de haber curado, hubiese sido nada más que para seguir deseando.

* Cuando se desea, se rinde a discreción ante aquel de quien se espera; si se está seguro de obtener, se contemporiza, se parlamenta, se capitula.

* Es tan corriente en el hombre no ser dichoso y es tan esencial de todo lo que constituye un bienestar el tener que comprarlo con mil trabajos, que un negocio que se realiza con facilidad se convierte en sospechoso. Se comprende apenas, o que aquello que cuesta tan poco pueda sernos muy ventajoso o que con medidas justas se deba llegar fácilmente al fin que se propone. Se cree merecer el buen éxito, pero no deber contar con él sino muy raramente.

* El hombre que dice que no ha nacido feliz podría por lo menos

llegar a serlo por la felicidad de sus amigos o de sus parientes. La envidia le arrebata ese último recurso.

* De cualquier cosa que yo haya podido decir en otro lugar, puede ser que los afligidos estén equivocados; los hombres parecen haber nacido para el infortunio, el dolor y la pobreza; pocos escapan de ellos, y como toda desgracia puede llegarles, deberían estar preparados para toda desgracia.

* Los hombres tienen tanto trabajo para entenderse en los asuntos, son tan espinosos en los menores intereses, tan erizados de dificultades, quieren tanto engañar y tan poco ser engañados, ponen tan alto lo que les pertenece y tan bajo lo que pertenece a los demás, que confieso no saber cómo se pueden llevar a cabo los matrimonios, los contratos, las adquisiciones, la paz, la tregua, los tratados, las alianzas.

* En algunos la arrogancia ocupa el lugar de la franqueza, la inhumanidad el de la firmeza, y la truhanería el del talento.

Los canallas creen con facilidad que los demás lo son; apenas pueden ser engañados y no engañan largo tiempo.

Yo me redimiría muy gustoso de ser canalla, con ser estúpido y pasar por tal.

Nunca se engaña en el bien; la bellaquería añade la malicia a la mentira.

* Si hubiera menos cándidos, habría menos de esos que se llaman hombres finos y entendidos y de esos que tienen tanta vanidad por haber sabido durante el curso de su vida engañar a los demás. ¿Cómo queréis que *Erófilo*, a quien la falta de palabra, los malos oficios, la picardía, lejos de daño, le han atraído gracias y beneficios de aquellos mismos a los que ha dejado de servir o ha disgustado, no presuma infinitamente de sí y de su industria?

* Sólo se oye en las plazas y en las calles de las grandes ciudades, de boca de los que pasan, las palabras *notificación, embargo, interrogatorio, promesa* y *litigar contra su promesa*. ¿Es que no habrá en el mundo la más pequeña equidad? ¿Estará, por el contrario, lleno de gentes que piden fríamente lo que no les es debido o que rehusan netamente devolver lo que deben?

Pergaminos inventados para hacer recordar o para convencer a los hombres de su palabra: vergüenza de la humanidad.

Suprimid las pasiones, el interés, la injusticia, ¡qué calma en las más grandes ciudades! Las necesidades y la subsistencia no representan la tercera parte de aquellas preocupaciones.

* Nada induce tanto a un talento razonable a soportar con tranquilidad de los parientes o de los amigos las sinrazones que tienen con respecto a él, como la reflexión que hace sobre los vicios de la humanidad y lo penoso que es a los hombres mostrarse constantes, generosos, fieles, ser tocados por una amistad más fuerte que su interés. Como conoce sus inclinaciones, no exige de ellos que penetren en los cuerpos, que vuelen por los aires, que tengan equidad. Puede aborrecer a los hombres en general donde existe tan poca virtud: pero los excusa en particular y hasta los ama, por motivos más elevados, y se estudia por merecer de su parte lo menos que sea posible semejante indulgencia.

* Hay ciertos bienes que se desean con arrebato, y cuya sola idea

nos eleva y nos transporta. Si llegamos a obtenerlos, los apreciamos más tranquilamente de lo que hubiéramos pensado, y nos gusta que así sea porque aspiramos a otros más grandes.

* Hay males espantosos y horribles desgracias en las que no nos atrevemos a pensar y cuya sola contemplación nos hace temblar. Si se llega a caer en ellos, se encuentran recursos que no se conocían, se endereza uno contra el infortunio, y se procede mejor que lo que se pensaba.

* Basta a veces una linda casa que se hereda, un hermoso caballo o un bonito perro del que no se encuentra el amo, una tapicería, o un reloj, para endulzar un gran dolor y para hacer sentir menos una gran pérdida.

* Supongo que los hombres sean eternos en la tierra, y medito después sobre lo que podría hacerme conocer si tendrían entonces un mayor empeño en su colocación que el que tienen en el estado en que las cosas se encuentran.

* Si la vida es miserable, es penoso el soportarla; si es feliz, es horrible el perderla.

Irene se transporta a todo gasto a Epidauro, ve a Esculapio en el templo y le consulta sobre sus males. Previamente se queja de estar cansada, fatigada, y el dios le dice que aquello se debe al largo camino que acaba de hacer. Dice que está por la noche sin apetito; el oráculo le ordena cenar poco; añade que padece de insomnio y le prescribe no estar en la cama más que durante la noche; pregunta por qué se pone pesada y qué remedio hay para evitarlo; el oráculo le responde que tiene que levantarse antes del mediodía y algunas veces servirse de las piernas para andar; dice que el vino la perjudica; el oráculo le aconseja que lo beba con agua; que tiene indigestiones y el oráculo añade que haga dieta. Mi vista se debilita, dice Irene. Usad lentes, dice Esculapio. Yo misma me debilito, continúa ella, y no estoy tan fuerte ni tan sana como estaba. Es, dice el dios, que envejecéis. ¿Pero, qué medio hay para curarse de esta languidez? El más corto, Irene, es morir, como lo han hecho vuestra madre y vuestra abuela. ¡Hijo de Apolo!, exclama Irene, ¿qué consejo me dáis? ¿Esa es toda la ciencia que los hombres publican y que hace que os reverencien en toda la tierra?, ¿qué es lo que me enseñáis de raro y de misterioso? ¿Acaso no conocía yo todos esos remedios que me habéis enseñado? ¿Por qué no los habéis usado, pues, responde el dios, sin venir a buscarme desde tan lejos, y abreviar vuestros días con un viaje tan largo (6)?

* La muerte no llega más que una vez y se hace sentir en todos los momentos de la vida. ¿Será más duro aprehenderla que sufrirla?

* La inquietud, el temor, el abatimiento no alejan la muerte, por el contrario: yo sospecho solamente si la risa excesiva convendrá a los hombres que son mortales.

* Lo que hay de cierto en la muerte está un poco endulzado por lo que hay de incierto: es un indefinido en el tiempo que tiene algo de lo infinito y de lo que se llama eternidad.

(6) Se dice que un médico habló de esta manera a madama de Montespán, en las aguas de Borbón, a donde acudía a menudo por enfermedades imaginarias. (A. Destailleur.)

* Pensemos, que lo mismo que suspiramos al presente por la floreciente juventud que ya no existe y no volverá, seguirá la caducidad, que nos hará echar de menos la edad viril en la que nos encontramos ahora y que no estimamos lo suficiente.

* Se teme la vejez y no se está seguro de poder alcanzarla.

* Se espera envejecer y se teme la vejez. Es decir, se ama la vida y se huye de la muerte.

* Es más fácil ceder a la naturaleza y temer a la muerte, que hacer continuos esfuerzos, armarse de razones y de reflexiones y estar continuamente luchando consigo mismo para no temerla.

* Si unos hombres muriesen y los otros no, el morir sería una desoladora aflicción.

* Una larga enfermedad parece estar colocada entre la vida y la muerte a fin de que la misma muerte se convierta en un alivio para los que mueren y para los que se quedan.

* Hablando humanamente, la muerte tiene un lado bueno, que es poner fin a la vejez.

La muerte que previene la caducidad llega con más oportunidad que la que la termina.

* La pena que tienen los hombres por el mal empleo que han hecho del tiempo de su vida no les conduce siempre a hacer mejor uso del que les queda.

* La vida es un sueño. Los viejos son aquellos cuyo sueño ha sido más largo; no comienzan a despertarse más que cuando es preciso morir; si repasan entonces el curso de sus años, no encuentran frecuentemente ni virtudes loables que les distingan a los unos de los otros; confunden sus diferentes edades y no ven nada que pueda marcar suficientemente la medida del tiempo que han vivido. Han tenido un sueño confuso, informe e interrumpido, sienten no obstante, como los que despiertan, que han dormido largo tiempo.

No hay para el hombre más que tres acontecimientos, nacer, vivir y morir; no se siente nacer, se sufre cuando se muere y se olvida de vivir.

* Hay un tiempo en que la razón no existe todavía, en que no se vive más que por el instinto a la manera de los animales y del que no queda ningún vestigio. Hay un segundo tiempo en que la razón se desarrolla y en que, después de formada, podría obrar si no estuviese obscurecida y como apagada por los vicios de la complexión y por un encadenamiento de pasiones que se suceden las unas a las otras y conducen hasta la tercera y última edad. La razón, entonces en su fuerza, debería producir; pero está enfriada y frenada por los años, por la enfermedad y el dolor, desconcertada después por el desorden de la máquina que declina, y no obstante, esos tiempos son la vida del hombre.

* Los niños son altivos, desdeñosos, coléricos, envidiosos, curiosos, interesados, perezosos, volubles, tímidos, intemperantes, mentirosos, disimulados; ríen y lloran fácilmente; tienen alegrías inmoderadas y aflicciones amargas por objetos pequeños; no quieren sufrir el mal y les gusta hacerlo: son ya hombres.

* Los niños no tienen ni pasado ni porvenir, y, lo que a nosotros no nos ocurre con frecuencia, gozan del presente.

* El carácter de la infancia parece único; las costumbres en esa edad son bastante parecidas y sólo con una curiosa atención se averigua la diferencia; ésta aumenta con la razón, porque con ella crecen las pasiones y los vicios que hacen a los hombres tan distintos entre ellos y tan contrarios a ellos mismos.

* Los niños tienen en su alma la imaginación y la memoria, es decir lo que los ancianos no tienen y sacan de ellas un uso maravilloso para sus pequeños juegos y para todas sus diversiones. Gracias a ella repiten lo que han oído decir, contrahacen lo que han visto hacer, son de todos los oficios y se ocupan, en efecto, en mil pequeñas obras, imitando a los pequeños artesanos por el movimiento y por el gesto; se encuentran en un gran festín y se dan buena vida; se transportan a los palacios y a los lugares encantados; se imaginan un rico séquito y un gran cortejo, dirigen ejércitos, entablan batallas y gozan del placer de la victoria; hablan a los reyes y a los más grandes príncipes; ellos mismos son reyes, tienen súbditos, poseen tesoros que hacen de hojas de los árboles o de granos de arena, y, lo que ignoran en el resto de su vida, saben, en esa edad, ser los árbitros de su fortuna y los dueños de su propia felicidad.

* No hay ninguna clase de vicios exteriores ni de defectos del cuerpo que no sean percibidos por los niños; se dan cuenta de ellos a primera vista y saben expresarlos con palabras convenientes; no se pueden designar más felizmente. Al ser hombres, se encuentran afectados a su vez de todas las imperfecciones de que se han burlado.

El único cuidado de los niños es encontrar la parte débil de sus maestros (7), como de todos aquellos a los que están sometidos; en cuanto pueden se montan sobre ellos y toman un ascendiente que ya no pierden. Lo que nos hace perder por primera vez esa superioridad con respecto a ellos, es siempre lo que nos impide recobrarla.

* La pereza, la indolencia y la ociosidad, vicios tan naturales en los niños, desaparecen en sus juegos, en los que son vivos, aplicados, exactos, enamorados de las reglas y de la simetría, donde no se perdonan ninguna falta los unos a los otros y recomienzan ellos mismos muchas veces una sola cosa que han errado: presagios ciertos de que podrán un día descuidar sus deberes, pero no olvidarán nada relacionado con sus placeres.

* A los niños todo les parece grande, los patios, los jardines, los edificios, los muebles, los hombres, los animales: a los hombres las cosas del mundo les parecen así, y me atrevo a decir por la misma razón, que es porque son pequeños.

* Los niños comienzan entre ellos por el estado popular, cada uno es el amo y, como es natural, no se acomodan a él largo tiempo y pasan al monárquico. Algunos se distinguen, o por una mayor vivacidad, o por una mejor disposición del cuerpo, o por un conocimiento más exacto de los diferentes juegos y de las pequeñas leyes que los rigen; los otros les respetan y se forma entonces un gobierno absoluto que sólo rueda sobre el placer.

* ¿Quién duda que los niños no conciben, no juzgan y no razonan

(7) Uno de los primeros cuidados de los niños, es el descubrir la parte débil de quienes los gobiernan. (Rousseau.)

consecuentemente? Si es solamente sobre cosas pequeñas, es porque son niños y sin una larga experiencia; y si es en malos términos, no es tanto por su culpa, como por la de sus padres o maestros.

* Es perder toda la confianza en el talento de los niños y convertirse en inútil para ellos, castigarlos por faltas que no han cometido, o severamente por las faltas ligeras. Saben precisamente, y mejor que nadie, lo que merecen y no merecen más que lo que temen; conocen si se les castiga con razón o sin ella y no se echan a perder menos por las penas mal impuestas, que por la impunidad.

* No se vive bastante para aprovecharse de las propias faltas; se cometen durante todo el curso de la vida y todo lo que puede hacerse, a fuerza de faltar, es morir corregido.

No hay nada que resfresque la sangre como haber sabido evitar el hacer una tontería.

* El relato de las propias faltas es penoso: se las quiere disimular y cargar a otro, eso es lo que cede el paso al director sobre el confesor (8).

* Las faltas de los idiotas son algunas veces tan pesadas y tan difíciles de prever, que engañan a los sabios y sólo son útiles a los que las cometen.

* El espíritu de partido rebaja a los más grandes hombres hasta las pequeñeces del pueblo.

* Hacemos por vanidad o por bienestar las mismas cosas y con la misma apariencia que las haríamos por inclinación o por deber. Acaba de morir en París un individuo que contrajo la fiebre velando a su mujer, a la que no amaba (9).

* Los hombres, en su corazón, quieren ser estimados y ocultan con cuidado el deseo que tienen de ser estimados; porque los hombres quieren pasar por virtuosos y quieren sacar de la virtud otra ventaja que la misma virtud; quiero decir la estimación y las alabanzas; esto no sería ser virtuoso, sino amar la estimación o la alabanza o ser vano: los hombres son muy vanos y nada aborrecen tanto como pasar por tales.

* Un hombre vano se complace en hablar bien y mal de sí; un hombre modesto no habla de sí mismo (10).

En lo que mejor se ve el ridículo de la vanidad y lo vergonzosa que es, es precisamente en que no se atreve a mostrarse y se oculta frecuentemente bajo las apariencias contrarias.

La falsa modestia es el último refinamiento de la vanidad (11); hace que el hombre vano no aparezca tal y se hace valer al contrario por la virtud opuesta al vicio que hace su carácter: es una mentira. La falsa gloria es el escollo de la vanidad; nos conduce a querer ser estimados por cosas que, a la verdad, se encuentran en nosotros, pero que son frívolas e indignas de que se las eleve: es un error.

(8) *Director*, el que regula, el que dirige la conciencia de una persona en materia de religión. *Confesor*, se dice del sacerdote que tiene poder para oír la confesión y absolver.

(9) El príncipe de Conti, muerto de viruelas, que contrajo, como dice La Bruyère, velando a su mujer, a la que no quería.

(10) Se prefiere hablar mal de sí mismo que abstenerse de hablar de sí mismo. (La Rochefoucauld.)

(11) La humildad es un artificio del orgullo. (La Rochefoucauld.)

* Los hombres hablan de lo que les atañe en forma que sólo confiesan de sí mismos pequeños defectos y más aún los que suponen en sus personas ingenio o grandes cualidades. Así se quejan de su poca memoria contentos por lo demás de su gran sentido y de su buen juicio (12); se recibe el reproche por la distracción y el sueño, como si nos concediese el talento; se dice de sí mismo que se es inhábil y que no puede hacer nada con sus manos, muy consolado de la pérdida de esas pequeñas habilidades por la inteligencia o por los dones del alma, que todo el mundo nos conoce; se confiesa la propia pereza en términos que significan siempre desinterés y que se está curado de la ambición; no se avergüenza uno de su falta de aliño que sólo es una negligencia para las cosas pequeñas y que hace suponer que sólo se tiene aplicación para las sólidas y las esenciales. A un hombre de guerra le gusta decir que fué por demasiado entusiasmo o por demasiada curiosidad el encontrarse cierto día en la trinchera o en cualquier otro puesto muy peligroso sin estar de guardia, ni haber sido mandado a aquel lugar, y añade que fué reprendido por su general. De la misma manera una buena cabeza y un firme genio que ha nacido con esa prudencia que los demás hombres tratan vanamente de adquirir; que ha fortificado el temple de su espíritu con una gran experiencia; al que el número, el peso, la diversidad, la dificultad y la importancia de los negocios ocupan solamente y no acaban; que por la extensión de sus conocimientos y su penetración se hace dueño de todos los acontecimientos; que lejos de consultar todas las reflexiones que se han escrito sobre el gobierno y la política, es tal vez de esas almas sublimes nacidas para regir a las demás, y sobre las cuales esas primeras reglas han sido hechas; que está apartado, por las grandes cosas que hace, de las bellas o de las agradables que podía leer y que, por el contrario, no pierde nada en traer a la memoria y hojear, por decirlo así, su vida y sus acciones; un hombre así puede decir fácilmente y sin rebajarse, que no conoce ningún libro y que no lee jamás.

* Se quiere algunas veces ocultar las propias debilidades o disminuir la opinión que se tiene de ellas, por la confesión libre que de las mismas se hace. Uno dice: Soy ignorante, y no sabe nada. Otro dice: Soy viejo, y pasa de los sesenta años; otro exclama: Yo no soy rico, y es pobre.

* La modestia no existe o está confundida con una cosa por completo diferente de ella, si se la toma por un sentimiento interior que envilece al hombre a sus propios ojos, y que es la virtud sobrenatural llamada humildad. El hombre, por su naturaleza, piensa elevada y soberbiamente de sí mismo y sólo piensa en sí mismo. La modestia sólo tiende a hacer que nadie sufra por tal cosa; es una virtud del exterior, que regula sus ojos, su manera de andar, sus palabras, su tono de voz y que le hace obrar exteriormente con los demás como si no fuese verdad que los tiene por nada.

* El mundo está lleno de gentes que hacen interiormente y por hábito la comparación de ellos mismos con los demás, deciden siempre en favor de su propio mérito y obran en consecuencia.

(12) Todos se quejan de su memoria, pero nadie se queja de su juicio. (LA ROCHEFOUCAULD.)

* Decís que es preciso ser modestos; las gentes bien nacidas no piden nada mejor. Haced solamente que los hombres no usurpen lo que otros ceden por modestia y no rompan a los que se pliegan.

De la misma manera se dice: es preciso tener hábitos modestos; las personas de mérito no desean otra cosa, pero el mundo quiere la apariencia y se le da; está ávido de superfluidad y se le muestra. Algunos no estiman a los demás sino por los buenos pañales o por las ricas telas; no siempre se niega uno a ser estimado a ese precio. Hay lugares donde es preciso hacerse ver: un galón de oro, más ancho o más estrecho, os hace entrar o ser rehusado.

* Nuestra vanidad y la excesiva estimación que tenemos de nosotros mismos nos hace sospechar en los demás una altivez respecto a nosotros que existe algunas veces y que con frecuencia no existe; una persona modesta no tiene esa delicadeza.

* Tal como es preciso defenderse de esa vanidad que nos hace pensar que los demás nos miran con curiosidad y con aprecio, y no hablan entre ellos más que para referirse a nuestro mérito y hacer nuestro elogio, así debemos tener cierta confianza que nos impida creer que sólo se cuchichea para hablar mal de nosotros o que sólo se ríe para burlarse de nuestras personas.

* ¿A qué se debe que hoy *Alcipo* me salude, me sonría y eche su cuerpo fuera de una portezuela por temor que deje de notarlo? Yo no soy rico y voy a pie; él debía, según las reglas, no verme. ¿No será para que él sea visto en un mismo fondo con un grande?

* Se está tan lleno de sí mismo, que todo se relaciona con ello; le gusta a uno ser visto, ser mostrado, ser saludado, hasta por los desconocidos: le disgusta el no ser notado; se quiere que a uno lo adivinen.

* Buscamos nuestra felicidad fuera de nosotros mismos y en la opinión de los hombres que reconocemos como aduladores, poco sinceros, sin equidad, llenos de envidia, de caprichos y de prevenciones. ¡Qué ridiculez!

* Parece que sólo se puede reír de las cosas ridículas y se ve, no obstante, que ciertas gentes se ríen de las cosas ridículas y de las que no lo son. Si sois necio y desconsiderado y se os escapa ante ellos alguna impertinencia, se ríen de vos; si sois prudente y decís cosas razonables, en el tono que es preciso decirlas, se ríen lo mismo.

* Los que nos arrebatan los bienes por la violencia o por la injusticia, y los que nos quitan el honor por la calumnia, demuestran bastante su rencor hacia nosotros, pero no nos prueban igualmente que hayan perdido en nuestro concepto toda especie de estimación; así, no somos incapaces de una reacción para con ellos y de devolverles un día nuestra amistad. La burla, por el contrario, es de todas las injurias la que se perdona menos; es el lenguaje del desprecio y una de las mejores maneras de hacerse oír; ataca al hombre en su última trinchera, que es la opinión que tiene de sí mismo; quiere volverlo ridículo a sus propios ojos, y así le convence de la peor disposición que se puede tener para él y lo vuelve irreconciliable.

* Es una cosa monstruosa el gusto y la facilidad que existe en nosotros para burlarnos y despreciar a los demás; y juntamente la cólera que sentimos contra los que se burlan de nosotros y nos desprecian.

* La salud y las riquezas, al quitar a los hombres la experiencia del mal, les inspiran la dureza para con sus semejantes; y las gentes cargadas ya por su propia miseria, son las que más se compadecen del prójimo.

* Parece que a las almas bien nacidas las fiestas, los espectáculos, la sinfonía, las acercan y hacen sentir mejor el infortunio de sus parientes o de sus amigos.

* Una gran alma está por encima de la intriga, del dolor, de la burla, y sería invulnerable si no sufriese por la compasión.

* Existe una especie de vergüenza de ser dichoso a la vista de ciertas miserias.

* Se está dispuesto a conocer las más pequeñas ventajas propias y se es remiso para darse cuenta de los defectos: no se ignora que se tienen hermosas cejas, las uñas bien hechas; se siente apenas que se es tuerto; no se sabe que se carece de talento.

Argira se quita el guante para mostrar una bella mano y no se descuida de enseñar un zapatito que hace suponer tiene el pie pequeño; ríe de las cosas agradables o serias para hacer ver sus bellos dientes; si enseña su oreja es porque la tiene bien hecha; si no baila jamás es porque no está contenta de su talle, que es grueso; entiende todos sus intereses a excepción de uno solo: habla sin cesar y no tiene talento.

* Los hombres cuentan casi por nada todas las virtudes del corazón e idolatran la belleza del cuerpo y el talento. El que dice fríamente de sí, y sin creer que hiere la modestia, que es bueno, que es constante, fiel, sincero, equitativo, agradecido, no se atreve a decir que es vivo, que tiene hermosos los dientes o el cutis suave: eso es demasiado fuerte.

Es cierto que hay dos virtudes que los hombres admiran: la bravura y la liberalidad, porque hay dos cosas que estiman mucho y que esas virtudes hacen descuidar: la vida y el dinero; por eso nadie dice de sí que es bravo o liberal.

Nadie dice de sí, y sobre todo sin fundamento, que es hermoso, que es generoso, que es sublime: ha puesto un alto precio a esas cualidades; se contenta con pensarlo.

* Aunque parezca que existe cierta relación entre los celos y la emulación, hay entre ellos la misma distancia que entre el vicio y la virtud. Los celos y la emulación se ejercen sobre el mismo objeto, que es el bien o el mérito de los demás; con la diferencia de que la emulación es un sentimiento voluntario, valeroso, sincero, que hace el alma fecunda, que la hace aprovechar los grandes ejemplos, la lleva con frecuencia por encima de lo que admira; mientras que los celos, por el contrario, son un movimiento violento y como una confesión reprimida del mérito que no hay en uno; llegan hasta a negar la virtud en los sujetos en que existe, o debiendo reconocerla por fuerza, le rehusan los elogios o le envidian las recompensas; una pasión estéril que deja al hombre en el estado en que lo encuentra, que le llena de sí mismo, de la idea de su reputación, que le vuelve frío y seco respecto a las acciones o a las obras ajenas; que hace que se asombre de ver en el mundo otros talentos que los suyos. Vicio vergonzoso y que, por su exceso, entra siempre en la vanidad y en la presunción y no persuade tanto al que está atacado

por él de que tiene más talento y mérito que los otros, como le hace creer que él solo tiene el talento y el mérito.

La emulación y los celos no se encuentran casi nunca más que en las personas del mismo arte, de los mismos talentos y de las mismas condiciones. Los más viles artesanos son los más dominados por los celos. Los que hacen profesión de artes liberales o de bellas letras, los pintores, los músicos, los oradores, los poetas, todos los que se dedican a escribir, no deberían ser capaces más que de emulación.

Los celos no están nunca exentos de una especie de envidia, y con frecuencia llegan a confundirse esas dos pasiones. La envidia, por el contrario, aparece algunas veces separada de los celos, como cuando la excitan en nuestra alma las condiciones muy elevadas por encima de la nuestra, las grandes fortunas, el favor, el ministerio.

La envidia y el odio se unen siempre y se fortifican la una al otro en un mismo sujeto y sólo se distinguen entre sí en que el uno afecta a la persona y la otra al estado y a la condición.

Un hombre de talento no está celoso de un obrero que ha trabajado una buena espada, o de un estatuario que ha terminado una hermosa figura. Sabe que hay en esas artes una regla y un método que no adivina y que en ellas se manejan herramientas cuyo uso, nombre y forma no conoce; le basta con pensar que no ha hecho el aprendizaje de cierto oficio, para consolarse de no ser maestro en él. Puede, por el contrario, ser susceptible de envidia y hasta de celos contra un ministro y contra los que gobiernan, como si la razón y el buen sentido, que son comunes a ambos, fuesen los únicos instrumentos que sirven para regir un Estado y para presidir los negocios públicos y como si esas condiciones pudiesen suplir a las reglas, a los preceptos, a la experiencia.

* Se ven pocas inteligencias completamente pesadas y estúpidas y menos aún inteligencias que sean sublimes y trascendentes. La mayor parte de los hombres nada entre esos dos extremos; el intervalo está lleno de un gran número de talentos ordinarios, pero que son de gran uso, sirven a la república y encierran en sí lo útil y lo agradable, como el comercio, las finanzas, el detalle de los ejércitos, la navegación, las artes, los oficios, la memoria feliz, el espíritu del juego, el de la sociedad y el de la conservación.

* Todo el talento que hay en el mundo es inútil al que carece de él: no tiene proyectos y es incapaz de aprovecharse de los ajenos.

* El primer grado en el hombre después de la razón sería el de sentir que la ha perdido: la locura misma es incompatible con ese conocimiento. Por eso lo mejor que podría haber en nosotros después de la inteligencia sería conocer que nos falta; de esa manera se haría lo imposible: se sabría sin talento no ser un necio, ni un fatuo, ni un impertinente.

* Un hombre que sólo tiene talento en cierto grado de mediocridad es serio y de una pieza: no se ríe, ni bromea jamás ni saca ningún fruto de la bagatela; tan incapaz de elevarse a las grandes cosas como de acomodarse, hasta por relajamiento, a las más pequeñas, apenas sabe jugar con sus hijos.

* Todo el mundo dice de un fatuo que es un fatuo; nadie se

atreve a decirlo de sí mismo; muere sin saberlo y sin que nadie se haya vengado.

* ¡Qué desacuerdo entre la inteligencia y el corazón! El filósofo vive mal con todos sus preceptos y el político lleno de propósitos y de reflexiones no sabe gobernarse.

* La inteligencia se gasta como todas las cosas: las ciencias son sus alimentos, la alimentan y la consumen.

* Los pequeños están algunas veces cargados de mil virtudes inútiles y no tienen manera de ponerlas en acción.

* Se encuentran hombres que sostienen fácilmente el peso del favor y de la autoridad, que se familiarizan con su propia grandeza, y cuya cabeza está firme en los puestos más elevados. Aquellos, por el contrario, a los que la fortuna ciega, carecen de discernimiento, están como acabados por sus beneficios y gozan de ellos con orgullo y sin moderación: sus ojos, su andar, su tono de voz y sus accesos demuestran la admiración que sienten por sí mismos y por verse tan eminentes; llegan a ser tan feroces que sólo su caída puede amansarlos.

* Un hombre alto y robusto, que tiene un pecho ancho y anchas espaldas, lleva fácilmente y sin esfuerzo un fardo pesado y le queda todavía un brazo libre; un enano quedaría aplastado con la mitad de aquella carga: así los puestos eminentes vuelven a los grandes hombres todavía más grandes y a los pequeños mucho más pequeños.

* Hay gentes que ganan con ser extraordinarias: bogan y singlan en un mar donde los demás naufragan y se deshacen; llegan a su objeto faltando a todas las reglas; sacan de su irregularidad y de su locura todos los frutos de la prudencia más consumada; hombres dedicados a otros hombres, a los grandes a que se han sacrificado y en quienes han colocado en ellos sus últimas esperanzas, no les sirven pero les divierten; las personas de mérito y de servicio son útiles a los grandes, éstos les son necesarios; en lugar de éxitos tienen buenas palabras y empleos graves y se elevan por una continua jovialidad hasta lo más serio de las dignidades; terminan por fin y encuentran inopinadamente un porvenir que no han tenido ni esperaban: lo que queda de ellos en la tierra es el ejemplo de su fortuna, fatal para los que quisieran seguirlo.

* Debería exigirse de ciertos personajes que han sido capaces una vez de determinada acción noble y heroica, que sin aparecer como agotados por tan grande esfuerzo, tuviesen por lo menos durante el resto de su vida esa conducta prudente y juiciosa que se echa de ver hasta en los hombres ordinarios; que no cayesen en las pequeñeces indignas de la alta reputación que habían adquirido; que mezclándose menos en el pueblo y no dándole ocasión de verles de cerca, no diesen lugar a que se pase de la curiosidad y de la admiración a la indiferencia y tal vez al desprecio.

* Cuesta menos a ciertos hombres enriquecerse con mil virtudes que corregirse de un solo defecto; y hasta son tan desgraciados, que ese vicio es frecuentemente el que conviene menos a su estado y el que más los pone en ridículo: debilita el resplandor de sus grandes cualidades, impide que sean hombres perfectos y les perjudica en su reputación. No se les pide que sean más esclarecidos y más

incorruptibles; que sean más amigos del orden y de la disciplina, más fieles a sus deberes, más celosos por el bien público, más graves; se quiere solamente que no sean enamoradizos (13).

* Algunos hombres, en el curso de su vida son tan diferentes de sí mismos por el corazón y por la inteligencia, que es seguro equivocarse si se juzga por lo que parecía de ellos en su primera juventud. Eran piadosos, prudentes, sabios, los que por esa molicie inseparable de una fortuna demasiado próspera no lo son ya. Se sabe de otros que comenzaron su vida por los placeres y que pusieron todo su ingenio al servicio de esos placeres para conocerlos y a los que las desgracias han vuelto después religiosos, prudentes, temperantes. Estos últimos son, de ordinario, grandes sujetos, de los que se puede esperar mucho: tienen una probidad puesta a prueba por la paciencia y por la adversidad; tienen esa extremada cortesía que el trato con las mujeres les ha dado y de la que no se deshacen jamás; un espíritu de regla, de reflexión y algunas veces una alta capacidad, que deben a la soledad y a una mala fortuna.

Todo nuestro mal viene de no poder estar solos (14): de ahí el juego, el lujo, la disipación, el vino, las mujeres, la ignorancia, la maledicencia, la envidia, el olvido de sí mismo y de Dios.

* El hombre parece en algunas ocasiones no bastarse a sí mismo: las tinieblas, la soledad le turban, lo lanzan en temores frívolos y en vanos terrores; el menor mal que puede acontecerle entonces es el de aburrirse.

* El aburrimiento ha entrado en el mundo por la pereza: la pereza es la causa muchas veces de que los hombres busquen los placeres, el juego y la sociedad. El que ama el trabajo tiene bastante con sí mismo.

* La mayor parte de los hombres emplean la mejor parte de su vida en volver a la otra miserable.

* Hay obras que comienzan por A y terminan por Z: lo bueno, lo malo, lo peor, todo entra en ellas; nada en cierto grado se olvida; ¡qué artificio, qué afectación en esas obras! Se les llama juegos de ingenio. De la misma manera hay un juego en la conducta: se ha comenzado y es preciso terminar; ha de hacerse la carrera completa. Sería mejor cambiar o suspenderla; pero eso es más raro y más difícil que proseguir: se prosigue, se anima con las contradicciones; la vanidad sostiene y suple a la razón que cede y que desiste: se lleva ese refinamiento hasta en las acciones más virtuosas, en las que entra la religión.

(13) Se supone que esto se aplica a Francisco de Harlay de Chanvalón, arzobispo de Rouen y luego de París, nacido en 1625, muerto en 1695. Harlay de Chanvalón tomó parte en todas las querellas, en todas las cuestiones eclesiásticas de su tiempo. Solícito cortesano, secundó las miras de Luis XIV sobre la regalía, el edicto de Nantes, la declaración de 1682, y se mostró siempre ultragalicano al tratarse de defender los privilegios de la monarquía francesa. Rigorista al extremo con sus subordinados, por lo mismo quizá que sus costumbres eran en extremo relajadas, fué el amante feliz de madama de Bretouvilliers, de la marquesa de Gourville, de la duquesa de Lesdiguières; persiguió a los jansenistas y denegó la sepultura a Molière. Su oración fúnebre la hizo el padre Gaillard, quien la tomó a su cargo a condición de hablar muy poco del muerto. Era, por lo demás, hombre muy hábil en negocios; presidió las asambleas del clero de 1680, 85, 90, 93 y 95.

(14) La desdicha de los hombres viene de no saber estarse quietos en una habitación, (PASCAL.)

* Sólo nuestros deberes nos cuestan, porque su práctica no contempla más que las cosas que estamos estrechamente obligados a hacer y no es seguida de grandes elogios, que es lo que nos excita a las acciones loables y lo que nos sostiene en nuestras empresas. N. ama una piedad fastuosa que lo impulsa a la administración de las necesidades de los pobres, le hace depositario de su patrimonio y convierte su casa en un depósito público donde se hacen las distribuciones; los *petit-collets* (15) y las *hermanas grises* (16) tienen libre entrada en aquella casa; toda una ciudad ve sus limosnas y las publica. ¿Quién, sino sus acreedores podrá poner en duda que es un hombre de bien?

* *Geronte* muere de viejo sin haber hecho su testamento que proyectaba hacía treinta años; diez personas se reparten su sucesión *ab intestato*. Hace tiempo que sólo vivía por los cuidados de *Asteria*, su mujer, que, joven todavía; se había dedicado a cuidarle; no le perdía de vista, le asistía en su vejez y le cerró por fin los ojos. No le deja bastantes bienes para poder vivir sin entrar al servicio de otro anciano.

* Dejar que se pierdan cargos y beneficios antes que vender o resignar, aún en la extrema vejez, es persuadirse de que uno no es del número de los que mueren; o si se cree que se puede morir, es amarse a sí mismo y nada más que a sí mismo.

* *Fausto* es un disoluto, un pródigo, un libertino, un ingrato, un arrebatado, al que *Aurelio*, su tío, no ha podido aborrecer ni desheredar.

Frontin, sobrino de Aurelio, después de veinte años de reconocida probidad y de ciega complacencia para el anciano, no lo ha podido inclinar a su favor, y no saca de su herencia más que una modesta pensión que Fausto, único heredero, debe pagarle.

* Los odios son tan largos y tan tenaces, que la mejor señal de muerte, en un hombre enfermo, es la reconciliación.

* Se ganan las simpatías de todos los hombres, o adulándoles por las pasiones que llenan su alma o compadeciendo las enfermedades que afligen su cuerpo. En eso sólo consisten los cuidados que se pueden tener con ellos; de ahí procede que el que tiene buena salud y poca ambición es menos fácil de gobernar.

* No hay mayor deformidad en la naturaleza que un viejo enamorado.

* Pocas gentes se acuerdan de haber sido jóvenes y de lo difícil que les era ser castos y temperantes. La primera cosa que ocurre a los hombres después de haber renunciado a los placeres, por conveniencia, por cansancio, o por régimen, es que se dedican a condenar a los demás. Entra en esa conducta una especie de apego a las

(15) Se llama *petit collet* a un hombre que ha ingresado en la reforma como devoto, porque las gentes de iglesia llevan cuellos pequeños, en tanto que las gentes de sociedad los llevan grandes, ornados de encajes. Algunas veces se llama así, con mal sentido, a los hipócritas que afectan maneras modestas, sobre todo llevando un *petit collet* (cuello pequeño). *(Diccionario de* Trévoux.)

(16) Llamábase *Hermanas grises* a hermanas de la caridad que vivían en comunidad sin ser religiosas. Designábase también con este nombre a las hospitalarias de la orden tercera de San Francisco, porque su hábito era gris. *(Diccionario de* (Trévoux.)

cosas que se acaban de dejar; se desearía que un bien que ya no existe para nosotros no tuviese que existir tampoco para el resto del mundo; es un sentimiento de celos.

* No es la necesidad de dinero la que hace caer a los ancianos en la avaricia, porque la tienen algunos cuyas grandes riquezas les ponen a salvo de esa inquietud, y por otra parte, ¿cómo podrían temer que les falten en su edad caduca las comodidades de la vida, de las que se privan ellos voluntariamente para satisfacer su avaricia? No es tampoco el deseo de dejar grandes riquezas a sus hijos, porque no es natural en ellos amar otra cosa más que a sí mismos, aparte de que se encuentran avaros que no tienen herederos. Ese vicio es más bien el efecto de la edad y de la complexión de los viejos que se abandonan a él tan naturalmente como a los placeres en su juventud y a la ambición en la edad viril. No hace falta vigor ni juventud ni salud para ser avaro. Tampoco se necesita afanarse para ahorrar las rentas: es preciso tan sólo dejar los bienes en los cofres y privarse de todo. Eso es cómodo a los ancianos, que necesitan una pasión porque son hombres.

* Hay gentes que están mal alojadas, mal acostadas, mal vestidas y peor alimentadas; que sufren los rigores de las estaciones, que se privan de la sociedad de los hombres y pasan sus días en la soledad; que sufren por el presente, por el pasado y por el porvenir; cuya vida es como una penitencia continua y que han encontrado el secreto de perderse por el camino más penoso: esas gentes son los avaros.

* El recuerdo de la juventud es tierno en los ancianos; les gustan los lugares donde la han pasado. Las personas que comenzaron a conocer en aquellos tiempos les son queridas; usan algunas palabras del primer lenguaje que han hablado; les gusta la antigua manera de cantar y de bailar; alaban las modas de su tiempo sobre trajes y muebles; no pueden todavía desaprobar las cosas que servían a sus pasiones, que eran tan útiles a sus placeres y que se los recuerdan. ¿Cómo podrían preferir las nuevas costumbres y las modas recientes, en las que no tienen ninguna parte, de las que nada esperan, que los jóvenes han hecho y de las que sacan a su vez tan grandes ventajas contra la vejez?

* Una excesiva negligencia, como un excesivo adorno en los ancianos, multiplican sus arrugas y hacen ver mejor su caducidad.

* Un anciano es altivo, desdeñoso y de un trato difícil si no tiene mucho talento.

* Un anciano que ha vivido en la corte, si tiene un gran sentido y una memoria fiel, es un tesoro inestimable. Está lleno de hechos y de máximas; se encuentra en él la historia del siglo, revestida de circunstancias muy curiosas y que no se leen en ningún sitio; se aprenden en él reglas para la conducta y para las costumbres, que son siempre seguras, porque están fundadas en la experiencia.

* Los jóvenes, a causa de las pasiones que les distraen, se acomodan mejor que los ancianos a la soledad.

* *Filipo*, ya anciano, vive en la molicie; pasa a las pequeñas delicadezas; se hace un arte del comer, del beber, del reposo y del ejercicio. Las pequeñas reglas que se prescribe, y que tienden todas a su comodidad, las observa con escrúpulo y nos las rompería por una

querida, si el régimen le hubiese permitido conservarla. El hábito le hace necesarias algunas superfluidades. Dobla así y refuerza los lazos que le unen a la vida y quiere emplear lo que le queda de ella en convertir en más dolorosa su pérdida. ¿No se ha convencido bastante de que hay que morir (17)?

* *Natón* sólo vive para sí y los demás hombres son para él como si no existiesen. No contento con tener en una mesa el primer lugar, ocupa él solo el de otros dos. Se olvida de que la comida es para él y para todos los que le acompañan; se hace dueño de la fuente. No se decide por ninguno de los manjares hasta que no ha terminado de probarlos todos; desearía poder saborearlos todos a la vez. Se sirve en la mesa con sus propias manos; maneja las viandas, las remueve, las desmenuza y procede en tal forma que los convidados, si quieren comer, tienen que aprovechar sus restos. No les ahorra ninguna de esas asquerosidades capaces de quitar el apetito a los más hambrientos; el jugo y las salsas le gotean por la barbilla. Si se sirve un guisado de una fuente, lo vuelca en el camino sobre otra fuente y en el mantel; se le puede seguir por la huella. Come ruidosamente y mirando a todas partes mientras come; la mesa es para él un pesebre; se escarba los dientes y continúa comiendo. Se hace, donde quiera que se encuentre, una especie de acomodo y no sufre por estar con más desahogo en el sermón o en el teatro que en su habitación. En una carroza sólo le convienen los asientos del fondo, pues en los demás, si se le ha de creer, palidece y le viene debilidad. Si hace un viaje con otros, se reserva siempre en los hoteles la mejor habitación y la mejor cama. Todo lo dedica a su servicio; sus criados y los ajenos corren al mismo tiempo para servirle; todo lo que cae bajo su mano es de su propiedad, ropas y equipajes. Molesta a todo el mundo, no se molesta por nadie, no se compadece de nadie, no reconoce más males que los suyos; no llora la muerte de los demás ni teme más que la suya que aplazaría con gusto hasta la extinción del género humano.

* *Clitón* no ha tenido en toda su vida más que dos asuntos: comer por la mañana y cenar por la noche. Parece nacido solamente para la digestión; no tiene más que una conversación: habla de los platos que le han servido en la última comida en que se ha encontrado; describe minuciosamente todos esos platos, sin olvidar los entremeses ni los postres; nombra todos los vinos y todos los licores que ha bebido; conoce el léxico culinario hasta donde pueda extenderse, y no hay una buena mesa en la que no haya comido. Tiene sobre todo un palacio seguro, que en modo alguno le falla; jamás se vió expuesto a la horrible necesidad de comer un mal plato o de beber un vino mediocre. Es un personaje ilustre en su género, que ha llevado su talento de alimentarse bien hasta donde podía llegarse; ya no se volverá a ver un hombre que coma tanto y tan bien. Es asimismo

(17) En todos estos artículos podrá notarse que La Bruyère trata en general con bastante severidad a la vejez, y que habla de ella más bien como satírico que como moralista. Es de lamentar que no se haya acordado aquí del *De Senectude*, de Cicerón, que diera a Montaigne «ganas de envejecer». Este admirable tratado de filosofía práctica ha inspirado a Buffon, y aun en nuestros días a M. Flourens, que, como Buffon, ha rehabilitado a la vejez, llamándola «la edad santa de la vida».

el árbitro de los buenos bocados y no es permitido comer con gusto lo que él desaprueba. Pero ya no existe; se ha hecho conducir a la mesa hasta su último suspiro. Daba una comida el día que murió. En cualquier parte donde esté, come, y si vuelve al mundo, será para comer.

* *Rufino* comienza a encanecer, pero está sano; tiene un semblante fresco y un ojo vivo que le prometen todavía veinte años de vida; es alegre, jovial, familiar, indiferente; se ríe de todo corazón y se ríe sin motivo: está contento de sí mismo, de los suyos, de su pequeña fortuna y dice que es dichoso. Pierde a su único hijo, joven de gran esperanza y que podría haber sido un día el honor de la familia; deja para los demás el cuidado de llorarlo y dice: *Mi hijo ha muerto; eso hará morir a su madre* y queda consolado. No tiene pasiones, ni amigos, ni enemigos; nadie le molesta, todo el mundo le conviene; habla al que ve por primera vez con la misma libertad y la misma confianza que a los que llama sus viejos amigos y les hace escuchar sus pullas y sus historietas. Se le aborda y se le deja sin que preste atención; y el mismo cuento que había comenzado con uno, lo acaba con el que lo reemplaza.

* *N.* está menos debilitado por la edad que por la enfermedad, porque no pasa de los sesenta y ocho años, pero tiene la gota y lo aqueja un cólico nefrítico; el semblante descarnado, el color verdoso y que amenaza ruina: hace margar su tierra y piensa que en quince años completos no estará obligado a abonarla; planta un bosque y espera que en menos de veinte años le dará un buen rendimiento; hace construir en la calle tal una casa de piedra tallada, reforzada en los ángulos por abrazaderas de hierro y de la que asegura tosiendo y con voz débil que no se verá jamás el fin; se pasea todos los días por sus talleres del brazo de un criado que le ayuda; enseña a sus amigos lo que hace y les cuenta lo que tiene proyecto de hacer. No ha edificado la casa para sus hijos porque no los tiene, ni para sus herederos, personas viles y en mala relación con él: ha edificado sólo para él y morirá mañana.

* *Antágoras* tiene un semblante trivial y popular; un suizo de parroquia o el santo de piedra que adorna el gran altar no es mejor conocido que él por toda la multitud. Recorre por la mañana todas las salas y todas las oficinas de un palacio de justicia y por la tarde las calles y las plazuelas de una ciudad: litiga desde hace cuarenta años y está más próximo a salir de la vida que a salir de pleitos; no ha habido en el palacio, durante todo ese tiempo, causas célebres o procedimientos largos en los que no haya por lo menos intervenido: así tiene un nombre hecho como para llenar la boca del abogado y que concuerda con el demandante o el defensor como el sustantivo y el adjetivo. Odiado por todos, casi no hay familia contra la que no tenga quejas y que no se queje de él; dedicado sucesivamente a embargar una tierra, a oponerse al sello, a servirse de un *committimus* (18) o a poner una sentencia en ejecución; por otra parte,

(18) *Committimus*, cartas de cancillería por las cuales las causas que tenía una persona, tanto al demandar como al defenderse, estaban encomendadas en primera instancia a los buenos oficios de palacio o a los del *hôtel* de París.

asiste todos los días a alguna junta de acreedores; eterno síndico y perjudicado en todas las quiebras, a pesar de todo ello le quedan horas para sus visitas, viejo mueble de tertulia, donde habla de pleitos y cuenta noticias. Le habéis dejado en una casa de Marais y volvéis a encontrarlo en el gran *Faubourg*, donde os ha citado y donde cuenta sus noticias y sus pleitos. Si pleiteáis personalmente y vais, a primera hora, al despacho de uno de los jueces para cualquier instancia, el juez, para daros audiencia, espera a que Antágoras haya terminado.

* Tales hombres pasan una larga vida defendiéndose de unos y perjudicando a los otros y mueren consumidos de vejez, después de haber causado tantos males como los que ellos mismos han sufrido.

* Son precisos los embargos de propiedades y de muebles, las prisiones y los suplicios, lo confieso; pero justicia, leyes y necesidades aparte, es para mí siempre una cosa nueva contemplar con qué ferocidad tratan unos hombres a otros.

* Se ven ciertos animales feroces, machos y hembras, extendidos por el campo, negros y lívidos y completamente quemados por el sol, apegados a la tierra que remueven con terquedad invencible; tienen una especie de voz articulada y cuando se levantan sobre sus pies muestran una faz humana: y, en efecto, son hombres. Se retiran por la noche a sus cubiles, donde viven de pan negro, de agua y de uvas; ahorran a los demás hombres el trabajo de sembrar, de laborar la tierra y de recoger para vivir, y así merecen que no les falte ese pan que han sembrado.

* *Don Fernando* en su provincia es ocioso, ignorante, maldiciente, reñidor, canalla, intemperante, impertinente, pero maneja la espada contra sus vecinos y por una insignificancia expone su vida; ha muerto a algunos hombres y él también será muerto.

* El noble de provincias, inútil a su patria, a su familia y a sí mismo, con frecuencia sin ley, sin hábito y sin ningún mérito, repite diez veces por día que es hidalgo y trata a las togas de armiño y a los morteros (19) de burguesía; dedica toda su vida a los pergaminos y a sus títulos, que no cambiaría por el caudal de un canciller del Tesoro.

* Se dan generalmente en todos los hombres combinaciones infinitas del poder, del favor, del genio, de las riquezas, de las dignidades, de la nobleza, de la fuerza, de la industria, de la capacidad, de la virtud, del vicio, de la debilidad, de la estupidez, de la pobreza, de la impotencia, de lo plebeyo y de la bajeza. Esas cosas, mezcladas de mil maneras diferentes y compensadas la una por la otra en diversos sujetos, forman también los diversos estados y las diferentes condiciones. Por lo demás, los hombres que saben lo fuerte y lo débil los unos de los otros, obran también recíprocamente como creen que lo deben hacer, conocen a los que son sus iguales, sienten la superioridad que algunos tienen sobre ellos y la que tienen ellos sobre

(19) *Mortier* (mortero), especie de bonete redondo, de terciopelo, bordeado por un galón de oro, que los presidentes de los parlamentos llevaban en el ejercicio de sus funciones, y que aun hoy es usado por los presidentes de las cortes de justicia.

otros, y de ahí nacen entre ellos la familiaridad, o el respeto y la deferencia, o la altivez y el desprecio. De ahí viene que en los lugares públicos o donde la gente se reúne, se encuentra en todos los momentos, entre el que se busca para abordarle o saludarle y ese otro al que se finge no conocer y al que no quiere uno reunirse; se hace honor del trato de uno y vergüenza del de otro; de ahí viene también que aquel que os hace honor y que queréis retener y aquel al que molestáis, a su vez huyen de otros o los buscan. Despreciamos y nos despreciam. ¡Qué miseria!, y puesto que es cierto que en tan extraño comercio lo que se piensa ganar por un lado se pierde por el otro, sería preferible renunciar a toda altivez y a todo orgullo, que convienen tan poco a los hombres débiles, y entendérselas juntos, tratarse todos con mutua bondad, lo que con la ventaja de no ser jamás mortificados, nos produciría el gran bien de no mortificar a nadie.

* Lejos de asustarse o de enrojecer siquiera por el nombre de filósofo, no hay nadie en el mundo que no deba tener un gran tinte de filosofía (20). La filosofía conviene a todo el mundo: su práctica es útil a todas las edades, a todos los sexos y a todas las condiciones; nos consuela de la dicha del prójimo, de las indignas preferencias, de los fracasos, de la pérdida de nuestras fuerzas o de nuestra belleza; nos arma contra la pobreza, la vejez, la enfermedad y la muerte, contra los necios y los burlones; nos hace vivir sin una mujer o nos hace soportar aquella con la que vivimos. Los hombres, en un mismo día, abren su alma a las pequeñas alegrías y a los pequeños pesares. Nada es más desigual y menos constante que lo que pasa en tan poco tiempo en su corazón y en su inteligencia. El remedio para ese mal es no estimar las cosas del mundo más que en lo que valen.

* Es tan difícil encontrar un hombre vano que se crea bastante dichoso, como un hombre modesto que se crea demasiado desgraciado.

El destino del viñador, del soldado y del picapedrero, me impide estimarme desgraciado porque me falta la fortuna de los príncipes o de los ministros.

No hay para el hombre más que una verdadera desgracia, que es el encontrarse en falta, o tener algo que reprocharse.

* La mayor parte de los hombres, para llegar a sus fines, son más capaces de un gran esfuerzo que de una larga perseverancia; su pereza o su inconstancia les hace perder el fruto desde los mejores comienzos; se dejan con frecuencia adelantar por otros que han partido después de ellos y que marchan lentamente, pero constantemente.

* Casi me atrevo a asegurar que los hombres saben mejor tomar medidas que seguirlas, resolver lo que es preciso hacer o lo que es preciso decir, que hacer o decir lo que hace falta. Se propone firmemente, en un asunto que se negocia, callar cierta cosa; y después, o por pasión o por una intemperancia de lengua, o en el calor de la conversación, esa cosa es la primera que se escapa.

(20) No puede entenderse otra que la que depende de la religión cristiana. *(Nota de La Bruyère.)*

* Los hombres obran muellemente en las cosas de su deber, mientras que se hace un mérito, o más bien una vanidad, del afán en las que le son extrañas y que no convienen ni a su estado ni a su carácter.

* La diferencia de un hombre que se reviste de un carácter extraño a sí mismo, cuando vuelve al suyo, es la que existe entre una máscara y un rostro.

* *Telefo* tiene talento, pero diez veces menos de lo que cree tener: en lo que dice, en lo que hace, en lo que medita y en lo que proyecta, va diez veces más allá de lo que tiene de talento; no obra jamás de acuerdo con sus fuerzas y sus posibilidades: este razonamiento es justo. Hay como una barrera que le cierra y que le debía advertir que tenía que pararse, pero pasa más allá, se lanza fuera de su esfera y encuentra él mismo su lado débil, por el que se muestra; habla de lo que no sabe, o de lo que sabe mal; acomete empresas que están por encima de su poder: desea más de lo que le corresponde; se iguala a aquello que hay de mejor en todo género; tiene de bueno y de loable, aunque esté ofuscado por la afectación de lo grande o de lo maravilloso; se ve claramente lo que no es y es preciso adivinar lo que es en efecto. Un hombre que no se mide, que no se conoce: su característica consiste en no saberse encerrar en lo que le es propio, en lo que le corresponde.

* El hombre del mejor talento es desigual, sufre crecimientos y disminuciones; se abandona a la inspiración, pero sale de ella; entonces, si es prudente, habla poco y no escribe y no trata de imaginar ni de agradar. ¿Se canta con un catarro? ¿No convendrá esperar a que la voz se aclare?

El necio es *autómata*, es máquina, es resorte; el peso lo lleva, le hace moverse, le hace volver, siempre en el mismo sentido y con la misma igualdad; es uniforme y no se desmiente; el que lo ha visto una vez lo ha visto en todos los instantes y en todos los períodos de su vida: es todo lo más el buey que muje o el mirlo que silba; es fijo y determinado por su naturaleza y me atrevo a decir que por su especie; lo que aparece menos en él es su alma, que no obra, que no se ejercita, que descansa.

* El idiota no muere, o si eso le ocurre, según nuestra manera de hablar, se puede decir con verdad que gana muriendo y que en ese momento en que los otros mueren, él comienza a vivir: su alma entonces piensa, razona, infiere, concluye, juzga, prevé, hace precisamente todo lo que no hacía; se encuentra libre de una masa de carne en la que estaba como enterrado, sin función, sin movimiento, sin ninguno por lo menos que fuese digno de ello; yo diría casi que su alma se avergonzaba de su propio cuerpo y de los órganos brutos e imperfectos, a los que se vió unida durante tanto tiempo y con el que ella no ha podido hacer más que un idiota o un estúpido; va como igual con las grandes almas, con las que hacen las buenas cabezas o los hombres de talento. El alma de Alain no es muy diferente de la del gran CONDÉ, de la de RICHELIEU, de la de PASCAL y de la de LINGENDES (21).

(21) Se conocieron en el siglo XVII tres personajes de este nombre, los tres de la misma familia: un poeta, Juan de Lingendes, nacido en 1580, muerto en 1616;

* La falsa delicadeza en las acciones libres, en las costumbres o en la conducta, no es llamada así por razón de que sea falsa, sino porque en efecto se ejercita sobre las cosas y en las ocasiones en que no debería ejercitarse. La falsa delicadeza de gusto y de complexión no es tal, por el contrario, más que porque es fingida o afectada: es *Emilio* que grita con todas sus fuerzas ante un pequeño peligro que no le da temor; es otro que por melindres palidece a la vista de un ratón o que quiere gustar de las violetas y desvanecerse al olor de un nardo.

* ¿Quién se atreverá a prometerse que ha de tener contentos a los hombres? ¿Podrá conseguirlo un príncipe por bueno y poderoso que sea? Que lo pruebe: que se valga para ello de sus placeres; que abra su palacio a sus cortesanos; que los admita en la intimidad; que en los lugares cuya sola contemplación es un espectáculo (22), les haga ver otros espectáculos; que les dé la elección de los juegos, de los conciertos, y de todos los refrescos y golosinas; que añada una vida espléndida y de completa libertad; que se divierta juntamente con ellos en las mismas diversiones; que el gran hombre sea amable y que el héroe sea humano y familiar: no habrá hecho bastante. Los hombres se aburren al final de las cosas que les han encantado en su comienzo; desertarían *de la mesa de los dioses*, y el *néctar*, con el tiempo, les resultaría insípido. No vacilan en criticar las cosas que son perfectas; entra la vanidad y la falta de delicadeza; su gusto, si se les cree, va más allá de toda la complacencia que pudiera tenerse para satisfacerles y de un gasto completamente regio que pudiera hacerse para lograrlo; se mezcla con ese gusto la malignidad, que llega hasta querer debilitar en los demás el gozo que tendrían de ponerlos contentos. Esas mismas gentes, de ordinario tan aduladoras y tan comedidas, pueden desmentirse: algunas veces no se las reconoce y se ve al hombre hasta en el propio cortesano.

* La afectación en el gesto, en el hablar y en las maneras, es con frecuencia debida a la ociosidad y a la indiferencia: parece que una gran dedicación afectuosa o los asuntos serios colocan al hombre en su natural.

* Los hombres no tienen carácter, o si lo tienen es el de no tener ninguno que sea continuo, que no se desmienta, y en el que sean reconocidos. Sufren mucho por ser siempre los mismos, por perseverar en la regla o en el desorden, y si dejan alguna vez una virtud por otra virtud, se cansan con más frecuencia de un vicio por causa de otro vicio; tienen pasiones contrarias y debilidades que se contradicen; les cuesta menos juntar los extremos que llevar una conducta en la que una parte nazca de la otra; enemigos de la moderación, llevan todas las cosas hasta su extremo, las buenas y las malas, y no pudiendo después soportar el exceso, las endulzan por el cambio. *Adraste* era tan corrompido y tan libertino, que le ha sido menos

un predicador muy celebrado en su tiempo, Claudio de Lingendes, de la compañía de Jesús, nacido en 1595, muerto en 1665; un prelado, Juan de Lingendes, obispo de Sarlat, luego de Macón, predicador igualmente distinguido, y diputado del clero en 1655, nacido en 1591, muerto en 1656. Es probablemente este último el aludido por La Bruyère.

(22) Versalles, Marly, Fontainebleau.

difícil seguir la moda y hacerse devoto: le hubiese costado más ser hombre de bien.

* ¿De dónde procede que los mismos hombres flemáticos dispuestos a soportar indiferentemente los más grandes desastres, se descomponen y tienen una bilis inagotable cuando se atraviesan en su camino pequeños inconvenientes? No es prudencia en ellos una tal conducta, porque la virtud es igual y no se desmiente: es, pues, un vicio; ¿y qué otro que la vanidad, que sólo se despierta y se extrema en los acontecimientos en que hay que hacer hablar al mundo y en que hay mucho a ganar para ella, mientras se descuida todo lo demás?

* Se arrepiente raramente de hablar poco y con mucha frecuencia de hablar demasiado: máxima conocida y trivial, que todo el mundo sabe y que nadie practica.

* Es vengarse contra sí mismo y dar demasiada ventaja a sus enemigos, el imputarles cosas que no son verdaderas y mentir para difamar.

* Si el hombre supiera avergonzarse de sí mismo, ¡cuántos crímenes no solamente ocultos, sino también públicos y conocidos se ahorrarían!

* Si ciertos hombres no llegan, ordinariamente, en el bien, hasta donde deberían llegar, es por vicio de su primera instrucción.

* Hay en algunos hombres cierta mediocridad de talento que contribuye a volverlos prudentes.

* Los niños necesitan vergas y férulas; los hombres hechos una corona, un cetro, armiños, fasces, timbales, y sobrevestes. La razón y la justicia, desprovistas de todos sus ornamentos, no persuaden ni intimidan. Al hombre que es espíritu, se le dirige por los ojos y los oídos.

* *Timón,* o el misántropo, puede tener el alma austera y fiera, pero exteriormente es civil y ceremonioso; no se desliza ni se franquea con los hombres; por el contrario, los trata cortés y seriamente; emplea respecto a ellos todo lo que puede alejar su familiaridad; no quiere conocerlos mejor ni hacerse de amigos, parecido en esto a una mujer que se encuentra de visita en casa de otra mujer.

* La razón es verdadera y única; sólo se llega a ella por un camino y hay más de mil que se desvían. El estudio de la prudencia tiene menos extensión que el que se haría de los necios y de los impertinentes. El que no ha visto más que hombres corteses y razonables, o no conoce al hombre, o no le conoce más que a medias: cualquiera que sea la diversidad que se encuentre en las complexiones o en las costumbres, el comercio del mundo y la cortesía dan las mismas apariencias, hacen que se parezcan los unos a los otros por fuera, que se agraden recíprocamente, que parezcan comunes a todos y hacen creer que no hay nada que no tenga relación entre ellos. El que, por el contrario, se interna en el pueblo o en la provincia, si tiene ojos, pronto hace allí extraños descubrimientos y ve cosas que le son nuevas, que no sospechaba ni podía sospechar; avanza por experiencias continuas en el conocimiento de la humanidad; casi calcula de cuantas maneras diferentes puede el hombre ser insoportable.

La Bruyère

* Después de haber profundizado maduramente sobre los hombres y de haber conocido lo falso de sus pensamientos, de sus sentimientos, de sus gustos y de sus afectos, es forzoso decir que hay en ellos menos que perder por la inconstancia que por la perseverancia.

* ¡Cuántas almas débiles, muelles e indiferentes, sin grandes defectos y que pueden dar materia a la sátira! ¡Cuántas clases de ridículos diseminados entre los hombres, pero que por su singularidad no se saca de ellos consecuencia ni recurso alguno para la instrucción y para la moral! Se trata de vicios únicos que no son contagiosos y que son menos de la humanidad que de la persona.

DE LOS JUICIOS

Nada se parece más a la viva persuasión que la necia terquedad: de ahí los partidos, las cábalas, las herejías.

* No se piensa siempre constantemente de una misma manera: la terquedad y el disgusto se siguen de cerca.

* Las grandes cosas asombran y las pequeñas desaniman: nos avenimos con las unas y con las otras por el hábito.

* Dos cosas completamente contrarias influyen en nuestro ánimo de la misma manera: el hábito y la novedad.

* No hay nada más bajo y que mejor convenga al pueblo, que hablar en términos magníficos de aquello mismo sobre lo que se pensaba muy modestamente antes de su elevación.

* El favor de los príncipes no excluye el mérito y tampoco lo supone.

* Es asombroso que, con todo el orgullo de que estamos hinchados y con toda la alta opinión que tenemos de nosotros mismos y de la bondad de nuestro juicio, nos descuidemos de recordar lo que hace relación al mérito de los demás. La boga, el favor popular, el del príncipe, nos arrastran como un torrente; alabamos lo que es alabado mucho más que lo que es alabable.

* No sé si hay en el mundo nada que cueste más aprobar y alabar que lo que es más digno de aprobación y de alabanza, y si la virtud, el mérito, la belleza, las buenas acciones, las buenas obras, tienen un efecto más natural y más seguro que la envidia, los celos y la antipatía. Un devoto (1) no sabe hablar bien de un santo, sino de otro devoto. Si una mujer hermosa aprueba la belleza de otra mujer, se puede llegar a la conclusión de que la de ella es mayor que la que aprueba; si un poeta alaba los versos de otro poeta, se puede apostar que son malos y sin trascendencia.

* Los hombres apenas se gustan los unos a los otros; no tienen más que una débil tendencia a aprobarse recíprocamente: acción, conducta, pensamiento, expresión, nada les agrada, nada les contenta, substituyen lo que se les recita, lo que se les dice o lo que se les lee por lo que hubieran hecho ellos mismos en semejante coyuntura, por lo que pensarían o lo que escribirían sobre tal asunto; y tan llenos están de sus ideas, que no les queda sitio para las de otros.

* La generalidad de los hombres se halla tan inclinada al desarreglo y a la bagatela, y el mundo está tan lleno de ejemplos ya

(1) Falso devoto. *(Nota de La Bruyère.)*

perniciosos ya ridículos, que yo pensaría que si el espíritu de singularidad pudiese tener sus límites y no ir demasiado lejos, se aproximaría mucho a la recta razón y a una conducta regular.

Es preciso obrar como los demás, máxima sospechosa, que significa casi siempre: es preciso obrar mal, desde que eso se oye más allá de las cosas puramente exteriores que no tienen consecuencia, que dependen del uso, de la moda o del bienestar.

* Si los hombres son hombres más bien que osos o panteras, si son equitativos, si se hacen justicia a sí mismos, y si se la hacen a los demás, ¿qué sería de las leyes, de su texto y del prodigioso cúmulo de comentarios? ¿A qué quedaría reducido el *petitorio*, el *posesorio* y todo lo que se llama jurisprudencia? ¿A qué se reducirían también los que deben todo su relieve y toda su hinchazón a la autoridad en que se han establecido para hacer valer esas mismas leyes? Si esos mismos hombres tuviesen rectitud y sinceridad, si se hubiesen curado de la prevención, ¿a dónde irían a parar las disputas de escuela, la escolástica y las controversias? Si son temperantes, castos y moderados, ¿para qué les sirve la misteriosa jerga de la medicina que es una mina de oro para los que tienen la habilidad de hablarla? Legistas, doctores, médicos, ¡qué caída para vosotros si todos pudiéramos darnos palabra de llegar a ser prudentes!

¡De cuántos grandes hombres, en los diferentes ejercicios de la paz y de la guerra, hubiera podido prescindirse! ¡A qué punto de perfección y de refinamiento no han sido llevadas ciertas artes y ciertas ciencias que no deberían ser necesarias y que son en el mundo como remedios a todos los males, de los que nuestra malicia es la única causa!

¡Cuántas cosas desde VARRÓN, que Varrón ignoraba! ¿No os sería suficiente tampoco el ser sabios como PLATÓN y como SÓCRATES?

* Un individuo, en un sermón, en un concierto, o en una galería de pintura, ha oído a su derecha y a su izquierda, sobre una cosa precisamente la misma, opiniones completamente opuestas. Esto me haría decir con gusto que en todo género de obras puede uno aventurarse a poner lo bueno y lo malo: lo bueno agrada a uno y lo malo a otro. Tampoco se arriesga demasiado poniendo lo peor: también tiene sus partidarios.

* El fénix de la poesía *lírica* renace de sus cenizas; ha visto morir y revivir su reputación en un mismo día. Ese mismo juez tan infalible y tan firme en sus juicios, el público, ha variado en su opinión; o ahora se equivoca, o antes estuvo equivocado. El que dijese hoy que Q. (2), en cierto género es un mal poeta, hablaría casi tan mal como el que hubiese dicho hace algún tiempo: *Es un buen poeta.*

* C. P. era rico y C. N. (3) no lo era: la *Pucelle* y *Rodoguna* merecieron terminar de otro modo. Así, se ha preguntado siempre por qué en ésta o en la otra profesión, uno había hecho su fortuna y el otro no; y en eso los hombres buscan la razón de sus propios caprichos, que en las circunstancias apremiantes de sus negocios, de sus placeres, de su salud y de su vida, les hacen con frecuencia apartarse de lo mejor e inclinarse a lo peor.

(2) Quinault.
(3) Chapelain, Corneille.

* La condición de los cómicos era infame entre los romanos y honorable entre los griegos. ¿Qué ocurre entre nosotros? Se piensa de ellos como los romanos, se vive con ellos como los griegos.

* Le basta a *Batilo* ser un mimo para verse solicitado por las damas romanas; a *Rhoé*, con danzar en el teatro; a *Roscia* y a *Nerina* con representar en los coros, para atraerse una muchedumbre de amantes. La vanidad y la audacia, seguidas de una potencia demasiado grande, habían quitado a los romanos el gusto del secreto y del misterio; les agradaba hacer del teatro público el de sus amores; no estaban celosos del anfiteatro y compartían con la multitud los encantos de sus queridas. Su gusto no iba más que a dejar ver que amaban no a una bella persona o a una excelente comediante, sino a una comediante.

* Nada descubre mejor la disposición en que están los hombres con relación a las ciencias y a las bellas letras y de qué utilidad las creen en la república, que el precio que les han puesto y la idea que se forman de los que han tomado el partido de cultivarlas. No hay arte tan mecánico ni de tan vil condición en el que las ventajas no sean más seguras, más prontas y más sólidas. El comediante, echado en su carroza, lanza el barro a la cara de CORNEILLE, que va a pie. Para muchos, sabio y pedante son sinónimos.

Con frecuencia, cuando habla el rico y habla de doctrina, corresponde a los doctos callarse, escuchar y aplaudir si quieren por lo menos pasar por doctos.

* Hay una especie de atrevimiento en sostener ante ciertos espíritus la vergüenza de la erudición: se encuentra en ellos una prevención contra los sabios, a los que niegan los modales mundanos, el saber vivir, el espíritu de sociedad y a los que, una vez despojados de esa manera, los envían a su despacho y a sus libros. Como la ignorancia es un estado apacible y que no requiere ningún trabajo, se alínean en ella en muchedumbre y se forma en la corte y en la ciudad un numeroso partido que vence al de los sabios. Si éstos alegan en su favor los nombres de ESTRÉES, de HABLAY, BOSSUET, SÉGUIER, MONTAUSIER, WARDES, CHEVREUSE, NOVIÓN, LAMOIGNÓN, SCUDERY (4), PELLISÓN y de tantos otros personajes igualmente doctos y cultos; si se atreven a citar los grandes nombres de CHARTRES, de CONDÉ, de CONTI, de BOURBÓN, del MAINE, de VENDOME, como príncipes que han sabido reunir a los más bellos y los más altos conocimientos el aticismo de los griegos y la urbanidad de los romanos, se limitan a decirles que son ejemplos singulares, y si recurren a sólidas razones, son débiles contra la voz de la multitud. Parece, no obstante, que se debería decidir sobre esto con más precaución y tomarse solamente la pena de sospechar si ese mismo ingenio que hace hacer tan grandes progresos en las ciencias, que hace pensar, juzgar, hablar y escribir bien, no podría servir para ser refinado.

Hace falta muy poca disposición para la cortesía en los modales: hace falta mucha para la del espíritu.

* ¿Es sabio?, dice un político, es incapaz para los negocios; yo no le confiaría el cargo de mi guardarropa; y tiene razón. OSSAT, XIMENES, RICHELIEU, eran sabios. ¿Eran también capaces? ¿Han pasa-

(4) La señorita Scudéry. *(Nota de La Bruyère.)*

do por buenos ministros? Sabe el griego, continúa el hombre de Estado; es un escritorzuelo, es un filósofo. Y, en efecto, una verdulera, en Atenas, según las apariencias hablaba griego, y por esa razón era filósofa. Los BIGNÓN, los LAMOIGNÓN, eran puros escritorzuelos, ¿quién puede dudarlo? Sabían el griego.

¡Qué visión, qué delirio, el del grande, del sabio, del juicioso Antonino, cuando dice que *los pueblos serían felices si el emperador filosofase, o si el filósofo o el escritor viniesen al imperio!*

Las lenguas son la clave o la introducción de las ciencias y nada las supera; el desprecio de unas cae sobre las otras. No se trata de si las lenguas son antiguas o nuevas, muertas o vivas; sino de si son groseras o pulidas, si los libros que con ellas se han escrito son de bueno o de mal gusto. Supongamos que nuestra lengua puede tener un día la suerte de la griega y de la latina; habría que ser pedante, varios siglos después cuando ya no se hablase, para leer a MOLIÈRE o a LA FONTAINE.

* Nombro a *Eurípides* y me decís: Es un hombre erudito. Decís también del que trabaja una viga: Es carpintero; y del que rehace una pared: Es albañil. Yo os pregunto cuál es el taller donde trabaja ese hombre hábil, ese hombre instruído, cuál es su muestra, por qué ropa se le distingue, qué herramientas emplea: ¿Es ése su rincón? ¿Es ése su martillo y su yunque? ¿Dónde funde o forja su obra? ¿Dónde la expone para su venta? Un obrero está satisfecho de ser obrero; Eurípides está satisfecho de ser hombre inteligente. Si lo es así, me describís un fatuo que pone el talento en lo plebeyo, un alma vil y mecánica, a la que no se podría aplicar seriamente lo que es bello ni lo que es espiritual; y si es verdad que no se ufana de nada, es un hombre prudente y que tiene talento. ¿No decís también del sabiondo, que es un hombre instruído y lo mismo del mal poeta? ¿Pero vos mismo, os creéis sin ningún talento? Y si lo tenéis, es sin duda bello y conveniente. Sois, pues, un hombre instruído, y si no tomáis ese nombre por injuria, continuad, consiento en dárselo a Eurípides y en emplear esta ironía, como los idiotas, sin el menor discernimiento, o como los ignorantes a los que consuela de cierta cultura que les falta y que sólo ven en los demás.

* Que no me hablen jamás de tinta, de papel, de pluma, de estilo, de impresor, de imprenta; que no se aventuren más a decirme: ¡Escribís tan bien, *Antístenes!*, continuad escribiendo. ¿No veremos un infolio vuestro? Tratad de todas las virtudes y de todos los vicios en una obra seguida, metódica, que no tenga fin; y deberían añadir: ningún curso. Yo renuncio a todo lo que ha sido, a todo lo que es y a todo lo que será libro. *Berilo* cae con un síncope a la vista de un gato y yo a la vista de un libro. ¿Estoy mejor alimentado y mejor vestido, tengo mi habitación al abrigo del norte, tengo una cama de plumas, después de veinte años enteros que se me cotiza en plaza? Tengo un gran nombre, decís, y mucha gloria; decid que tengo mucho viento que no sirve para nada. ¿Tengo un adarme de ese metal que procura todas las cosas? El vil causídico abulta su cuenta, se hace reembolsar gastos que no ha hecho y tiene como yerno a un conde o a un magistrado. Un hombre *rojo* u *hoja muerta* (5) llega

(5) Es decir, un lacayo que llevaba una librea de esos colores.

a apoderado y pronto es más rico que su amo; lo deja en la pobreza y, con el dinero, se convierte en noble. B. (6) se enriquece exhibiendo un teatro de marionetas; BB. (7) vendiendo botellas de agua del río. Otro charlatán (8) llega aquí del otro lado de los montes, con un baúl, y cuando todavía no lo ha descargado, las ganancias corren tras él; está en condiciones de volver al punto de procedencia con mulas y furgones. *Mercurio*, es *Mercurio* y nada más, y el oro no basta para pagar sus mediaciones y sus intrigas: hay que añadir el favor y las distinciones. Y, sin hablar más que de ganancias lícitas, se paga al tejero su teja, al obrero su tiempo y su trabajo... ¿Pagamos a un autor lo que piensa y lo que escribe? Y si piensa muy bien, ¿le pagamos con largueza? ¿Amuebla su casa, se ennoblece a fuerza de pensar y de escribir bien? Es preciso que los hombres se vistan, que estén afeitados; es preciso que, hallándose en casa, tengan una puerta que cierre bien; y ¿es necesario que sean instruídos? ¡Locura, sencillez, imbecilidad, prosigue *Antístenes*, declararse uno autor o filósofo! Tener, si se puede, *un oficio lucrativo* que haga la vida amable, que permita prestar a los amigos y dar a los que no pueden devolver; escribid entonces por diversión, por ociosidad, lo mismo que *Títiro* silba o toca la flauta; eso o nada: yo escribo con esas condiciones y de esa manera cedo a la violencia de los que me agarran por el cuello y me dicen: Escribiréis. Ellos leerán como título de mi nuevo libro: *De lo Bello, De lo Bueno, De lo Verdadero, De las Ideas, Del primer Príncipe*, por *Antístenes, vendedor de pescado fresco.*

* Si los embajadores de los príncipes extranjeros fuesen monos amaestrados y se hiciesen entender por intérpretes, no podríamos sentir mayor asombro que el que nos causan la justeza de sus contestaciones y el buen sentido que aparece algunas veces en sus discursos. Los prejuicios y el orgullo nacional nos hacen olvidar que la razón es de todos los climas y que se piensa en todas partes donde hay hombres. No nos gustaría ser tratados así por los que llamamos bárbaros, y si hay en nosotros alguna barbarie, consiste en que nos asustamos de ver a otros pueblos que razonan como nosotros (9).

No todos los extranjeros son bárbaros y no todos nuestros com-

(6) Benoit, que exhibía figuras de cera.

(7) Barbereau, que había hecho fortuna vendiendo agua del Sena por aguas minerales.

(8) El italiano Caretti, que vino a vender en Francia un elixir que obtuvo maravilloso éxito. Siete gotas de este elixir bastaban, según él, para curar todos los males, mas para mayor seguridad, se lo hacía pagar antes de la curación. En las cartas de madama de Sévigné se habló de este empírico.

(9) Este artículo fué inspirado por la presencia en París de los embajadores del rey de Siam, en 1686. He aquí lo que dijo Voltaire al respecto: «Los franceses acababan de establecer factorías en las costas del Coromandel y habían hecho llegar a esas extremidades del Asia la fama de su rey. Un griego, hijo de un tabernero de Cefalonia, llamado Falk Constancio, que había llegado a ser primer ministro del rey de Siam, consideró a Luis XIV propio para ser adulado por un homenaje que viniese de tan lejos, sin ser esperado. Envió en nombre del rey de Siam, su amo, una solemne embajada con grandes presentes a Luis XIV, para darle a entender que aquel rey indio, enamorado de su gloria, no quería hacer tratado de comercio sino con Francia, y que no estaba lejos de hacerse cristiano. Halagada la grandeza del rey, y engañada su religión, decidióse a enviar al rey de Siam dos embajadores y seis jesuítas, a los que se agregaron oficiales y ochocientos soldados; pero el esplendor de esa embajada siamesa fué el único fruto que de ella se sacó». (*Siglo de Luis XIV*, cap. XIV.)

patriotas son civilizados; de la misma manera, no toda campiña es agreste (10), y no toda ciudad es culta. Hay en Europa una comarca de una provincia marítima, en un gran reino, donde los lugareños son dulces e insinuantes; el burgués y el magistrado, por lo contrario, son groseros y su rusticidad es hereditaria.

* Con un lenguaje tan puro, un atildamiento tan grande en nuestro vestir, unas costumbres tan cultivadas, unas leyes tan hermosas y una cara blanca, somos bárbaros para algunos pueblos.

* Si oyésemos decir de los orientales que beben ordinariamente un licor que se les sube a la cabeza, les hace perder la razón y les hace vomitar, diríamos: Eso es bien bárbaro.

* Ese prelado se exhibe poco en la corte; es muy retirado, no se le ve con mujeres; no juega ni a grande ni a pequeña *prima* (11); no asiste a fiestas ni a espectáculos, no es hombre de cábala; no es hombre de intriga; siempre en su obispado, del que ha hecho su residencia continua, sólo piensa en instruir a su pueblo por la palabra y en edificarlo con su ejemplo; consume sus bienes en limosnas y su cuerpo por la penitencia; tiene espíritu de regularidad y es imitador del celo y de la piedad de los apóstoles. Los tiempos han cambiado y está amenazado bajo este reino con un título más eminente (12).

* ¿No se podría hacer comprender a las personas de cierto carácter y de una profesión seria, por no decir más, que no están obligados a hacer decir de ellos que juegan, que cantan y que bromean como los demás hombres; y que al verles de tan buen humor y tan agradables no se creería que pudiesen ser además tan regulares y tan severos? ¿Se podría siquiera insinuarles que se alejan con tales maneras de la cortesía de que están dotados; que por razón de esa cortesía, eviten el contraste que exhibe al mismo hombre con aspectos diferentes que hacen de él un compuesto ridículo o grotesco?

* No hay que juzgar a los hombres como a un cuadro o a una figura, solamente por el primer examen que de ellos se hace: existe un interior y un corazón, que es preciso profundizar. El velo de la modestia cubre el mérito, y la máscara de la cortesía oculta la malignidad. Sólo un pequeño número de conocedores puede discernir y tiene derecho de pronunciarse. Sólo a fuerza de tiempo y de ocasiones llegan a darse a conocer la virtud perfecta y el vicio consumado (13).

FRAGMENTO

«...decía que el talento en aquella hermosa persona era un diamante bien trabajado. Y continuaba hablando de ella: Es, añadía, como un matiz de razón y de agrado el que llena los ojos y el corazón de los que la tratan; no se sabe si se la ama o si se la admira;

(10) Este término se entiende aquí metafóricamente. *(Nota de La Bruyère.)*

(11) El juego de prima era un juego de cartas que estuvo muy en boga en el siglo XVI. Probablemente en recuerdo de esa boga fué aplicada la palabra *prima* a ciertas operaciones de bolsa.

(12) Esto ha sido aplicado a M. de Noailles, arzobispo de París.

(13) La mayor parte de los hombres tienen, como las plantas, propiedades que el azar hace descubrir. (LA ROCHEFOUCAULD.)

» con lo que hay en ella se puede hacer una perfecta amiga, y puede » llevaros mucho más lejos que la amistad; demasiado joven y demasiado florida para no agradar, pero demasiado modesta para soñar » en agradar, sólo tiene en cuenta el mérito de los hombres y no cree » tener más que amigos. Llena de vivacidad y capaz de sentimientos, » sorprende e interesa; y, sin ignorar nada de lo más delicado y fino » que puede entrar en las conversaciones, tiene todavía sus salidas » felices, que, entre otros placeres que dan, dispensan siempre de la » réplica; os habla como habla el que no es sabio, el que duda y trata » de instruirse; y os escucha como el que sabe mucho, como el que » conoce el precio de lo que le decís y no se deja escapar nada. Lejos » de dedicarse a contradeciros con talento e imitar a *Elvira*, a la que » le gusta más pasar por una mujer viva que demostrar buen sentido » y justeza, se apropia de vuestros sentimientos, los cree suyos, los » amplía y los embellece; os sentís contentos de haber pensado tan » bien y de haber hablado mejor que lo que pensabais. Está por en» cima de la vanidad, lo mismo cuando habla que cuando escribe; » olvida los efectismos donde hacen falta razones; ha comprendido ya » que la sencillez es elocuente. Si se trata de servir a alguien o de » hacer que vosotros le sirváis, dejando a *Elvira* los lindos discursos » y la literatura que pone en todo, *Artemisa* se limita a la sinceridad, » al ardor, al entusiasmo y a la persuasión que pone en todo. Lo que » domina en ella es el placer de la lectura y el gusto por el trato con » personas de nombre y de reputación, menos para ser conocida de » ellas que para conocerlas. Se la puede alabar por adelantado por » toda la sabiduría que tendrá un día y por todo el mérito que al» canzará con los años, porque a una buena conducta une mejores » intenciones, principios seguros, útiles a los que, como ella, están » expuestos a los peligros de la adulación; y siendo tan extraordi» naria, sin estar enorgullecida por ello, teniendo cierta inclinación » hacia la vida retirada, no le habían de faltar más que las ocasiones, » eso que se llama un gran teatro, para hacer brillar en él todas sus » virtudes 14)».

* Una hermosa mujer es naturalmente amable; no pierde nada con ser descuidada y no ostentar más adorno que el de su belleza y el de su juventud; una gracia ingenua ilumina su cara y anima sus menores acciones; habría menos peligro en verla con todo el atuendo del lujo y de la moda. De la misma manera, un hombre de bien es respetable por sí mismo e independientemente de todas las apariencias con las que pudiera tratar de ayudarse para volver su persona más grave y su virtud más especiosa. Un aspecto de corrección, una modestia exagerada, la singularidad en el vestir, un amplio gorro, no añaden nada a la probidad, no realzan el mérito; lo recargan y hasta tal vez lo hagan aparecer como menor, por ser menos puro e ingenuo.

Una seriedad demasiado estudiada se convierte en cómica. En esta

(14) Una nota de Chaulieu, inserta en una de sus obras, señala como el original de *Artemisa* a Catalina Turgot, mujer de Gilles de Allgre, consejero en el parlamento, casada en segundas nupcias con Matte de Chevilly. «Es por ella —dice Chaulieu— que el amor me ha dictado infinidad de versos que tengo hechos». M. Destaillieur hace notar con razón que lo que se sabe de Catalina Turgot apenas concuerda con lo que dice La Bruyère.

materia los extremos se tocan y el medio es dignidad; aquello no es ser grave sino representar un papel de personaje; el que sueña con serlo no lo conseguirá jamás. O no existe la seriedad o es natural, y en esa cuestión es menos difícil descender que subir.

* Un hombre de talento y de reputación, si es triste y austero, disgusta a los jóvenes, les hace formar mal concepto de la virtud, a la que presenta como obligando a una reforma demasiado grande y de práctica demasiado fastidiosa; si ese hombre de talento y de reputación es, por el contrario, de buen trato, constituye una lección útil para los jóvenes, pues les enseña que se puede vivir y trabajar con alegría y abrigar intenciones serias sin renunciar a los placeres honestos; se convierte para ellos en un ejemplo que se puede seguir.

* La fisonomía no es una regla que se nos haya dado para juzgar a los hombres, pero nos puede servir de conjetura.

* El aspecto espiritual está en los hombres y la regularidad de las facciones en las mujeres; esa es la especie de belleza a que pueden aspirar los más vanos.

* Un hombre que tiene mucho mérito y talento y que es conocido como tal, no es feo, aunque sus facciones sean deformes; o si tiene fealdad, esa fealdad no produce impresión.

* ¡Cuánto arte para entrar en la naturaleza! ¡Cuánto tiempo, cuántas reglas y cuánta atención y trabajo, para danzar con la misma libertad y la misma gracia con que se sabe andar; para cantar como se habla, para hablar y expresarse como se piensa; para poner tanta fuerza, vivacidad, pasión y persuasión en un discurso estudiado y que se pronuncia ante el público, como la que se tiene algunas veces naturalmente y sin preparación en las conversaciones más familiares!

* Los que, sin conocernos bastante, piensan mal de nosotros, no nos hacen daño, pues no nos atacan a nosotros sino al fantasma de su imaginación.

* Hay pequeñas reglas, deberes, conveniencias, unidas a los lugares, a los tiempos, a las personas, que no se adivinan a fuerza de talento y que enseña el uso sin ningún trabajo: juzgar de los hombres por las faltas de esa clase que se les escapan antes de estar bastante instruídos, equivale a juzgar de ellos por sus uñas o por la punta de sus cabellos; es querer verse un día sacado del engaño.

* Yo no sé si es permitido juzgar de los hombres por una falta única, y si de una necesidad extrema, de una violenta pasión, o de un primer movimiento se debe sacar consecuencia.

* Lo contrario de los rumores que corren frecuentemente sobre los negocios o sobre las personas es a veces la verdad.

* Sin una gran rigidez y sin una continua atención a todas las palabras, se está expuesto a decir en menos de una hora, «sí» y «no» sobre una misma cosa o sobre una misma persona, movido tan sólo por un espíritu de sociedad y de trato, que arrastran naturalmente a no contradecir a éste o a aquél, que hablan del asunto de manera diferente.

* Un hombre parcial está expuesto a pequeñas mortificaciones; porque, como es igualmente imposible que aquellos a quienes favorece sean siempre dichosos y prudentes y que aquellos contra los que se declara sean siempre culpables o desgraciados, nace de eso

que, con frecuencia, llega a quedar desconcertado en público, o por la mala suerte de sus amigos o por una nueva gloria que adquieren aquellos a quienes no aprecia.

* Un hombre inclinado a dejarse prevenir, si se atreve a desempeñar una dignidad secular o eclesiástica, es como un ciego que quiere pintar, un mudo que se encarga de una arenga o un sordo que juzga una sinfonía: débiles imágenes que expresan imperfectamente la miseria de la prevención. Es preciso añadir que éste es un mal desesperado, incurable, que infecta a todos los que se aproximan al enfermo, que hace desertar a los iguales, a los inferiores, a los parientes, a los amigos, hasta a los médicos: éstos están bien lejos de curarlo si no pueden hacerle convenir en su enfermedad ni en los remedios, pues tendrían que dudar, informarse y adquirir datos. Los aduladores, los canallas, los calumniadores, los que no emplean su lengua más que para la mentira y para el interés, son los charlatanes en los que tal hombre se confía y los que le hacen tragar todo lo que tienen por conveniente; son también ellos los que lo envenenan y lo matan.

* La regla de DESCARTES (15) que no quiere que se decida sobre las menores verdades antes de que sean conocidas clara y distintamente, es bastante bella y bastante justa para poder extenderse al juicio que se hace de las personas.

* Nada nos venga mejor de los malos juicios que los hombres hacen de nuestro talento y de nuestras maneras, que la indignidad y el mal carácter de los que aprueban.

Por la misma causa que se desprecia a un hombre de mérito, se sabe también admirar a un idiota.

* Un tonto es el que no tiene el talento suficiente para ser fatuo.

* Un fatuo es el que los tontos creen un hombre de mérito.

* El impertinente es un fatuo exagerado. El fatuo cansa, aburre, disgusta, repele; el impertinente repele, agría, irrita, ofende; comienza donde el otro termina.

El fatuo está entre el impertinente y el tonto: es un compuesto del uno y del otro.

* Los vicios proceden de una depravación del corazón; los defectos de un vicio de temperamento; el ridículo, de un defecto de la inteligencia.

El hombre ridículo es el que, mientras lo sigue siendo, tiene las apariencias del tonto.

El tonto no sale jamás del ridículo, pues ése es su carácter; se entra en el ridículo alguna vez con inteligencia, pero se sale.

Un error de hecho precipita a un hombre prudente en el ridículo.

La tontería está en el tonto; la fatuidad en el fatuo y la impertinencia en el impertinente; parece que el ridículo reside tanto en el que es ridículo, como en la imaginación de los que creen ver el ridículo donde no está y no puede estar.

* La grosería, la rusticidad, la brutalidad, pueden ser los vicios de un hombre de talento.

* El estúpido es un tonto que no habla; en eso más soportable que el tonto que habla.

(15) Esta regla está desarrollada en la segunda parte del *Discurso sobre el método*.

* La misma cosa es, con frecuencia, en la boca de un hombre de talento, una ingenuidad o una agudeza, y en la del necio, una necedad.

* Si el fatuo pudiera temer hablar mal, perdería su carácter.

* Una de las señales de la mediocridad de la inteligencia es narrar o contar siempre.

* El tonto no sabe qué postura tomar; el fatuo tiene el aire libre y osado; el impertinente llega a la desvergüenza; el hombre de mérito tiene pudor.

* El suficiente es aquel en quien la práctica de ciertos detalles, a los que se honra con el nombre de negocios, se encuentra unida a una gran mediocridad de inteligencia.

Un grano de espíritu y una onza de negocios más de lo que entra en la composición del suficiente, hacen el importante.

Mientras no se hace otra cosa que reírse del importante, no tiene otro nombre; desde el momento en que se queja uno de él, es el arrogante.

* El hombre honrado se encuentra entre el hombre hábil y el hombre de bien, aunque a distancia desigual de ambos extremos.

La distancia que hay del hombre honrado al hombre hábil se debilita de un día al otro y está a punto de desaparecer.

El hombre hábil es el que oculta sus pasiones, el que entiende sus intereses, el que sacrifica a ellos muchas cosas y el que ha sabido adquirir bienes o conservarlos.

El hombre honrado es el que no roba en los caminos ni mata a nadie, cuyos vicios, en fin, no son escandalosos.

Se conoce bastante que un hombre de bien es hombre honrado; pero es divertido imaginar que todo hombre honrado no es hombre de bien.

El hombre de bien es el que no es ni un santo ni un devoto (16) y que se limita a no tener más que la virtud.

* Talento, gusto, ingenio, buen sentido, cosas diferentes, no incompatibles.

Entre el buen sentido y el buen gusto, existe la diferencia de la causa a su efecto.

Entre ingenio y talento hay la proporción del todo a la parte.

¿Llamaré hombre de ingenio al que, limitado y encerrado en cualquier arte o también en ciertas ciencias que ejerce con gran perfección, no demuestra fuera de ello ni buen juicio, ni memoria, ni vivacidad, ni costumbres, ni conducta, que no entiende, que no piensa, que se expresa mal; un músico, por ejemplo, que después de haberme encantado con sus acordes parece haberse encerrado con su laúd en un mismo estuche, o no ser ya, sin ese instrumento, más que una máquina desmontada, a la que falta alguna cosa y de la que nada se puede esperar?

¿Qué diré también del ingenio del juego? ¿Es posible definirlo? ¿No hace falta previsión, ni fineza, ni habilidad para jugar al tresillo o al ajedrez? Y si hace falta, ¿por qué se ven imbéciles que sobresalen en esos juegos y muy buenos ingenios que no pueden alcanzar en ellos la mediocridad, y a los que una pieza o una carta en las manos turba la vista y descompone?

(16) Falso devoto. *(Nota de La Bruyère.)*

¿Hay algo en el mundo, a ser posible, más difícil de comprender? Un hombre (17) parece grosero, pesado, estúpido; no sabe hablar, ni contar lo que acaba de ver: si se pone a escribir, es el modelo de los buenos cuentistas; hace hablar a los animales, a los árboles, a las piedras, a todo lo que no habla; todo es agilidad, elegancia, belleza natural y delicadeza en sus obras.

Otro es sencillo (18), tímido, de una conversación enojosa; toma una palabra por otra y no juzga de la bondad de su pieza más que por el dinero que le produce; no sabe recitarla, ni leer lo que ha escrito. Dejadle elevarse por la composición y no está por debajo de AUGUSTO, de POMPEYO, de NICOMEDES, de HERACLIO; es rey, y un gran rey; es político, es filósofo; se dedica a hacer hablar a los héroes y a hacerles obrar; pinta a los romanos y los romanos son más grandes y más romanos en sus versos que en su historia.

¿Queréis algún otro prodigio? Concebid un hombre fácil, dulce, complaciente, tratable, y de repente, violento, colérico, fogoso, caprichoso. Imaginad un hombre sencillo, ingenuo, crédulo, bromista, voluble, un niño de pelo gris; pero permitidle que se recoja, o más bien que se entregue a un genio que obra en él, me atrevo a decir, sin que él tome parte, y como a su pesar: ¡qué palabra!, ¡qué elevación!, ¡qué imágenes!, ¡qué latín! ¿Habláis de una misma persona? me diréis. Sí, de la misma, de *Teodas* (19), de él solo. Grita, se agita, rueda por tierra, truena, resplandece y de esta tempestad sale una luz que brilla y que encanta. Digámoslo llanamente: habla como un loco y piensa como un hombre prudente y sabio; dice ridículamente cosas verdaderas y locamente cosas sensatas y razonables; sorprende ver nacer y brotar el buen sentido del seno de la bufonería entre gestos y contorsiones. ¿Qué más añadiré? Dice y hace cosas mejores que las que sabe; existen en él como dos almas que no se conocen, que no dependen una de otra, que tiene cada una su turno, o sus funciones completamente separadas. Faltaría un trazo a esta pintura tan sorprendente, si me olvidase de decir que es a la vez ávido e insaciable de alabanzas, dispuesto a echarse a los ojos de sus críticos y en el fondo bastante dócil para sacar provecho de su censura. Comienzo a persuadirme yo mismo de que he hecho el retrato de dos personajes completamente diferentes: no sería tampoco imposible encontrar un tercer personaje en Teodas, porque es hombre bueno, agradable y excelente.

* Después del espíritu de discernimiento, lo más raro que hay en el mundo son los diamantes y las perlas.

* Tal, conocido en el mundo por su gran inteligencia, honrado y

(17) La Fontaine vivía aún cuando apareció este artículo, en 1691. (A. DESFAILLEAUX.)
(18) Pedro Corneille.
(19) *Teodas* no es otro que Juan de Santeul, nacido en París el 12 de mayo de 1630, muerto el 5 de agosto de 1697. «Era —dice Saint-Simón— el más grande poeta latino que hubiese surgido desde hacía varios siglos, lleno de fuego, de ingenio, de caprichos los más agradables, que lo hacían de la más excelente compañía, buen comensal sobre todo... y que, con un espíritu bien poco propio para el claustro, era, no obstante, un excelente religioso». La Bruyère lo había conocido personalmente en casa de Condé. El éxito de sus himnos lo transportaba de alegría; recorría las iglesias para oírlos cantar. La más completa de las ediciones de sus obras es la que apareció en 1729 bajo el título: *Joannis Baptistæ Santolii Victorini operum omnium editio tertia, in quâ reliqua opera nondum conjunctim edita reperiuntur*, y a ella se agregaron los *Hymni sacri*, París, 1698.

querido donde quiera que se encuentre, es pequeño en su casa y a los ojos de sus allegados que no ha podido hacer que lo estimen; tal otro, por el contrario, profeta en su país, goza de una boga entre los suyos, que está limitada al recinto de su casa; tiene un mérito raro y singular que le concede su familia, de la que es el ídolo, pero que deja en su casa siempre que sale y que no lleva a ninguna parte.

* Todo el mundo se alza contra un hombre que entra en reputación; apenas aquellos que cree sus amigos le perdonan un mérito naciente y una primera boga que parece asociarlo a la gloria, de la que ya están ellos en posesión. Sólo se le rinden en último extremo y después que el príncipe se ha declarado por las recompensas: entonces todos se acercan él y sólo desde ese día toma su categoría de hombre de mérito.

*Afectamos con frecuencia alabar con exageración a hombres bastante mediocres, y elevarlos si es posible hasta la altura de los que sobresalen (20), o porque estamos cansados de admirar siempre a las mismas personas, o porque su gloria así repartida ofende menos nuestra vista y nos resulta más dulce y más soportable.

* Se ven hombres a los que el viento del favor empuja al principio a plenas velas; pierden en un momento de vista la tierra y hacen su camino; todo les sonríe, en todo tienen éxito: acción, obras, todo es colmado de elogios y de recompensas; sólo aparecen para ser abrazados y felicitados. Hay una roca que se eleva en una costa; las olas se rompen a su pie, el poder, las riquezas, la violencia, la adulación, la autoridad, el favor, todos los vientos no la conmueven: es el público, contra el que esas gentes chocan.

* Es corriente y natural juzgar del trabajo ajeno solamente en relación al que nos ocupa. Por eso, el poeta, lleno de grandes y sublimes ideas, estima poco el discurso del orador, que versa con frecuencia sobre simples hechos; y el que escribe la historia de su país no puede comprender que un hombre razonable emplee su vida en imaginar ficciones y encontrar una rima; de la misma manera el bachiller, sumergido en los cuatro primeros siglos, trata a toda otra doctrina de ciencia triste, vana e inútil, mientras que él puede ser despreciado por el geómetra.

* Tal, tiene bastante talento para sobresalir en cierta materia y dar lecciones de ella, y carece del suficiente para ver que debe callarse sobre cualquiera otra de la que no tiene más que un débil conocimiento; sale atrevidamente de los límites de sus conocimientos, pero se extravía y hace que el hombre ilustre hable como un necio.

* *Herilo*, sea que hable, que arengue, o que escriba, quiere citar; hace decir al príncipe de los filósofos que el vino embriaga y que el agua lo templa. Si se lanza a la moral, no es él, sino el divino Platón quien asegura que la virtud es amable y el vicio odioso o que la una y el otro se convierten en costumbre. Las cosas más comunes, las más triviales que él mismo es capaz de pensar, quiere deberlas a los antiguos, a los latinos, a los griegos; no es ni siquiera

(20) Elevamos la gloria de unos para que descienda la de otros. (LA ROCHEFOUCAULD.)

para dar mayor autoridad a lo que dice, ni tal vez para lucirse con lo que sabe: quiere citar.

* Es con frecuencia arriesgar una frase feliz y querer perderla, el darla como suya: no la eleva, cae entre gentes de talento o que se creen tales, que no la han dicho y que debieron decirla. Es, por el contrario, hacerla valer, recordarla como dicha por otro: entonces ya es sólo un hecho y no se estaba obligado a conocerla; se dice con más insinuación y se recibe con menos prevención; nadie sufre por ello; se ríe si es necesario reír y si es necesario admirar se admira.

* Se ha dicho de SÓCRATES que deliraba y que era un loco lleno de talento; pero entre los griegos, los que hablaban así de un hombre tan sabio pasaban por locos. Decían: ¡qué extraños retratos nos hace ese filósofo! ¡Qué costumbres extrañas y particulares describe! ¿Dónde ha soñado y reunido ideas tan extraordinarias? ¡Qué colores! ¡Qué pincel! Eso son quimeras. Se equivocaban: eran monstruos, eran vicios, pero pintados al natural; uno se creía verlos; daban miedo. Sócrates se alejaba del cínico; prescindía de las personas y censuraba las costumbres, que eran malas (21).

* El que es rico por su destreza conoce a un filósofo, sus preceptos, su moral y su conducta, y no imaginando en todos los hombres otro fin de sus acciones que el que él mismo se ha propuesto durante toda su vida, dice para sí: lo compadezco, lo doy por fracasado a ese rígido censor; se extravía y está fuera del camino; no se llega de esa manera al delicioso puerto de la fortuna; y, según sus principios, razona justamente.

Yo perdono, dice *Antistio*, a los que he alabado en mi obra, si me olvidan: ¿qué he hecho por ellos? Eran loables. Yo perdonaría menos a todos aquellos cuyos vicios he atacado sin tocar a sus personas, si me debiesen un bien tan grande como el de haberse corregido; pero como éste es un acontecimiento que no se ve, deduzco de ahí que ni los unos ni los otros están en el caso de hacerme bien (22).

Se puede, añade ese filósofo, envidiar mis escritos o rehusarles su recompensa; no se lograría con ello disminuir su reputación; y si se hace así, ¿quién impedirá mi desprecio?

* Es bueno ser filósofo y casi no es útil pasar por tal. No está permitido tratar a cualquiera de filósofo: eso será siempre decirle una injuria hasta que se dignen los hombres disponer las cosas de otra manera y restituyan a un título tan hermoso su idea propia y conveniente, que le concilie toda la estima que le es debida.

* Hay una filosofía que nos eleva por encima de la ambición y de la fortuna, que nos iguala, ¿qué digo igualar?, que nos coloca más alto que los ricos, que los grandes y que los poderosos, que nos hace despreciar los puestos y a los que los procuran; que nos libra de desear, de pedir, de rogar, de solicitar, de importunar, y que nos salva también de la emoción y de la excesiva alegría de ser acogidos

(21) *Sócrates*, aquí, no es Sócrates; es un nombre que oculta otro. (Carta de La Bruyère en contestación a una crítica de su obra.) Aquí Sócrates es evidentemente La Bruyère.

(22) No habiendo aparecido este párrafo sino después del éxito del libro de La Bruyère, probado por la venta de las tres primeras ediciones, es evidente que él mismo se designa con el nombre de *Antistio*. (VALCKENAER.)

favorablemente. Hay otra filosofía que nos somete y nos esclaviza a todas esas cosas en favor de nuestros parientes o de nuestros amigos: esa es la mejor.

* Es abreviar y ahorrarse mil discusiones pensar de ciertas gentes que son incapaces de hablar justo y de condenar lo que dicen, lo que han dicho y lo que dirán.

* No aprobamos a los demás sino por las relaciones que sentimos tienen con nosotros mismos, pues parece que estimar a alguno es igualarlo a nosotros mismos.

* Los mismos defectos que son en los demás pesados e insoportables, están en nosotros como en su centro; no pesan ni se les siente. Tal habla de otro y hace de él un retrato horrible, sin ver que se pinta a sí mismo.

Nada nos corregiría tan pronto de nuestros defectos, como el ser capaces de confesarlos y de reconocerlos en los demás; en esa justa distancia se nos aparecerían como son y se harían todo lo odiosos que merecen.

* La conducta prudente rueda sobre dos ejes, el pasado y el porvenir. El que tiene la memoria fiel y una gran previsión está fuera del peligro de censurar en los demás lo que quizá ha hecho él mismo, o de condenar una acción en un parecido caso y en idénticas circunstancias en que él mismo tendrá que ejecutarla inevitablemente un día.

* El guerrero y el político, lo mismo que el hábil jugador, no hacen el azar, pero lo preparan; lo atraen y parecen casi determinarlo; no solamente saben eso que el necio y el poltrón ignoran, quiero decir servirse del azar cuando llega, sino que saben también, con sus precauciones y sus medidas, aprovecharse de éste o de aquel azar o de varios a la vez: Si ese punto llega, ganan; si llega ese otro, ganan también; un mismo punto con frecuencia les hace ganar de varias maneras. Esos hombres prudentes pueden ser alabados por su buena fortuna como por su buena conducta, y el azar debe ser recompensado en ellos como la virtud.

* Yo no pongo por encima de un gran político más que al que renuncia a llegar a serlo y se persuade cada vez más de que el mundo no merece que nos ocupemos de él.

* Hay en los mejores consejos algo que disgusta; además, no proceden más que de nuestra inteligencia; eso es suficiente para ser rechazados desde un principio por presunción y por humor, y seguidos solamente por necesidad o por reflexión.

¡Qué dicha sorprendente ha acompañado a ese favorito durante el curso de su vida! ¡Qué otra fortuna mejor sostenida, sin interrupción, sin la menor desgracia! Los primeros puestos, la confianza del príncipe, inmensos tesoros, una salud perfecta y una muerte dulce. Pero, ¡qué extraña cuenta a rendir de una vida pasada en el favor, de los consejos que ha dado, de los que se ha descuidado en dar o en seguir, de los bienes que no se han hecho, de los males que, por el contrario, se han hecho, o por sí mismo o por los demás; en una palabra: de toda su prosperidad!

* Se gana al morir el ser alabado por aquellos que nos sobreviven, frecuentemente sin más mérito que el de no existir ya; el mismo elogio sirve entonces para *Catón* y para *Pisón*.

Corre el rumor de que Pisón ha muerto; es esa una gran pérdida, pues era un hombre de bien, que merecía una vida más larga. Tenía talento y agrado, firmeza y valor; era constante, generoso, fiel; añadid: con tal que haya muerto.

* La manera de juzgar sobre algunos que se distinguen por la buena fe, el desinterés y la probidad, no es tanto un elogio como el descrédito del género humano.

Tal, que descuida su familia y deja a sus hijos en la indigencia, alivia a los miserables; otro eleva un nuevo edificio, cuando todavía no ha pagado el techo de una casa que acabó hace diez años; un tercero hace presentes y larguezas y arruina a sus acreedores. Yo pregunto: ¿la piedad, la liberalidad, la magnificencia, son las virtudes de un hombre injusto, o más bien la ridiculez y la vanidad no son las causas de la injusticia?

* Una circunstancia esencial a la justicia que se debe a los demás, es hacerla prontamente y sin diferirla; hacerla esperar, es injusticia.

Obran bien o hacen lo que deben, los que hacen lo que deben. El que, en toda su conducta, deja largo tiempo decir de sí que hará bien, obra muy mal.

* Se dice de un grande que hace dos comidas al día y que pasa su vida haciendo la digestión, que se muere de hambre, para expresar que no es rico, o que sus negocios son muy malos: esa es una figura; se podría decir: más conforme al juicio de sus acreedores.

* La honradez, los miramientos y la cortesía de las personas de edad avanzada, del uno y del otro sexo, me dan buena opinión de lo que se llama el tiempo viejo.

* Es un exceso de confianza en los padres esperarlo todo de la buena educación de sus hijos, y un gran error no esperar nada de esa buena educación y descuidarla.

* Aunque fuese verdad lo que muchos dicen de que la educación no da al hombre otro corazón ni otra complexión, que no cambia nada en su fondo y que sólo toca a la superficie, yo no dejaría de decir que no le es inútil.

* No hay más que ventajas para el que habla poco; hace presumir que tiene talento, y si es verdad que no carece de él, la presunción es que lo tiene excelente.

* No pensar más que en sí mismo y en el presente, es un manantial de error en la política.

* La mayor de las desgracias, después de la de estar convicto de un crimen, es con frecuencia el haber tenido con qué justificarse de él. Hay sentencias que establecen nuestra inocencia y nos absuelven, y son invalidadas por la voz del pueblo.

* Un hombre es fiel a ciertas prácticas de religión y se le ve cumplirlas con exactitud: nadie le alaba ni le desaprueba, pues no se piensa en ello. Tal otro vuelve a la religión después de haberla descuidado diez años enteros: se le alaba, se le exalta; esto será libre, pero yo lo censuro por un olvido tan largo de sus deberes, y lo considero dichoso por haberlos reanudado.

* El adulador no tiene buena opinión de sí ni de los demás.

* Unos han sido olvidados en la distribución de gracias y hacen decir de ellos: *¿Por qué olvidarles?*, y si se hubiesen acordado de ellos, se habría dicho: *¿Por qué acordarse de ellos?* ¿De dónde viene

esa contradicción?, ¿del carácter de esas personas, de la incertidumbre de nuestros juicios o de ambas cosas a la vez?

* Se dice a menudo: Después de fulano, ¿quién será canciller? ¿Quién será primado de las Galias?, ¿quién será papa? Se va más lejos: cada uno, según sus deseos o su capricho, hace su promoción, que es con frecuencia de gentes más viejas y más caducas que el que está en el cargo; y como no hay razón para que una dignidad mate al que se encuentre revestido del cargo, sino que sirve por el contrario para rejuvenecerlo y dar al cuerpo y al alma nuevos recursos, no es un acontecimiento muy raro que un titular entierre a su sucesor.

* La desgracia extingue los odios y los celos; aquél puede hacer bien sin que nos disguste por un gran favor; no hay ningún mérito ni clase alguna de virtudes que no se le perdonen; sería un héroe impunemente.

Nada está bien en un hombre desgraciado; virtudes, méritos, todo es desdeñado, o mal explicado o imputado a vicio, pues, aunque tenga un gran corazón, aunque no tema al hierro ni al fuego, aunque vaya tan sereno al enemigo como BAYARDO y MONTREVEL (23), será un fanfarrón o un bravucón: no es posible que sea un héroe.

Me contradigo, es verdad; echad la culpa a los hombres de quienes no he hecho más que recordar los juicios; yo no hablo de diferentes hombres sino de los mismos que juzgan tan diferentemente.

* No hace falta que pasen veinte años para ver cambiar a los hombres de opinión sobre las cosas más serias, como sobre aquellas que les han parecido más seguras y más verdaderas. No me atreveré a anticipar que el fuego en sí, e independientemente de nuestras sensaciones, no tiene ningún calor, es decir, nada parecido a lo que experimentamos nosotros al aproximarnos a él, por temor de que cualquier día llegue a ser más caliente que lo que jamás ha sido. Yo tampoco aseguraré que una línea recta al caer sobre otra línea recta forme dos ángulos rectos, o iguales a dos rectos, por temor de que los hombres vengan a descubrir algo de más o de menos y se burlen de mi aseveración. Así, en otro género, apenas diré con toda la Francia: VAUBÁN es infalible: ¿Quién me garantizaría que, dentro de poco tiempo, en el mismo tribunal, que es su fuerte y donde reside soberanamente, no yerre alguna vez, sujeto a faltas como *Antifilo*?

* Si dais crédito a las personas agriadas una contra otra y dominadas por la pasión, el hombre docto no es más que un sabiondo; el magistrado, un burgués o un pasante; el financiero, un exactor, y el gentilhombre un hidalguillo; pero es extraño que tan malos nombres que la cólera y el rencor han sabido inventar, se conviertan en familiares y que el desdén, tan frío y tan apacible como es, se atreva a servirse de ellos.

(23) Marqués de Montrevel, etc. *(Nota de La Bruyère.)* Es decir, comisario general de la caballería, teniente general Nicolás Augusto de la Baume, marqués de Montrevel, nacido en 1636, recibió el bastón de mariscal de Francia en 1703. El, que tanto había desafiado a la muerte, murió de pavor en una cena. Estaba a la mesa en casa del duque de Birón, cuando al volcársele encima un salero, palideció, se sintió mal y exclamó que se moría. Transportado a su casa, le tomó la fiebre y falleció cuatro días después, el 11 de octubre de 1716.

* Os agitáis, os dais un gran movimiento, sobre todo cuando los enemigos comienzan a huir y la victoria ya no es dudosa, o ante una ciudad después que ha capitulado; os gusta, en un combate o en un asedio, aparecer en cien lugares para no estar en ninguno; adelantaros a las órdenes del general, por temor de seguirlas, y buscar las ocasiones, en vez de esperarlas y aprovecharos: ¿vuestro valor sería falso?

* Haced guardar a los hombres algún puesto en el que puedan ser muertos, y en el que, no obstante, no sean muertos: ellos aman el honor y la vida.

* Al ver cómo los hombres aman la vida, ¿podría suponerse que aman alguna otra cosa más que la vida, y que la gloria, que prefieren a la vida, no fuese con frecuencia sino cierta opinión acerca de ellos, mantenida en el espíritu de mil gentes a las que no conocen ni estiman?

* Los que, ni guerreros ni cortesanos, van a la guerra y siguen a la corte; los que no actúan en un sitio pero asisten a él, ven pronto agotada su curiosdiad sobre un campo de batalla, por sorprendente que sea, sobre la trinchera, sobre el efecto de las bombas y del cañón, sobre los golpes de mano, como sobre el orden y el éxito de un ataque que entrevén; la resistencia continúa, sobrevienen las lluvias, las fatigas crecen, hay que hundirse en el barro, hay que combatir al tiempo y al enemigo, y puede ocurrir ser encerrado entre una ciudad y un ejército: ¡qué apuro!, ¡qué conflicto! Se pierde valor, se murmura. ¿Tan grande inconveniente es levantar un sitio? ¿Depende de una ciudadela más o menos la salud de un Estado? ¿No se debe —añaden— ceder bajo las órdenes del cielo, que parece declararse contra nosotros y dejar la partida para otro tiempo? Entonces ya no comprenden la firmeza, y, si se atreviesen a decirlo, la terquedad del general que se alza contra los obstáculos, que se anima ante la dificultad de la empresa, que vela por la noche y se expone durante el día para conducirla a su fin. Cuando se ha capitulado, esos hombres tan poco animosos hacen resaltar la importancia de la conquista, de la que predicen las consecuencias, exageran la necesidad que había de hacerla, el peligro y la vergüenza que habría significado el desistimiento del sitio; prueban que el ejército con el que luchábamos era invencible; vuelven con la corte, pasan por las ciudades y los pueblos, orgullosos de ser mirados por el vecindario que está en las ventanas, como los conquistadores de aquella plaza; triunfan por los caminos y se creen bravos. Vueltos a sus casas, os atienden con los flancos, los reductos, las murallas, los túneles; dan cuenta de los lugares a donde el *afán de ver* les ha llevado y en donde no dejaba *de haber peligro;* de los riesgos que corrieron, al regreso, de ser muertos por el enemigo; callan solamente que han tenido miedo (24).

* El menor inconveniente del mundo es quedarse corto en un sermón o en una arenga; deja al orador lo que tiene de talento, de buen sentido, de imaginación, de costumbres y de doctrina, no le quita nada, pero no deja de causar asombro que los hombres hayan querido alguna vez unir a ello una especie de vergüenza y de pudor.

(24) Alusión a varios particulares, gente de toga y de finanzas, que acudieron a ver el sitio de Namur, en 1692.

exponiéndose, por largos y con frecuencia inútiles discursos, a correr todo el riesgo.

* Los que emplean mal su tiempo son los primeros en quejarse de su brevedad. Como lo consumen en vestirse, en comer, en dormir, en discursos tontos o en decidirse sobre lo que deben hacer, y frecuentemente en no hacer nada, les falta tiempo para sus asuntos o para sus placeres; los que, por el contrario, hacen un mejor uso de él, tienen tiempo de sobra.

No hay ministro tan ocupado que no sepa perder cada día dos horas de tiempo; eso representa mucho al fin de una larga vida. Y si el mal es todavía más grande en las otras condiciones de los hombres, ¿qué pérdida infinita no se hace en el mundo de una cosa tan preciosa y de cuya falta se queja después?

* Hay criaturas de Dios, a las que se llama hombres, que tienen un alma, que es entendimiento y emplean toda su vida y concentran toda su atención en aserrar mármol; esto es bien simple, es bien poca cosa. Hay otros que se asombran de ellos, pero que son enteramente inútiles y que pasan los días sin hacer nada; esto es todavía menos que aserrar mármol.

* La mayor parte de los hombres olvidan de tal manera que tienen un alma y se emplean en tantas acciones y ejercicios en los que sin duda aquélla es inútil, que nos parece hablar ventajosamente de alguien diciendo que piensa. Este elogio ha llegado a ser vulgar, y, sin embargo, sólo pone a ese hombre por encima del perro o del caballo.

* ¿En qué os divertís? ¿En qué pasáis el tiempo?, os preguntan los necios y las gentes de talento. Si yo replico que es en abrir los ojos y ver, en aplicar el oído y oír, en tener salud, descanso y libertad, no digo nada. Los bienes sólidos, los grandes bienes, los únicos bienes, no son contados, no se dejan sentir. ¿Jugáis?, ¿os enmascaráis?, es preciso responder.

¿Es un bien para el hombre la libertad, si puede ser demasiado grande o demasiado extendida, hasta el punto de que sólo le sirva para desear tener menos libertad?

La libertad no es la ociosidad; es un uso libre del tiempo, es el trabajo y el ejercicio; ser libre, en una palabra, no es permanecer sin hacer nada, es ser el árbitro de lo que se hace o lo que no se hace. En ese sentido, ¡qué hermosa es la libertad!

* CÉSAR no era demasiado viejo para pensar en la conquista del universo(25); no tenía otra bienaventuranza que procurarse, si no era el curso de una brillante vida y un gran nombre después de su muerte. Nacido altivo, ambicioso y encontrándose bien de salud, no podía emplear mejor el tiempo que conquistando el mundo. ALEJANDRO era bien joven para un proyecto tan serio; es asombroso que en esa primera edad las mujeres o el vino no hubiesen hecho fracasar su empresa.

(25) Véanse los *Pensamientos* de Pascal, cap. XXXI, en donde dice lo contrario. *(Nota de La Bruyère.)* He aquí el pensamiento de Pascal: «César era demasiado viejo, considero, para ir a divertirse conquistando al mundo. Esta diversión era buena para Alejandro: era un joven al que sería difícil detener; pero César debía estar más maduro».

Un joven príncipe (26), *de una raza augusta, el amor y la esperanza de los pueblos, dado por el cielo para prolongar la felicidad de la tierra, más grande que sus abuelos, hijo de un héroe que es su modelo, ha demostrado al universo, por sus divinas cualidades y por una virtud anticipada, que los hijos de los héroes están más cerca de serlo que los demás hombres* (27).

* Si el mundo ha de durar solamente cien millones de años, está todavía en toda su frescura y no hace casi más que comenzar; nosotros mismos estamos próximos a los primeros hombres y a los patriarcas, ¿y quién podrá no confundirnos con ellos en los siglos venideros? Pero si se juzga del porvenir por el pasado, ¡cuántas cosas nuevas nos son desconocidas en las artes, en las ciencias, en la naturaleza, y me atreveré a decir en la historia! ¡Qué descubrimientos no se harán! ¡Qué diferentes revoluciones no deben producirse sobre la faz de la tierra en los Estados y en los imperios! ¡Qué ignorancia la nuestra!, ¡qué ligera experiencia la de seis o siete mil años!

* No hay camino demasiado largo para el que marcha lentamente y sin darse prisa; no hay ventajas demasiado alejadas para quien se prepara a ellas por la paciencia.

* No hacer la corte a nadie, ni esperar de nadie que os la haga, ¡dulce situación, edad de oro, estado del hombre el más natural!

* El mundo es para aquellos que están en las cortes o pueblan las ciudades; la naturaleza no es más que para los que viven en el campo; sólo ellos viven; sólo ellos por lo menos conocen que viven.

* ¿Por qué enfadaros conmigo y quejaros de lo que se me ha escapado sobre algunos jóvenes que pueblan las cortes? ¿Sois vicioso, oh *Trasilo?* No lo sabía y me lo enseñáis; lo que sé es que ya no sois joven.

Y vos, que queréis sentiros ofendido personalmente por lo que he dicho de algunos grandes, ¿no gritáis por la herida de otro? ¿Sois desdeñoso, dañino, burlón, adulador, hipócrita? Lo ignoraba y no pensaba en vos: he hablado de los grandes.

* El espíritu de moderación y cierta prudencia en la conducta dejan a los hombres en la obscuridad: son necesarias grandes virtudes para ser conocido y admirado o tal vez grandes vicios.

* Los hombres, según la conducta de los grandes y de los pequeños indistintamente, están prevenidos, encantados, deslumbrados por el éxito; por poco el crimen feliz no es alabado como la virtud misma y la felicidad no ocupa el lugar de todas las virtudes. Será muy negro atentado y muy sucia y odiosa empresa la que el éxito no sepa justificar.

* Los hombres, seducidos por bellas apariencias y especiosos pretextos, saborean tranquilamente un proyecto de ambición que algunos grandes han meditado; hablan de él con interés y les agrada también por el atrevimiento o por la novedad que se le atribuye; ya están acostumbrados a ello y no esperan más que el éxito. Pero si llega, por el contrario, a abortar, deciden con confianza y sin ningún temor de engañarse que era temerario y no podía tener éxito.

(26) Luis, Delfín, hijo de Luis XIV, que entró en Alemania en 1688, a la cabeza de 80.000 hombres.

(27) Contra la máxima latina y trivial. *(Nota de La Bruyère.) Filii heroum nemo.*

* Hay proyectos de relieve tan grande y de una consecuencia tan vasta, que hacen hablar a los hombres tan largo tiempo, que hacen esperar tanto o temer tanto, según los diversos intereses de los pueblos, que toda la fortuna y toda la gloria de un hombre están allí empeñadas. No puede haber aparecido en la escena con un atuendo tan bello para retirarse sin decir nada; aunque comience a prever en la continuación de su empresa algunos horribles peligros, es preciso que la inicie: el menor mal para él es fracasar en ella (28).

* En un hombre malo no hay con qué hacer un gran hombre. Alabad sus puntos de vista y sus proyectos, admirad su conducta, exagerad su habilidad en servirse de los medios más propios y más cortos para llegar a sus fines; si sus fines son malos, la prudencia no toma en la empresa ninguna parte, y si falta la prudencia, encontrad si podéis la grandeza.

* Ha muerto un enemigo (29) que estaba a la cabeza de un ejército formidable destinado a cruzar el Rin; conocía la guerra y su experiencia podía haber sido secundada por la fortuna. ¿Qué fuegos artificiales se han visto? ¿Qué fiestas públicas? Por el contrario, hay hombres naturalmente odiosos (30) y cuya aversión llega a ser popular; no es precisamente por los progresos que han hecho, ni por el temor de los que pueden hacer, por lo que la voz del pueblo se oye a su muerte y por lo que todo tiembla, hasta los niños, cuando se murmura en las plazas que la tierra está por fin libre de aquel hombre.

* ¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres!, exclama *Heráclito*. ¡Oh desgraciado siglo! Siglo lleno de malos ejemplos, en el que la virtud sufre y el crimen domina y triunfa. Yo quiero ser un *Licaón*, un *Egisto;* la ocasión no puede ser mejor, ni la coyuntura más favorable, si por lo menos deseo florecer y prosperar. Un hombre dijo: Yo pasaré el mar (31), despojaré a mi padre de su patrimonio, lo echaré a él, a su mujer y a su heredero, de sus tierras y de sus Estados; y como lo dijo lo hizo. Lo que debía temer era el resentimiento de varios reyes a los que ultraja en la persona de un solo rey. Pero éstos le defienden y casi le dicen: pasad el mar, despojad a vuestro padre (32), mostrad a todo el universo que se puede echar a un rey de su reino, como a un pequeño señor de su castillo o a un granjero

(28) Este artículo y el precedente hacen alusión a la empresa intentada por Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, para apoderarse del trono de Inglaterra. Nacido el 14 de octubre de 1650, Guillermo de Nassau se casó con María Estuardo, hija de Jaime II, en una época en que este rey no tenía hijo varón; pero habiendo nacido más tarde un hijo al rey Jaime, Guillermo, que veía con eso excluida a su mujer del trono, resolvió apoderarse de la corona de Inglaterra, aprovechando el descontento que los sentimientos católicos de Jaime II habían excitado en las iglesias. El 5 de noviembre de 1688 desembarcó en Torbay con un ejército de catorce mil hombres, marchó sobre Londres y obligó a Jaime II, su suegro, a refugiarse en Francia. Murió el 16 de marzo de 1702, rey de Inglaterra.

(29) Carlos V, duque de Lorena, cuñado del emperador Leopoldo, nacido en Viena el 3 de abril de 1643, muerto en Weis, cerca de Linz, el 18 de abril de 1690.

(30) Estas palabras se aplican a Guillermo de Nassau, a raíz del falso rumor que se extendió por Francia, de que este príncipe había sido muerto en la batalla de La Boyne. Esta batalla, que tuvo lugar el 11 de julio de 1690, quitó la corona a Jaime II.

(31) Este hombre es todavía Guillermo de Nassau.

(32) Alusión a la liga de Ausburgo, formada por Guillermo de Nassau, el Imperio, España, Saboya, Holanda, Dinamarca y Suecia.

de su granja. Que no exista ya diferencia entre los simples particulares y vosotros; estamos cansados de esas distinciones. Enseñad al mundo que estos pueblos, que Dios ha puesto bajo nuestros pies, pueden abandonaros, traicionaros, entregaros, entregarse ellos mismos a un extranjero, y que tienen menos que temer de nosotros que nosotros de ellos y de su poderío. ¿Quién podrá ver cosas tan tristes con los ojos secos y el alma tranquila? No hay cargos que no tengan sus privilegios; no hay ningún titular que no hable, que no perore, que no se agite para defenderlos; la dignidad real sola ya no tiene privilegios, pues los mismos reyes han renunciado a ellos. Uno solo, siempre bueno (33) y magnánimo, abre sus brazos a una familia desgraciada; todos los demás se ligan como para vengarse de él y del apoyo que da a una causa que les es común. El espíritu de desavenencia y de celos prevalece en ellos al interés del honor, de la religión y de su Estado; ¿no es bastante? a su interés personal y doméstico; va allí, no digo por su elección, sino por su sucesión, por sus derechos hereditarios. En fin, en todo, el hombre puede más que el soberano. Un príncipe libra a Europa (34), se libra él mismo de un fatal enemigo, va a gozar de la gloria de haber destruído un gran imperio (35), y la desprecia por una guerra dudosa (36). Los que han nacido (37) árbitros y mediadores contemporizan, y cuando hubieran podido haber empleado útilmente su mediación, sólo la prometen. ¡Oh pastores!, continúa Heráclito, ¡oh rústicos que habitáis en las cabañas!, si los acontecimientos no van hasta vosotros, si no tenéis el corazón traspasado por la malicia de los hombres, si no se habla ya de hombres en vuestras comarcas, sino solamente de zorros y de linces, ¡recibidme entre vosotros para comer vuestro pan negro y beber el agua de vuestras cisternas!

* Hombrecillos de seis pies de estatura, o todo lo más siete, que os encerráis en las ferias como gigantes y como ejemplares raros que es preciso pagar para ver, cuando llegáis a ocho pies; que os dais sin pudor aires de *alteza* y de *eminencia*, que es lo que podría concederse a esas montañas vecinas al cielo y que ven formarse las nubes bajo ellas; especie de animales gloriosos y soberbios que despreciáis a las demás especies, que ni siquiera hacéis comparación con el elefante y la ballena, aproximaos, hombres, responded un poco a *Demócrito*. ¿No decís en común el proverbio: *Lobos encantadores, leones furiosos, maliciosos como un mono*? ¿Y vosotros, quiénes sois? Constantemente llega a mis oídos: *el hombre es un animal razonable*. ¿Quién nos ha enseñado esa definición? ¿Fueron los lobos, los monos y los leones, u os la habéis aplicado vosotros mismos? Es ya una cosa chocante que deis a los animales, vuestros compañeros, lo que hay de peor, para tomar para vosotros lo que hay de mejor. Dejadles un poco definirse ellos mismos y veréis cómo se olvidarán y cómo seréis tratados. Yo no hablo, ¡oh hombres!, de vuestras ligerezas, de vuestras locuras y de vuestros caprichos, que os ponen por debajo

(33) Luis XIV, que dió asilo a Jaime II y a toda su familia, después de la batalla de La Boyne.
(34) El emperador.
(35) Turquía.
(36) Una guerra hecha a Luis XIV.
(37) Alusión al papa Inocencio XI.

del topo y de la tortuga, que van prudentemente a pequeña velocidad y que siguen sin variar el instinto de su naturaleza: pero escuchadme un momento: Decís de un halcón terzuelo que es muy ligero y que hace un hermoso descenso sobre la perdiz: he ahí una buena ave; y decís de un lebrel que caza una liebre cuerpo a cuerpo: ese es un buen lebrel. Yo consiento también que digáis de un hombre que corre tras el jabalí, que lo espera y que lo traspasa: he ahí un hombre bravo; pero si veis dos perros que ladran, que se acometen, que se muerden y que se desgarran, decís: he ahí dos estúpidos animales; y tomáis un palo para separarlos. Si os dijesen que todos los gatos de un gran país se han juntado en asamblea por millares en un llano, y después de haber maullado a su placer, se han echado con furor los unos contra los otros y han puesto en juego sus dientes y sus uñas; que en esta lucha han muerto nueve a diez mil gatos, ¿no diríais: he ahí el más abominable aquelarre de que se ha oído jamás hablar? Y si los lobos hiciesen lo mismo, ¡qué alaridos!, ¡qué carnicería!, ¿y si unos u otros os dijesen que aman la gloria, sacaríais de ese discurso la consecuencia de que la buscan en esas luchas, en destruirse así y en aniquilar su propia especie? ¿Os reiríais más bien de la ingenuidad de esas pobres bestias? Tenéis ya, como animales razonables, y para distinguiros de los que no se sirven más que de sus dientes y sus uñas, las lanzas, las picas, los dardos, los sables y las cimitarras, y a mi juicio habréis procedido muy juiciosamente al inventar esas armas: porque, únicamente con vuestras manos, ¿qué podríais haceros los unos a los otros, sino arrancaros los cabellos, arañaros la cara, o todo lo más arrancaros los ojos? Pero en lugar de esos tenéis instrumentos cómodos que os sirven para haceros recíprocamente grandes llagas, de las que puede correr vuestra sangre hasta la última gota, sin que podáis temer que escaparéis con vida. Pero, como de año en año vais siendo más razonables, habéis adelantado mucho sobre aquella vieja manera de exterminaros: tenéis unos globitos (38) que os matan de golpe si os alcanzan a la cabeza o al pecho; tenéis otros (39) más pesados y macizos, que os cortan en dos partes o que os destrozan, sin contar los (40) que caen sobre vuestros tejados, y hundiéndolo todo, van desde el granero a la bodega y hacen saltar al aire, con vuestras casas, a vuestras mujeres y a vuestros hijos. Ahí es donde ahora se aloja la gloria, a la que gusta el barullo, porque es persona de gran estrépito. Tenéis además armas defensivas, y según las buenas reglas debéis estar revestidos de hierro para la guerra, lo que, sin mentir, es un lindo atavío, que me hace acordar de aquellas cuatro pulgas célebres que enseñaba antaño un charlatán, ingenioso obrero, en una botellita donde había encontrado el secreto de hacerlas vivir: les había puesto una armadura a cada una, sin que nada les faltase y así equipadas iban saltando en la botella. Figuraos un hombre de la talla del monte *Athos* (41): ¿por qué no? ¿Acaso no podría un alma animar a ese cuerpo? Si ese hombre tenía la vista bastante sutil para descubriros en cualquier

(38) Las balas de mosquete.
(39) Las balas de cañón.
(40) Las bombas.
(41) Sin duda es este pasaje el que habrá dado a Voltaire la idea de su ingenioso conde de Micromegas. (A. Destaillieur.)

parte de la tierra con vuestras armas ofensivas y defensivas, ¿qué creéis que pensaría de esos pequeños mamarrachos así equipados y de lo que llamáis guerra, caballería, infantería, un sitio memorable, una famosa jornada? ¿No oiré murmurar otra cosa entre vosotros? ¿No se divide el mundo más que en regimientos y en compañías? ¿Todo se ha convertido en batallón o escuadrón? *Ha tomado una ciudad, ha tomado una segunda ciudad, una tercera; ha ganado una batalla, dos batallas; vence al enemigo en el mar y en la tierra:* ¿habláis de alguno de vosotros o del gigante *Athos*? Ahí tenéis sobre todo un hombre pálido y lívido, que no tiene en el cuerpo diez onzas de carne y al que se podría echar al suelo de un bofetón (42). Hace no obstante más ruido que cuatro y pone todo en combustión: acaba de pescar en río revuelto una isla entera (43); por lo demás, ha sido en verdad batido y perseguido, pero se escapa por las marismas y no quiere oír hablar de paz ni de tregua. Ha enseñado a buena hora lo que sabe hacer: ha mordido el seno de su nodriza (44) y la pobre ha muerto; yo me entiendo y basta. En una palabra: ¡él había nacido súbdito y ya no lo es; por el contrario, es el amo, y aquellos a los que ha domado y colocado bajo su yugo (45) tiran del arado y labran la tierra; parecen esperar las buenas gentes que se podrán librar un día, porque han estirado la correa y alargado el látigo del que les hace marchar; no olvidan nada para acrecer su servidumbre; les hace pasar el agua para hacerse de otros vasallos y adquirir nuevos dominios; se trata, es cierto, de tomar a su padre y a su madre por los hombros y de echarlos fuera de casa, y ellos le ayudan en una empresa tan honrada. Las gentes del otro lado del agua y las de este lado se cotizan y hacen lo que pueden para volverse de día en día más temibles; los *pictos* y los *sajones* imponen silencio a los *batavios* y éstos a los *pictos* y a los *sajones;* todos se pueden envanecer de ser sus humildes esclavos, y tanto como lo deseen. Pero, ¿qué he de pensar yo de ciertos personajes que tienen corona, y no de condes o de marqueses, de los que en la tierra hormiguean, sino de príncipes y de soberanos? Van al encuentro de ese hombre en cuanto les llama; se descubren en cuanto llegan a la antecámara y no hablan más que cuando se les interroga (46). ¿Son ellos los príncipes tan puntillosos, tan formalistas sobre su categoría y sus primacías que para reglamentarlas emplean meses enteros en una asamblea? ¿Qué hará ese nuevo *arconte* para pagar una sumisión tan ciega y para responder a una idea tan alta que se tiene de él? Si entabla una batalla, debe ganarla, y en persona; si el enemigo hace un asedio, él debe hacérselo levantar, y con vergüenza, salvo que todo el océano se encuentre entre él y el enemigo; no habrá de hacer menos en favor de sus cortesanos. El mismo *César* (47), ¿no debe ir a engrosar

(42) Guillermo de Nassau.
(43) Inglaterra.
(44) Holanda, con la cual Guillermo se condujo como amo absoluto, cuando hubo tomado posesión del trono de Inglaterra.
(45) Los ingleses.
(46) El príncipe de Orange, a su primer regreso de Inglaterra, en 1690, fué a La Haya, donde los príncipes aliados se rindieron, y donde el duque de Baviera fué a esperar largo tiempo en la antecámara.
(47) El emperador.

el número de éstos? Por lo menos espera de él importantes servicios: porque o el arconte fracasará con sus aliados, lo que es, más que difícil, imposible de concebir, o, si tiene éxito y nada le resiste, helo ahí entusiasmado, con sus aliados, celoso de la religión y de la potencia de *César*, para fundirse con él, para quitarle el *águila* y reducirla, él o su heredero, a la *fasce de plata* (48) y a los países hereditarios. En fin, ya hecho esto, todos se han entregado a él voluntariamente, a él, de quien tal vez hubieran debido desconfiar más. *Esopo* no les diría: *la gente volátil de cierta comarca se alarma y se asusta de la vecindad del león, cuyo rugido le da miedo; se refugia junto a la bestia que le hace hablar de acomodamiento y la toma bajo su protección, la que termina por ir comiéndoselos a unos después de otros* (49).

(48) Armas de la casa de Austria.

(49) El severo juicio emitido por nuestro autor sobre el rey de Inglaterra Guillermo III, está lejos de ser imparcial. La Bruyère no ve en ese príncipe sino a un irreconciliable enemigo de Luis XIV, y un yerno ambicioso que destrona a su suegro; un príncipe porfiado que hace derramar la sangre en una lucha encarnizada. La historia, más serena esta vez que el moralista, se ha mostrado menos severa, y ha visto en Guillermo, ya no solamente al enemigo personal de Luis XIV, sino al protestante armado para defender la libertad de conciencia contra el príncipe que había revocado el edicto de Nantes, y al jefe de una de esas grandes coaliciones que jamás han dejado de formarse en la Europa moderna contra los Estados que parecían aspirar a la dominación universal.

DE LA MODA

Una cosa loca y que descubre bien nuestra pequeñez es nuestra sujeción a las modas, cuando se extienden a lo que concierne al gusto, a la vida, a la salud y a la conciencia. La carne negra está fuera de moda y por esa razón es insípida; sería pecar contra la moda curarse de la fiebre con sangrías. De la misma manera, desde mucho tiempo atrás ya no se moría para *Teótimo:* sus tiernas exhortaciones no salvaban más que al pueblo y Teótimo ha visto su sucesor.

* La curiosidad no es un gusto por lo bueno o por lo bello, sino por lo raro, por lo único, por lo que otros no tienen; no es afición a lo perfecto, sino a lo corriente, a lo que está de moda. No es una diversión, sino una pasión, y con frecuencia tan violenta, que sólo por la pequeñez de su objeto cede al amor y a la ambición. No es una pasión que se tiene generalmente por las cosas raras y que se cotizan, sino solamente por cierta cosa que es rara y sin embargo a la moda.

El florista tiene un jardín en un arrabal; se dirige a él, al levantarse el sol, y vuelve para acostarse. Le veis allí como si hubiese echado raíces en medio de sus tulipanes y ante la *Solitaria;* abre sus grandes ojos, se frota las manos, se inclina para verla más de cerca y jamás la ha visto tan bella: tiene el corazón inundado de alegría; la deja por la *Oriental;* de allí va a la *Viuda;* pasa a la *Bandera de oro;* de allí a la *Agata,* de donde vuelve por fin a la *Solitaria,* frente a la cual se queda, se fatiga, se sienta y se olvida de comer; así está ella de matizada, ribeteada... tiene un bello cáliz; la contempla y la admira; Dios y la naturaleza son, en todo aquello, lo que no admira; no va más allá de la cebolla de su tulipán, que no vendería por mil escudos y que dará por nada cuando los tulipanes sean despreciados y llegue el momento de los claveles. Aquel hombre razonable que tiene un alma, que tiene un culto y una religión, vuelve a su casa fatigado, hambriento, pero muy contento de su jornada: ha visto los tulipanes (1).

Hablad a ese otro de la riqueza de los sembrados, de una gran cosecha, de una buena vendimia: tiene curiosidad por las frutas; no os molestéis en hacerle que se fije en otra cosa. Habladle de los higos y de los melones, decidle que los perales rebosan de fruto este año, que los melocotoneros han dado con abundancia: todo eso es

(1) No hay caracteres, por pequeños que sean, que no se los pueda hacer agradables por el colorido. El *Florista* de La Bruyère, es prueba de ello. (VAUVENARGUES.)

para él un idioma desconocido; se limita a los ciruelos y no os contesta. No le habléis tampoco de vuestros ciruelos, no tiene amor más que para una especie; todas las demás que le nombréis le harán sonreír y burlarse. Os lleva al árbol y coge artísticamente aquella ciruela exquisita, la abre, os dá una mitad y toma la otra: ¡qué carne! —dice— ¡gustadla! ¿No es esto divino? Esto no lo encontraréis en ninguna otra parte; y sus narices se dilatan; oculta apenas su alegría y su vanidad con cierta apariencia de modestia. ¡Oh, el hombre divino!, ¡el hombre al que jamás se puede alabar y admirar suficientemente!, ¡el hombre de quien se hablará dentro de varios siglos! ¡Que yo vea su cara mientras vive; que observe los rasgos y el continente de un hombre, único entre los mortales que posee tal ciruela!

Un tercero, al que visitáis, os habla de los coleccionistas, sus colegas, y sobre todo de *Diognète*. Yo lo admiro, dice, y cada vez lo comprendo menos. ¿Pensáis que trata de instruirse por las medallas, y que las mira como prueba elocuente de ciertos hechos y de monumentos perennes e indubitables de la historia antigua? Nada de eso. ¿Creéis, tal vez, que todo el trabajo que se toma para recobrar una *cabeza*, procede del placer que se da de no ver interrumpida una serie de emperadores? Todavía menos. Diognète conoce de una medalla el *fruste*, el *flou* y la *fleur de coin* (2); tiene una tablilla de exhibición donde están ocupados todos los huecos a excepción de uno; aquel vacío le hiere la vista y es precisamente y literalmente para llenarlo en lo que emplea sus bienes y su vida.

¿Queréis, añade *Democedo*, ver mis estampas?, y pronto las extiende y os las enseña. Encontráis una que no es ni negra, ni clara, ni dibujada, y, por otra parte, menos a propósito para ser conservada en un gabinete que para tapizar un día de fiesta el Petit-Pont o la calle Nueva. Democedo conviene en que está mal grabada y además mal dibujada, pero asegura que es de un italiano que ha trabajado poco y que de ella se han tirado muy pocos ejemplares; que es el único que existe en Francia; que la ha comprado muy cara y que no la cambiaría por nada. Tengo, prosigue, una sensible aflicción, que me obligará a renunciar a las estampas, durante el resto de mis días: tengo todas las de *Callot* (3), menos una sola, que no es, en verdad, de sus buenas obras; es por el contrario una de las menores, pero la única que me falta; trabajo desde hace veinte años para obtener esa estampa y ya desespero de lograrlo. ¡Esto es bien triste!

Tal otro hace la sátira de esas gentes que se lanzan por inquietud o por curiosidad a largos viajes, que no hacen ni memorias ni relaciones, que no llevan libro de notas, que van a los viajes para ver y no ven, o que olvidan lo que han visto, que desean solamente conocer nuevas torres y nuevos campanarios, y pasar por ríos que no se llamen ni el Sena ni el Loira; que salen de su patria para volver

(2) Se dice el *fruste* de lo que hay de borrado o defectuoso en una medalla; el *flou* es un término de pintura transportado a la numismática; expresa la delicadeza y la suavidad del pincel, y en numismática la finura y la ligereza del buril. En ambas artes, el *flou* es lo contrario de la sequedad y de la dureza. La *fleur de coin* (flor de cuño) se dice del esplendor de una medalla cuya conservación es tal que se diría recién acuñada.

(3) Jaime Callot, pintor, grabador y dibujante, nacido en Nancy en 1593, muerto en 1635. Su obra, muy esmerada, consta de alrededor de 1600 piezas.

a ella; a los que les gusta estar ausentes y que quieren volver un día desde lejos. Y ese satírico habla bien y se hace escuchar.

Pero, cuando añade que los libros enseñan más que los viajes y cuando me hace comprender por sus discursos que tiene una biblioteca, deseo verla; voy a buscar a ese hombre que me recibe en una casa en la que, desde la escalera, percibo un olor a cuero negro, con el que sus libros están encuadernados. Se complace en acercarse a mi oído para asegurarme que todos ellos tienen los cantos dorados, adornados de filetes de oro y nombrarme los mejores, uno después de otro; para decirme que su galería está llena y que en algunos lugares se simula la existencia de libros alineados para que la vista se engañe; añade que nunca lee y que no pone jamás los pies en esa galería, a la que entrara sólo por darme gusto; le doy las gracias por su complacencia y tampoco quiero visitar su tenería, que él llama biblioteca.

Algunos, por una intemperancia de saber y por no poder resolverse a renunciar a ninguna especie de conocimientos, los abrazan todos y no poseen ninguno. Les gusta más saber mucho que saber bien y ser débiles y superficiales en diversas ciencias, mejor que seguros y profundos en una sola; en todas partes encuentran quien puede ser su maestro y corregirles; son víctimas de su vana curiosidad y, a pesar de sus penosos esfuerzos, no pueden salir de una ignorancia crasa.

Otros tienen la clave de las ciencias en las que no penetran nunca: se pasan la vida descifrando las lenguas orientales y las lenguas del norte, las de las dos Indias y las de los dos Polos y la que se habla en la luna. Los idiomas más inútiles, con los caracteres más extraños y más mágicos, son precisamente lo que despierta su pasión y lo que excita su trabajo; se compadecen de los que se limitan ingenuamente a conocer su lengua, o todo lo más la griega y la latina. Esas gentes leen todas las historias e ignoran la historia; recorren todos los libros y no se aprovechan de ninguno; hay en ellos una esterilidad de hechos y de principios que no puede ser más grande, pero hay en verdad la mejor recolección y la riqueza más abundante de nombres y de palabras que se pueda imaginar; se doblan bajo la carga; su memoria está agotada, mientras su inteligencia continúa vacía.

A un burgués (4) le gustan las construcciones; se hace edificar un palacio tan hermoso, tan rico y tan adornado, que es inhabitable; el dueño, avergonzado de alojarse en él y no pudiendo tal vez resolverse a alquilárselo a un príncipe o a un hombre de negocios, se retira al desván, donde acaba su vida, mientras que las magnificencias de su casa sirven para admirar a los ingleses y a los alemanes que viajan, que van a ella después de haber visitado el palacio real, el de L. G. (5) y el Luxemburgo. Se llama sin cesar en aquella hermosa puerta; todos quieren ver la casa y ninguno quiere ver al señor.

Se sabe de otros que tienen hijas y no les dan una dote; que apenas las visten y las alimentan, que les rehusan toda clase de ropas, que son pobres; y el origen de su miseria no está lejos: es un guarda-

(4) Amelot de Bisseuil. Su casa, en la vieja calle del Temple, esquina a la de Blancs-Manteaux, era una de las curiosidades de París.
(5) Lesdiguières.

muebles cargado y embarazado de bustos raros, podridos ya y cubiertos de basura, cuya enajenación les sacaría de apuros, pero que no pueden resolverse a poner en venta.

Difilo comienza por un pájaro y termina por mil; su casa no está alegrada por los pájaros, sino apestada: el patio, la sala, la escalera, el vestíbulo, las habitaciones, el despacho, todo está lleno de aves (6); aquello no es una enramada sino un barullo; los vientos de otoño y las aguas en sus mayores crecidas no hacen un ruido tan penetrante y tan agudo; no se puede hablar en aquellas habitaciones, pues no es posible entenderse, y para hacer el cumplimiento de entrada, hay que esperar a que los perritos hayan terminado de ladrar. No es aquello para Difilo una diversión agradable; es un asunto laborioso y al cual apenas puede atender. Pasa los días, esos días que no vuelven, echando granos a los pájaros y sacando las basuras; da pensión a un hombre que no tiene más misión que tocar el flautín para que los canarios aprendan a silbar y para que incuben bien las canarias. Es cierto que lo que gasta por un lado lo ahorra por otro; sus hijos están sin maestros y sin educación. Se encierra a la noche, fatigado de su propio placer, sin poder gozar del menor reposo, pues sus pájaros no paran y aquel pequeño pueblo que él solo ama porque canta, no cesa de cantar. Encuentra a sus pájaros en su sueño; él mismo es pájaro y sueña por la noche que muda de plumas o que incuba (7).

¿Quién podría agotar las diferentes especies de curiosos? ¿Adivinaríais, oyendo hablar a éste de su *Leopardo*, de su *Pluma*, de su *Música* (8) y alabarlos como lo más singular y maravilloso que hay en la tierra, que quiere vender sus conchas? ¿Por qué no, si los compra a peso de oro?

Este otro ama los insectos y hace todos los días nuevas adquisiciones de ellos; es sobre todo el primer hombre de Europa para las mariposas y las tiene de todos los tamaños y de todos los colores. Visitadlo, lo encontraréis abrumado por un amargo dolor; tiene el humor negro, se queja y toda su familia sufre; ha experimentado una pérdida irreparable. Aproximaos a él y ved lo que os enseña en sus dedos, que ya no tiene vida y acaba de expirar: ¡es una oruga!, ¡y qué oruga!

* El duelo es el triunfo de la moda y el lugar en el que la moda ha ejercido su tiranía con mayor fuerza. Esta costumbre no ha dejado al poltrón la libertad de vivir; lo ha llevado a hacerse matar por uno más bravo que él y lo ha confundido con un hombre de corazón; ha unido el honor y la gloria a un acto loco y extravagante;

(6) Esto parece ser una alusión al poeta Santeul, muy amante de los canarios; su casa estaba repleta de ellos.

(7) Este amor a los pájaros, data de lejos en Francia. Había en el viejo Louvre un aposento destinado a pajarera, llamado la *cámara de los pájaros*, a la que estaban anexos varios oficios, el de *pipeur du roi* (cazador del rey), quien estaba encargado de atrapar pinzones, currucas y otros volátiles, y el de *valet* de los pájaros, que estaba destinado a su alimentación, les daba musgo, pluma y crin para hacer su nido, y cuidaba de los pichones. En 1402, había entre el personal de la reina un criado cuya tarea consistía en cazar moscas para los pajaritos. La Bruyère ignoraba ciertamente estos detalles, y es curioso el encontrar dos siglos antes que él a *Difilo* en la corte de Francia.

(8) Nombre de caracoles marinos. *(Nota de La Bruyère.)*

ha sido aprobado por la presencia de los reyes; algunas veces ha existido una especie de religión para practicarlo; ha decidido de la inocencia de los hombres, de las satisfacciones falsas o verdaderas sobre crímenes capitales; y, por fin, había arraigado de tal manera en la opinión de los pueblos y se había aferrado tan fuertemente en su corazón y en su espíritu, que un gran rey dedicó lo mejor de su vida a curarlos de esa locura (9).

* Fulano ha estado de moda en lo que respecta al mando de los ejércitos, o por la elocuencia del púlpito, o por los versos, y ya no lo está. ¿Hay hombres que degeneran de lo que fueron antes? ¿Consiste en que su mérito está gastado, o en que ha variado el gusto?

* Un hombre a la moda dura poco, porque las modas pasan; si por casualidad es un hombre de mérito, no queda aniquilado y subsiste todavía por alguna de sus condiciones: igualmente estimable, es solamente menos estimado.

La virtud tiene de venturoso el que se basta a sí misma y no necesita de admiradores, de partidarios, ni de protectores; la falta de apoyo y de admiración, no solamente no la perjudica, sino que la conserva, la depura y la vuelve perfecta: esté o no a la moda, siempre sigue siendo virtud.

* Si decís a los hombres, y sobre todo a los grandes, que Fulano tiene virtud, ellos os dirán: «Que se la guarde». Si les decís que tiene talento y sobre todo del que agrada y divierte, os responderán: «Mejor para él». Si les decís que tiene la inteligencia muy cultivada, que sabe mucho, os preguntarán qué hora es o qué tiempo hace; pero si les hacéis saber que hay un *Tigillin* que se bebe de un trago un vaso de aguardiente y que eso lo repite varias veces en una comida, os dirán: «¿Adónde está ese hombre? Tráedmelo mañana, esta noche; ¿me lo traeréis?» Se lo lleváis, y a aquel hombre, a propósito para amenizar las avenidas de una feria o ser exhibido como cosa rara, lo admiten en su familiaridad.

* No hay nada que ponga más súbitamente a un hombre de moda y lo eleve más que el juego fuerte; eso va aparejado con la crápula. Yo quisiera ver un hombre correcto, jovial, espiritual, aunque fuese un *Catulo* o su discípulo, puesto en comparación con el que acaba de perder ochocientos doblones en una sesión.

* Una persona a la moda se parece a una flor azul que crece espontáneamente en los surcos, donde ahoga las espigas, disminuye la cosecha y ocupa el sitio de alguna cosa mejor; que no tiene precio ni belleza, si no es el que toma de un capricho ligero y que nace y

(9) Aunque los duelos estaban prohibidos desde Enrique IV, «esta funesta costumbre — dice Voltaire — subsistía más que nunca. El famoso combate de la Prette, de cuatro contra cuatro, en 1663, fué lo que determinó a Luis XIV a no perdonar más. Esta feliz severidad enmendó poco a poco a nuestra nación». (*Siglo de Luis XIV*, cap. XXIX.)

He aquí el texto de los edictos u ordenanzas promulgados por Luis XIV contra los duelos:

Junio 1643. — 11 mayo 1644. — 13 mayo 1646. — septiembre 1651. — mayo 1653. — febrero 1656. — 1670. El proceso por causa del duelo, puede ser hecho al cadáver. — 1v diciembre 1676. — Reglamento general para la represión del duelo, agosto 1679. — 14 diciembre 1679. Todo soldado que denuncie un duelo que se haya realizado, obtendrá su licencia, 8 abril 1686. — Disposición sobre la confiscación, en beneficio de los hospitales, de los bienes de los condenados por duelo, 26 octubre 1711.

cae casi en el mismo instante: hoy está de moda, las mujeres se adornan con ella; mañana será despreciada y vuelta al pueblo.

Una persona de mérito, por el contrario, es una flor que no se designa por su color, sino que se nombra por su nombre, que se cultiva por su belleza o por su olor, una de las gracias de la naturaleza, una de las cosas que embellecen el mundo, que es de todos los tiempos y de una boga antigua y popular; que nuestros padres han estimado y que nosotros estimamos después de nuestros padres; y a la que el disgusto o la antipatía de algunos no podría perjudicar; un lirio, una rosa.

* Se ve a *Eustrato*, sentado en su barquichuelo, en el que goza de un aire puro y de un cielo sereno, avanza con buen viento, que según todas las apariencias, debe durar; pero, de repente, el cielo se cubre, estalla la tormenta, un remolino envuelve al barquichuelo y lo sumerge; se ve a Eustrato flotar sobre el agua y hacer algunos esfuerzos; se espera que podrá por lo menos salvarse, pero una ola lo hunde; aparece una segunda vez y las esperanzas renacen, cuando sobreviene otra ola y lo abisma; ya no se le ve más: se ha ahogado.

* VOITURE y SARRAZIN (10) habían nacido para su siglo, y aparecieron en un tiempo en el que parecía eran escuchados. Si hubiesen tenido menos prisa para venir, si hubiesen llegado más tarde, sospecho que no serían hoy lo que fueron entonces. Las conversaciones ligeras, las tertulias, la broma fina, las cartas festivas y familiares, las pequeñas partidas donde se era admitido sin más que tener talento, todo ha desaparecido. Y que no se diga que ellos las harían revivir: lo que puedo conceder en favor de su talento, es que tal vez sobresaldría en otro género; pero las mujeres son, en nuestros días, devotas o coquetas o jugadoras o ambiciosas, algunas todo ello a la vez: el gusto por el favor, el juego, los galones, los directores, ha arraigado y las defienden contra las gentes de talento.

* Un hombre fatuo y ridículo lleva un gran sombrero, un jubón con alones, bragas con cuchilladas y botines; sueña desde la víspera cómo podrá hacerse notar al día siguiente. Un filósofo se deja vestir por su sastre. Hay tanta debilidad en huir de la moda como en seguirla servilmente.

* Se censura una moda que dividiendo la estatura de los hombres en dos partes iguales, toma una para el busto y deja la otra para el resto del cuerpo; se condena aquella que hace de la cabeza de las mujeres la base de un edificio de varios pisos, cuyo orden y estructura cambia según sus caprichos; que aleja los cabellos de la cara, aunque éstos no tengan más objeto que acompañarla; que les da relieve y los eriza a la manera de las bacantes, y parece tender a que las damas cambien su fisonomía dulce y modesta por otra altiva y audaz. Se clama por fin contra tal o cual moda, que sin embargo, por extraña que sea, adorna y embellece mientras dura y de la que se saca toda la ventaja que de una moda se puede esperar, o sea el agradar. Me parece que solamente se debería admirar la insconstancia y la ligereza de los hombres que hacen consistir sucesivamente el

(10) *Sarrazin (Juan Francisco)*, poeta y literato nacido hacia 1603, cerca de Caen, muerto en Pezenas en 1654. Menos célebre que Voiture, quizá merece serle preferido. Boileau decía: *Hay en Sarrazin la materia de un excelente ingenio, pero no la forma.*

agrado y el bienestar en cosas completamente opuestas; que emplean para lo cómico y para la mascarada lo que les ha servido de adorno grave, y que en tan poco tiempo se establezca tal diferencia.

* N. es rica, come bien y duerme bien; pero los peinados cambian y cuando menos lo piensa y se cree dichosa, el suyo está fuera de moda.

* *Ifis* ve en la iglesia un zapato de nueva moda, mira el suyo y enrojece; no se cree vestido: había ido a misa para lucirse y se oculta; vedlo retenido por el pie en su habitación todo el resto del día. Tiene la mano suave, y se la cuida con una pasta de olor; se ríe para enseñar los dientes; frunce los labios y no hay un momento en que no quiera sonreír; contempla sus piernas y se mira en el espejo; no se puede estar más contento de su persona que lo que él está de sí mismo; ha adquirido una voz clara y delicada y felizmente habla alto; tiene un movimiento de cabeza y no sé qué dulzura en los ojos, que no ha olvidado de embellecer; tiene un andar muelle y el más lindo aspecto que ha sido capaz de procurarse; se pinta de rojo, pero raramente, pues no ha hecho costumbre de eso; es verdad que lleva calzones y un sombrero, y que no lleva pendientes ni collar de perlas; por eso no lo he colocado en el capítulo de las mujeres.

* Esas mismas modas, que los hombres siguen con tanto gusto para sus personas, afectan descuidarlas en sus retratos, como si sintiesen o previesen la indecencia y el ridículo en que pueden caer después que hubiesen perdido lo que se llama la flor o el agrado de la novedad; prefieren a ellas un arreglo arbitrario, un traje indiferente, fantasías del pintor que no están tomadas ni en el aspecto ni en el semblante; que no recuerdan ni las costumbres ni las personas; les gustan las actitudes forzadas o inmodestas, unas maneras duras, salvajes, extrañas, que hacen un capitán de un joven abate y un matamoros de un hombre de toga; una Diana, de una mujer de ciudad, como de una mujer sencilla y tímida, una amazona o una Palas; una Laís, de una muchacha modesta; un Atila, de un príncipe que es bueno y magnánimo.

Apenas una moda ha destruído a otra moda, cuando ella misma es abolida por otra, la que a su vez cede a la que sigue, que no será la última; tal es nuestra ligereza: mientras han tenido lugar esas revoluciones, ha transcurrido un siglo que ha dejado todas esas modas en la categoría de cosas pasadas y que ya no existen. Entonces la moda más curiosa y que más gusta ver, es la más antigua. Con la ayuda del tiempo y de los años, los retratos tienen el mismo encanto que la saya o la túnica romana en el teatro; el que tienen el manto, el velo y la tiara (11) en nuestras tapicerías y en nuestras pinturas.

Nuestros padres nos han trasmitido, con el conocimiento de sus personas, el de su vestuario, de sus peinados, de sus armas (12) y de los otros adornos que han amado durante su vida. No sabríamos reconocer bien esa especie de beneficio más que tratando de la misma manera a nuestros descendientes.

(11) Vestido de los orientales. *(Nota de La Bruyère.)*
(12) Ofensivas y defensivas. *(Nota de La Bruyère.)*

* El cortesano antaño lucía su cabello, sus calzones y su jubón, llevaba botas de holgada caña y era libertino; eso ya pasó: hoy lleva una peluca, la casaca cerrada, las medias al descubierto y es devoto; todo se regula por la moda.

* El que desde hacía tiempo era devoto en la corte, y por consiguiente, contra toda razón, poco alejado del ridículo, ¿podía esperar que había de vestir a la moda?

* De qué no es capaz un cortesano, con respecto a su fortuna, si para alcanzarla se convierte en devoto?

* Los colores están preparados y la tela también; pero, ¿cómo fijar a ese hombre inquieto, ligero, inconstante, que adopta mil y mil figuras? Yo lo pinto devoto y creo haberlo atrapado; pero se me escapa y ya es libertino. Que por lo menos continúe en esa mala situación, y sabré tomarle en un punto de desarreglo de corazón y espíritu en el que se le podrá reconocer; pero la moda puede más y es devoto.

* De qué no es capaz un cortesano, con vistas a su fortuna, si que es devoción (13); no puede equivocarse respecto a ello.

* Despreciar las vísperas como cosa antigua está fuera de la moda; conservar uno mismo su sitio para el saludo; saber las salidas y entradas de la capilla; conocer el flanco; saber donde es uno visto y donde no se le ve; soñar en la iglesia en Dios y en sus asuntos, y recibir visitas, dar órdenes y comisiones y esperar las respuestas; tener un director a quien se escuche mejor que al Evangelio; sacar toda su santidad y todo su relieve de la reputación de su director; desdeñar a aquellos cuyo director está menos en boga; no amar, de la palabra de Dios, más que lo que recomienda su director; preferir su misa a las otras misas y los sacramentos dados por su mano a los que carecen de esa circunstancia; no reparar más que en los libros de espiritualidad, como si no hubiese Evangelios, ni Epístolas de los Apóstoles ni moral de los Santos Padres; leer o hablar una jerga desconocida en los primeros siglos; saber, con todas las circunstancias, los defectos del prójimo y paliar los propios; acusarse de los propios sufrimientos, de la propia paciencia; confesar como un pecado su poco progreso en el heroísmo; estar en relación secreta con ciertas gentes, contra otras; no estimarse más que a sí mismo y a su propia cábala; tener por sospechosa a la misma virtud; gustar, saborear la prosperidad y el favor y quererlo sólo para sí; no ayudar al mérito; hacer servir la piedad a la propia ambición; ir con salud por el camino de la fortuna y de las dignidades, es, por lo menos hasta hoy, el más bello esfuerzo de la devoción contemporánea.

Un devoto (14) es el que, bajo un rey ateo, sería ateo (15).

* Los devotos (16) no conocen más crimen que la incontinencia; hablemos más precisamente: que el ruido o la apariencia de la incontinencia. Si *Ferecido* pasa por estar curado de las mujeres, o *Ferenice* por ser fiel a su marido, eso les basta; dejadles jugar un

(13) **Falsa devoción.** *(Nota de La Bruyère.)*
(14) **Falso devoto.** *(Nota de La Bruyère.)*
(15) **Por ese trazo imborrable, La Bruyère denuncia de antemano las impías represalias de la Regencia.** (SAINTE-BEUVE.)
(16) **Falsos devotos.** *(Nota de La Bruyère.)*

juego ruinoso, hacer perder a sus acreedores, regocijarse de la desgracia del prójimo y aprovecharse de ella, idolatrar a los grandes, despreciar a los pequeños, embriagarse de su propio mérito, secarse de envidia, mentir, maldecir, hacer cábalas, perjudicar, ése es su estado; ¿queréis que aparezcan con más méritos que las gentes de bien que, con los vicios ocultos, huyen todavía del orgullo y de la injusticia?

* Cuando un cortesano sea humilde, cuando se cure del fasto y de la ambición; cuando no establezca su fortuna sobre la ruina de sus concurrentes; cuando sea equitativo, alivie a sus vasallos y pague a sus acreedores; cuando no sea canalla ni maldiciente; cuando renuncie a las grandes comidas y a los amores ilegítimos; cuando rece no sólo con los labios y fuera de la presencia del príncipe; cuando además no sea difícil abordarle; cuando no tenga la cara austera y el gesto triste; cuando no sea perezoso y contemplativo; cuando sepa desempeñar con escrupulosa atención diversos empleos muy compatibles; cuando pueda y quiera volver su atención y sus cuidados a los grandes y laboriosos asuntos, y sobre todo a aquello de consecuencias más extensas para los pueblos y todo el Estado; cuando su carácter me haga temer nombrarle en determinado sitio, porque su modestia se alarmará, entonces diré de ese personaje: es devoto, o más bien: es un hombre dado a su siglo como modelo de virtud sincera y para que el hipócrita se conozca (17).

* *Onufro* tiene como cama una manta de sarga gris, pero se acuesta sobre el edredón y la colcha; de la misma manera va vestido simplemente, pero con comodidad, quiero decir con tela muy ligera en verano y recia y suave durante el invierno; lleva camisas muy finas, que tiene gran cuidado de ocultar. No dice: *Mi cilicio y mi disciplina*, al contrario: pasaría por lo que es, por un hipócrita, y quiere pasar por lo que no es, por un hombre devoto; es cierto que procede de manera que se le crea, sin que lo diga, que lleva un cilicio y que se da disciplinazos. Hay varios libros extendidos por su cuarto, indiferentemente; abridlos: son el *Combate Espiritual*, el *Cristiano interior* y el *Año Santo*; los demás libros los tiene bajo llave. Si camina por la ciudad y descubre desde lejos un hombre delante de él ante el que necesita aparecer como devoto, le son familiares los ojos bajos, el andar lento y modesto, el aire recogido y desempeña su papel. Si entra en una iglesia, observa primero de quién puede ser visto, y, según el descubrimiento que acaba de hacer, se pone de rodillas y reza, o no piensa en ponerse de rodillas, ni en rezar. Si llega junto a él un hombre de bien y de autoridad que le vea y que puede oírle, no solamente reza, sino que medita y lanza suspiros; si el hombre de bien se retira, él, en cuanto lo ve partir, se tranquiliza y no suspira más. Entra otra vez en un lugar santo, atraviesa la multitud, elige un lugar para recogerse y donde todo el mundo vea que se humilla; si oye cortesanos que hablan, que ríen y que están en la capilla con menos silencio que en la antecámara, hace más ruido que ellos para obligarlos a que se callen; reanuda su meditación, que es siempre la comparación que hace de esas personas consigo mismo, y en la que encuentra su consuelo. Evita una iglesia desierta

(17) El duque de Beauvillers.

y solitaria, en la que podría oír dos misas seguidas, el sermón, vísperas y completas, todo eso entre Dios y él, y sin que nadie se enterase; le gusta la parroquia y frecuenta los templos muy concurridos: allí nunca pierde la partida pues es visto. Escoge dos o tres días en todo el año en los que, a propósito de nada, ayuna o hace abstinencia; pero a fin del invierno tose, tiene mal el pecho, tiene fiebre, y se hace rogar que rompa la cuaresma desde su comienzo, lo que así sucede con gran complacencia suya. Si Onufro es nombrado árbitro en una querella de parientes o en un proceso de familia, se inclina del lado de los más fuertes, quiero decir de los más ricos, y no concibe que el que tiene bienes pueda dejar de tener razón. Si se encuentra con un hombre opulento, al que ha sabido imponerse y del que es parásito y puede sacar gran provecho, no hace carantoñas a su mujer, no le hace siquiera declaración; huye de ella, y le dejará su capa si no está tan seguro de ella como de sí mismo; está todavía más lejos de emplear, para adularla y para seducirla, la jerga de la devoción (18), que habla por costumbre, sino con objeto, y según le sea o no útil, y nunca cuando no le serviría más que para ponerse en ridículo. Sabe donde se encuentran mujeres más sociables y más dóciles que la de su amigo; no las abandona mucho tiempo aunque no sea más que para hacer decir en público que hace días de retiro. ¿Quién podría sospechar que no era así, cuando se le ve reaparecer con una cara extenuada de hombre que no se cuida? Por lo demás, las mujeres que florecen y prosperan a la sombra de la devoción (19), le convienen, pero con la pequeña diferencia de que desprecia a las que han envejecido y cultiva a las jóvenes y entre ellas a las más hermosas y las mejor formadas, que son las que le atraen; si ellas van, él va; si vuelven, él vuelve; si se detienen, él se detiene; tiene el consuelo de verlas en todos los lugares y a todas horas. ¿Quién dejaría de sentirse edificado? Ellas son devotas y él es devoto. No se olvida de sacar ventaja de la ceguera de su amigo y de la prevención del mismo a su favor; tan pronto le pide dinero prestado, como se hace reprochar el no recurrir a su amigo en sus necesidades. Algunas veces no quiere recibir un óbolo sin dar un pagaré, que está bien seguro de no retirar nunca. Dice otras veces, de cierta manera, que nada le falta y es cuando sólo le falta una pequeña suma; alaba otras veces públicamente la generosidad de ese hombre, para picar su amor propio y decidirle a que le haga una gran largueza; no piensa en aprovecharse de toda su sucesión, ni en recibir una donación general de todos sus bienes, sobre todo si se trata de quitárselos a un hijo, heredero legítimo. Un hombre devoto no es ni avaro, ni violento, ni injusto, ni tampoco interesado; Onufro no es devoto, pero quiere ser tenido como tal, y, por una perfecta, aunque falsa imitación de la piedad, cuida de sus intereses: así no se insinúa jamás en una familia en la que se encuentran una hija de cuya educación hay que ocuparse y un hijo al que hay que establecer; hay derechos demasiado fuertes y demasiado inviolables que no se traspasan sin producir escándalo, y se da cuenta de ello, sin que tal noticia llegue a los oídos

(18) Falsa devoción. *(Nota de La Bruyère.)*
(19) Falsa devoción. *(Nota de La Bruyère.)*

del príncipe, de quien él se oculta, por temor de ser descubierto y de parecer lo que es. Prefiere la línea colateral a la que se ataca más impunemente, y es el terror de las primas y de los primos, del sobrino y de la sobrina; el adulador y el amigo declarado de todos los tíos que han hecho fortuna; se da por heredero legítimo de todo anciano que muere rico y sin hijos, y es preciso que éste le desherede, si quiere que sus parientes recojan su sucesión. Si Onufro no tiene ocasión de quitárselo todo, les quita por lo menos una buena parte; una pequeña calumnia, menos que eso, una ligera murmuración, le basta para ese piadoso designio; y ése es el talento que posee en el más alto grado de perfección; frecuentemente llega hasta hacerse un punto de conducta en no inutilizar esa habilidad; existen gentes, afirma, a las que se está obligado, en conciencia, a desacreditar, y esas gentes son aquellas a las que no quiere, a las que trata de perjudicar y cuyos despojos desea. Llega a conseguir sus fines, sin siquiera tomarse la pena de abrir la boca; si se le habla de *Eudoxia*, sonríe o suspira; si se le interroga, si se insiste, nada contesta; tiene razón: ya ha dicho bastante respecto a ella.

* Reíd, *Celia*, sed burlona y alocada como de ordinario. ¿Qué ha ocurrido con vuestra alegría? Decís que soy rico; heme a mis anchas, comienzo a respirar. Reíd más alto Celia, a carcajadas, ¿para qué sirve una mejor fortuna si lleva consigo la seriedad y la tristeza? Imitad a los grandes que han nacido en el seno de la opulencia; ellos ríen algunas veces y ceden a su temperamento; seguid el vuestro: no hagáis decir de vos que un nuevo cargo o algunos miles de libras de renta de más o de menos os hacen pasar de un extremo al otro. Yo me inclino, decís, al favor por un lado. Lo sospechaba, Celia, pero creedme, no dejéis de reír, ni tampoco de sonreírme cuando paso, como antaño; nada temáis, pues no seré más libre ni más familiar con vos, ni tendré peor opinión de vos ni de vuestro cargo; creeré igualmente que sois rica y estáis en favor. Yo soy devota, añadís. Es suficiente Celia, y debo acordarme que eso no es más que el sentimiento que la serenidad y la alegría de una buena conciencia hacen aparecer en la cara; las pasiones tristes y austeras se extienden hacia el exterior; llevan más lejos y nadie se asombra de ver que la devoción (20) sabe todavía, mejor que la belleza y la juventud, volver a una mujer altiva y desdeñosa.

* Desde hace un siglo las artes y las ciencias han sido elevadas a un gran refinamiento, hasta la de la salud, que ha sido reducida a reglas y metodizada y aumentada por todo lo que el talento de los hombres podía inventar, como más bello y más sublime. La devoción (21) y la geometría tienen sus maneras de hablar o sea lo que se llama los términos del arte; el que no los sabe, ni es devoto de ese género ni es geómetra. Los primeros devotos, los que fueron dirigidos por los Apóstoles, ignoraban esos términos; gentes sencillas que no tenían más que la fe y las obras y que se limitaban a creer y a vivir bien.

* Es una cosa delicada para un príncipe religioso reformar la corte y volverla piadosa. Sabiendo hasta dónde puede agradarle al

(20) Falsa devoción. *(Nota de La Bruyère.)*
(21) Falsa devoción. *(Nota de La Bruyère.)*

cortesano, a expensas del cual hará su fortuna, lo trata con prudencia; tolera y disimula, por temor de lanzarlo a la hipocresía o al sacrilegio; espera más de Dios y del tiempo que de su celo y de su industria.

* Es una práctica antigua en las cortes dar pensiones y distribuir gracias a un músico, a un maestro de danza, a un actor, a un tocador de flauta, a un adulador, a un complaciente: todos ellos tienen un mérito fijo y habilidades seguras y conocidas, que divierten a los grandes y que les hacen descansar de su grandeza. Se sabe que Fabier era un buen bailarín y que Lorenzani hizo buenos motetes. ¿Quién sabe, por el contrario, si el hombre devoto tiene virtud? No hay nada para él en el tesoro del rey ni en el ahorro, y con razón: es un oficio fácil de aparentar, y que si fuese recompensado expondría al príncipe a honrar el disimulo y la truhanería y a pagar pensión al hipócrita.

* Se espera que la devoción de la corte no dejará de inspirar a los prelados el deseo de cumplir sus deberes de residencia (22).

* Para mí, la verdadera devoción es el manantial del reposo; hace soportar la vida y vuelve dulce la muerte; no se saca tanto de la hipocresía.

Cada hora en sí, como respecto a nosotros, es única; cae una vez y perece por completo; millones de siglos no la devolverán. Los días, los meses, los años, se hunden y se pierden sin remedio en el abismo del tiempo; el mismo tiempo será destruido: no es más que un punto en los espacios inmensos de la eternidad y se borrará. Hay ligeras y frívolas circunstancias del tiempo que no son estables, que pasan, y a las que yo llamo modas: la grandeza, el favor, la riqueza, el poderío, la autoridad, la independencia, el placer, las alegrías, la superfluidad. ¿A dónde irán a parar esas modas cuando el mismo tiempo haya desaparecido? La virtud sola, tan poco a la moda, va más allá de los tiempos.

(22) Es sabido que no obstante las formales prescripciones de la Iglesia, que quiere que el pastor no deje en modo alguno a su rebaño, un gran número de obispos, bajo la antigua monarquía, no habitaban en sus diócesis. La Bruyère, haciendo alusión a este hecho, quiere significar aquí que habiéndose vuelto piadosa la corte, ello infundirá a los obispos el deseo de dejarla, para ir a ocupar sus residencias episcopales.

DE ALGUNAS COSTUMBRES

Hay gentes que no tienen medio de ser nobles (1).

Hay otras, que si hubiesen obtenido seis meses de plazo de sus acreedores, serían nobles.

Hay también otras que se acuestan plebeyas y se levantan nobles (2).

¡Cuántos nobles cuyo padre y hermanos mayores son plebeyos!

* Tal abandona a su padre que es conocido, y del que se cita la escribanía o la tienda, para ampararse en su abuelo, que, muerto desde hace mucho tiempo, es desconocido y está fuera de la cuenta. Muestra después una gran renta, un gran cargo, bellas alianzas, y para ser noble, no le faltan más que títulos.

* Rehabilitaciones, palabra en uso en los tribunales, que hace envejecer la de cartas de nobleza, antaño tan usada y tan francesa. Hacerse rehabilitar supone que un hombre, convertido en rico, originariamente es noble, que es de una necesidad más que moral que lo sea; que a la verdad, su padre ha podido manejar el arado o la azada o el martillo o vestir la librea; pero que no se trata para él más que de entrar en los primitivos derechos de sus antepasados y continuar las armas de su casa, las mismas, sin embargo, que ha fabricado y otras distintas de las de su vasija de estaño; en una palabra: las cartas de nobleza no le convienen, pues sólo honran al plebeyo, es decir, al que busca todavía el secreto de hacerse rico.

* Un hombre del pueblo, a fuerza de asegurar que ha visto un prodigio, se persuade falsamente de que ha visto un prodigio. El que continúa ocultando su edad, acaba por creer que es tan joven como quiere hacérselo creer a los demás. De la misma manera, el plebeyo, que dice por costumbre que procede de algún antiguo barón o de algún dueño de un castillo, del que es verdad que no desciende, tiene el placer de creer que desciende.

* ¿Cuál es el plebeyo un poco dichoso al que le faltan armas y en esas armas una pieza honorable, sostenes, una cimera, una divisa, y tal vez el grito de guerra (3)? ¿En qué se ha convertido la distin-

(1) La Bruyère hace aquí alusión a la venalidad de los cargos que conferían la nobleza, como asimismo a los títulos de nobleza vendidos por el gobierno, y dice implícitamente que es por el dinero y no por el mérito que se ennoblecía.

(2) Veteranos. *(Nota de La Bruyère.)* Esta palabra se aplica a los consejeros del parlamento y del tribunal de cuentas, quienes, después de veinte años de ejercicio, obtenían títulos de nobleza.

(3) Siendo poco conocidos esos términos de blasón, aún para aquellos que se jactan de tener «armas», creemos oportuno dar algunas explicaciones. Los *supports* o *supports* (sostenes) son figuras de hombres o de animales colocadas a derecha e izquierda del

ción de los cascos y de los yelmos? El nombre y el uso han sido abolidos; no se trata ya de llevarlos de frente o de costado, abiertos o cerrados y éstos de tantas *grilles* (4); no gustan las minucias, se pasa derecho a las coronas; eso es más simple: se cree digno de ellas y se las adjudica. Queda todavía a los mejores burgueses cierto pudor que les impide adornarse con una corona de marqués, demasiado satisfechos de la condal (5); algunos de entre ellos no van a buscarla muy lejos y la hacen pasar de su enseña a su carroza.

* Basta con no haber nacido en una ciudad sino en una cabaña perdida en el campo, o bajo una ruina que surge de una marisma, y que se llama castillo, para ser tenido por noble bajo la propia palabra.

* Un buen hidalgo quiere pasar por un pequeño señor y lo consigue. Un gran señor, afecta la dignidad de príncipe y usa de tantas precauciones, que, a fuerza de bellos apellidos, de disputas sobre la categoría y las relaciones, de nuevas armas y de una genealogía que D'Hozier no le ha hecho, se convierte en un pequeño príncipe.

* Los grandes, en todas las cosas, se amoldan a los más grandes, los que, por su parte, para no tener nada de común con sus inferiores, renuncian con gusto a todas las rúbricas de honores y de distinciones, cuya condición se encuentra cargada, y prefieren a esa servidumbre una vida más libre y más cómoda. Los que siguen su pista observan ya por emulación esa sencillez y esa modestia; todos ellos se reducirán por altivez a vivir naturalmente y como el pueblo. ¡Horrible inconveniente!

* Ciertas gentes llevan tres nombres por temor de que les falten; tienen uno para el campo y para la ciudad, para los lugares de servicio o de su empleo. Otros tienen un solo nombre disílabo que ennoblecen por partículas a medida que su fortuna llega a ser mejor. Este, por la supresión de una sílaba, hace de su apellido obscuro un apellido ilustre; este otro, por el cambio de una letra, desfigura su apellido que de *Siro* se convierte en *Ciro*. Algunos suprimen sus apellidos que podrían conservar sin vergüenza, para adoptar otros más bellos, con lo que no hacen más que perder, por la comparación que se ha hecho siempre de los que los llevan, con los grandes hombres que los han llevado. Se encuentran otros, por fin, que, nacidos a la sombra de los campanarios de París, quieren ser flamencos o

escudo y que sostienen el *timbre*, es decir, los cascos, las cimeras y las coronas, que se ponen encima del escudo. La cimera es la figura que remata la corona o el casco, y, por consiguiente, la que domina todos los ornamentos exteriores del escudo. La divisa se escribe abajo del escudo; es, dicen los expertos en heráldica, la remembranza de un nombre, de una o de varias acciones memorables, y nosotros agregaremos que a menudo no es sino un juego de palabras pasablemente ridículo.

(4) El número de *grilles*, es decir, de varillas de hierro que formaban la visera del casco, y la posición del casco, de frente o de perfil, se reglaban según la dignidad de las personas. Es a lo que La Bruyère hace alusión en este pasaje. El casco de los emperadores y de los reyes es de oro, puesto de frente, abierto y sin rejilla; el de los príncipes de la sangre, abierto y con once varillas; los duques lo tienen de plata, de frente y con once varillas; los marqueses, de plata y con siete varillas, etc. Los gentileshombres sin títulos, de acero bruñido, puesto de perfil con visera, abierto, con tres varillas; los escuderos, de acero bruñido, de perfil y sin varillas; los ennoblecidos, de acero bruñido, de perfil, sin varillas y visera casi baja.

(5) La corona de marqués es un aro de oro, con cuatro florones, alternados cada uno por tres perlas en forma de trébol. La corona de conde es un aro de oro con piedras preciosas, y realzado con dieciocho perlas, de las que sólo nueve son aparentes.

italianos como si lo plebeyo no fuese de todos los países; alargan sus nombres franceses con una terminación extranjera y creen que venir de buen lugar es venir de lejos.

* La necesidad de dinero ha reconciliado a la nobleza con la plebe y ha hecho desvanecer la prueba de los cuatro cuarteles.

* ¡A cuántos hijos sería útil la ley que decidiese que es el vientre el que ennoblece! ¡Pero a cuántos también sería contraria esa ley!

* Hay pocas familias en el mundo que no toquen a los grandes príncipes por un extremo y por el otro al simple pueblo.

* No hay nada a perder en ser noble: franquicias, inmunidades, exenciones, privilegios, ¿qué falta a los que tienen un título? ¿Creéis que los solitarios (6) se hayan hecho nobles por la nobleza? No son tan vanos, y si buscan la nobleza es por el provecho. Eso les viene mucho mejor que entrar en las gabelas, y no digo que les aproveche a cada uno en particular, porque se oponen a ello sus votos, pero aprovecha a la comunidad.

* Yo lo declaro netamente a fin de que se preparen y que nadie sea un día sorprendido: si llega a ocurrir que algún grande me encuentre digno de sus cuidados, si hago por fin una bella fortuna, hay un Geoffroy de la Bruyère, al que todas las crónicas colocan en el número de los más grandes señores de Francia que siguieron a GODEFROY DE BOUILLÓN a la conquista de la Tierra Santa: he ahí de quién desciendo yo en línea recta.

* Si la nobleza es virtud, se pierde por todo lo que no es virtuoso; y si no es virtud, es poca cosa.

* Hay cosas que llevadas a sus principios y a su primera institución son asombrosas e incomprensibles. ¿Quién puede concebir, en efecto, que ciertos abates a los que no falta nada de la molicie y de la vanidad de los sexos y condiciones, que andan detrás de las mujeres en competencia con el marqués y el financiero y que vencen a éstos, que ellos mismos son originariamente, y en la etimología de su apellido, los padres y los jefes de santos frailes y de humildes solitarios, y que deberían ser el ejemplo? ¡Qué fuerza, qué imperio, qué tiranía de la costumbre! Y, sin hablar de más grandes desórdenes, ¿no debe temerse ver un día un abad, vestido de terciopelo gris rameado como una eminencia, o con lunares y pintado de rojo como una señora?

* Que las suciedades de los dioses, la Venus, el Ganimedes y las otras desnudeces del Carracci, hayan sido hechas para príncipes de la Iglesia que se dicen sucesores de los apóstoles, el palacio Farnesio es la prueba de ello.

* Las cosas hermosas lo son menos fuera de su lugar; las conveniencias conducen a la perfección, y la razón conduce a las conveniencias. Así no se oye una jiga en la capilla, ni en un sermón se perciben tonos de teatro, no se ven imágenes profanas (7) en los tem-

(6) Casa religiosa, secretaría del rey. *(Nota de La Bruyère.)* Para tomar bien el sentido de esta nota, es necesario recordar que algunos conventos y abadías habían comprado cargos de secretario del rey, para asegurarse los privilegios anexos a dichos cargos.

(7) Tapicerías. *(Nota de La Bruyère.)*

plos; no se ve un Cristo, por ejemplo, y el Juicio de Paris en el mismo santuario, ni a personas consagradas a la Iglesia con el equipo y el aspecto de un caballero.

* Declararé lo que pienso de lo que se llama en sociedad unos bellos motetes, de la decoración con frecuencia profana, de los asientos reservados y pagados, de los libretos (8) distribuidos como en el teatro, de las entrevistas y las citas frecuentes, del murmullo y las conversaciones, de uno subido al púlpito y que habla familiarmente, secamente y sin otro objeto que reunir al pueblo y divertirlo hasta que una orquesta y unos coros preparados hace mucho tiempo se hagan oír? ¿Soy yo el que debo decir que el celo de la casa del Señor me consume, y descorrer el velo que cubre los misterios, testigos de una tal indecencia? ¿Que porque no se dance todavía en los TT. (9), me veré forzado a llamar a todo ese espectáculo oficio de iglesia?

* No se ve hacer votos ni peregrinaciones para obtener de un santo el espíritu más dulce, el alma más agradecida, para ser más equitativo y mejor, para ser curado de la vanidad, de la inquietud y de la maledicencia.

* ¿Qué idea más ridícula que la de representarse una multitud del uno y del otro sexo, que se reune ciertos días en una sala para aplaudir allí a otra multitud de excomulgados que no lo son más que por el placer que les dan y que está ya pagada de antemano? Me parece que convendría cerrar los teatros, o pronunciarse menos severamente sobre la condición de los comediantes.

* En esos días que se llaman santos, el fraile confiesa mientras el párroco truena en el púlpito contra los frailes y sus adherentes (10); tal mujer piadosa sale de comulgar y oye en la plática que acaba de cometer un sacrilegio. ¿No hay en la Iglesia una potencia a la que corresponda hacer callar al pastor, o suspender por un tiempo el poder del *barnabita*?

Hay más retribución en las parroquias para un matrimonio que para un bautismo, y más para un bautismo que para la confesión. Se diría que eso es una tasa sobre los sacramentos, que parecen ser apreciados según aquélla. No tiene importancia, en el fondo, ese uso, y los que reciben por las cosas santas no creen venderlas, como los que dan no piensan que las compran; son tal vez apariencias que podrían ahorrarse a los sencillos y a los no devotos.

* Un pastor fresco y en perfecta salud, envuelto en lienzo fino y encaje de Venecia, ocupa un sitial junto a las púrpuras y las pie-

(8) El motete traducido en versos franceses por L. L. *(Nota del autor.)* Estas iniciales designan a Lorenzani.

(9) Alusión a los cánticos de los padres Teatinos (Cayetanos), compuestos por Lorenzani, italiano, que luego fué maestro de capilla del papa Inocencio XII. *(La clave.)*

(10) Este hecho hace alusión a los debates que sin cesar se producían, bajo la antigua monarquía, entre los curas de las parroquias y las órdenes religiosas que durante la cuaresma y en las fiestas solemnes iban a predicar y a confesar en dichas parroquias. Los curas declaraban que los frailes no tenían ese derecho; por tanto, las mujeres que habían confesado ante los frailes no estaban canónicamente absueltas, lo que explica la expresión *cometer un sacrilegio* aplicada a las personas piadosas que comulgaban después de haberse confesado con el *barnabita*. La congregación de los barnabitas, fundada en Milán en 1530, tenía por objeto realizar misiones.

les; allí termina su digestión mientras que el *feuillant* (11) o el recoleto (12) dejan su celda y su desierto, a que están ligados por sus votos y por las reglas, para ir a predicarle a él y a sus ovejas y a recibir el salario como quien cobra un retazo de tela. Me interrumpís y me decís: ¡Qué censura! ¡Qué nueva es y qué poco esperada! ¿Quisierais acaso prohibir a ese pastor y a su rebaño la palabra divina y el pan del Evangelio? Por el contrario, yo quisiera que lo distribuyese él mismo por la mañana y por la tarde, en los templos, en las casas, en las plazas, sobre los tejados y que ninguno pretendiese un empleo tan grande, tan laborioso, con las intenciones, los talentos y los pulmones capaces de merecer las bellas ofrendas y las ricas retribuciones que a ellos están unidas. Yo estoy forzado, es verdad, a excusar a un párroco por esa conducta consagrada por el uso, que encontró establecida y que dejará a su sucesor; pero no puedo aprobar esa costumbre ridícula y desprovista de fundamento y de apariencia y me gusta todavía menos que la de hacerse pagar cuatro veces los mismos funerales, por sí, por sus derechos, por su presencia, por su asistencia.

* *Tito*, con veinte años de servicio en un segundo puesto, no es todavía digno del primero, que está vacante; ni sus talentos, ni su doctrina, ni una vida ejemplar, ni los votos de los feligreses, podrían hacérselo alcanzar. Sale de debajo de la tierra otro clérigo (13) para desempeñarlo. Tito es postergado o despedido; no se queja; esa es la costumbre.

* Uno dice: Yo soy maestro de capilla: ¿quién me obligará a asistir a maitines? Mi predecesor no iba nunca; ¿he de ser yo de peor condición? ¿Debo dejar que se envilezca mi dignidad entre mis manos, o dejarla tal como la he recibido? No es, dice el maestrescuela, mi propio interés el que me lleva, sino el interés de la prebenda (14): sería bien duro que un gran canónigo estuviese sujeto a coro, mientras que el tesorero, el archidiácono (15), el penitenciario (16), el gran vicario se creen exentos. Yo estoy bien fundado, dice el preboste, para pedir la retribución sin asistir al oficio: hace ya veinte años que estoy en posesión del derecho de dormir por la noche; quiero terminar como he comenzado y no se me verá que cedo mi derecho. ¿De qué me serviría estar a la cabeza de un capítulo? Mi ejemplo no sienta precedente. En fin, se establece entre todos ellos un pugilato respecto a quién dejará de alabar a Dios, a quién por una larga costumbre le corresponde ese derecho; la emulación de no asistir a los oficios divinos no puede ser ni más viva ni más ardiente. Las campanas suenan en una noche tranquila, y su melodía, que despierta a los salmistas y a los niños de coro, adormece a

(11) *Feuillants*, nombre de una congregación religiosa de la orden del Cister, reformada en 1577 en la abadía de Feuillant, diócesis de Rieux.

(12) Religiosos de la estrecha observancia de San Francisco. Se establecieron en Francia en 1592 y fundaron gran número de conventos.

(13) *Clero*, eclesiástico. *(Nota de La Bruyère.)*

(14) La prebenda es una renta eclesiástica afecta al canonicato.

(15) El archidiácono era un dignatario que tenía jurisdicción sobre los curas rurales.

(16) Sacerdote delegado por un obispo para absolver los casos reservados.

los canónigos, los sume en un sueño dulce y fácil y se levantan tarde y van a la iglesia para hacerse pagar el haber dormido.

* ¿Quién podría imaginarse, si la experiencia no nos lo pusiese ante los ojos, el trabajo que se toman los hombres para decidirse ellos mismos sopre su propia felicidad, y que haya necesidad de que gentes de cierto hábito, por medio de un discurso preparado, tierno y patético, por ciertas inflexiones de voz, por lágrimas, por movimientos que les hacen sudar y que los agotan, hagan, por fin, que un hompre cristiano y razonable, cuya enfermedad es incurable, convenga en que no debe perderse y que ha de cuidar de su alma?

* La hija de *Aristipo* está enferma y en peligro; envía a buscar a su padre, pues quiere reconciliarse con él y morir después de hechas las paces. ¿Ese hombre tan sabio, consejero de toda una ciudad, dará por sí mismo ese paso tan razonable? ¿Arrastrará consigo a su mujer? ¿No será necesaria, para moverlos a los dos, la máquina del director?

* Una madre, yo no digo que cede ante la vocación de su hija, pero que la hace religiosa, se hace responsable de un alma y responde a Dios como fiadora. A fin de que tal madre no se pierda, es preciso que su hija se salve.

* Un hombre juega y se arruina; no obstante, casa a la mayor de sus dos hijas con lo que puede salvar de las manos de un *Ambreville*. La pequeña, que se ha hecho religiosa, está a punto de hacer sus votos, sin más vocación que el juego de su padre.

* Se encuentran muchachas, que teniendo virtud, santidad y el fervor de una buena vocación, no son bastante ricas para hacer en una rica abadía voto de pobreza (17).

* La que delibera sobre la elección de una abadía o de un simple monasterio para encerrarse en él, agita la antigua cuestión del Estado popular y del Estado despótico.

* Hacer una locura y casarse por capricho, es casarse con *Melita*, que es joven, hermosa, prudente, económica, que agrada, que os ama, que tiene menos bienes que *Eginia* que os proponen, y la cual, con una rica dote, aporta ricas disposiciones para consumirla y con ella todos vuestros fondos.

* Antaño era delicado casarse; era una larga sujeción, un asunto serio, que merecía ser pensado bien; se era durante toda la vida el marido de su mujer, buena o mala: la misma mesa, la misma habitación, el mismo lecho; eso no podía dejarse por una pensión; con hijos y un ajuar completo, no existían las apariencias y las delicias del celibato.

* Que se evite ser visto solo con una mujer que no es la propia, he ahí un pudor que está en su lugar; que se sienta cierta pena al encontrarse en sociedad con personas de reputación dudosa, no es incomprensible. Pero, ¿qué mala vergüenza hace avergonzarse a un hombre de su propia mujer y le impide aparecer en público con ella, con la que ha escogido para su compañera inseparable, con la que debe hacer su alegría, sus delicias y toda su sociedad, con la que

(17) Alusión a la donación conocida con el nombre de dote, que las mujeres, al tomar el velo, debían aportar a la comunidad. Esta dote, en algunas grandes abadías, era de bastante importancia.

ama y estima, con la que es su adorno, con aquella cuyo talento, cuyo mérito, cuya virtud, le hace honor? ¿Por qué no comienza avergonzándose de su matrimonio?

Conozco la fuerza de la costumbre, y hasta dónde esclaviza a los espíritus y constriñe las normas, hasta en las cosas más desprovistas de razón y de fundamento; siento no obstante que yo tendría la impudicia de pasearme con una persona que fuese mi mujer.

* No es una vergüenza ni un pecado para un joven casarse con una mujer de edad avanzada; es a veces prudencia y precaución. La infamia es jugar con su bienhechora y tratarla indignamente, dando a entender que es la víctima de un hipócrita y de un ingrato. Si la ficción es excusable, es en cuanto hay que fingir amistad; si es permitido engañar, es en una ocasión en que hubiera sido duro ser sincero. Pero ella vive largo tiempo: ¿Habíais estipulado que muriese después de haberos trasmitido su fortuna y pagado todas vuestras deudas? ¿Después de eso, tenía que haberse limitado a tomar el opio o la cicuta? ¿Hace mal en vivir? ¿Es ella responsable de que muráis sin que se hayan celebrado los funerales magníficos que le habíais preparado?

* Hay hace mucho tiempo en el mundo una manera de hacer valer sus bienes (18), que continúa siempre practicándose por las gentes honradas, a pesar de que es condenada por hábiles doctores (19).

* Se han visto siempre en la república ciertos cargos que parece hayan sido inventados para enriquerecer a uno solo a costa de muchos; los bienes o el dinero de los particulares caen en ellos sin fin y sin interrupción (20). ¿Diré que no vuelven más o que vuelven muy tarde? Esos cargos son una sima, un mar que recibe las aguas de los ríos y que no las devuelve, o que si las devuelve, es por conductos secretos y subterráneos, después de haber gozado largo tiempo de esos fondos y cuando ya no pueden retenerse?

* El fondo perdido, antaño tan seguro, tan religioso y tan inviolable, se ha convertido con el tiempo, por los cuidados de los que lo tenían a su cargo, en un bien perdido (21). ¿Qué otro secreto habrá para doblar mis ingresos? ¿Entraré en el *octavo denario* o en las *ayudas* (22)? ¿Seré avaro, agiotista o administrador?

* Tenéis una pieza de plata, o si queréis una pieza de oro; no es bastante, pues es el número el que cuenta; haced si podéis un montón considerable y que se eleve en pirámide; yo me encargo del resto. No tenéis abolengo, ni inteligencia, ni conocimiento, ni experiencia, ¡qué importa! no disminuyáis nada de vuestro montón y os colocaré tan arriba que os cubriréis delante de vuestro amo, si lo tenéis; y habrá de ser muy eminente, si yo no hago, con vuestro metal, que de día en día ha de multiplicarse, que se descubra ante vos.

(18) Alusión al préstamo con interés, que la Iglesia miraba como usurario, por bajo que fuera el interés.

(19) Billetes y obligaciones. *(Nota de La Bruyère.)*

(20) Escribanía de tribunal, consignación. *(Nota de La Bruyère.)*

(21) Alusión a la bancarrota de los hospitales de París y de los Incurables, en 1689. Hizo perder a los particulares que tenían dinero a fondo vitalicio sobre esos establecimientos, la mayor parte de sus bienes. *(La clave.)*

(22) Se designaba con el nombre de *ayudas* los impuestos que se fijaban sobre los vinos y las otras bebidas. — Del *octavo denario* se habla en el capítulo «De los bienes de fortuna», nota 4.

* *Oranta* pleitea desde hace diez años por un asunto justo y capital, en el que se cifra toda su fortuna; tal vez sepa, dentro de cinco años, quiénes serán los jueces y ante qué tribunal ha de pleitear el resto de su vida.

* Se aplaude la costumbre que se ha introducido en los tribunales de interrumpir a los abogados en medio de su informe, de impedirles ser elocuentes y tener talento, de hacerles que se concreten a los hechos y a las pruebas escuetas que establecen el derecho de las partes; y esa práctica, tan severa que deja a los oradores la pena de no haber pronunciado los más hermosos párrafos de su discurso, que barre la elocuencia del único lugar donde tenía su verdadero asiento y va a hacer del parlamento una muda jurisdicción, está autorizada por una razón sólida y sin réplica que es la de la brevedad; pero sería de desear que esa razón fuese menos olvidada en otras ocasiones y que por el contrario regulase los despachos y las audiencias, lo mismo que los escritos (23).

* El deber de los jueces es el de administrar justicia; su oficio es diferirla. Algunos conocen su deber y hacen su oficio.

* El que solicita a su juez no le hace honor: porque o desconfía de sus luces y hasta de su probidad, o trata de prevenirlo, o le pide una injusticia.

* Se encuentran jueces para los que el favor, la autoridad, los derechos de la amistad o de la alianza, perjudican a una buena causa y a los que, un gran empeño en pasar por incorruptibles, expone a ser injustos.

* El magistrado galante es peor en las consecuencias que el disoluto: éste oculta su comercio y sus relaciones, y con frecuencia no se sabe cómo llegar hasta él; aquél es asequible por mil debilidades, que son conocidas, y se llega a él por todas las mujeres a las que quiere agradar.

* Ha faltado poco para que la religión y la justicia no vayan a la par en la república y para que la magistratura no consagre a los hombres como el sacerdocio. El hombre de toga no sabría danzar en un baile, aparecer en los teatros, renunciar a sus costumbres simples y modestas, sin consentir en su propio envilecimiento; es extraño que se necesite una ley para reglamentar su exterior y obligarles así a que ese exterior sea grave y serio (24).

* No hay ningún oficio que no tenga su aprendizaje y en el que, subiendo de abajo a arriba, no se haga una práctica y un ejercicio que prepare para los empleos superiores y donde las faltas sean sin consecuencia y conduzcan a la perfección. La misma guerra, que parece nacer y conservarse por la confusión y el desorden, tiene sus preceptos: no se matan las tropas en campaña sin haber aprendido el oficio, sino que se matan metódicamente. Hay una escuela de guerra; ¿dónde está la escuela del magistrado? Hay unos usos, unas leyes, unas costumbres; ¿dónde está el tiempo, bastante largo, que debe emplearse para digerirlas y aprenderlas? El ensayo y el aprendizaje de un adolescente que pasa de la férula a la púrpura, y del que la

(23) Proceso por escrito. *(Nota del autor.)*

(24) Una resolución del Consejo obligó a los consejeros a usar almacuello. Anteriormente iban casi siempre de corbata. *(La clave.)*

consignación ha hecho un juez, consiste en decidir soberanamente de las vidas y de las fortunas de los hombres.

* La principal parte del orador es la probidad: sin ella, degenera en declamador, disfraza o exagera los hechos, hace citas falsas, calumnia, hace suyas la pasión y los rencores de aquellos por los que habla, es ésta la clase de abogados de los que el proverbio dice que les pagan para decir injurias.

* Es cierto, según dicen, que le es debida esa suma y le corresponde ese derecho; pero está unido su ejercicio a esta pequeña formalidad, y si la olvida, pierde como consecuencia su suma, o queda privado de su derecho: ahora bien, olvidará esa formalidad. Eso es lo que yo llamo una conciencia de escribano.

Una hermosa máxima para la justicia, útil al público, llena de razón, de sabiduría y de equidad, sería precisamente la contraria de aquella que dice que la forma prevalece sobre el fondo.

* El interrogatorio es una invención maravillosa y completamente segura para perder a un inocente de complexión débil y salvar a un culpable que ha nacido robusto.

* Un culpable castigado, es un ejemplo para la canalla; un inocente condenado es el asunto de todos los hombres honrados.

Yo diré respecto a mí: No seré ladrón ni homicida; pero decir: Yo no seré un día castigado como tal, es hablar con mucho atrevimiento.

Una condición lamentable es la del hombre inocente a quien la precipitación y el procedimiento han considerado criminal. La de su juez, ¿puede ser mejor?

* Si me contasen que hubo antaño un preboste, o uno de esos magistrados creados para perseguir a los ladrones y para exterminarlos, que les conocía a todos hacía largo tiempo de nombre y de vista, que sabía sus robos, es decir, la especie, el número y la cantidad; que penetraba tanto en sus profundidades y estaba tan iniciado en todos sus horribles misterios, que supo devolver a un hombre de crédito una joya que le habían robado entre la multitud, al salir de una asamblea (25), yo consideraría ese acontecimiento como una de esas cosas que han pasado a la historia y de las que el tiempo borra la creencia. ¿Cómo, pues, podría yo creer que se deba presumir, por hechos recientes, conocidos y substanciados, que una convivencia tan perniciosa dura todavía y que ha vuelto a ponerse en juego y se ha convertido en costumbre?

* ¡Cuántos hombres que son fuertes contra los débiles, firmes e inflexibles a las solicitaciones del simple pueblo, sin ningún miramiento para los pequeños, rígidos y severos en las minucias, que rechazan los pequeños regalos, que no escuchan ni a sus parientes, ni a sus amigos y que sólo las mujeres pueden corromper!

* No es absolutamente imposible que una persona que se encuentra en un gran favor pierda un pleito.

* Los moribundos que hablan en sus testamentos pueden esperar ser escuchados como oráculos: cada uno tira de su lado e interpreta

(25) M. de Grand-Maison, preboste de la condestablía, hizo devolver a M. de Saint-Pouange una hebilla de diamantes que le había sido robada en la ópera. *(La clave.)*

a su manera las palabras de aquéllos, quiero decir según sus deseos o sus intereses.

* Es cierto que hay hombres de los que se puede decir que la muerte fija menos la última voluntad, que lo que les quita juntamente con la vida la irresolución y la inquietud. Un despecho, mientras viven, les hace testar; se apaciguan y desgarran la minuta que se convierte en cenizas. No tienen menos testamentos en el cajón de su mesa que almanaques encima de ella; los cuentan por los años; un segundo es destruído por un tercero, que a su vez es revocado por otro mejor digerido y éste también por un quinto testamento ológrafo. Pero, si la ocasión o la malicia, o la autoridad falta a aquel que tiene interés en suprimirlo, es preciso que sufran las cláusulas y las condiciones: ¿por qué tienen validez aquellas disposiciones de los hombres más inconstantes que por un último acto firman con su propia mano, y que después no han tenido tiempo de modificar?

* Si no hubiese testamentos para regular los derechos de los herederos, no sé si habría necesidad de tribunales para regular las diferencias de los hombres; los jueces quedarían casi reducidos a la triste función de enviar al calabozo a los ladrones y a los incendiarios. ¿Qué es lo que se ve siempre en juzgados y audiencias y a la puerta de una sala de un magistrado? ¿Herederos *ab intestato*? No; las leyes han previsto la partición de la herencia. Se ven los herederos testamentarios, que pleitean sobre la interpretación de una cláusula o de un artículo; las personas desheredadas; los que se quejan de un testamento hecho con tranquilidad, con madurez, por un hombre grave, concienzudo, que tuvo la ayuda de un buen consejero; se trata de un acto en que el escribano no omitió nada de su jerga y de sus finezas ordinarias; está firmado por el testador y por los testigos y dividido en párrafos; y en ese estado es declarado nulo.

Tito asiste a la lectura de un testamento con los ojos enrojecidos y húmedos, y el corazón oprimido por la pérdida de aquel al que espera heredar. Un artículo le da el cargo, otro las rentas de la ciudad, un tercero le hace dueño de una propiedad en el campo; hay una cláusula, que, bien entendida, le transmite una casa situada en el centro de París, tal como se encuentra y con los muebles: su aflicción aumenta; las lágrimas brotan de sus ojos, ¿cómo hacérselas contener? Se ve con un cargo, espléndidamente instalado en el campo y en la ciudad, con una buena mesa y una carroza. *¿Existía un hombre más honrado que el difunto, un hombre mejor?* Hay un codicilo, es preciso leerlo; en él se hace a *Mevio* legatario universal y se envía a *Tito* a su arrabal, sin rentas, sin títulos, sin tierras. Este enjuga sus lágrimas. Ahora es *Mevio* el que tiene que llorar.

* La ley que prohibe matar a un hombre, ¿no comprende en esa prohibición, el fuego, el agua, la fuerza, todos los medios, en fin, que pueden servir al homicida? La ley que prohibe a los maridos y mujeres hacerse donaciones recíprocas, ¿se refiere sólo a las vías directas e inmediatas de dar? ¿Ha prohibido las indirectas? ¿Ha introducido los fideicomisos o por lo menos los tolera? Con una mujer que nos es querida y que nos sobrevive, ¿legaremos nuestros bienes a un amigo fiel por un sentimiento de reconocimiento para él o más bien por una extrema confianza, y por la certeza que tenemos del buen uso que sabrá hacer de lo que se le lega?

¿Haremos donación al que se puede suponer que no ha de entregar los bienes a la persona a quien en efecto se quiere donar? ¿Será preciso hablarse, será preciso escribirse, es necesario pacto o juramento para establecer esa colusión? ¿Los hombres no deducirán de ello lo que pueden esperar los unos de los otros? Y si, por el contrario, la propiedad de un individuo determinado es devuelta al fideicomisario, ¿por qué pierde éste su reputación reteniéndola? ¿Sobre qué se funda la sátira y las comedias? ¿Trataríamos de compararlo a un depositario infiel, a un doméstico que roba el dinero que su amo le ha dado para entregar a alguno? ¿Se tendría culpa, existe infamia en no hacer una liberalidad y en conservar para sí lo que es propio? ¡Extraño embarazo, horrible peso el del fideicomiso! Si por la reverencia de las leyes se apropia de él, no es preciso pasar por un hombre de bien; si por el respeto a un amigo muerto, y siguiendo sus intenciones, se le devuelve a su viuda, se hiere la ley. Encuadra muy mal con la opinión de los hombres. Esto puede ser y no me conviene decir aquí: «la ley peca», ni «los hombres se equivocan».

* Oigo decir de algunos particulares o de algunas compañías: tal y tal cuerpo pretenden uno y otro la prelación; el birrete y el señorío se disputan el paso. Me parece que, de los dos, el que evita encontrarse en las asambleas es el que cede, y el que sintiendo su debilidad juzga él mismo en favor de su contendor.

* *Tifón* suministra a un grande perros y caballos; ¿qué no le suministraría? Su protección le vuelve audaz; hace impunemente en su provincia todo lo que le agrada; es asesino y perjuro; quema a sus vecinos y no tiene necesidad de asilo; es preciso, por fin, que el príncipe mismo se mezcle en su castigo.

* Guisos, licores, entradas, entremeses, todos nombres que deberían ser bárbaros en nuestra lengua, y si es verdad que no deberían usarse en plena paz, en la que sólo sirven para fomentar el lujo y la glotonería, ¿cómo podrían dejarse oír en tiempo de guerra y de miseria pública, a la vista del enemigo, la víspera de un combate, durante un sitio?

* Dónde se ha oído hablar de la mesa de *Escipión* o de la de *Mario*? ¿Se ha leído en alguna parte que *Milcíades, Epaminondas* o *Agesilao*, comieran manjares delicados? Yo quisiera que no se me hiciese mención de la delicadeza, de la limpieza y de la suntuosidad de los generales, sobre los que nada hay que decir, después de haber agotado las circunstancias de una batalla ganada y de una villa tomada; me gustaría que ellos quisiesen privarse de ese elogio.

* *Hermipo* es el esclavo de lo que él llama sus pequeñas comodidades; les sacrifica el uso corriente, la costumbre, las modas, las conveniencias: las busca en todas las cosas, deja una menor por otra mayor; no descuida ninguna de las que son practicables, hace de ellas un estudio, y no transcurre un día sin que haga un descubrimiento de ese género. Deja a los demás hombres el comer y el cenar, cuyos términos apenas admite; come cuando tiene hambre y solamente los manjares que le apetecen. Ve hacer su cama: ¿qué mano bastante hábil o bastante feliz podría hacerle dormir como quiere dormir? Sale raramente de su casa; le gusta la habitación, en la que no está ocioso ni laborioso, en la que no actúa, en la que enreda

con futilidades, vestido como un hombre que ha tomado una medicina. Depende servilmente de un cerrajero, o de un carpintero según sus necesidades; por si hace falta limar, tiene una lima; una sierra, por si necesita aserrar y tenazas para el caso de que tenga que arrancar clavos. Imaginad, si es posible, qué herramientas le faltan, mejores y más cómodas que las que usan los obreros; tiene algunas nuevas y desconocidas, sin nombre, inventadas por él y de las que casi ha olvidado el uso. Nadie puede compararse a él para hacer en poco tiempo y con poco esfuerzo un trabajo muy útil; daba diez pasos para ir de la cama al guardarropa y ya no da más que nueve, por la manera como ha sabido disponer las cosas; ¡cuántos pasos ahorrados en el curso de una vida! Además, se da vuelta a la llave, se empuja o se tira hacia sí, y una puerta se abre: ¡qué fatigal, he ahí un movimiento de más que sabe ahorrar ¿cómo?, es un misterio que no revela. Es, en verdad, un gran maestro para el resorte y la mecánica, para todo aquello de lo que los demás pueden prescindir. *Hermipo* da la luz a su departamento por otro punto que no es la ventana; ha encontrado el secreto de subir y bajar sin utilizar la escalera y busca el de entrar y salir con más comodidad que por la puerta.

* Hace ya largo tiempo que se desprestigia a los médicos y que uno se sirve de ellos; el teatro y la sátira no afectan a sus entradas; dotan a sus hijas, colocan a sus hijos en el parlamento y en la prelacía, y los mismos que se burlan suministran el dinero. Los que tienen buena salud se ponen enfermos; faltan gentes cuyo oficio sea asegurarles que no morirán. Mientras los hombres puedan morir y amen la vida, el médico será objeto de burlas y bien pagado.

* Un buen médico es el que tiene remedios específicos, o que, si carece de ellos, permite a los que los tienen que curen a su enfermo.

La temeridad de los charlatanes y sus tristes éxitos, que son la consecuencia de dicha temeridad, hacen valer a la medicina y a los médicos: si éstos dejan morir, los otros matan.

* *Carro Carri* (26) desembarca con una receta, a la que llama pronto remedio, y que algunas veces es un veneno lento; es un bien de familia, pero mejorado en sus manos; de específico que era contra el cólico, ahora cura las cuartanas, la pleuresía, la hidropesía, la apoplegía, la epilepsia. Forzad un poco vuestra memoria, nombrad una enfermedad, la primera que os ocurra: ¿la hemorragia, decís?, la cura. No resucita a nadie; no vuelve la vida a los hombres, pero los conduce necesariamente hasta la decrepitud; y sólo por casualidad, su padre y su abuelo, que tenían aquel secreto, murieron muy jóvenes. Los médicos reciben por sus visitas lo que se les da; algunas veces se contentan con las gracias. Carro Carri está tan seguro de su remedio y del efecto que produce, que no vacila en hacerse pagar por adelantado y en recibir antes que dar. Si el mal es incurable, tanto mejor, más digno será de su aplicación y de su remedio. Comenzad por entregarle algunos sacos de mil francos, estableced un contrato de constitución, dadle una de vuestras tierras, la más pequeña, y no estéis después más inquieto que él por vuestra curación. La emulación de este hombre ha poblado el mundo de nom-

(26) El charlatán Caretti.

bres en o y en i, nombres venerables, que imponen respeto a los enfermos y a las enfermedades. Vuestros médicos, Fagón (27), y de todas las facultades, confesadlo, no curan siempre ni con seguridad; por el contrario, éstos, que han heredado de sus padres la medicina práctica y que tienen la experiencia por sucesión, prometen siempre y con juramentos que se curará. ¡Qué dulce es para los hombres esperarlo todo en una enfermedad mortal y encontrarse pasablemente hasta en la agonía! La muerte sorprende agradablemente y sin haberse hecho temer; se la siente antes de haber pensado en ella y de haberse preparado y resuelto. ¡Oh Fagón Esculapio!, haced reinar en toda la tierra la quinina y los eméticos; conducid a su perfección la ciencia de los simples, que fueron dados a los hombres para prolongar su vida; observad en las curas, con más precisión y sabiduría que nadie lo ha hecho, el clima, los tiempos, los síntomas y las complexiones; curad de la única manera que a cada uno conviene ser curado; echad del cuerpo, donde nada se os oculta, las enfermedades más obscuras y más inveteradas; descuidad las del espíritu, pues son incurables; dejad a *Corina*, a *Lesbia*, a *Canidia*, a *Trimalción* y a *Carpos* la pasión o el furor de los charlatanes.

* Se sufre en la república a los quirománticos y a los adivinos, a los que hacen el horóscopo y adivinan el porvenir, a los que conocen el pasado por el movimiento del cedazo, a los que hacen ver en un espejo o en un vaso de agua la clara verdad; y esas gentes son en efecto de algún uso: predicen a los hombres que harán fortuna, a las muchachas que se casarán con sus amantes, consuelan a los hijos cuyos padres no mueren y encantan la inquietud de las mujeres jóvenes que tienen maridos viejos; engañan en fin, por vil precio, a los que tratan de ser engañados.

¿Qué pensar de la magia y del sortilegio? La teoría es obscura, los principios vagos, inciertos y se aproximan a las visiones. Pero hay hechos que desconciertan, afirmados por hombres graves que los han visto, o que lo saben por personas que son como ellos. Admitirlos todos o negarlos todos tiene el mismo inconveniente, y me atrevo a decir que en eso, como en todas las cosas extraordinarias que salen de las reglas comunes, hay un término medio a encontrar entre las almas débiles y los espíritus despreocupados.

* No se puede cargar a la infancia con el conocimiento de demasiadas lenguas, y me parece que se debería poner todo el empeño en enseñárselas; son útiles a todas las condiciones de los hombres y les abren igualmente la entrada a una profunda o a una fácil y agradable erudición. Si se deja ese estudio, tan penoso, para una edad un poco más avanzada que se llama la juventud, o no se tiene la fuerza de dedicarse a ellas por elección, o se carece de la suficiente para perseverar, y si se persevera en ese estudio consumiendo en el aprendizaje de las lenguas el tiempo que debió consagrarse al uso a que se las destina, eso es subordinar a la ciencia de las palabras una edad que quiere ir más lejos y que pide otras cosas; es por lo menos haber perdido los primeros años, que son los más hermosos de la vida. No se puede formar debidamente un caudal tan grande,

(27) Primer médico del rey.

sino cuando todo se imprime en el alma natural y profundamente, cuando la memoria es nueva, pronta y fiel; cuando la inteligencia y el corazón están todavía libres de pasiones, de cuidados y de deseos y se está dedicado a largos trabajos por aquellos de que se depende. Estoy persuadido de que el pequeño número de hábiles o el gran número de gentes superficiales, es debido al olvido de esta práctica.

* El estudio de los textos no puede ser nunca bastante recomendado; es el camino más corto, más seguro y más agradable para todo género de erudición. Tened las cosas de primera mano, bebed en la fuente (28), manejad el texto, aprendedlo de memoria, citadlo en las ocasiones, pensad sobre todo en penetrar el sentido en toda su extensión y en todas sus circunstancias; elegid un autor original, ajustad sus principios y sacad las conclusiones vosotros mismos. Los primeros comentadores se han encontrado en el caso en que yo deseo os encontréis vosotros: no toméis de prestado sus luces y no sigáis sus miras sino cuando las vuestras fuesen muy cortas; sus explicaciones no os corresponden y pueden fácilmente escapar a vuestro entendimiento; vuestras observaciones, por el contrario, nacen de vuestra inteligencia y permanecen en ella: las volvéis a encontrar en la conservación, en la consulta, y en la disputa; tened el placer de ver que no os detenéis en la lectura más que a causa de las dificultades que son invencibles, donde los comentadores y los escolásticos mismos quedan perplejos, tan fértiles por lo demás, tan abundantes y tan llenos de una vana y fastuosa erudición en los lugares claros que no os dan trabajo ni a ellos ni a vosotros; acabad así de convenceros, por ese método de estudio, de que es la pereza de los hombres la que ha animado a la pedantería a aumentar más bien que a enriquecer las bibliotecas, a hacer perecer el texto bajo el peso de los comentarios; y que ha obrado en esto contra sí misma y contra sus más caros intereses, multiplicando a los lectores las indagaciones y el trabajo que trataba de evitar.

* ¿Quién regula la manera de vivir y de usar los hombres sus alimentos? ¿Quién regula la salud y el régimen? Esto es dudoso. Una nación entera come las carnes después de las frutas; otra hace todo lo contrario. Algunos comienzan su comida por ciertas frutas y la terminan por otras; ¿es razonable ese uso? ¿Acaso los hombres, para cuidar de su salud, hacen bien en vestirse hasta el mentón, llevando abrigos y cuellos, cuando durante tanto tiempo llevaron el pecho descubierto? ¿Es por conveniencia, sobre todo en un tiempo en que habían encontrado el secreto de aparecer desnudos estando completamente vestidos? Y por otra parte, las mujeres que enseñan su pecho y sus hombros, ¿son de una complexión menos delicada que los hombres o menos esclavas que ellos de las conveniencias? ¿Qué poder es el que impulsa a las mujeres a cubrir sus piernas y casi sus pies, y que les permite llevar los brazos desnudos más arriba del codo? ¿Quién había inculcado en la mente de los hombres que se estaba en guerra para defenderse o para atacar, y quién les

(28) Es propio de los grandes talentos presentir el porvenir e indicar frecuentemente con varios siglos de anticipación los métodos que deben conducir al progreso de las ciencias, o las reformas que deben mejorar el estado de las sociedades. Sobre esos dos puntos, La Bruyère no falló jamás; por esas palabras, bebed en la *fuente*, enseña a los eruditos el camino de la verdad.

había insinuado el empleo de las armas ofensivas o defensivas? ¿Quién les obliga hoy a renunciar a ésta, mientras se calzan para ir al baile, y sostener asalariados, expuestos a todo fuego de una contraescarpa? Nuestros padres, que no juzgaban tal conducta útil al príncipe y a la patria, ¿eran prudentes e insensatos? Y nosotros mismos, ¿qué héroes celebramos en nuestra historia? Un Guesclin, un Clissón, un Foix, un Boucicaut, que han llevado armadura y coraza. ¿Quién podría dar razón de la fortuna de ciertas palabras y de la proscripción de algunas otras?

Ains ha perecido; la vocal que la comenzaba, tan propia para la elisión, no ha podido salvarla; ha cedido a otro monosílabo (29) que no es a lo sumo más que su anagrama. *Certes* está en su ancianidad y tiene todavía fuerza al declinar; la poesía la reclama y nuestra lengua debe mucho a los escritores que la dicen en prosa y que la emplean en sus obras. *Maint* es una palabra que no se debía abandonar jamás, por la facilidad que había para introducirla en el estilo, y por su origen que es francés. *Moult*, aunque latín, tenía en su tiempo el mismo mérito y yo no veo por qué razón es mejor emplear *beaucoup*. ¡Qué persecución no ha sufrido *Car!* Y si no hubiese encontrado protección entre las gentes correctas, ¿no habría sido suprimida vergonzosamente de una lengua a la que ha prestado tan buenos servicios, sin que se hubiese sabido con qué palabra sustituirla? *Cil* fué durante sus buenos tiempos la palabra más linda de la lengua francesa; es doloroso para los poetas que haya envejecido. *Douloureux* no viene más naturalmente de *douleur* que lo que *chaleureux* o *chaloreux* viene de *chaleur;* esto se pierde, por más que sea una riqueza de la lengua y aunque se diga con mucha justeza donde *chaud* sólo se emplea impropiamente. *Valeur* debía también conservar *valeureux; haine, haineux; peine, peineux; fruit, fructueux; pitié, piteux; joie, jovial; foi, féal; cour, courtois; gîte, gisant; haleine, halené; vanterie, vantard; mensonge, mensonger; coutume, coutumier;* como *part*, mantiene *partial; point, pointu* y *pointilleux; ton, tonnant; son, sonore; frein, effréné; front, effronté; ris, ridicule; loi, loyal; coeur, cordial; bien, bénin; mal, malicieux. Heur*, se colocaba donde *bonheur* no podía entrar. Se ha hecho *heureux*, que es tan francés y que ha dejado de serlo; si algunos poetas se han servido de esa palabra, no ha sido tanto por gusto como por necesidad de la medida. *Issue* prospera, y viene de *issir*, que está abolido. *Fin* subsiste sin consecuencias para *finer*, que viene de él, mientras que *cesse* y *cesser* reinan igualmente. *Verd* ya no hace *verdoyer;* ni *fête, fêtoyer; ni larme, larmoyer; ni deuil, se douloir, se condouloir;* ni *joie, s'éjouir*, aunque haga siempre *se réjouir, se conjouir*, así como *orgueil, s'enorgueillir*. Se ha dicho *gent* con referencia al cuerpo; esta palabra, tan fácil, no solamente ha caído sino que ha arrastrado a *gentil* en su caída. Se dice *diffamé* que se deriva de *fame* y que ya no se oye. Se dice *curieux*, derivado de *cure*, que está fuera de uso. Se ganaría diciendo *si que* por *de sorte que*, o *de manière que; de moi*, en lugar de *pour moi* o *de quant a moi;* de decir *je sais que c'est qu'un mal*, más bien que *je sais ce que c'est qu'un mal*, sea por la analogía latina, sea por la ventaja que existe frecuentemente en tener

(29) Mais. *(Nota de La Bruyère.)*

una palabra menos en la oración. El uso ha preferido *par conséquent* a *par conséquence*, y *en conséquence* a *en conséquent; façons de faire* a *manières de faire*, y *manières d'agir* a *façons d'agir...*; en los verbos, *travailler* a *ouvrer*, *être accoutumé* a *souloir*, *convenir* a *duire*, *faire du bruit* a *bruire*, *injurier* a *vilainer*, *piquer* a *poindre*, *faire ressouvenir* a *ramentevoir...*; y en los nombres, *pensées*, a *pensers*, una palabra tan hermosa y que se encontraba tan bien en el verso; *grandes actions* a *prouesses*, *louanges* a *loz*, *méchanceté* a *mauvaistié*, *porte* a *huis*, *navire* a *nef*, *armée* a *ost*, *monastère* a *monstier*, *prairies* a *prées...*; todas palabras que podrían durar con igual belleza y volver una lengua más abundante. El uso, por la adición, la supresión, el cambio o el desorden de algunas letras, ha hecho *frelater* de *fralater*, *prouver* de *preuver*, *profit* de *proufit*, *froment* de *froument*, *profil* de *pourfil*; *provisión* de *pouveoir*, *promener* de *pourmener*, y *promenade* de *pourmenade*. El mismo uso hace según la ocasión, de *habile*, de *utile*, de *facile*, de *docile* (30), de *mobile* y de *fertile*, sin cambiar nada en ellos, géneros diferentes; por el contrario, de *vil*, *vile*; *subtil*, *subtile*, según su terminación, masculinos o femeninos. Ha alterado las terminaciones antiguas: de *scel* ha hecho *sceau*; de *mantel*, *manteau*; de *capel*, *chapeau*; de *coutel*, *couteau*; de *hamel*, *hameau*; de *damoisel*, *damoiseau*; de *jouvencel*, *jouvenceau*; y eso sin que se vea bien lo que gana la lengua francesa con esas diferencias y cambios. ¿Conviene para el progreso de una lengua deferir al uso? ¿No sería preferible sacudir el yugo de su imperio tan despótico? ¿Convendría en una lengua viva, escuchar solamente la razón que previene los equívocos, sigue la raíz de las palabras y la relación que tienen con las lenguas originarias de las que han salido, si la razón, por otra parte, quiere que se siga el uso?

Si nuestros antepasados han escrito mejor que nosotros, o si nosotros les superamos, por la elección de las palabras, por el giro de la expresión, por la claridad y la brevedad del discurso, es una cuestión agitada con frecuencia y siempre indecisa. No se terminaría nunca comparando, como se ha hecho algunas veces, un frío escritor del siglo pasado a los más célebres de éste, a los versos de LAURENT, pagado para que no siguiera escribiéndolos, a los de MAROT y a los de DESPORTES. Sería preciso, para fallar con justicia en esta materia, oponer siglo a siglo y obra excelente a obra excelente, por ejemplo, las mejores redondillas de BENSERADE o de VOITURE a estas dos, que una tradición nos ha conservado, sin indicar el tiempo en que fueron escritas:

(30) Se ve por esta disertación filológica cómo el espíritu de La Bruyère era curioso y despejado en todas las cosas; por lo demás, en el siglo XVII y en la segunda mitad del precedente, las cuestiones gramaticales tenían el privilegio de ocupar muy vivamente la atención pública, pero caían preferentemente sobre la ortografía y la pronunciación, y nuestro autor es uno de los primeros que hayan intentado estudiarlas desde el punto de vista histórico. Aun aquí muestra a los filólogos modernos el camino, y les ha, por decirlo así, trazado su programa de labor. Algunas de las preguntas que se hace aquí La Bruyère, han recibido de nuestro tiempo respuestas más o menos satisfactorias. Ver, entre otros: F. Génin, *De las variaciones de la lengua francesa desde el siglo XII*; — Francis Wey, *Historia de las revoluciones del lenguaje en Francia*, París, 1846.

Los Caracteres

Bien à propos s'en vint Ogier (31) en France
Pour le pais de mescreans monder;
Jà n'est besoin de conter sa vaillance,
Puisque ennemis n'osoient le regarder.

Or, quand il eut tout mis en assurance,
De voyager il voulut s'enharder;
En Paradis trouva l'eau de Jouvance,
Dont il se sceut de vieillesse engarder
Bien à propos.

Puis par cette eau son corps tout décrépite
Transmué fut par manière subite
En jeune gars, frais, gracieux et droit.

Gran dommage est qui ceci soit sornettes;
Filles connoys que ne sont pas jeunettes,
A qui cette eau de Jouvance viendroit
Bien à propos.

Traducción libre

Bien a propósito vino Ogier a Francia
Para limpiar el país de incrédulos:
No tengo necesidad de contar sus hazañas,
Porque sus enemigos no se atrevían a mirarle.

Después de haber puesto todo en seguridad,
Se decidió a viajar.
En el paraíso encontró el agua de Juvencia,
Con la que supo recobrar su juventud
Bien a propósito.

Con esta agua, su cuerpo decrépito,
Se transformó de una manera súbita
En joven, fresco, gracioso y derecho.

Gran pena es que estos sean cuentos:
Se sabe de muchachas, que no son ya jóvenes,
A las que esa agua de Juvencia vendría
Bien a propósito.

(31) Ogier, que también aparece llamado Otgier o Autcaire, y al que los romanceros encargados de embellecer los altos hechos de Carlomagno han dado el sobrenombre de Ogier el Danés, figura entre los más bravos paladines de esos tiempos caballerescos. Fué el émulo de Rolando, de Reinaldo de Montaubán, etc. Ogier cayó en desgracia ante Carlomagno al proteger contra éste la elevación del hijo de Carlomán; pronto obtuvo su perdón, y, fatigado del ejercicio de las armas, se hizo religioso en la abadía de Saint-Farón de Meaux, donde murió en la segunda mitad del siglo IX. Ogier el Danés es el héroe de una canción de Gesta, de la que se halla un análisis en el volumen 23 de la *Historia literaria de Francia*, págs. 643 - 659.

La Bruyère

De cettuy preux maints grands clercs ont écrit
Qu'oncques dangier n'étonna son courage;
Abusé fut par le malin esprit,
Qu'il épousa sous feminin visage.

Si piteux cas à la fin découvrit,
Sans un seul brin de peur ny de dommage,
Dont grand renom par tout le monde acquit,
Si qu'on tenait tres honneste langage
De cettuy preux.

Bien-tost après fille de roy s'éprit
De son amour, qui voulentiers s'offrit
Au bon Richard en second mariage.

Donc s'il vaut mieux de diable ou femme avoir,
Et qui des deux bruït plus en ménage,
Ceulx qui voudront, si le pourront sçavoir
De cettuy preux.

Traducción libre

De este valiente muchos han escrito
Que ningún peligro asombró su coraje;
Engañado fué por el maligno espíritu,
Con el que se casó creyéndolo mujer.

Descubierto al fin el engaño,
Sin ningún temor ni pena,
Adquirió un gran renombre en el mundo
Y se hablaba con elogio
De este valiente.

Poco después se enamoró la hija del rey
Y se ofreció gustosa
Al buen Ricardo en segundo matrimonio.

Si vale más tener diablo o mujer,
Y cuál de ellos más ruido mete en casa,
Los que quieran lo podrán saber
De este valiente.

DEL PULPITO

El discurso cristiano o sermón se ha convertido en un espectáculo. Esa tristeza evangélica que era su alma, ya no se nota; ha sido suplida por las gracias del semblante, por las inflexiones de la voz, por la regularidad del gesto, por la elección de palabras y por las largas enumeraciones. Ya no se escucha seriamente la palabra santa; es una especie de diversión entre mil otras, es un juego en el que hay emulación y apostadores.

* La elocuencia profana ha sido transportada, por decirlo así, de los tribunales, donde LE MAÎTRE, PUCELLE y FOURCROY (1), la han hecho reinar, y donde ya no se emplea, al púlpito, donde no debía emplearse.

Se hace un asalto de elocuencia hasta al pie del altar y en presencia de los misterios. El que escucha se convierte en juez del que predica, para condenar o para aplaudir, y no resulta más impresionado por el sermón que aplaude que por aquel al que critica. El orador agrada a unos, desagrada a otros y todos convienen una cosa: que como él no trata de hacerlos mejores, ellos no piensan en serlo.

Un aprendiz es dócil, escucha a su maestro, se aprovecha de sus lecciones y llega a ser maestro. El hombre indócil critica el discurso del predicador como el libro del filósofo, y no se convierte ni en cristiano ni en hombre razonable.

* Hasta que aparezca un hombre que con un estilo nutrido en las santas escrituras explique al pueblo la palabra divina lisa y familiarmente, serán seguidos los oradores y los declamadores.

* Las citas profanas, las frías alusiones, lo patético, las antítesis, las figuras exageradas, habrán terminado; los retratos terminarán y dejarán su lugar a una simple explicación del Evangelio junto a los actos que inspiran la conversión.

* Ese hombre que yo deseaba impacientemente y que no esperaba de nuestro siglo, ha llegado por fin. Los cortesanos, a fuerza de gusto y de conocer las conveniencias, le han aplaudido, y ¡cosa increíble!, han abandonado la capilla del rey para venir a oír con el

(1) Pedro Lemaistre, nacido en París en 1638, abogado en el parlamento, autor de un trabajo muy estimado sobre la Costumbre de París. — El abate René Pucelle, consejero eclesiástico del parlamento, donde siempre defendió talentosamente los intereses del clero; nacido en 1655, muerto en 1745. — Buenaventura de Fourcroy, abogado en el parlamento, nacido en Noyón, muerto en 1692.

pueblo la palabra de Dios anunciada por este hombre apostólico (2). La ciudad no ha compartido la opinión de la corte; donde él ha predicado, los feligreses han desertado; hasta los individuos de la junta de obra de la parroquia han desaparecido; los pastores han puesto empeño, pero las ovejas se han dispersado, y los oradores de otros tiempos han visto aumentado su auditorio. Yo debía haberlo previsto y no decir que un hombre como aquél no tenía más que aparecer para ser seguido y que hablar para ser escuchado. ¿No sabía yo cuán grande es en los hombres y en todas las cosas, la fuerza indomable de la costumbre? Desde hace treinta años se presta oídos a los sofistas, a los declamadores, a los *enumeradores;* están de moda los que pintan en grande o en miniatura y no hace mucho tiempo que tuvieron caídas o transiciones ingeniosas, algunas veces tan vivas y tan agudas, que pudieron pasar por epigramas; confieso que las han endulzado y ya no son más que madrigales. Tienen siempre, como una necesidad indispensable y geométrica, tres motivos admirables para vuestra atención; probarán tal cosa en la primera parte de su discurso, tal otra en la segunda parte y otra por fin en la tercera. Así quedaréis convencidos primero de cierta verdad, y éste es su primer punto; de otra verdad que es su segundo punto; y por último de una tercera verdad que es su tercer punto. De suerte que la primera reflexión os instruirá de un principio de los más fundamentales de vuestra religión; la segunda de otro principio que no lo es menos; y la última reflexión, de un tercero y último principio, el más importante de todos, que se deja, sin embargo, por falta de oportunidad, para otra vez. En fin: para proseguir y abreviar esa división y formar un plan... ¡Todavía!, decís, ¡y qué preparación para un discurso de tres cuartos de hora que les queda por hacer! ¡Cuanto más tratan de esclarecerlo, más me embrollan! Yo os creo sin pena, y ése es el efecto más natural de todo ese amontonamiento de ideas, de que cargan sin piedad la memoria de sus oyentes. Parece, al verles obstinarse en ese uso, que la gracia de la conversación vaya unida a esas enormes particiones.

¿Cómo, no obstante, seremos convertidos por tales apóstoles si apenas es posible oírles, seguirles y no perderles de vista? Yo les pediría con gusto que en medio de su carrera impetuosa tratasen varias veces de tomar aliento, de respirar un poco y de dejar respirar a sus oyentes. ¡Vanos discursos, palabras perdidas! El tiempo de las homilías ya ha pasado; los Basilios y los Crisóstomos no lo devolverán; se pasará a otras diócesis para estar fuera del alcance de su voz y de sus instrucciones familiares. La generalidad de los hombres gusta de las frases y de los períodos, admira lo que no entiende, se supone instruída, contenta de decidir un primero y un segundo punto, o entre el último sermón y el penúltimo.

* Hace menos de un siglo, que un libro francés consistía en cierto número de páginas latinas en las que se descubría algunas líneas

(2) El P. Serafín, capuchino. *(Nota de La Bruyère.)* Este célebre capuchino desplegó su talento en las principales iglesias de París, y predicó ante el rey en las cuaresmas de 1696 y 1698. Murió algún tiempo después. El P. Serafín ha dejado un gran número de homilías sobre los evangelios y epístolas, publicadas en París, de 1694 a 1709, formando doce volúmenes.

o algunas palabras en nuestra lengua. Los pasajes, los rasgos y las citas no se encontraban allí: Ovidio y Catulo acababan de decidir sobre los matrimonios y los testamentos, y venían con las Pandectas en socorro de la viuda y de los pupilos. Lo sagrado y lo profano no se separaban; estaban mezclados hasta en el púlpito; San Cirilo y Horacio, San Cipriano y Lucrecio, hablaban alternativamente; los poetas eran de la opinión de San Agustín y de todos los Santos Padres; se hablaba latín y largo tiempo ante las mujeres y los mayordomos; se ha hablado griego; era preciso saber mucho para predicar tan mal. Otros tiempos, otras costumbres; el texto está todavía en latín; todo el discurso es francés y de un hermoso francés; el Evangelio ni siquiera es citado; es preciso saber muy poco para predicar bien.

* Se ha desterrado por fin la escolástica de todos los púlpitos de las grandes ciudades y se la ha relegado a las villas y a las aldeas para la instrucción y para la salud del labrador y del viñador.

* Es tener talento agradar al pueblo en un sermón por el estilo florido, la moral jovial, las figuras reiteradas, los rasgos brillantes y las vivas descripciones; pero eso no es tener suficiente talento. Un talento mejor descuida esos ornamentos extraños, indignos de servir al Evangelio; predica simplemente, fuertemente, cristianamente.

* El orador hace tan bellas imágenes de ciertos desórdenes y hace entrar en ellas circunstancias tan delicadas, pone tanto ingenio, tanto refinamiento en lo que fustiga, que si yo no estoy inclinado a parecerme a su retrato, tengo por lo menos necesidad de que algún apóstol, con un estilo más cristiano, me haga aborrecibles los vicios que se me habían pintado tan agradablemente.

* Un hermoso sermón es un discurso oratorio, con todas sus reglas, purgado de todos sus defectos, conforme a los preceptos de la elocuencia humana y adornado con todas las galas de la retórica. Los que lo oyen finamente no pierden el menor detalle ni un solo pensamiento; siguen sin trabajo al orador en todas las enumeraciones por las que se pasea, como en todas las elevaciones adonde se lanza; sólo para el pueblo es un enigma.

* ¡Sólido y admirable discurso el que acaba de oírse! Los puntos de religión más esenciales, lo mismo que los motivos más urgentes de conversión, han sido tratados en él. ¡Qué gran efecto ha debido hacer en la inteligencia y en el alma de todos los oyentes! Helos ahí rendidos; están emocionados y conmovidos hasta el punto de resolver en su corazón que este sermón de *Teodoro* es todavía más bello que el último que predicó.

* La moral dulce y relajada cae con el que la predica; no tiene nada que despierte y que excite la curiosidad de un hombre de mundo, que teme menos que lo que se piensa una doctrina severa, y que la aprecia hasta en aquel que cumple su deber al predicarla. Parece, pues, como que hubiese en la Iglesia dos estados que tienen que compartirla: el de decir la verdad en toda su extensión, sin miramientos, sin disfraz, y el de escucharla ávidamente con gusto, con admiración, con elogios y no obrar, sin embargo, ni peor ni mejor.

Se puede hacer este reproche a la heroica virtud de los grandes hombres que ha corrompido la elocuencia o por lo menos ablandado el estilo de la mayor parte de los predicadores. En lugar de unirse

solamente con los pueblos para bendecir al cielo por los raros presentes que han venido con la elocuencia, han entrado en sociedad con los autores y los poetas y, convertidos como ellos en panegiristas, han prestado la mayor atención a las dedicatorias, a las estancias y a los prólogos. Han convertido la palabra santa en un tejido de alabanzas, justas en verdad, pero mal colocadas, interesadas, que nadie exige de ellos y que no convienen a su carácter. Se es feliz, si con ocasión del héroe que ensalzan hasta en el santuario dicen una palabra de Dios y del misterio que deben predicar. Se ha visto a algunos que habiendo acomodado el Santo Evangelio, que debe ser común a todos, a la presencia de un solo oyente (3), se han visto desconcertados por no haber éste podido asistir; no les ha sido posible pronunciar ante los cristianos un discurso cristiano que no estaba hecho para ellos, y han sido suplidos por otros oradores que sólo tuvieron tiempo de alabar a Dios en un sermón precipitado.

* *Teódulo* ha tenido menos éxito que lo que piensan algunos de sus oyentes; éstos están contentos de él y de sus discursos; ha hecho más que recrearles el espíritu y los oídos: ha adulado sus celos.

* El oficio de la palabra se parece en una cosa al de la guerra: hay en él más riesgos que en otra parte, pero la fortuna es más rápida.

* Si sois de cierta condición y no tenéis otro talento que el de hacer discursos fríos, predicad, haced discursos fríos: no hay nada peor para la fortuna de uno que ser completamente ignorado. *Teodato* ha sido pagado por sus malas frases y por su enojosa monotonía.

* Se ha dado grandes obispados para premiar el mérito de sermones que actualmente no servirían para obtener una simple prebenda.

* El nombre de ese panegirista, parece gemir bajo el peso de sus títulos; el gran número de éstos llena extensos anuncios que son distribuídos por las casas, o que se leen en las calles en caracteres monstruosos. Cuando después de esa propaganda se le ha oído predicar a ese personaje, se reconoce que falta en la lista de sus títulos el de mal predicador.

* La ociosidad de las mujeres, y la costumbre que tienen los hombres de acudir a los sitios donde ellas se reunen, dan nombre a oradores fríos y sostienen algún tiempo a los que ya han declinado.

¿Debería bastar haber sido grande y poderoso en el mundo para ser loable o no, y ante el santo altar y en la cátedra de la verdad loado y celebrado en sus funerales? ¿No hay otra grandeza que la que procede de la autoridad y del abolengo? ¿Por qué no se acostumbra a hacer públicamente el panegírico de un hombre que ha sobresalido durante su vida por la bondad, por la equidad, la dulzura, la fidelidad y la piedad? Lo que se llama hoy una oración fúnebre no es bien recibido por la mayor parte de los oyentes sino a medida que se aleja más del discurso cristiano, o si lo preferís, que se aproxima más a un elogio profano.

(3) El abate de Roquette, sobrino del obispo de Autún, teniendo que predicar ante el rey un jueves santo, había preparado un bello discurso, repleto de alabanzas al monarca, pero no habiendo éste podido acudir, a causa de algunos asuntos que sobrevinieron, aquél no osó subir al púlpito, y nunca más tuvo oportunidad de lanzar su sermón. *(La clave.)*

* El orador busca con sus sermones un obispado; el apóstol hace conversiones; merece encontrar lo que el otro busca.

* Se ven clérigos que vienen de algunas provincias en las que no han permanecido largo tiempo, ufanos de las conversiones que han encontrado ya hechas, y comparándose a los VICENTE (4) y a los JAVIER (5), se creen hombres apostólicos; tan grandes trabajos y tan felices misiones no serían pagadas, a su gusto, con una abadía.

* Tal, de repente y sin haber pensado en ello la víspera, toma papel y pluma y se dice a sí mismo: voy a hacer un libro, sin otro talento para escribir que la necesidad que tiene de cincuenta doblones. Yo le grito inútilmente: Tomad una sierra, *Dióscuro*, aserrad, o bien manejad el torno o haced una llanta de rueda; tendréis vuestro salario (6). El no ha hecho el aprendizaje de todos esos oficios. Copiad, pues, transcribid, sed a lo sumo corrector de imprenta, no escribáis. Quiere escribir y hacer imprimir, y como que al impresor no se le envía un cuaderno en blanco, lo emborrona con lo que le place: escribirá con gusto que el Sena pasa por París, que la semana tiene siete días o que el tiempo está lluvioso; y como ese discurso no es contra la religión ni contra el Estado y no producirá más desorden en el público que el de estropearle el gusto y acostumbrarlo a las cosas insípidas, pasa a la censura, es impreso y, para vergüenza del siglo como para humillación de los buenos autores, es reimpreso. De la misma manera un hombre dice para sí mismo: Yo predicaré, y predica; vedle en el púlpito, sin más talento ni vocación que la necesidad de un beneficio.

* Un clérigo mundano e irreligioso, si sube al púlpito, es declamador.

Hay, por el contrario, hombres santos y cuyo solo carácter es eficaz para la persuasión; aparecen, y todo un pueblo que debe escucharles está ya enmudecido y como convencido por su presencia; el discurso que van a pronunciar hará el resto.

* L'. de Meaux (7) y el P. Bourdaloue me recuerdan a Demós-

(4) **San Vicente de Paul, nacido el 24 de abril de 1576, en la diócesis de Acqs, obtuvo por su solo mérito el puesto de limosnero general de las galeras, en 1619. El ministerio de caridad que ejerció, se hizo célebre. Su vida no fué sino un tejido de buenas obras: *Misiones* en todas partes del reino, y asimismo en Italia, en Escocia, en Berbería, en Madagascar, etc.; *establecimientos para niños expósitos*, a los que, con un discurso de seis líneas, procuró cuarenta mil francos de renta; *fundación de las hijas de la caridad* para el servicio de los enfermos pobres; *fundación de los hospitales* de *Bicêtre*, de la *Salpêtrière*, de la *Piedad*, de los *Expósitos*, de los de *Marsella*, etc. Murió el 27 de septiembre de 1660.**

(5) **San Francisco Javier, llamado *el Apóstol de las Indias* y uno de los primeros discípulos de San Ignacio de Loyola, nacido el 7 de abril de 1506, en el castillo de Javier, al pie de los Pirineos, muerto en la isla de Sancián, frente a Cantón, el 2 de diciembre de 1552.**

(6) Sed más bien albañil, si es vuestra aptitud,
Obrero estimado en arte necesaria,
Que escritor del común y poeta vulgar.
(BOILEAU.)

(7) ***L'. de Meaux***, **es decir, el obispo de Meaux, Bossuet. — Estimo a Despreaux por haber dicho que Pascal estaba igualmente por encima de los antiguos y de los modernos. He pensado alguna vez, sin osar decirlo, que no tenía menos elocuencia que Demóstenes. Si me correspondiera juzgar a tan grandes hombres, yo diría aún que Bossuet es más majestuoso y más sublime que cualquiera de los romanos y de los griegos. (VAUVENARGUES.)**

tenes y a Cicerón. Los dos, maestros en la elocuencia sagrada, tuvieron el destino de los grandes modelos: el uno ha hecho malos censores; el otro ha hecho malos copistas.

* La elocuencia sagrada, en lo que entra en ella de humano y del talento del orador, es misteriosa, conocida de pocas personas y de una difícil ejecución. ¡Qué arte en ese género para agradar persuadiendo! Es preciso andar por caminos trillados, decir lo que ha sido dicho y lo que se prevé que vais a decir. Las materias son grandes, pero gastadas y triviales; los principios seguros, pero los oyentes penetran en las conclusiones desde el primer punto de vista. Entran en la materia temas sublimes, pero ¿quién puede tratar lo sublime? Hay misterios que se deben explicar y que se explican mejor en una lección de la escuela que en un discurso oratorio. La misma moral de la cátedra sagrada, que comprende una materia vasta y tan diversa como son las costumbres de los hombres, rueda sobre los mismos ejes, vuelve a trazar las mismas imágenes, y se prescribe límites mucho más estrechos que la sátira. Después de la invectiva común contra los honores, la riqueza y el placer, no queda más al orador que correr al fin de su discurso y despedir a la asamblea. Si alguna vez se llora, si se está emocionado, después de haber prestado atención al genio y al carácter de los que hacen llorar, tal vez convenga que sea la materia que se predica y nuestro interés lo más capital que se haga sentir; que sea menos una verdadera elocuencia que el firme pecho del misionero lo que nos conmueva.

En fin, el predicador no está sostenido, como el abogado, por hechos siempre nuevos, por diferentes acontecimientos, por aventuras inauditas; no trata de cuestiones dudosas; no hace valer las violentas conjeturas y las presunciones, cosas todas, no obstante, que elevan el genio, le dan fuerza y extensión y que más bien que contraer la elocuencia la fijan y la dirigen; debe, por el contrario, sacar su discurso de una fuente común, a disposición de todo el mundo; y si se aparta de esos lugares comunes, no es popular, sino abstracto o declamador, y no predica el Evangelio. Sólo tiene necesidad de una doble simplicidad, pero es preciso alcanzarla: talento raro y que sobrepasa las puertas de la generalidad de los hombres; lo que tenga de genio, de imaginación, de erudición y de memoria, no le sirve frecuentemente más que para alejarse de su objeto.

La función del abogado es penosa, laboriosa y supone en el que la ejerce un rico fondo y grandes recursos. No está cargada solamente, como en el predicador, de cierto número de oraciones compuestas con tiempo, recitadas de memoria, con autoridad, sin contradictores y que con pocos cambios le sirven más de una vez: pronuncia graves informes ante jueces que pueden imponerle silencio y contra adversarios que le interrumpen; debe estar preparado para la réplica; habla en un mismo día, ante diferentes tribunales, de distintos asuntos. Su casa no es para él un lugar de reposo y de retiro ni un asilo contra los pleitistas; está abierta a todos los que van a importunarle con preguntas y con dudas; no se mete en la cama, no se le enjuga, no se le preparan refrescos, no se hace en su habitación un concurso de gentes de todos los estados y de todos los sexos para felicitarle por lo agradable y brillante del lenguaje, para recordarle un pasaje en el que ha corrido el riesgo de quedar corto, o sobre un escrúpulo

que tiene de haber informado menos vivamente que de ordinario. Descansa de un largo discurso por escritos más largos todavía y no hace más que cambiar de trabajos y de fatigas; me atrevo a decir que es en su género lo que eran en el suyo los primeros hombres apostólicos.

Cuando se ha distinguido así la elocuencia de la tribuna forense de la función del abogado, y la elocuencia del púlpito del ministerio del predicador, se cree ver que es más fácil predicar que informar y más difícil predicar bien que pleitear bien (8).

* ¡Qué ventaja no tiene un discurso pronunciado sobre una obra que está escrita! Los hombres son engañados por la acción y la palabra, como por todo el aparato del auditorio: por poca prevención que tengan en favor del que habla lo admiran y tratan de comprenderle: antes de que haya comenzado exclaman que lo va a hacer bien; se duermen pronto, y terminado el discurso, se despiertan para decir que lo ha hecho bien. Se apasiona menos por un autor: su obra es leída en el vagar del campo o en el silencio del gabinete; no hay reuniones públicas para aplaudirlo, todavía menos cábalas para sacrificarle todos sus rivales y para elevarlo a la prelatura. Se lee en un libro, por excelente que sea, con la esperanza de encontrarlo mediocre, se le hojea, se le discute, se le confronta; no son ya sonidos que se pierden en el aire y que se olvidan; lo que está impreso queda impreso. Se le espera algunos días antes de la impresión para desacreditarlo, y el placer más delicado que se saca de él procede de la crítica del mismo libro; se trata de encontrar en cada página rasgos que lleguen a agradar, se va con frecuencia hasta a pretender que sea divertido, y si no se deja ese libro es porque es bueno. Todo el mundo no tiene condiciones de orador; las frases, las figuras, el don de la memoria, la toga o el empeño del que predica, no son cosas que uno se atreva a apropiarse siempre. Cada uno, por el contrario, cree pensar bien y escribir mejor todavía lo que ha pensado; es menos favorable para aquel que piensa y que escribe tan bien como él. En una palabra, el *sermoneador* es obispo antes de que el más sólido escritor esté revestido de un simple priorato; y en la distribución de las gracias, éstas corresponden a aquél, mientras que el autor grave se considera feliz con sus restos.

* Si ocurre que los malos os aborrecen y os persiguen, las gentes de bien os aconsejan que os humilléis ante Dios, para poneros en guardia contra la vanidad que podría veniros de desagradar a las gentes de ese carácter; de la misma manera, si ciertos hombres, sujetos a admirarse ante lo mediocre, desaprueban una obra que habréis escrito o un discurso que acabáis de pronunciar en público, sea en la tribuna forense, sea en el púlpito o en otra parte, humillaos; no es posible exponerse a una tentación de orgullo más delicada y más próxima.

* Me parece que un predicador debería hacer elección en cada discurso de una verdad única, pero capital, terrible o instructiva, manejarla a fondo y agotarla; abandonar todas esas divisiones tan rebuscadas, tan retorcidas, tan remanidas y tan diferenciadas; no suponer

(8) Montaigne ha hecho la misma comparación. *Ensayos*, libro I, cap. X. — La Bruyère se ha inspirado, evidentemente, en el pasaje que dejamos indicado.

lo que es falso sino exponer lo que todo el mundo sabe de su religión y de sus deberes; y no pretender entablar polémica (9); ese tiempo tan largo que se emplea en componer una larga obra, emplearlo en hacerse dueño de la materia del sermón, de tal manera que los giros y las expresiones surjan naturales; entregarse, después de cierta preparación, al genio propio y a los movimientos que un gran tema puede inspirar; ahorrar, en fin, esos prodigiosos efectos de la memoria, que más se parecen a una apuesta que a un asunto serio, que corrompen el gesto y desfiguran la cara; producir, por el contrario, entusiasmo en el auditorio y la persuasión hasta el punto de que lo único que ese auditorio tema sea que el sermón no resulte tan largo como había pensado.

* Que el que no sea todavía bastante perfecto para olvidarse de sí mismo en el ministerio de la palabra santa, no se desanime por las reglas austeras que se le prescriben, como si le quitasen los medios de dar prueba de su talento y de subir a las dignidades a que aspira: ¿puede haber nada más hermoso qué predicar apostólicamente? ¿Qué mérito mayor para un obispado? ¿FENELÓN hubiera sido indigno de él? ¿Hubiera podido escapar a la elección del príncipe por otra elección?

(9) Fenelón dice exactamente lo mismo en el diálogo III sobre la elocuencia.

DE LOS ESPIRITUS FUERTES

¿Saben los espíritus fuertes que se les llama así por ironía? ¿Puede haber mayor debilidad que la incertidumbre sobre el principio del propio ser, de la vida, de los conocimientos y los sentidos y de cuál debe ser el fin? ¿Qué desaliento más grande que el de dudar si la propia alma no es materia, como la piedra y el reptil, y si es o no corruptible como esas viles criaturas? ¿No hay más fuerza y grandiosidad en recibir la idea de un ser superior a todos los seres, que a todos los ha creado y al cual todos deben subordinarse; de un ser soberanamente perfecto, que es puro, que no tiene principio ni fin, cuya imagen es nuestra alma, y, si me atrevo a decirlo, una porción, como espíritu y como inmortal?

• El dócil y el débil son susceptibles de impresiones: el uno recibe las buenas, el otro las malas; es decir, que el primero está persuadido y es fiel, y el segundo está encaprichado y es corrompido. Así la inteligencia dócil admite la verdadera religión, y el espíritu débil o no admite ninguna o admite una falsa; ahora bien, el espíritu fuerte o no tiene religión o se hace una: de donde resulta que el espíritu fuerte es el espíritu débil.

• Yo llamo mundanos, terrestres o groseros, a aquellos cuyo espíritu y corazón están ligados a una pequeña porción de este mundo que habitan, que es la tierra; que no estiman nada, ni aman nada más allá; gentes tan limitadas como lo que llaman sus posesiones o su dominio, a los que se mide y cuyos límites pueden establecerse. Yo no me asombro de que los hombres que se apoyan en un átomo vacilen a los menores esfuerzos que hacen para sondear la verdad, si con tan cortos horizontes no traspasan el cielo y los astros, hasta llegar a Dios mismo; si no apercibiéndose de la excelencia de eso que es espíritu, o de la dignidad del alma, sienten todavía menos lo difícil que esa alma es de saciar; cómo la tierra entera está por debajo de ella y la necesidad que siente de un ser soberanamente perfecto, que es Dios, así como de una religión que le señale el camino y que sea para ella una segura caución. Comprendo, por el contrario, con facilidad, que es natural a tales espíritus caer en la incredulidad o en la indiferencia y hacer que Dios y la religión sirvan a la política, es decir, al orden y a la decoración de este mundo, la única cosa que, según ellos, merece que se piense en ella.

• Algunos acaban de corromperse por largos viajes y pierden la poca religión que les quedaba; ven de un día a otro un nuevo culto, diversas costumbres, diversas ceremonias; se parecen a los que entran en los almacenes y no se deciden sobre los géneros que quie-

ren comprar: el gran número de éstos que les enseñan los hace más indiferentes; cada uno de ellos tiene algo que agrada, y sin acabar de decidirse, salen sin comprar.

Hay hombres que esperan para ser devotos y religiosos a que todo el mundo se declare impío y librepensador: en tal caso, esto sería lo vulgar y ellos sabrían despreciarlo. La singularidad les agrada en una materia tan seria y tan profunda; ellos no siguen la moda y la corriente más que en las cosas insignificantes; ¿quién sabe, además, si no han puesto ya cierta bravura e intrepidez en correr todos los riesgos del porvenir? No es preciso, por otra parte, que en cierta condición y con cierta amplitud de espíritu se tenga que creer como los sabios y el pueblo.

* Se duda de Dios en plena salud, como se duda que sea pecar el tener comercio carnal con una persona libre (1); cuando llega la enfermedad se deja la concubina y se cree en Dios.

* Convendría examinarse muy seriamente antes de declararse espíritu fuerte o libertino (2), con el fin, por lo menos, de terminar como se ha vivido, haciendo honor a los principos que se han profesado; o, si no se tiene fuerza para ir tan lejos, resolverse a vivir como se quisiera morir.

* Toda broma en un hombre moribundo está fuera de su lugar; si rueda sobre ciertos capítulos, es funesta. Es una extrema miseria el dar a quienes se deja, el placer de que rían a sus expensas.

Cualquiera que sea la prevención que se tenga sobre el más allá, el morir es una cosa muy seria; y no sienta bien la broma en aquellos momentos.

* Ha habido en todos los tiempos gentes instruídas y de agradable literatura, esclavas de los grandes, que se han unido al libertinaje de ellos y han soportado el yugo durante toda su vida, contra sus propias luces y su propia conciencia. Esos hombres han vivido siempre para otros hombres y parece que los han mirado como su último fin. Han tenido vergüenza de salvarse ante sus ojos, de aparecer como eran en su corazón, y se han perdido por deferencia o por debilidad. ¿Hay, pues, en la tierra grandes bastantes grandes y poderosos bastante poderosos como para merecer de nosotros que vivamos consagrados a su gusto y sus caprichos y que llevemos la complacencia tan lejos, muriendo, no de la manera que es más conveniente para nosotros, sino de la que a ellos les agrada?

* Yo exigiría de esos que van contra el sentido común y las grandes reglas, que supiesen más que los demás y que tuviesen razones claras y argumentos convincentes.

* Yo quisiera ver a un hombre sobrio, moderado, casto, equitativo, decir que no hay Dios, pues hablaría por lo menos sin interés, pero ese hombre no se encuentra.

* Tendría una enorme curiosidad por ver al que está persuadido de que Dios no existe, pues me diría por lo menos la razón invencible que ha sabido convencerlo.

(1) Una mujer. *(Nota de La Bruyère.)*
(2) Llamábase *libertino* en el siglo XVIII a lo que hoy se llama *un libre pensador*, tomando la expresión por mala parte.

* La imposibilidad en que me encuentro de probar que Dios no existe, me descubre su existencia.

* Dios condena y castiga a los que le ofenden, como único juez en su propia causa; eso repugnaría si no fuese la misma justicia y la misma verdad, es decir, si no fuese Dios.

* Yo siento que existe un Dios y no siento que no exista; eso me basta; todos los demás razonamientos me son inútiles (3): llego a la conclusión de que Dios existe. Esa conclusión está en mi naturaleza; en mi infancia he recibido demasiado fácilmente los principios y los he conservado después, demasiado naturalmente también, en una edad más avanzada, para suponerlos falsos: pero hay espíritus que se deshacen de esos principios. Es muy raro encontrar hombres así, y si se encuentran, eso solamente prueba que existen los monstruos.

* No hay ateísmo. Los grandes, que son los más sospechosos en la materia, son demasiado perezosos para decidir en su espíritu que Dios no existe; su indolencia va hasta volverlos fríos e indiferentes sobre ese asunto tan capital, como sobre la naturaleza de su alma, y sobre las consecuencias de una verdadera religión; los grandes no niegan estas cosas, ni las conceden; no piensan en ellas.

* No basta toda nuestra salud, todas nuestras fuerzas y todo nuestro talento, para pensar en los hombres o en el más pequeño interés; parece, por el contrario, que la conveniencia y la costumbre exige de nosotros que no pensemos en Dios sino al hallarnos en un estado en el que ya no queda en nosotros más razón que la que se necesita para no decir que Dios no existe.

* Un grande cree desvanecerse y se muere; otro perece insensiblemente y pierde todos los días algo de sí mismo antes de extinguirse: ¡formidables pero inútiles lecciones! Las circunstancias tan marcadas y tan sensiblemente opuestas no se ponen de relieve y no conmueven a nadie. Los hombres no prestan a esto más atención que a una flor que se marchita o a una hoja que cae; envidian las plazas que están vacantes, o se informan de si están provistas y por quién lo están.

* ¿Son los hombres bastante buenos, bastante fieles, bastante equitativos, para merecer toda nuestra confianza, y para no hacernos desear por lo menos que Dios exista, para que podamos apelar de los juicios de dichos hombres y tener ese recurso cuando somos perseguidos o traicionados?

* Si es lo grande y lo sublime de la religión lo que deslumbra o confunde a los espíritus fuertes, éstos ya no son espíritus fuertes sino débiles genios y pobres espíritus; y si, por el contrario, es lo que la religión tiene de humilde y de sencillo lo que les repele, son a la verdad espíritus fuertes, más fuertes que muchos hombres tan esclarecidos y tan elevados y no obstante tan fieles, como los LEÓN, los BASILIO, los GERÓNIMO, los AGUSTÍN.

* Un Padre de la Iglesia, un doctor de la Iglesia, ¡qué nombres!, ¡qué tristeza en sus escritos!, ¡qué sequedad, qué fría devoción, y tal vez qué escolástica!, dicen los que no los han leído nunca. Pero,

(3) El corazón tiene sus razones que la razón no conoce. Es el corazón el que siente a Dios, y no la razón. (PASCAL.)

más bien, ¡qué asombro respecto a todos esos que se han hecho idea de los Santos Padres tan alejada de la verdad, si vieren en sus obras más estilo y delicadeza, más finura de pensamiento, más riqueza de expresión y más fuerza de razonamiento, rasgos más vivos y gracias más naturales que las que se ven en la mayor parte de los libros de estos tiempos, que son leídos con gusto y que dan nombre y vanidad a sus autores! ¡Qué placer amar la religión y verla creída, sostenida, explicada por tan grandes genios, por tan sólidos talentos, sobre todo cuando se llega a conocer que, por la extensión de conocimientos, por la profundidad y la penetración, por los principios de la propia filosofía, por su aplicación y su desenvolvimiento, por la justeza de las conclusiones, por la dignidad del discurso, por la belleza de la moral y de los sentimientos, no hay nada que se pueda comparar, por ejemplo, a SAN AGUSTÍN, más que PLATÓN y CICERÓN!

* El hombre ha nacido mentiroso. La verdad es simple e ingenua; al hombre le gusta lo especioso y lo ornamental: la verdad no está en él, viene hecha del cielo, por decirlo así, y en toda su perfección, y al hombre sólo le gusta su propia obra, la ficción y la fábula. Ved al pueblo: inventa, aumenta, exagera, por grosería y por necedad; preguntad, aun al hombre más honrado, si es siempre veraz en sus discursos, si no introduce algunas veces algo que desfigura la verdad, por vanidad o por ligereza; si para hacer un mejor cuento, no deja con frecuencia de añadir a un hecho que relata una circunstancia que falta en él. Ocurre en nuestros días, y casi bajo nuestros ojos, que cien personas que han visto una cosa os la cuentan de cien maneras diferentes; éste, si todavía es escuchado, la dirá de una manera que nadie la ha dicho. ¿Qué crédito podré dar a esos hechos que son antiguos y alejados de nosotros por varios siglos? ¿Qué fundamento pueden tener las más graves historias? ¿A qué se reduce la historia? ¿César fué asesinado en medio del Senado? ¿Hubo un César? ¡Qué ocurrencia!, me diréis; ¡qué dudas!, ¡qué pregunta! Os reís porque no me juzgáis digno de ninguna respuesta y llego a creer que tenéis razón. Supongo, no obstante, que el libro que hace mención de César no será un libro profano, escrito por hombres mentirosos y encontrado por casualidad en la biblioteca, entre otros manuscritos que contienen historias verdaderas o apócrifas. Creo, por el contrario, que será inspirado, santo, divino, que llevará en sí esos caracteres, que se encuentra desde hace cerca de dos mil años en una sociedad numerosa, que no ha permitido que se haga en él la menor operación, pues considera un deber conservarlo en toda su integridad; que existe también un compromiso religioso e indispensable de tener fe en todos los hechos contenidos en ese volumen, en el que se habla de César y de su dictadura: confesadlo, *Lucila*, ¿dudaréis en ese caso de que haya existido un César?

* Toda música no es a propósito para alabar a Dios y para ser oída en el santuario; toda filosofía no habla dignamente de Dios, de su poderío, del principio de sus obras y de su misterio; cuanto más sutil e ideal es esa filosofía, es más vana e inútil para explicar cosas que sólo exigen de los hombres un sentido recto para ser conocidas hasta cierto punto, y que más allá son inexplicables. Querer darse cuenta de Dios y de sus perfecciones, y si me atrevo a hablar así, de sus acciones, es ir más lejos que los antiguos filósofos, que los

apóstoles, que los primeros doctores; pero lo que no se puede encontrar tan justo, es cavar largo tiempo y profundamente, sin encontrar los manantiales de la verdad. Desde que se han abandonado los términos de bondad, de misericordia y de soberano poder, que dan de Dios tan altas y tan amables ideas, por grande que sea el esfuerzo de imaginación que pueda hacerse, es preciso recibir las expresiones secas, estériles, vacías de sentido; admitir los pensamientos profundos, descartados de nociones comunes, o todo lo más, los sutiles y los ingeniosos; y a medida que se entra en una nueva metafísica, perder un poco de la propia religión (4).

* ¡Hasta dónde los hombres no son llevados por los intereses de la religión, de la que están tan poco persuadidos, y que practican tan mal!

* Esa misma religión que los hombres defienden con calor y con celo contra los que tienen otra del todo contraria, la alteran ellos mismos en su espíritu por los sentimientos particulares y añaden y quitan de ella mil cosas, con frecuencia esenciales, según lo que les conviene, permaneciendo firmes e inquebrantables en esa forma que le han dado. Así, hablando popularmente, puede decirse de una sola nación que vive bajo un mismo culto y que no tiene más que una religión; pero, hablando exactamente, es cierto que en esa nación hay varias religiones y que casi todos tienen la suya.

* Dos clases de gentes florecen en las cortes y han dominado en los diversos tiempos: los librepensadores y los hipócritas; aquéllos, alegremente, abiertamente, sin arte y sin disimulo; éstos, finamente, por artificios, por la cábala. Cien veces más enamorados de la fortuna que los primeros, están celosos por ella hasta el exceso; quieren gobernarla, poseerla solos, repartirla entre ellos y excluir a los demás; dignidades, cargos, puestos, beneficios, pensiones, honores, todo les conviene y conviene sólo a ellos; el resto de los hombres es indigno; no comprenden que se tenga la impudicia de esperarlos si no es por su conducto. Un grupo de máscaras entra en un baile; se toman de la mano y danzan, hacen danzar unos a otros, danzan todavía y danzan siempre, sin dar la mano a ninguno de los que estaban en la sala, por dignos que sean de su atención. Se languidece, se aburre de verles danzar y de no danzar; algunos murmuran; los más prudentes, toman su partido y se van de la sala.

* Hay dos especies de librepensadores: los librepensadores o los que por lo menos creen serlo, y los hipócritas o falsos devotos, es decir, los que no quieren ser tenidos por librepensadores; los últimos en ese género, son los mejores.

El falso devoto, o no cree en Dios o se burla de Dios; concedámosle el favor de pensar de él que no cree en Dios.

* Si toda religión es un temor respetuoso de la divinidad, ¿qué pensar de los que se atreven a herirla en su más viva imagen, que es el príncipe?

* Si se nos asegurase que el motivo secreto de la embajada de Siam era excitar al rey cristiano a renunciar al cristianismo, a per-

(4) Todo este artículo está dirigido contra Malebranche y sus discípulos; contra su teoría de las ideas, su explicación de los milagros, sus novedades metafísicas y teológicas, de las que Bossuet decía: *Pulchra, nova, falsa.* (EMILIO SAISSET.)

mitir la entrada en su reino a los *Talapoins;* que hubiesen penetrado en nuestras casas para persuadir de la verdad de su religión a nuestras mujeres, a nuestros hijos y a nosotros mismos, por medio de libros y de conversaciones; que hubiesen levantado pagodas en medio de las ciudades, colocando en ellas figuras de metal para ser adoradas, ¡con cuánta risa y con qué extraño desprecio no escucharíamos cosas tan extravagantes! Nosotros hacemos, sin embargo, seis mil leguas de mar para la conversión de las Indias, de los reinos de Siam, de la China y del Japón, es decir, para hacer seriamente a todos esos pueblos proposiciones que deben parecerles muy locas y muy ridículas. Ellos soportan, no obstante, a nuestros religiosos y a nuestros sacerdotes; les escuchan algunas veces y les dejan construir sus iglesias y hacer sus misiones; ¿en qué consiste esa diferencia? ¿No consistirá en la fuerza de la verdad?

* No conviene a toda clase de personas levantar estandarte de limosnero (5) y tener a todos los pobres de una ciudad reunidos en la puerta de su casa para recibir su parte. ¿Quién no sabe, por el contrario, que existen miserias más secretas, que puede tratar de aliviar inmediatamente por su socorro, o por lo menos, por su mediación? De la misma manera no está al alcance de todos subir al púlpito y usar de la palabra divina como misionero o como catequista; ¿pero quién no tiene algunas veces bajo su mano a un librepensador a quien reducir y volver al buen camino, por dulces e insinuantes conversaciones? Aunque uno no fuese en toda su vida más que el apóstol de un solo hombre, no habría vivido inutilmente en la tierra, ni habría sido una carga. Hay dos mundos: el uno, aquel donde se vive poco y del que se ha de salir para no volver; el otro, aquel en el que se ha de entrar pronto para no salir jamás. El favor, la autoridad, los amigos, la alta reputación, los grandes bienes, sirven para el primer mundo; el desprecio de todas esas cosas sirve para el segundo. Se trata de escoger.

* El que ha vivido un solo día, ha vivido un siglo: el mismo sol, la misma tierra, las mismas sensaciones; nada se parece tanto a hoy como mañana. Habría alguna curiosidad en morir, es decir, en no ser ya un cuerpo, sino en ser solamente espíritu. El hombre, sin embargo, enamorado de la novedad, no es curioso respecto a este particular; nace inquieto y se aburre de todo, pero no se aburre de vivir y hasta tal vez consentiría en vivir siempre. Lo que ve de la muerte le hiere más violentamente que lo que sabe de ella, la enfermedad, el dolor, el cadáver, el disgusto por conocer otro mundo; es preciso todo lo serio de la religión para reducirle.

* Si Dios hubiera dado la elección de morir o de vivir siempre, después de haber meditado profundamente sobre lo que es el no ver nunca el fin de la pobreza, sobre la dependencia, el aburrimiento y la enfermedad, el no tener riquezas, grandeza, placeres y salud, el ser juguete de los bienes y de los males, casi no se sabría qué resolver. La naturaleza nos fija y nos quita el embarazo de la elección, y la muerte, que ella nos hace necesaria, es endulzada todavía por la religión.

* Si mi religión fuese falsa, confieso que sería el cepo mejor pre-

(5) Es decir, distribuidor de limosnas.

parado que se pueda imaginar; sería inevitable no abandonar todo lo demás y quedar enamorado de ella: ¡qué majestad, que resplandor de misterios!, ¡qué lógica y qué encadenamiento de toda la doctrina!, ¡qué razón inminente, qué candor!; ¡qué inocencia de virtud!, ¡qué fuerza invencible de testimonios rendidos sucesivamente y durante tres siglos enteros, por las personas más prudentes y más moderadas de la tierra a las que el sentimiento de una misma verdad sostiene en el destierro, en los tormentos, a la vista de la muerte y del último suplicio! Tomad la historia, abridla, remontaos hasta el comienzo del mundo, hasta la víspera de su nacimiento. ¿Ha habido algo parecido en todos los tiempos? ¿Dios mismo podría haber encontrado algo mejor para seducirme? ¿Por dónde escapar? ¿A dónde ir o a dónde echarme, no digo para encontrar nada mejor, sino nada que se aproxime? Si es preciso perecer, yo quiero perecer por ahí; me es más dulce negar a Dios que admitirlo con un engaño tan especioso y tan completo; pero lo he profundizado y no puedo ser ateo; soy entonces arrastrado y afirmado en mi religión; esto está hecho.

* La religión es verdadera o es falsa: si no es más que una vana ficción, el hombre de bien, el cartujo o el solitario habrán perdido, si se quiere, sesenta años y no corren otro riesgo; pero si está fundada sobre la misma verdad, es una espantosa desgracia para el hombre vicioso; la sola idea de los males que se prepara, me turba la imaginación; el pensamiento es demasiado débil para concebirlo, y las palabras demasiado vanas para expresarlo. Aun suponiendo en el mundo menos certeza que la que en efecto se encuentra sobre la verdad de la religión, no hay para el hombre un partido mejor que el de la virtud.

* Yo no sé si los que se atreven a negar a Dios merecen que uno se esfuerce en probarles lo contrario y que les trate más seriamente de lo que se ha hecho en este capítulo. La ignorancia, que es su carácter, los vuelve incapaces de los principios más claros y de los razonamientos mejor seguidos; yo consiento, no obstante, que lean esto que voy a hacer, siempre que no piensen que es esto todo lo que se puede decir sobre una verdad tan deslumbrante.

Hace cuarenta años que yo no existía y que no estaba en mí el poder jamás existir, como no depende de mí, una vez que existo, haber dejado de existir. Yo he comenzado a existir y continúo existiendo en virtud de algo que está fuera de mí, que existirá después de mí y que es mejor y más poderoso que yo. Si ese algo no es Dios, que se me diga qué es.

Puede ser que si yo existo, exista tan sólo por la fuerza de una naturaleza universal que ha sido siempre tal como nosotros la vemos, remontando hasta el infinito de los tiempos (6). Pero esta naturaleza, o es sólo espíritu y es Dios, o es materia y no puede por consecuencia haber creado mi espíritu; o está compuesta de materia y espíritu, y entonces a lo que es espíritu en la naturaleza yo le llamo Dios.

Puede ser también que eso que yo llamo mi espíritu no sea más que una porción de materia que existe por la fuerza de una naturaleza universal que es también materia, que ha existido siempre,

(6) Objeción o sistema de los libertinos. *(Nota de La Bruyère.)*

y que existirá, tal como la vemos, y que no es Dios (7); pero, por lo menos, es preciso concederme que eso que yo llamo mi espíritu, cualquier cosa que pueda ser, es una cosa que piensa, y que, si es materia, es necesariamente una materia que piensa: porque no se me persuadirá de que no hay en mí alguna cosa que piensa mientras yo hago este razonamiento; ahora bien, esta cosa que está en mí y que piensa, si debe su ser y su conservación a una naturaleza universal que ha existido siempre y que existirá siempre, la cual reconoce como su causa, es preciso indispensablemente que esa cualquier cosa sea de una naturaleza universal, o que piensa, o que sea más noble y más perfecta que lo que piensa; y si esa naturaleza así hecha es materia, se debe también concluir que es una materia universal que piensa, o que es más noble y más perfecta que lo que piensa.

Continúo y digo: Esta materia, tal como acaba de ser supuesta, si no es un ente quimérico, sino real, no es tampoco imperceptible a todos los sentidos; y si no se descubre más que por ella misma, se la conoce por lo menos en el arreglo de sus partes, que constituye los cuerpos y que hace la diferencia: ella misma está, pues, en esos diferentes cuerpos, y como es una materia que piensa según la suposición, o que vale más que lo que piensa, se sigue de ello que es tal, por lo menos, según algunos de esos cuerpos y, por una consecuencia necesaria, según todos esos cuerpos, es decir, que piensa en las piedras, en los metales, en los mares, en la tierra, en mí mismo, que no soy sino un cuerpo, como en todas las demás partes que la componen. Es, pues, a la unión de esas partes tan terrestres, tan groseras, tan corporales, que todas ellas juntas son la materia universal o este mundo visible, a la que yo debo ese algo que está en mí, que piensa, y que yo llamo mi espíritu; lo que es absurdo.

Si, por el contrario, esa naturaleza universal, cualquier cosa que pudiera ser, no puede ser todos esos cuerpos, ni ninguno de esos cuerpos, se sigue de ahí que no es materia, ni perceptible por ninguno de los sentidos; si a pesar de ello piensa, o si es más perfecta que aquello que piensa, llego a la conclusión de que es espíritu, o un ser mejor y más perfecto que ese que es espíritu; si, además, no queda en eso que piensa en mí y a lo que yo llamo mi espíritu, más que esa naturaleza universal a la que él puede remontarse para volver a encontrar su primera causa y su único origen, porque no encuentra su principio en sí y menos lo encuentra en la materia; como se ha demostrado, entonces no discuto respecto a nombres; pero a ese manantial originario de todo espíritu, que él mismo es espíritu, y que es más excelente que todo espíritu, yo le llamo Dios.

En una palabra, yo pienso: luego Dios existe; porque eso que piensa en mí, yo no lo debo a mí mismo, porque no ha dependido de mí dármelo una primera vez, ni depende de mí el conservármelo un solo instante; yo no se lo debo a un ser que esté por encima de mí y que sea materia, porque es imposible que la materia esté por encima de lo que piensa: yo se lo debo, pues, a un ser que está sobre mí y que no es materia; y ese ser es Dios (8).

(7) Instancia de los libertinos. *(Nota de La Bruyère.)*

(8) Este largo parágrafo está sensiblemente inspirado en la tercera meditación de Descartes; ver el *Descartes* de M. Cousin, t. I, pág. 284 y siguientes. (Emilio Saisset.)

* Del hecho de que una naturaleza universal, que piensa, excluye de sí generalmente todo lo que es materia, se sigue necesariamente que un ser particular que piensa no puede admitir en sí la menor materia: porque, aunque un ser universal que piensa encierra en su idea infinitamente más grandeza, poderío, independencia y capacidad que un ser particular que piensa, no encierra no obstante una más grande exclusión de materia, puesto que esta exclusión en el uno o en el otro de esos dos seres, es tan grande que puede ser como infinita y es tan imposible que eso que piensa en mí sea materia, como es inconcebible que Dios sea materia: así, pues, como Dios es espíritu, mi alma también es espíritu (9).

* Yo no sé si el perro elije, discrimina, ama, teme, imagina y piensa; cuando se me dice, pues, que todas esas cosas no son en él ni pasiones, ni sentimientos, sino el efecto natural y necesario de la disposición de su máquina preparada para los diversos arreglos de las partes de la materia, puedo por lo menos admitir esa doctrina. Pero yo pienso y estoy cierto de que pienso; ahora bien, ¿qué proporción hay de tal o de cual arreglo de las partes de la materia, es decir, de una extensión según todas sus dimensiones, que es larga, ancha y profunda, y que es divisible en todos sus sentidos, con eso que yo pienso?

* Si todo es materia, y si el pensamiento en mí, como en todos los otros hombres, no es más que un efecto del arreglo de las partes de la materia, ¿quién ha puesto en el mundo toda idea distinta a esa de las cosas materiales? ¿Tiene la materia en su fondo una idea tan pura, tan sencilla, tan inmaterial, como esa del espíritu? ¿Cómo puede ser el principio de aquello que la niega y la excluye de su propio ser? ¿Cómo es en el hombre eso que piensa, es decir, eso que es una convicción y que no es materia (10)?

* Hay seres que duran poco, porque están compuestos de cosas muy diferentes que se perjudican recíprocamente. Hay otros que duran más porque son más simples; pero perecen porque no dejan de tener partes según las cuales pueden ser divididos. Esto que piensa en mí debe durar mucho, porque es un ser puro, exento de toda mezcla y de toda composición; y no hay razón para que perezca: porque, ¿quién puede corromper o separar un ser simple o que no tiene partes?

* El alma ve el color por el órgano del ojo y oye los sonidos por el órgano del oído; pero puede cesar de ver o de oír, cuando esos sentidos o esos objetos le faltan, sin que por ello deje de ser, porque el alma no es precisamente la que ve el color, o la que oye el sonido; no es más que la que piensa. Ahora, ¿cómo puede cesar de ser tal? No puede ser eso por defecto de órgano, pues está probado que no tiene materia, ni por defecto de objeto, mientras haya un Dios y verdades eternas: es, pues, incorruptible.

* No comprendo cómo un alma que Dios ha querido llenar de

(9) Alusión evidente a la teoría cartesiana de los animales-máquina, teoría aceptada por Malebranche, por los señores de Port-Royal, etc. Sobre el automatismo de las bestias, véase Descartes, *Discurso del Método*. (EMILIO SAISSET.)

(10) Fenelón, *Tratado de la existencia de Dios*, 1ª parte, cap. II; 2ª parte, cap. III.

la idea de su ser infinito y soberanamente perfecto deba ser aniquilada (11).

• Ved, *Lucilo*, ese trozo de tierra, más limpio y más adornado que las otras tierras contiguas; en éste hay compartimientos con aguas mansas y con aguas que corren: avenidas en forma de empalizadas, que no tienen fin y que abrigan de los vientos del norte (12); a un lado hay un bosque espeso que defiende del sol y al otro un buen punto de vista: más abajo una *Ivette* o un *Lignón*, que corrían obscuramente entre los sauces y los álamos y se convirtieron en un canal que está revestido; además, largas y frescas avenidas se pierden en el campo y enseñan la casa que está rodeada de agua. Al ver eso exclamaréis: ¡Qué capricho del azar! ¡Cuántas cosas hermosas se han reunido inopinadamente! No, sin duda; diréis, por el contrario: Esto está bien imaginado y bien ordenado, reina aquí un buen gusto y mucha inteligencia. Yo hablaré como vosotros, y añadiré que debe ser la mansión en la cual un NAUTRE (13) va trazando alineamientos desde el día mismo en que esos árboles se colocaron. ¿Qué es, sin embargo, este trozo de tierra así dispuesto, y en el que todo el arte de un obrero hábil ha sido empleado para embellecerlo, si toda la tierra no es más que un átomo suspendido en el aire y si escucháis esto que voy a decir?

Estáis colocado, Oh *Lucilo*, en alguna parte sobre ese átomo; es preciso, pues, que veáis bien poco, porque no ocupáis en él un gran lugar. Sin embargo, tenéis ojos que son dos puntos imperceptibles; no dejéis de abrirlos hacia el cielo, ¿qué véis algunas veces?, ¿la Luna llena? Esa Luna es bella entonces y muy luminosa, aunque su luz no sea más que la reflexión de la del Sol; parece grande como el Sol, más grande que los otros planetas y que ninguna de las estrellas. Pero no os dejéis engañar por las apariencias; no hay nada en el cielo tan pequeño como la Luna; su superficie es trece veces menor que la de la Tierra, su solidez cuarenta y ocho veces menor y su diámetro de setecientas cincuenta leguas, no es más que la cuarta parte del de la Tierra; es cierto que sólo su proximidad le da una tan grande apariencia, puesto que no está más alejada de nosotros que treinta veces el diámetro de la Tierra, o sea que su distancia

(11) Los tres artículos que anteceden están todos penetrados de la influencia cartesiana. La demostración de la inmortalidad natural del alma, fundada en que el alma es simple y sin partes, es la demostración de Descartes (*Meditaciones*, edición Cousin, tomo I, pág. 230, 231); la prueba deducida de que el alma, substancia que piensa, es independiente de los sentidos y del cuerpo, es aun lo más puro del cartesianismo (ver *Meditaciones*, edición Cousin, tomo I, pág. 231, 599). En fin, el pensamiento breve y grande que ocupa el pequeño artículo (tercero de los citados), recuerda las *Meditaciones* (edición Cousin, tomo I, pág. 290), sobre todo los grandes trazos del final de la Meditación III:

«Y en verdad, no se debe encontrar extraño que Dios, al crearme, haya puesto en mí esta idea (la idea de un ser infinito y soberanamente perfecto) para que sea como la marca del obrero impresa sobre su obra... ver

Y más abajo: «Me parece más a propósito detenerme algún tiempo en la contemplación de ese Dios todo perfección, etc.» (EMILIO SAISSET.)

(12) Chantilly.

(13) Andrés Lenôtre, arquitecto y diseñador de los jardines del rey, nacido en París en 1613, muerto en 1700. Fué quien tuvo a su cargo la distribución de los jardines y del parque de Versailles; quien embelleció o creó los de Clagny, de Chantilly, de Meudón, de Saint-Cloud, de Sceaux, de las Tullerías y la admirable terraza de Saint-Germain.

no es más que de cien mil leguas. Tampoco tiene casi que hacer camino en comparación de la gran vuelta que el Sol hace en los espacios del cielo: porque es cierto que no hace por día más que quinientas cuarenta mil leguas; esto no es por hora más que veintidós mil quinientas leguas y trescientas setenta y cinco leguas en un minuto. Es preciso, no obstante, para hacer esa carrera, que vaya cinco mil seiscientas veces más de prisa que un caballo de postas que haría cuatro leguas por hora, que vuele ochenta veces más ligero que el sonido, que el ruido, por ejemplo del cañón y del trueno, que recorre en una hora doscientas setenta y siete leguas.

Pero: ¡qué comparación de la Luna con el Sol, por su tamaño, por su alejamiento, por su curso! Veréis que no hay ninguna. Acordaos solamente del diámetro de la Tierra que es de tres mil leguas; el del Sol es cien veces mayor, y tiene, por consiguiente, trescientas mil leguas. Si ésa es su anchura en todos sentidos, ¡cuál puede ser toda su superficie! ¡Cuál será su solidez! ¿Comprendéis bien esa extensión, que no alcanzarían un millón de Tierras como la nuestra? ¿Cuál es, pues, diréis, su alejamiento, si se juzga por la apariencia? Tenéis razón, es prodigioso; está demostrado que no puede haber de la Tierra al Sol menos de diez mil diámetros de la Tierra, o sea menos de treinta millones de leguas; tal vez haya cuatro veces, seis veces, diez veces más distancia; no hay ningún método para determinar esa distancia.

Para ayudar solamente a vuestra imaginación a representársela, supongamos una piedra de molino que cae del Sol a la Tierra; démosle la mayor velocidad que sea capaz de tener, la que no alcanzan los cuerpos cayendo de más arriba; supongamos también que conserva siempre esa misma velocidad, sin aumento ni pérdida; que recorre quince toesas por cada segundo de tiempo, es decir, la mitad de la elevación de las más altas torres, y así novecientas toesas en un minuto; pongámosle mil toesas en un minuto para una mayor facilidad; mil toesas hacen media legua común; así en dos minutos la piedra hará una legua, y en una hora hará treinta, y en un día hará setecientas veinte leguas; ahora bien, tiene que atravesar treinta millones de leguas antes de llegar a la Tierra: y necesitará por lo tanto cuarenta y un mil seiscientos sesenta y seis días, o sea más de ciento catorce años para hacer ese viaje. No os asustéis, Lucilo, escuchadme: la distancia de la Tierra a Saturno, es por lo menos diez veces mayor que la distancia de la Tierra al Sol; es decir, que no puede ser menos de trescientos millones de leguas y que esa piedra emplearía más de mil ciento cuarenta años para caer de Saturno a la Tierra.

Por esa elevación de Saturno, elevad vos mismo, si podéis, vuestra imaginación, para concebir lo inmenso del camino que recorre cada día por encima de nuestras cabezas; el círculo que Saturno describe tiene más de seiscientos millones de leguas de diámetro, y por consiguiente más de mil ochocientos millones de leguas de circunferencia; un caballo inglés que hiciera diez leguas por hora tendría que correr veinte mil quinientos cuarenta y ocho años para dar esa vuelta.

No he dicho todo, oh Lucilo, sobre el milagro de ese mundo visible, o, como decís algunas veces, sobre las maravillas del azar, que admitís

solamente como causa primera de todas las cosas. Es todavía un obrero más admirable de lo que creéis; conoced el azar, enteraos de toda la potencia de vuestro Dios. ¿Sabéis que esa distancia de treinta millones de leguas que hay de la Tierra al Sol y esa otra de trescientos millones de leguas que hay de la Tierra a Saturno, son tan poca cosa, comparadas al alejamiento que hay de la Tierra a las estrellas, que para enunciarse con bastante justeza es necesario servirse, respecto a esas distancias, del término de comparación? ¿Qué proporción no se mide? No se conoce la altura de una estrella; es, si me atrevo a decirlo, inmensurable; no se puede uno ayudar para saberlo de ángulos ni de senos, ni de paralajes; si un hombre observase desde París una estrella fija y otro la mirase desde el Japón, las dos líneas que partirían de sus ojos para llegar a ese astro no harían un ángulo, sino que se confundirían en una sola y misma línea, pues la Tierra entera no es espacio con relación a ese alejamiento. Pero las estrellas tienen eso de común con Saturno y con el Sol; es preciso decir algo más. Si dos observadores, el uno en la Tierra y el otro en el Sol, observasen al mismo tiempo una estrella, los dos rayos visuales de esos dos observadores no formarían ángulos sencillos. Para concebir la cosa de otra manera, si un hombre estuviese situado en una estrella, nuestro Sol, nuestra Tierra y los treinta millones de leguas que los separan, le parecerían un mismo punto: eso está demostrado.

No se sabe tampoco la distancia de una estrella a otra, por próximas que nos parezcan. Las Pléyades casi se tocan, a juzgar por nuestros ojos; una estrella parece pegada a la otra en las que forman la cola de la Osa Mayor; apenas la vista puede alcanzar a discernir la parte de cielo que las separa, pues es como una estrella que parece doble; si, sin embargo, todo el arte de los astrónomos es inútil para determinar la distancia, ¿qué debemos pensar del alejamiento de dos estrellas que en efecto parecen alejadas una de otra y con mayor razón de las dos polares? ¿Cuál es, pues, la inmensidad de la línea que pasa de una polar a la otra? ¿Y cómo será el círculo cuyo diámetro es esta línea? ¿Pero no es algo más que sondear los abismos, querer imaginar la solidez del globo, del que este círculo no es más que una sección? ¿Quedaremos todavía sorprendidos que esas mismas estrellas, tan desmesuradas por su tamaño, no se nos aparezcan más que como chispas? ¿No admitiremos más bien que desde una altura tan prodigiosa puedan conservar cierta apariencia y que no se las pierda a todas de vista? No es tampoco imaginable todo lo que se nos escapa. Se fija el número de las estrellas: el de las que son aparentes; pero, ¿y el medio de contar las que no se perciben, las que, por ejemplo, forman la Vía Láctea, esa faja luminosa que se ve en el cielo en una noche serena de norte a sur y que, por su extraordinaria elevación, no pueden ser vistas individualmente por nosotros, sino como blanqueando esa ruta de los cielos en las que están colocadas?

Pero heme ahí sobre la Tierra, como sobre un grano de arena, que nada supone y que está suspendido en medio de los aires; un número casi infinito de globos de fuego de un tamaño inexpresable y que confunden la imaginación, de una altura que sobrepasa nuestras concepciones, dando vueltas, rodando alrededor de ese grano de

arena y atravesando cada día, desde hace más de seis mil años, los vastos e inmensos espacios de los cielos. ¿Queréis otro sistema que sea menos maravilloso? La misma Tierra es llevada con una rapidez inconcebible alrededor del Sol, el centro del universo. Yo me represento a todos esos globos, a todos esos cuerpos que están en marcha: no se estorban el uno al otro, ni chocan; si el más pequeño de todos ellos viniese a chocar con la Tierra, ¿qué le ocurriría a la Tierra? Todos, por el contrario, están en su lugar, viven en el orden que les está prescripto, siguen la ruta que les está marcada, y tan apaciblemente a nuestro modo de ver, que nadie tiene oído bastante fino para oírles marchar y que el vulgo no sabe siquiera si existen en el mundo. ¡Oh economía maravillosa del azar! ¿La misma inteligencia podría haber tenido mayor éxito? Sólo una cosa, Lucilo, me da pena: esos grandes cuerpos son tan precisos en su marcha, en sus evoluciones y en todas sus relaciones, que un pequeño animal relegado en un rincón de ese espacio inmenso que se llama el mundo, después de haberlos observado, se hace un método infalible para predecir en qué punto de su carrera se encontrarán todos esos astros de aquí a dos, a cuatro, a veinte mil años. He ahí mi escrúpulo, Lucilo; si esas reglas fijas e invariables se observan por azar, ¿en qué consiste el orden?, ¿qué es la regla (14)?

Os preguntaré también qué es el azar. ¿Es un cuerpo? ¿Es un espíritu? ¿Es un ser distinto de los demás seres, que tiene su existencia particular, que esté en alguna parte? ¿No es más bien un modo o una manera de ser? Cuando una bola encuentra una piedra, se dice: es un azar. ¿Pero esto no es otra cosa distinta de esos dos cuerpos que chocan fortuitamente? Y si por ese azar y ese encuentro la bola no va más lejos, sino oblicuamente; si su movimiento ya no es directo, sino reflejo; si ya no rueda sobre su eje, sino que da vueltas y piruetas, ¿tendré que sacar la conclusión de que la bola está en movimiento por ese mismo azar? ¿No supondré más bien que se puso en movimiento a sí misma o por la impulsión del brazo que la ha lanzado? Y por razón de que las ruedas de un reloj estén determinadas la una por la otra a un movimiento circular de tal o cual velocidad, ¿examinaré menos curiosamente cuál puede ser la causa de todos esos movimientos, o sea si se hacen por sí mismos o por la fuerza de un peso que los lleva? Pero ni esas ruedas ni esa bola han podido darse el movimiento a sí mismas, ni lo tienen por su naturaleza, si pueden perderlo sin cambiar de naturaleza; existe, pues, la apariencia, por otra parte, de que son movidas por una potencia que les es extraña. ¿Y los cuerpos celestes, si viniesen a perder su movimiento, cambiarían de naturaleza? Dejarían de ser cuerpos? Yo no me lo imagino así; se mueven, sin embargo y no es por sí mismos o por su naturaleza. Será preciso buscar, oh Lucilo, si no existe fuera de ellos un principio que los hace mover; al que encontréis, yo lo llamo Dios.

Si supusiéramos que esos grandes cuerpos no se mueven, no se preguntaría ya, en verdad, quién los pone en movimiento, sino que

(14) Toda la parte científica de este admirable capítulo está tratada con una sorprendente precisión, y parece hallarse en él todo el programa del hermoso libro de M. de Humboldt *Cosmos*.

preguntaríamos siempre quién ha hecho esos cuerpos, tal como puede preguntarse respecto a quién ha hecho esa rueda o esa bola; y, cuando a cada uno de esos grandes cuerpos se les supusiera como un montón fortuito de átomos que se han reunido por la figura y la conformación de sus partes, yo tomaría uno de esos átomos (15) y diría: ¿Quién ha creado este átomo? ¿Es materia? ¿Es inteligencia? ¿Ha tenido alguna idea de sí mismo antes de hacerse a sí mismo? ¿Estaba, pues, un momento antes de ser, existía y no existía todo a la vez, y si es el autor de su ser y de su manera de ser, por qué se ha hecho cuerpo más bien que espíritu? ¿Este átomo no ha tenido comienzo? ¿Ha sido eterno? ¿Es infinito? ¿Haréis un Dios de este átomo?

* El ácaro tiene ojos; se separa al encontrarse con objetos que le podrían perjudicar; cuando se le pone sobre el ébano para verlo mejor, si, al tiempo que marcha hacia un costado se le presenta la partícula más insignificante, cambia de ruta. ¿Será un juego del azar, su cristalino, su retina y su nervio óptico?

En una gota de agua que la pimienta introducida alteró, se ve un número casi incontable de animalillos cuya figura aparece en el microscopio y que se mueven con una rapidez increíble, como otros tantos monstruos en un vasto mar; cada uno de esos animales es mil veces más pequeño que un ácaro, y no obstante es un cuerpo que vive, que se alimenta, que crece, que debe tener músculos, vasos equivalentes a las venas, a los nervios, a las arterias y un cerebro para distribuir las sensaciones.

Una mancha de moho del tamaño de un grano de arena se ve en el microscopio como un conjunto de varias plantas bien distintas en el que las unas tienen flores, las otras frutos; hay allí algunas que no tienen más que botones entreabiertos y otras que tienen flores ajadas: ¡de qué extraña pequeñez deben ser las raíces y los filtros que separan los alimentos de esas plantas diminutas!, y si se considera que esas plantas tienen sus semillas, lo mismo que los robles y los pinos, y que esos pequeños animales de los que acabo de hablar se multiplican por vía de generación, como los elefantes y las ballenas, ¿a dónde puede conducirnos eso? ¿Quién supo trabajar en obras tan delicadas, tan finas que escapan a la vista de los hombres y que participan del carácter infinito como los cielos, aunque en la extremidad opuesta? ¿No será el mismo que ha hecho los cielos, los astros, esas masas enormes, espantosas por su grandeza, por su elevación, por la rapidez y la extensión de su órbita y que las hace moverse?

* Es un hecho que el hombre goza del sol, de los astros, de los cielos y de sus influencias, como goza del aire que respira y de la tierra sobre la que marcha y le sostiene; y si fuese necesario añadir a la certeza de un hecho la conveniencia o la similitud, ahí está toda entera, puesto que los cielos y todo lo que contienen no puede entrar en comparación, por la nobleza y la dignidad, con el más insignificante de los hombres que pueblan la tierra, ni la propor-

(15) Alusión al sistema de Epicuro; ver sobre Epicuro y su teoría atomística: *Manual de la historia de la filosofía*, de Tennemann, traducido del alemán por V. Cousin. París, Ladrange, 1832, t. I, págs. 197 y siguientes.

ción que se encuentra entre aquéllos y éste, o sea la materia incapaz de sentimiento, que es solamente una extensión de tres dimensiones, con lo que es espíritu, razón o inteligencia. Si se dice que el hombre hubiera podido pasar con menos para su conservación, yo respondo que Dios no podía hacer menos para demostrar su poder, su bondad y su magnificencia, puesto que cualquier cosa de las que vemos que hizo, podía haberla hecho infinitamente mejor.

El mundo entero, si está hecho para el hombre, es literalmente la menor cosa que Dios ha hecho para el hombre; la prueba de esto se saca del fondo de la religión; no es, pues, vanidad ni presunción para el hombre pasar de esas ventajas a conocer la fuerza de la verdad; sería en él estupidez y ceguera no dejarse convencer por el encadenamiento de las pruebas de las que la religión se sirve para hacerle conocer sus privilegios, sus recursos, sus esperanzas, para enseñarle lo que él es y lo que puede llegar a ser. Pero la Luna está habitada, o por lo menos no es imposible que lo esté, ¿qué habláis, Lucilo, de la Luna y con qué propósito? Suponiendo la existencia de Dios, ¿os parece la cosa imposible? Preguntáis tal vez, si nosotros somos los únicos en el universo a quienes Dios ha tratado tan bien; si no hay en la Luna otros hombres u otras criaturas a las que Dios ha favorecido también. ¡Vana curiosidad!, ¡frívola pregunta! La Tierra, Lucilo, está habitada, nosotros la habitamos y sabemos que la habitamos; tenemos nuestras pruebas, nuestra evidencia, nuestras convicciones sobre todo lo que debemos pensar de Dios y de nosotros mismos; que los que pueblan los globos celestes, quienquiera que pudieran ser, se inquieten por sí mismos: ellos tienen sus cuidados y nosotros los nuestros. Habéis, Lucilo, observado la Luna, habéis visto sus manchas, sus abismos, sus desigualdades, su altura, su extensión, su órbita, sus eclipses; todos los astrónomos no han ido más lejos; imaginad nuevos instrumentos, observadla con más exactitud, ¿véis que esté poblada y reconocéis qué animales son los que la pueblan? ¿Se parecen a los hombres? ¿Son hombres? Dejadme ver después, y si quedamos convencidos el uno y el otro de que los hombres habitan la Luna, examinemos si son cristianos y si Dios ha repartido sus favores entre ellos y nosotros.

* Todo es grande y admirable en la naturaleza; no se ve en ella nada que no haya sido dispuesto por el que la hizo, y si se ve algo de irregular y de imperfecto, eso mismo supone regla y perfección. Hombre vano y presuntuoso: haz un gusano de los que aplastas con los pies, de los que desprecias; tienes horror al sapo: haz un sapo si te es posible. ¡Qué excelente maestro el que hace obra que los hombres, no digo que admiren, sino que temen! No os pido que os metáis en vuestro taller para hacer un hombre inteligente, un hombre bien hecho, una hermosa mujer: la empresa es fuerte y por encima de vuestras fuerzas; tratad solamente de hacer un jorobado, un loco, un monstruo y me quedo contento.

Reyes, monarcas, potentados, sagradas majestades, ¿os he nombrado por todos vuestros soberbios nombres? Grandes de la tierra, muy altos, muy poderosos y, tal vez pronto, todopoderosos señores: nosotros los hombres tenemos necesidad para nuestras cosechas de un poco de lluvia y de algo menos todavía, de un poco de rocío. Haced el rocío, enviad a la tierra una gota de agua.

El orden, la decoración, los efectos de la naturaleza, son populares; las causas, los principios, no lo son. Preguntadle a una mujer cómo un hermoso ojo no tiene más que abrirse para ver; preguntádselo a un hombre docto.

* Varios millones de años, varias centenas de millones de años, en una palabra, todos los tiempos, no son más que un instante, comparados con la duración de Dios que es eterna; todos los espacios del mundo entero no son más que un punto, un ligero átomo comparado a la inmensidad de Dios. Si es así como yo os lo digo, porque no hay proporción entre lo finito y lo infinito, pregunto: ¿Qué es el curso de la vida de un hombre? ¿Qué es un grano de polvo que se llama la Tierra? ¿Qué es una pequeña porción de esa Tierra que el hombre posee y habita? Los malos prosperan mientras viven. Algunos malos, lo confieso. La virtud está oprimida y el crimen no es castigado en la Tierra. Algunas veces, convengo en ello. Eso es una injusticia. Nada de eso: sería preciso, para sacar esa conclusión, haber probado que absolutamente los malos son dichosos, que la virtud no es tal y que el crimen queda sin castigo; sería preciso por lo menos que este poco tiempo durante el cual los buenos sufren y los malos prosperan tuviese una duración, y que lo que llamamos prosperidad y fortuna no fuese una apariencia falsa y una sombra vana que se desvanece; que esta Tierra, este átomo, donde parece que la virtud y el crimen encuentran tan raramente lo que les es debido, fuese el único lugar de la escena donde ha de hacerse el castigo u otorgarse la recompensa.

De lo que pienso no infiero más claramente que yo soy espíritu, que lo que concluyo por lo que hago o no hago, según me place, que soy libre; ahora bien, libertad es elección, una determinación voluntaria hacia el bien o el mal, una acción buena o mala y lo que se llama virtud o crimen. Que el crimen quede absolutamente impune, verdaderamente es injusto; que lo haya en la tierra, es un misterio. Supongamos sin embargo con el ateo, que es injusto: toda injusticia es una negación o una privación de justicia; de donde se infiere que toda injusticia supone justicia. Toda justicia es conformidad con una soberana razón; yo pregunto, en efecto, cuándo no ha sido razonable que el crimen sea castigado, a menos que se me diga que era cuando el triángulo tenía menos de tres ángulos; ahora bien, todo lo que es conforme a la razón es una verdad; esa conformidad, como acaba de decirse, ha existido siempre; es, pues, de las que se llaman verdades eternas. Esta verdad, por lo demás, o no existe o no puede existir, o es el objeto de un conocimiento: es, pues, eterno ese conocimiento, y es Dios.

Los desenlaces que descubren los crímenes más ocultos, en los que la preocupación del culpable para ocultarlos a los ojos de los hombres ha sido mayor, parecen tan simples y tan fáciles que ocurre pensar que sólo Dios ha sido el autor de tales desenlaces; y los hechos, por lo demás, que se reunen son en tan gran número, que si alguien quisiera atribuirlos a pura casualidad, sería preciso que sostuviese que la casualidad de todos los tiempos se ha convertido en costumbre.

* Si hacéis la suposición de que todos los hombres que pueblan la tierra, sin excepción, están en la abundancia y de que nada les

falta, infiero de eso que ningún hombre que está sobre la tierra vive en la abundancia y que todo le falta. No hay más que dos clases de riquezas a las cuales se reduce todo: el dinero y las tierras. Si todos son ricos, ¿quién cultivará las tierras y quién trabajará las minas? Los que están alejados de las minas no las trabajarán, ni los que habitan las tierras incultas y minerales podrán sacar frutos de ellas; cabrá el recurso del comercio, y eso se supone. Pero, si los hombres tienen muchos bienes y ninguno se ve precisado a vivir de su trabajo, ¿quién transportará de una región a otra los lingotes o las cosas permutadas? ¿Quién pondrá los barcos en el mar? ¿Quién se encargará de conducirlos? ¿Quién emprenderá caravanas? Se carecerá entonces de lo necesario y de las cosas útiles. Si no hay necesidades, no habrá artes, ni ciencias, ni invenciones, ni mecánica. Por otra parte, esa igualdad de posesiones y de riquezas, establece otras en las condiciones, destierra toda subordinación, reduce a los hombres a servirse a sí mismos y a no poder ser socorridos los unos por los otros, vuelve las leyes frívolas e inútiles, arrastra a una anarquía universal, atrae la violencia, las injurias, las matanzas, la impunidad.

Si suponéis, por el contrario, que todos los hombres son pobres, en vano se levanta el sol para ellos sobre el horizonte, en vano calienta la tierra y la vuelve fecunda, en vano el cielo echa sobre ella sus influencias, en vano la riegan los ríos, y extienden por las diversas comarcas la fertilidad y la abundancia; inútilmente deja también el mar sondear sus abismos profundos y las rocas y las montañas se abren para dejar que registren su seno y saquen de él todos los tesoros que allí se encierran. Pero si partís de que todos los hombres extendidos por el mundo, unos son ricos, y los otros pobres e indigentes, hacéis que la necesidad aproxime mutuamente a los hombres, los relacione, los concilie: estos sirven, obedecen, inventan, trabajan, cultivan, perfeccionan; los otros gozan, alimentan, socorren, protejen, gobiernan; todo orden queda restablecido y se descubre a Dios.

* Poned la autoridad, los placeres y la sociedad de un lado; la dependencia, los cuidados y la miseria del otro: o esas cosas son desplazadas por la malicia de los hombres, o Dios no es Dios.

Una cierta igualdad en las condiciones, que conservan el orden y la subordinación, es la obra de Dios o supone una ley divina; una excesiva desproporción, tal como la que se nota entre los hombres, es la obra de éstos, o la ley del más fuerte.

Los extremos son viciosos y parten del hombre; toda compensación es justa y viene de Dios.

*

Si estos *Caracteres* no gustan, me asombraré; y si gustan, me asombraré igualmente.

FIN
DE
LOS CARACTERES

INDICE

Los Caracteres *(prólogo del autor)* 5

De las obras del espíritu 9

Del mérito personal 24

De las mujeres 33

Del corazón 46

De la sociedad y de la conversación 53

De los bienes de fortuna 68

De la ciudad 82

De la corte 90

De los grandes 107

Del soberano o de la república 119

Del hombre 131

De los juicios 159

De la moda 183

De algunas costumbres 195

Del púlpito 213

De los espíritus fuertes 221

ESTE LIBRO
SE TERMINO DE IMPRIMIR
EN LOS
TALLERES GRAFICOS ARSOFE
CERRITO 1533/41
BUENOS AIRES
EL DIA
31 DE MARZO DE 1948